

Pedro Vallina
FERMÍN SALVOCHEA



Crónica de un revolucionario

En este libro, junto con los escritos de Pedro Vallina se ha incluido el conocido, pero hasta ahora de difícil consulta, folleto de Rudolf Rocker, que traza una inolvidable semblanza del protagonista de esta biografía: Fermín Salvochea.

Los textos de Vallina y Rocker son dos de los más importantes sobre la vida y obra del alcalde republicano federal y anarquista gaditano. De circulación restringida en la actualidad, proporcionan interesantes informaciones, no sólo sobre su vida, sino también sobre el contexto sociopolítico y otras personalidades del momento.

Fermín Salvochea Álvarez (Cádiz, 1842–1907) es uno de los ejemplos más redondos de las relaciones entre el mundo republicano federal y el anarquista de las últimas décadas del siglo XIX y la primera del XX.

Su figura traspasó la línea de la historia para entrar en la del mito.

La impecable introducción del historiador José Luis Gutiérrez Molina ofrece al lector unas semblanzas de los autores y el protagonista, que permiten al lector tener un conocimiento más amplio de sus personalidades, al tiempo que sitúa el proceso de elaboración y edición de ambos textos.

Pedro Vallina

FERMÍN SALVOCHEA

CRÓNICA DE UN REVOLUCIONARIO

Edición de José Luis Gutiérrez Molina



EDITORIAL RENACIMIENTO

Pedro Vallina

FERMÍN SALVOCHEA

Crónica de un revolucionario

Seguido de un perfil de Fermín Salvochea
por Rudolf Rocker

Edición e introducción de José Luis Gutiérrez Molina

CENTRO DE ESTUDIOS ANDALUCES
EDITORIAL RENACIMIENTO, SEVILLA, 2012

www.editorialrenacimiento.com

editorial@editorialrenacimiento.com

Edición digital: C. Carretero

Difunde: Confederación Sindical Solidaridad Obrera

http://www.solidaridadobrera.org/ateneo_nacho/biblioteca.html

CONTENIDO

José Luis Gutiérrez Molina: INTRODUCCIÓN BIBLIOGRAFÍA Y FUENTES UTILIZADAS

Pedro Vallina: CRÓNICA DE UN REVOLUCIONARIO

Unas palabras previas de Juan Ferrer

Prefacio del autor

- I
- II. Andalucía libertaria
- III. En vísperas de la revolución de septiembre
- IV. El Gobierno provisional
- V. La insurrección de Cádiz
- VI. De la prisión al Parlamento
- VII. La insurrección federal
- VIII. El atentado contra el general Prim
- IX. Napoleón el Pequeño
- X. Salvochea, alcalde de Cádiz
- XI. La insurrección cantonal
- XII. En el presidio africano
- XIII. La fuga
- XIV. Las ideas anarquistas en Andalucía
- XV. El infame
- XVI. Los sucesos de Jerez
- XVII. La justicia burguesa
- XVIII. Epílogo de los sucesos de Jerez
- XIX. El presidio
- XX. Su vuelta a Cádiz
- XXI. Madrid, a principios del siglo XX
- XXII. Salvochea en Madrid
- XXIII. Sus amigos
- XXIV. Federación de trabajadores de la región española
- XXV. La muerte de Francisco Pi y Margall
- XXVI. La huelga general
- XXVII. La ley del juramento
- XXVIII. La lucha antirreligiosa
- XXIX. *Electra*, de Pérez Galdós
- XXX. Los viejos federales

- XXXI. El error de Canalejas
- XXXII. *Gente vieja*
- XXXIII. Los socialistas madrileños
- XXXIV. En busca de Narciso Portas
- XXXV. Pío Baroja y el anarquismo
- XXXVI. El químico Francisco Salazar
- XXXVII. Los anarquistas y el alcohol
- XXXVIII. Persecuciones
- XXXIX. La propaganda antimilitarista
- XL. Amor a los que sufren
- XLI. Precursoras de Angiolillo
- XLII. El complot de la coronación
- XLIII. El complot policiaco de la coronación
- XLIV. Antimilitarismo
- XLV. De lo malo a lo peor
- XLVI. Secundino Delgado
- XLVII. Benot, Canalejas, Weyler
- XLVIII. La revancha de los militares
- XLIX. Nicolás Estévanez
- L. El escritor
- LI. El humor de Fermín
- LII. Correspondencia con Salvochea
- LIII. La muerte de Fermín

Apéndices

Rudolf Rocker: FERMÍN SALVOCHEA

Prólogo de Gregorio Quintana

- I. El paisaje y el medio
- II. El hombre
- III. Antecedentes. La familia. Su juventud
- IV. Historia social española del siglo XIX
- V. De Londres a Cádiz
- VI. Movimiento federalista de Cataluña. Alcalde de Cádiz
- VII. El movimiento cantonalista y sus consecuencias.
- VIII. Proceso y condena de Salvochea. Amnistía. Muerte
- IX. Sepelio de Salvochea

INTRODUCCIÓN

José Luis Gutiérrez Molina

Tiene el lector en las manos la reedición de dos de los textos más importantes sobre la figura del federal y anarquista gaditano Fermín Salvochea Álvarez. Ambos difíciles de conseguir y que, juntos, permiten tener una visión más completa de su figura. Estas páginas pretenden introducir al lector en la importancia de su personalidad, y del anarquismo en general, en la historia contemporánea española. Además de dar a conocer a sus autores que tampoco son hoy día excesivamente conocidos. De ahí la estructura biográfica que tiene el prólogo.

1. España y el anarquismo

Si hay un lugar en el mundo en el que el anarquismo tenga una mayor y continuada presencia, ese es España. Hasta el punto de que no se puede conocer su historia contemporánea sin tener en cuenta a las organizaciones y hombres y mujeres que han reclamado o participado en el complejo libertario. En

el verano de 1936 el golpe de Estado encabezado por un importante número de jefes y oficiales del ejército fracasó y no sólo dio paso a una sangrienta política represiva y a un conflicto bélico abierto, sino que, además, en importantes zonas de la España gubernamental se desarrolló, con distinta intensidad, un proceso de transformación social catalizado, en gran medida, por hombres y mujeres anarquistas, sus organizaciones y, fundamentalmente, sus planteamientos ideológicos. Tras las revoluciones burguesas decimonónicas iniciadas en Europa por la «Gran Revolución» francesa y la proletaria estatalista de la Rusia de 1917, la española de 1936 ha sido el último intento revolucionario que ha tenido lugar en Europa.

Fue el resultado de décadas de discusiones teóricas, de creación y desaparición de diversas entidades y de actuaciones públicas sustentadas en el compromiso personal de decenas de miles de hombres y mujeres. Un proceso al que podríamos poner como momento de inicio el congreso obrero de Barcelona de 1870. Fecha en la que se creó la sección española de la Asociación Internacional de Trabajadores (AIT). Junto a otras corrientes existentes en el incipiente obrerismo de esos años –como cooperativistas o defensores de las sociedades de apoyo mutuo– estuvieron presentes los dos grandes sectores que, en adelante, se disputarían el control de la nueva organización: el centralista y estatalista representado por Carlos Marx y el federalista y antipartidista de Miguel Bakunin. Ambos se reclamaban aquellos años socialistas. No sería hasta más tarde cuando quedaría identificado el socialismo con la socialdemocracia y los colectivistas y comunistas con el anarquismo y los libertarios. Tras la Revolución Rusa de 1917 el

término comunista quedaría ligado a la tercera gran corriente obrera: la marxista-leninista. Aunque en España los ácratas continuarían identificándose como comunistas libertarios en oposición a los estatalistas-autoritarios.

Precisamente fue la finalidad comunista libertaria la que adoptó la Confederación Nacional del Trabajo (CNT) en su segundo congreso estatal celebrado en Madrid en el otoño de 1919. Desde los que empezaban a ser ya lejanos años de organización obrera en España, los anarquistas se habían inclinado por integrarse no sólo en grupos específicos ácratas sino también dentro del societarismo obrero. Un proceso que, aunque tuvo fuertes tensiones, casi siempre acabó por inclinarse hacia la organización obrera en un equilibrio inestable. De esta forma se produjo la situación peculiar en el sindicalismo europeo por la que, hasta la década de los años cincuenta del siglo pasado, eran las corrientes derivadas directamente de la AIT las que ocupaban el espacio sindical español: la libertaria CNT y la socialdemócrata Unión General de Trabajadores (UGT). Por el contrario el sindicalismo comunista, agrupado a partir de 1921 en la Internacional Sindical Roja (ISR), no tuvo una especial relevancia en esas décadas en España.

El viejo societarismo decimonónico fue sustituido en España por el moderno sindicalismo a través de la CNT y por ello tuvo la impronta del federalismo y el apoliticismo ácrata. No es que fuera una creación exclusiva del anarquismo español pero sí que, impulsada por diferentes sectores obreros, incluidos algunos socialistas, fueron las ideas libertarias las que terminaron por formar la organización que vehicularía el

moderno sindicalismo español. El éxito de la CNT a partir de 1915, fecha en la que realmente comenzó a actuar, se debió a que, mediante el anarquismo, ideas tan enraizadas en el mundo popular español, como el federalismo o la autonomía obrera, tejieron la urdimbre de la organización que dio cumplida respuesta a las modificaciones que el capitalismo había tenido durante las primeras décadas del siglo XX. Los métodos de acción del sindicalismo revolucionario –la acción directa, el boicot, el «label» y el sabotaje entre otros– dotaron a los trabajadores españoles de una formidable arma, tanto de lucha inmediata por la mejora de las condiciones económicas y laborales, como de acción revolucionaria. El resultado fue que consolidada, aunque estancada, la vía socialdemócrata, tanto la partidaria como la sindical, y ocupada la vía de entrada del moderno sindicalismo por la CNT, el sindicalismo marxista quedó durante décadas reducido a una condición marginal.

Hasta que en el verano de 1936 la alternativa social tuviera su oportunidad en un contexto de golpe de Estado y conflicto bélico, el complejo proceso que lo permitió había pasado por diversos periodos. Durante ellos se crearon distintas organizaciones, acumularon experiencias y se elaboraron y maduraron diferentes métodos de acción y planteamientos ideológicos. El camino por el que se pasó del obrerismo de resistencia de la Primera Internacional al anarcosindicalismo y del colectivismo al comunismo libertario. Lo protagonizaron varias generaciones de militantes obreros y, no hay que olvidar que el anarquismo no es una ideología de clases, de diferentes sectores populares. Los lazos entre ácratas y federales no sólo fueron tan fuertes que a veces se confunden sino que pervivieron a pesar de las cada vez más acentuadas diferencias

entre ellos. De igual manera, el municipalismo, tan presente en la vida colectiva española, ligó a libertarios y a otros grupos en luchas por la recuperación de patrimonios comunales expoliados o la defensa y el desarrollo de recursos propios. Por citar, finalmente, un tercer campo tampoco hay que olvidar la visión anarquista del mundo agrario. Lejos del papel secundario y fundamentalmente conservador que le otorgaba el socialismo marxista, los ácratas valoraban positivamente algunos de sus modos organizativos y de acción.

En consecuencia no fueron sólo militantes obreros, urbanos y campesinos, los que protagonizaron la creación de una cultura radical que, en 1936, era una real alternativa social tanto al republicanismo burgués como a la reacción española. En ciudades y pueblos vivieron un importante número de personas que difuminaban los límites de su adscripción social en razón de su economía mediante su identificación con las demandas del proletariado.

Así fue desde los momentos originarios del republicanismo español durante el Sexenio Revolucionario hasta el proceso revolucionario de 1936–1939. Baste recordar la temprana escisión no ya entre centralistas y federales sino entre los republicanos convencidos de que el cambio de régimen político tenía que ir acompañado de cambios sociales y los que, por el contrario, pensaban que sus intereses quedaban satisfechos con la ocupación del poder mediante la sustitución de la Monarquía por la República. En 1936, en las nuevas administraciones revolucionarias, encontramos a un buen número de burgueses republicanos que simpatizaron con el proyecto social que se abría paso y colaboraron con él.

Buenos ejemplos son el protagonista de este volumen, los autores de los folletos reeditados e, incluso los prologuistas. Fermín Salvochea es, por la notoriedad que alcanzó, uno de los ejemplos más completos de ese burgués, implicado en el Sexenio, que termina desclasado y como figura representativa del anarquismo decimonónico. De igual manera que Pedro Vallina, temprano discípulo del gaditano, también de extracción burguesa, toma el relevo en la simbiosis burguesa–obrerista, y de su conflictiva elaboración, para convertirse en uno de los referentes del anarquismo y el anarcosindicalismo. Rudolf Rocker, de extracción popular y difícil infancia, terminó siendo uno de los refundadores de la AIT en 1921, como internacional sindical de orientación anarcosindicalista, para hacer frente a la expansión marxista de la ISR.

2. Fermín Salvochea, del hombre al mito

Salvochea nació el 1 de marzo de 1842 en la plaza de las Viudas de Cádiz. Su padre, Fermín Salvochea Terry, era, como tantos otros gaditanos, hijo de un emigrante navarro. Su madre, Pilar Álvarez Benito, era sobrina de Juan Álvarez Mendizábal, presidente del consejo de ministros en 1835, y sobre todo, autor de la desamortización eclesiástica. Se casaron en 1841. Aunque su familia tenía una posición acomodada, el estudio del testamento paterno señala que no poseía la fortuna que a veces se le ha atribuido. En la guía de

Cádiz de 1854 el padre aparecía como mercader. Así debía de ser porque la familia poseía un comercio de tejidos de hilo, seda, lana y algodón. También lo encontramos en el accionariado de la nueva plaza de toros que se construyó en la década de los cuarenta. En cualquier caso en 1858, cuando Fermín contaba con 16 años, traspasaron el comercio para abrir una fábrica de naipes cuyo despacho instalaron en los bajos de la casa donde vivía la familia entonces: el número 4 de la plaza de San Agustín. Hombre de una consistente cultura estrenó en 1844, en el teatro del Balón, una obra de teatro en prosa, *Cada mochuelo a su olivo*. Texto que, a veces, se ha atribuido erróneamente a su hijo. Colaboró en *La Revista Gaditana* y fue miembro de la Academia de Buenas Letras de Cádiz. Durante un tiempo de los años cincuenta y sesenta fue regidor –concejal– del ayuntamiento de Cádiz. Dos veces compromisario por el comercio local en la junta de accionistas del Banco de Cádiz, formó parte de la comisión de control de la quiebra de la entidad financiera. Murió el 22 de julio de 1872.

Con estos antecedentes familiares y la posible relación del padre con Eduardo Benot Rodríguez por los años cincuenta del siglo XIX, parece normal que el joven Fermín ingresara en 1855 en el colegio de San Felipe Neri que dirigía el polígrafo gaditano. Uno de los más prestigiosos y caros del país de aquellos años. Su ideario, junto a la introducción de las más modernas técnicas pedagógicas, tenía un lema fundamental: «Hombres, sois hermanos. Sed hermanos». Salvochea no lo olvidaría. Seguramente, como apunta Fernando Puelles, realizaría los cursos de comercio que se impartían para formar a los hijos de los comerciantes que, en ocasiones, carecían de la educación y el aprendizaje de idiomas por la temprana edad

en la que entraban a trabajar. En él permaneció hasta que su vida experimentó un gran cambio: marchó a Inglaterra para iniciarse en las artes mercantiles y perfeccionar su inglés.

Durante unos años, cuatro o cinco, vivió en Inglaterra. En Londres y Liverpool. Un periodo del que no se conoce mucho pero que resultó decisivo para su formación. La transformación que experimentó aquel joven cuyo padre destinaba a seguir la estela comercial en la tierra hacia donde miraba la vida industrial gaditana, fue fruto de los contactos que tuvo con el mundo social más avanzado del momento. Pero no hay que olvidar que la formación recibida en Cádiz, incluido el conocimiento del inglés, sirvió para abonar su espíritu. Una fuerte impresión tuvo que causarle vivir en la fábrica del mundo que era la isla británica, con los enormes contrastes del capitalismo explotador y ser, a la vez, la tierra de algunos de los teóricos socialistas más influyentes.

Por un escrito del propio Salvochea conocemos quiénes fueron los personajes, alguno de los cuales conoció, que más le influyeron. En todo caso ninguno le encauzó en la dirección esperada por su familia. Uno fue Thomas Paine, difusor de los principios de la Revolución Francesa y «hombre de acción». Le dio el gusto por la acción y el internacionalismo. De origen inglés, fue diputado francés y uno de los impulsores de la independencia de los Estados Unidos. Sus palabras «mi patria, es el mundo; mi religión, hacer el bien y mi familia, la humanidad» tuvieron una gran trascendencia en el joven gaditano. Otro fue Robert Owen. De él posiblemente conoció los principios comunistas que inspiraron sus experiencias comunitarias, sus ataques a la propiedad privada y al

matrimonio. Finalmente, Charles Bradlaugh le hizo ateo. Era un predicador anglicano que terminó por cuestionar los dogmas eclesiásticos. Durante los años en que Salvochea estuvo en Inglaterra, Bradlaugh publicó una serie de folletos en los que rechazó la existencia de Dios. Su influencia se puede rastrear en el anticlericalismo y los contactos con círculos librepensadores que mantuvo Salvochea. «Lo demás vino solo» concluyó. Cuando regresó a Cádiz estaba impregnado de los principales principios que guiarían su actuación: republicanismo, igualitarismo comunitario, ateísmo e internacionalismo. Aunque nada hacía suponer que terminaría siendo un hombre de acción.

No conocemos con exactitud en qué fechas regresó Salvochea a Cádiz. Posiblemente entre 1861 y 1862. En abril de este último año sabemos que el ayuntamiento lo citó para su alistamiento en quintas. En ese momento su padre era concejal y Puelles afirma que, cuando fue nombrado su hijo, aseguró que estaba ausente y fue inscrito. Años después Salvochea recordaba el episodio sosteniendo que en realidad su ausencia se debía a un deliberado deseo de protestar contra el servicio militar. Aunque no especificó si estaba en Cádiz o todavía no había regresado de Inglaterra. De todas formas la familia tenía claro que no iba a ir al ejército y terminó por «redimirlo». Es decir pagar la cuota en dinero que le eximía de cumplir la obligación.

A su regreso el joven Fermín no era el mismo. A sus veinte años había madurado físicamente. Ya llevaba barba y gafas

ahumadas para proteger sus ojos del sol. Hablaba en voz baja y había adoptado una actitud reflexiva, de cierta frialdad británica. Se reincorporó al negocio familiar y siguió viviendo en la casa paterna. Pero, a la vez, comenzó a frecuentar los círculos demócratas de la ciudad. Nada extraño por lo demás en una ciudad en la que el descontento con la monarquía Isabelina era notorio.

Buenaventura Abárzuza Ferrer era hijo de una familia española de Cuba que se había instalado en Cádiz. También había vivido en Inglaterra. Era colaborador del periódico de Castelar *La Democracia*. En él escribió, en 1865, un trabajo llamado *Democracia y socialismo* que levantó una cierta polémica. Era uno de los impulsores de un centro al que acudían los más inquietos jóvenes gaditanos y organizaba actos públicos en el Teatro Circo. Fue el germen del Partido Demócrata en Cádiz a cuya junta directiva pertenecían muchos de sus asistentes. Así que entre las reuniones en el Café La Iberia de la calle Comedias (hoy Feduchy) y en el estudio fotográfico de José Bertolero en la calle Sacramento, donde se reunían los «viejos», los de la generación nacida en la década de los veinte como Ramón de Cala o Eduardo Benot, se fue forjando la actividad política del joven Salvochea. En septiembre de 1865 era vocal de su junta directiva junto a Rafael Guillén que se convertiría en uno de sus amigos más cercanos.

El año de 1866 fue especialmente conflictivo. De un lado tuvo lugar la fracasada sublevación del cuartel de San Gil de Madrid y su sangrienta represión. De otro fue el de una intensa crisis industrial y financiera que llevó a la quiebra a bancos como el

de Cádiz. Se esfumaban las esperanzas de salir de la decadencia que arrastraba la ciudad. Los demócratas gaditanos se adhirieron a las conspiraciones que veían en el general Juan Prim la figura que podía empujar al exilio a Isabel II y abrir una nueva situación en la que se proclamaría la República. El papel que tuvo Salvochea en los preparativos conspirativos no está del todo claro. Hay autores que le otorgan una gran importancia, otros menos. Este último es el caso de Luis Mejías Escassy que le atribuye un papel secundario tanto en los preparativos de la revolución de septiembre de 1868 como en los propios hechos. Posiblemente Salvochea, que no dejaba de pertenecer al comité demócrata, participara en ayudar a los desterrados que pasaban por Cádiz camino de América y realizara labores de enlace. No hay que olvidar que detrás de Prim, financiándole y organizando la red de apoyos gaditanos estaban Paúl y Angulo y otros demócratas locales, como Ramón de Cala y Eduardo Benot, ya viejos conocidos suyos.

El 19 de septiembre de 1868 la Base Naval de Cádiz se sublevaba al grito de «¡Viva España con honra!». A ella se adhirieron los demócratas gaditanos. Salvochea tuvo que demostrar su capacidad, arrojo y gusto por la acción porque fue nombrado segundo jefe de uno de los dos batallones de «Voluntarios de la Libertad» creados por el ayuntamiento gaditano. Sus miembros eran en su mayoría republicanos y constituían la fuerza armada de los revolucionarios que si nunca habían confiado en sus aliados más moderados, durante el otoño pudieron comprobar que sus objetivos no iban a ser asumidos por el nuevo Gobierno. A fines de septiembre la Junta gaditana, entre otras medidas, había suprimido los monopolios de tabaco y sal, considerado el tráfico con las

Antillas como de cabotaje y reducido los aranceles aduaneros. Unas medidas que Madrid suspendió creando un gran malestar. Si los intereses de la burguesía gaditana no eran satisfechos, menos aún lo fueron los de las clases populares. Ni se eliminaron los consumos ni se democratizó el servicio militar.

La tensión terminó por estallar en diciembre. El día 4 fuerzas del ejército se disponían a partir hacia El Puerto de Santa María donde se habían producido unos graves incidentes con trabajadores en paro. Hubo un intento de impedirlo y el gobernador militar ordenó la entrega de todas las armas en poder de paisanos. Incluidos los Voluntarios. La milicia gaditana se negó y comenzaron los enfrentamientos que duraron sesenta y ocho horas, hasta la mañana del martes 8. La ciudad permaneció bajo el control de una Junta Revolucionaria hasta la llegada de las tropas al mando del general Caballero de Rodas el domingo 13. Fue el momento en que salió a la luz Salvochea. Cuando comenzó a forjarse su prestigio como hombre de acción consecuente con sus actos. Con 26 años daba sus primeros pasos para entrar en la leyenda.

Al comenzar los enfrentamientos en las calles una comisión de jefes de los milicianos se presentó ante el gobernador militar para negociar. Sin embargo lo que ocurrió fue que quedaron detenidos. Entonces Salvochea tomó el mando de las fuerzas ciudadanas y las dirigió durante los días de lucha. Cuando esta terminó se entregó voluntariamente y reivindicó su responsabilidad como dirigente de la resistencia. Fue encarcelado primero en el cuartel de Santa Elena, junto a la Puerta de Tierra, y después trasladado al castillo de Santa

Catalina. Allí quedó a la espera de comparecer ante un consejo de guerra. Una actitud que tuvo una inmediata repercusión en la prensa nacional que llegó a preguntarse quién era ese joven que se hacía el único responsable de lo ocurrido. Por otro lado también se publicaron noticias sobre su actitud prudente y las medidas que había adoptado que salvaron «derechos e intereses» que habían perdido el amparo de la ley.

Empezaba enero de 1869 cuando Salvochea fue interrogado por el fiscal del consejo. Las respuestas aparecieron en la prensa. Son las primeras declaraciones públicas que conocemos. Se declaró soltero, de 31 años –tenía en realidad 26– y del comercio. Preguntado por su religión respondió que no tenía ninguna, sólo la de hacer «todo el bien» que pudiera. No juró sino prometió por su honor decir la verdad. Se negó a confesar los nombres de sus compañeros de milicia e insistió en que fue él quien había dado todas las órdenes de defensa de las calles, movimientos de fuerzas y levantamiento de barricadas. Negó que hubiera puesto en libertad a los presos de la cárcel. Lo que ocurrió fue que la guardia flaqueó y se escaparon. Muchos se presentaron en el ayuntamiento para ponerse a disposición de la milicia. Entonces ordenó que, bajo vigilancia, se les empleara para cargar cartuchos. Nuevamente los comentarios se extendieron. La revista Gil Blas aseguró que pocos católicos podrían haber respondido que su religión era hacer el bien. El 30 de diciembre el consejo de guerra le condenó a 30 años de destierro en Ultramar.

Una señal de la extensión de su fama fue que el comité republicano de Cádiz acordó incluirlo en la terna de su candidatura a diputados junto a Roque Barcia, Fernando

Garrido y Manuel Francisco Paúl. No se equivocaron, el 15 de enero, Salvochea fue elegido con el segundo mayor número de votos de la circunscripción: casi 3.000, más que el propio almirante Topete. De nuevo la notoriedad le llevó a las páginas de la prensa. ¿Podía un procesado, aunque fuera por un delito político, ocupar un escaño parlamentario? Las opiniones fueron encontradas. Pero lo que nadie pudo evitar fue que su popularidad subiera como la espuma. Los diarios republicanos lo incluyeron como uno de sus colaboradores y el republicanismo gaditano, con Benot a la cabeza, una vez elegido nuevo comité a comienzos de febrero, lo primero que hizo fue desplazarse en pleno a la fortaleza militar para visitar al «héroe Salvochea».

No pudo ocupar el escaño. Le fue retirada el acta y, aunque no fue enviado a las colonias americanas o a las de los mares del sur, no recobró la libertad hasta una amnistía otorgada en mayo. Pero la imagen del héroe ya estaba fijada y en los actos republicanos se exhibía su retrato que levantaba grandes ovaciones. Fueron estos meses durante los que se acentuó su desconfianza en el rumbo que llevaba el nuevo estado democrático. No fue el único, otros militantes republicanos también terminarían en un federalismo impregnado de reivindicaciones populares como la devolución de los bienes comunales arrebatados a los municipios. Durante los meses siguientes, Salvochea, junto a Guillén y Paúl realizaron diversos viajes por pueblos de la provincia con el fin de organizar al Partido Federal. En junio participó en Córdoba en la asamblea que formalizó el pacto entre Andalucía, Extremadura y Murcia. En las semanas siguientes el proceso se repitió en otras regiones hasta la firma en Madrid del Pacto Nacional Federal y

la formación del Consejo Federal Nacional. En agosto, en la asamblea que celebraron en Andújar los representantes del federalismo andaluz, extremeño y murciano fue elegido miembro suplente del consejo.

Mientras se habían ido distanciando las fuerzas que habían participado en la revolución de septiembre. La supresión de las garantías constitucionales en julio, por la actuación de partidas carlistas, y las declaraciones pro monárquicas del general Serrano fueron losas del camino que llegó a su meta en octubre cuando, como en Cádiz en diciembre, las autoridades intentaron desarmar a las milicias federales en Tortosa. La resistencia de los catalanes originó que numerosos grupos, con sus diputados al frente, se echaran al campo en diferentes zonas del país; En Cádiz lo hicieron Paúl y Angulo y Rafael Guillén. Junto a ellos estuvo Salvochea. El grupo armado del gaditano se dirigió a Medina y Paterna en donde se unió al de Cristóbal Bohórquez y, después, al jerezano de Paúl. Perseguidos por tropas gubernamentales los federales se dirigieron hacia la sierra gaditana fronteriza con Málaga en donde se le unieron otros grupos malagueños comandados por el cura Romero. El enfrentamiento tuvo lugar en las proximidades de Ubrique el 15 de octubre. Los federales fueron derrotados y el diputado Guillén, prisionero, fue fusilado sumarísimamente. Dispersas sus fuerzas, Salvochea se dirigió hacia Gibraltar en donde se refugió. Después se instaló en París. En diciembre, junto a Paúl y Angulo y otros federales españoles emigrados, fue expulsado por las autoridades francesas. Primero estuvo en Ginebra y después en Tánger. En la ciudad norteafricana permaneció hasta su regreso a España en la primavera de 1870. Fue su primer exilio que le permitió

tener los primeros contactos directos iniciales con los revolucionarios europeos.

En 1870 una amnistía posibilitó su regreso a Cádiz en donde continuó militando en el Partido Federal. A la vez comenzó a hacerlo en la Internacional obrera. En la celebración de la asamblea nacional del Partido Federal de mayo de 1871, Salvochea fue elegido para formar parte del directorio. Renunció al puesto ya que lo consideraba incompatible con su residencia en Cádiz. En su transcurso propuso que una comisión se desplazara a París para informarse de los acontecimientos de la Comuna. Hubo una ardua discusión aunque, finalmente, el acuerdo se aceptó y el propio Salvochea, junto a Estévanez, fue delegado para viajar a la capital gala. No lo hicieron por la derrota comunera. No sabemos si la renuncia a trasladarse a Madrid estaba relacionada con una enfermedad de su padre. Lo cierto es que Fermín Salvochea Terry falleció el 22 de julio. La similitud de nombre y primer apellido hizo creer a algunos que quien había muerto era el hijo. La prensa federal tuvo que publicar una nota para deshacer el equívoco. Muerto su padre Salvochea siguió viviendo con su madre en la casa familiar de la calle San Francisco. Heredó 54.280 reales en efectivo procedente de la legítima que le correspondía.

No resulta fácil hacer una valoración actualizada del poder adquisitivo que suponía esa cantidad. Según me informa el catedrático Antonio Miguel Bernal, a quien doy las gracias por las informaciones, no existen tablas deflectadas de la moneda española del XIX. Hay que hacer una valoración para cada caso particular. En el de la suma heredada por Salvochea si se

establece la valoración a partir de los salarios medios obreros, del coste de la vida, para los que sí se disponen de tablas para las últimas décadas del siglo XIX, índices de precios y el precio de la tierra, el resultado es que recibió lo que hoy sería entre 400 y 600 mil euros. Es decir, un patrimonio de una persona acomodada, que podía llevar una confortable y cómoda vida pero que no era, ni de lejos, el multimillonario o potentado como a veces se nos ha presentado.

Sí está claro que por esas fechas Salvochea ya había ingresado en la Internacional. En noviembre de 1871 la prensa obrera informaba de que en Cádiz existía una gran actividad societaria en la que colaboraban con sus esfuerzos «personalidades de reconocido talento». Una información genérica que se concretó en el aviso que el periódico madrileño *La Emancipación* insertó en diciembre indicando que la prosperidad de la federación gaditana era muy buena, que se preparaba la publicación de un periódico y que «el compañero Fermín Salvochea, miembro de la Internacional» desarrollaba una activa propaganda por la provincia. No fue el único federal que dio ese paso. Aunque, de momento, no abandonó la militancia en el partido. Con seguridad Salvochea todavía pertenecía a él a comienzos de 1872. En febrero fue nombrado delegado por Cádiz a la III asamblea que se celebró en Madrid. Pero no acudió. Mandó una carta renunciando a su puesto por la trayectoria que, desde octubre de 1871, había seguido el partido. No deseaba contribuir a una política que consideraba perjudicial.

Fue por esos días cuando tuvo lugar su encuentro con Anselmo Lorenzo, uno de los más destacados internacionalistas

antiautoritarios del momento. Visitaba Cádiz para, oficialmente, agilizar la creación de secciones de la FRE y la elección de delegados al congreso que se iba a celebrar en Zaragoza. Pero, además, de forma clandestina, organizar los grupos de «Defensores de la Internacional». La asistencia de Salvochea a esta última reunión testimonia su plena integración en la Internacional.

De todas formas, su participación en las elecciones municipales de marzo de 1873 y posterior elección como alcalde, indica también que todavía estaba lejos de romper con el Partido Federal. Para entonces el proyecto monárquico encabezado por Amadeo de Saboya había naufragado y, en febrero de 1873, se proclamó la Primera República. Unas semanas más tarde se celebraron elecciones municipales y Salvochea alcanzó la alcaldía. Su mandato duró unos pocos meses: de marzo a agosto. Durante él laicizó la enseñanza, secularizó el cementerio, derruyó viejos conventos cuyos solares convirtió en plazas, transformó edificios en centros culturales y armó la milicia municipal. El 12 de julio Cartagena proclamó el Cantón. El 19 se constituyó un Comité de Salud Pública en Cádiz. Lo encabezó Salvochea y participaron republicanos y obreros. En las semanas en que controlaron la ciudad insistieron en la supresión de impuestos, el desestanco del tabaco, la incautación de edificios religiosos, la separación Iglesia-Estado, la abolición de las quintas y la formación de cuerpos voluntarios. El 30 de julio una columna mandada por el general Pavía ocupó Sevilla y se dirigió a Cádiz. El 3 de agosto los cónsules se hicieron cargo de la ciudad y formaron, con distintas personalidades conservadoras, una Junta Provisional. Al día siguiente fue arriada la bandera roja del Cantón.

Como en 1868 Salvochea no intentó huir. Fue detenido, encarcelado y procesado. El día 9 de febrero de 1874 compareció ante un consejo de guerra que le condenó a veinte años de cárcel. Elevada la sentencia al Consejo Supremo Militar, este la transformó en prisión perpetua. El domingo 22 de marzo de 1874, en compañía de otro líder cantonalista, Pérez Lazo, Salvochea fue trasladado a Málaga desde donde embarcaron en el buque correo de África. El Peñón de la Gomera fue su primer penal. Dos años más tarde fue llevado a Ceuta. Entre El Hacho ceutí, el Peñón de la Gomera y las islas Chafarinas pasó los seis años siguientes. Sus estancias en prisión, esta y la posterior, fueron momentos claves para la construcción de la leyenda de Salvochea. Sus casi dieciocho años encarcelado se convirtieron en una muestra del coste de la acción individual. Una actitud en la que la coherencia personal tenía un especial protagonismo.

En 1881, con un Gobierno liberal presidido por Sagasta, las gestiones familiares e institucionales por conseguir su indulto fueron constantes. En junio le fue levantado el destierro a Manuel Ruiz Zorrilla y la prensa federal y republicana lanzó una campaña en pro de su libertad. Todas las gestiones chocaron con la negativa de Salvochea a firmar la solicitud. Ningún razonamiento le hizo cambiar. Ni siquiera el acuerdo al que el diputado por la ciudad Carlos Rodríguez Batista llegó con Sagasta de que no tenía que solicitar la gracia formalmente. Bastaría con que la aceptara. El Gobierno cumplió y la Gaceta de Madrid de 23 de enero de 1882 publicó un Real Decreto, fechado el día anterior, por el que, a propuesta del ministro de la Guerra Arsenio Martínez Campos, Salvochea era indultado. Hubo periódicos que anunciaron, unas semanas después, que

había sido puesto en libertad y recibido por un numeroso público en el puerto de Málaga. Pero lo cierto era que se había negado a aceptarlo por considerar que su prisión se debía a la razón de la fuerza y no a la fuerza de la razón.

Años después recordaría las consecuencias de su negativa. Hasta entonces el gobernador del Peñón le había permitido vivir más como un confinado que como un penado. Tenía una pequeña casa en la playa donde se bañaba diariamente y disponía de libertad de movimientos por los escasos 19.000 metros cuadrados de la isla. A los pocos días de rechazar el indulto fue trasladado al recinto penitenciario. A una especie de batería en la que, en literas, dormía medio centenar de penados a reclusión perpetua. La cuestión llegó hasta el Congreso de los Diputados y a la opinión pública que se dividió. Una parte consideraba su actitud como de alguien que quería presentarse como un mártir. Otros, en medio de una fuerte división del federalismo entre los seguidores de Pi, partidarios de pactar con las demás fuerzas, y quienes recomendaban la abstención política, entre los que estaba Salvochea, defendieron su posición y llamaron a realizar una suscripción para acuñar una moneda conmemorativa con su efigie.

En mayo saltó el escándalo: Salvochea se había fugado. Para evitar problemas el Gobierno había ordenado que siguiera viviendo en la playa. El viernes 12 de mayo se dirigió al muelle. A los centinelas les enseñó un pase que le autorizaba a dar un paseo en barca. La costa marroquí apenas estaba a una decena de metros. El salvoconducto resultó ser falso y el confinado llegó a tierra y se dirigió a un poblado unos 8 kilómetros tierra adentro. Allí, según una carta que difundieron los periódicos, a

pesar de que le robaron parte de la ropa y el dinero que llevaba, manifestó que no pensaba regresar. Cayó enfermo. Cuando mejoró marchó a Tánger. Una semana después, los principales diarios españoles informaron de su llegada a Gibraltar. El lunes 5 de junio de 1882 embarcó en un vapor con destino a Marsella desde donde pensaba dirigirse a París. Comenzaba el segundo exilio.

En la capital gala solo estuvo dos semanas. Unos días durante los que conoció, entre otros, el círculo de los socialistas más avanzados. Pablo Lafargue escribió a Engels, que estaba en la capital británica, informándole de la llegada de Salvochea. Tiene interés el escrito porque es una referencia directa de su transformación ideológica. Se reclamaba anarquista. Aunque el hispanofrancés dudaba de su profundidad ideológica y creía que, ante todo, era un hombre de acción. Desconocemos las causas de su viaje a Londres. Quizás las autoridades galas le recordaran la expulsión de doce años antes. Tampoco fue muy larga su estancia en tierras inglesas. Unas semanas más tarde estaba en Portugal, en el Algarve. Quería residir en un lugar de playa y cercano a la frontera española. La reorganización de la AIT española era vertiginosa y las conspiraciones republicanas se sucedían y había que estar disponible.

Lo contrario pensaban las autoridades españolas. No querían tener cerca a quien le daba demasiados quebraderos de cabeza. Así que pidieron a sus homologas lusas que le libraran de su presencia fronteriza. A mediados de agosto de 1883, con

el pretexto de una conspiración descubierta en Badajoz, Salvochea fue detenido en Vila-Real de San Antonio y trasladado primero a Faro y, después, a Lisboa. Pero tampoco allí se pudo quedar. El Gobierno portugués ordenó su expulsión. Salvochea pidió ir a Argelia, entonces colonia francesa. También fue rechazado. Finalmente le concedieron un visado para Mesina, en la punta calabresa de la bota italiana. Un lugar lo suficientemente perdido para que las molestias que pudiera causar fueran las menores. En el camino logró desembarcar en Orán, también francés entonces y de allí se trasladó a la ciudad costera llamada Nemours, hoy Ghazaouet. Una pequeña localidad cercana a la frontera con el actual Marruecos. Allí las autoridades francesas lo dejaron estar.

Poco aguantó Salvochea en un lugar donde la explotación colonial se mostraba con toda su crudeza bajo los escudos de la libertad, la igualdad y fraternidad. Tras un breve paso por Orán terminó dirigiéndose a Tánger donde residía una numerosa población española. Por aquel entonces existía un periódico llamado Al-Moghreb Al-Aksa. Fundado por el hispano-gibraltareño Gregorio Trinidad Abrines, propietario de una importante imprenta, y dirigido por José Nogales Nogales. En él encontró un ambiente favorable y comenzó a colaborar con algunos artículos. Aunque los meses que permaneció en la ciudad estuvieron marcados por el reencuentro con su madre a la que hacía una década que no veía.

El espíritu de hombre de acción de Salvochea no se había apagado. No conocemos la veracidad de las noticias aparecidas en la prensa portuguesa y francesa, y recogidas en parte por la

española, que a lo largo de 1885 le relacionó con las diversas conspiraciones que se sucedían en los medios republicanos, tanto del exilio como del interior. De hecho las autoridades francesas estaban seguras de que se había integrado en un Comité de Acción revolucionaria que, bajo el impulso de Paúl y Angulo, se había formado en París en julio en una reunión clandestina a la que habría asistido. En octubre también se dijo que ahora estaba, de nuevo, en Lisboa conspirando. Fuera como fuera, estuviera a caballo entre Tánger, París y Lisboa, lo cierto es que no pudo regresar a España hasta la muerte de Alfonso XII.

* * *

El primer Gobierno de la Reina Gobernadora María Cristina, encabezado por Sagasta, promulgó una amplia amnistía el 1º de diciembre de 1885. Unos días más tarde la prensa federal anunciaba que Salvochea estaba en Cádiz. No regresó el federal ligado al naciente mundo obrerista de la Primera Internacional, sino un hombre maduro que había pasado nueve años de presidio y otros tres de exilio y se proclamaba anarquista. Volvió a vivir con su madre y sus ingresos provenían de la fabricación de naipes que habían vuelto a iniciar en un taller instalado en la actual calle de la Palma. Apenas dos meses más tarde, el 1 de febrero de 1886, apareció *El Socialismo*.

Estaba impreso en la imprenta La Constancia de la calle Rosario Cepeda, lo dirigía Salvochea y administraba Andrés Neira. Se trataba de un periódico quincenal, subtitulado socialista, cuya finalidad era ayudar a la reorganización del

obrero gaditano. Hasta 1891 aparecieron 76 números en los que se puede seguir, de un lado, la evolución del movimiento obrero local y, de otro, una numerosa serie de artículos de los más importantes ideólogos radicales, no sólo ácratas, europeos del momento. Fue una de las vías por las que llegaron a España las ideas anarcocomunistas de Pedro Kropotkin. De hecho, Salvochea sería uno de sus seguidores aunque mantuvo al periódico sin adscripción a ninguna de las corrientes libertarias hasta 1890. Entonces consideró que podía decantarse públicamente y comenzó a aparecer en su cabecera su declaración «comunista anarquista».

Si el nuevo periódico indicaba a las claras el compromiso libertario de Salvochea, hubo otro momento que señaló la ruptura con su militancia política federal. Ese mismo 1886 ante la nueva situación que había abierto la muerte de Alfonso XII, la mayoría de los federales, divididos en varios grupos, decidieron participar en las elecciones convocadas. Lo fueron por un acuerdo «turnista» de conservadores y liberales encabezados por Cánovas del Castillo y Sagasta. Los federales gaditanos le pidieron a su antiguo dirigente que encabezara la candidatura por el distrito. Salvochea les respondió desde las páginas de *El Socialismo*: «no se puede esperar nada de la política». El único camino para la emancipación de los trabajadores era el de «la transformación de la propiedad privada en colectiva para impedir así la explotación de clase y la lucha de todos contra todos». Sin embargo continuó ligado al mundo radical burgués a través de su participación en el Círculo Librepensador «Guillén Martínez» denominado así en recuerdo del compañero de Salvochea asesinado en 1869.

Una sociedad en la que, con el objetivo común de iluminar la mente y la conciencia de los hombres para alejarles del obscurantismo religioso, confluyeron tanto obreros concienciados como burgueses radicalizados. En marzo de 1887 abrió su sede de la calle Puerto Chico. En su primera velada intervinieron Salvochea, nombrado presidente honorario, y Ramón León Mainez, un activo periodista y cervantista que acompañaría a Salvochea hasta su muerte. Durante los meses siguientes su actividad fue intensa. Celebró actos casi todos los domingos y por su tribuna pasaron, por poner algunos ejemplos, Cala, José Larrahondo, uno de los miembros del grupo krausista local, y Amalia de Carvia Bernal, maestra y masona.

Aunque hombre ya mayor para la época, la actividad de Salvochea era vigilada por las autoridades. Su pasado, las evocaciones que levantaba su nombre y su ejemplo personal le convertían en un peligroso punto de referencia. *El Socialismo*, dentro de sus posibilidades, sirvió de vehículo de relación y expresión de las sociedades obreras locales y uno de los vehículos por los que acabó de renacer el obrerismo español. En campo abonado cayó la semilla de la convocatoria de la jornada mundial de huelga del 1º de mayo de 1890. La tradicional insensibilidad social de las autoridades españolas hizo el resto. A Salvochea le costaría otros nueve años de prisión.

Como en otras muchas ciudades españolas, el primer día de mayo de 1890 numerosos obreros se pusieron en huelga y salieron a la calle a manifestarse portando banderas con la inscripción «¡Viva la jornada de 8 horas!». En Cádiz unos dos

mil se congregaron en la explanada llamada de las Barquillas de Lope, una zona alejada de lo que hoy es el casco antiguo de la ciudad. Allí escucharon los discursos que les dirigieron varios oradores. Entre ellos Salvochea y el secretario del centro internacionalista reconstruido unos meses antes. El primero insistió en que el obrero era el nuevo esclavo. Su esclavitud era peor que la antigua del africano. Se utilizaban los adelantos de la ciencia para perjudicarles: cada nueva máquina suponía el despido de más obreros que terminaban en la indigencia. Para defenderse debía asociarse y propagar las ideas colectivistas. Finalmente propuso que la huelga fuera indefinida.

El éxito de la jornada hizo saltar las alarmas. Se reproducía la situación de más de un lustro antes. Cuando hubo que recurrir a la invención de una sociedad clandestina, la llamada Mano Negra, para desarticular al obrerismo que se extendía peligrosamente por la campiña y el conjunto de la provincia gaditana. El cerco a Salvochea se estrechó. Al acercarse la fecha de la segunda convocatoria por las ocho horas ya estaba decidido quitarle de la circulación. El domingo 26 de abril de 1891 se celebró un multitudinario mitin en los locales del centro obrero en la calle de San Rafael. El interior, abarrotado, se mostró insuficiente para acoger a los asistentes que se desparramaron por la calle. Intervinieron los principales dirigentes del obrerismo gaditano: José Ponce de León, Juan García Ríos y José Lahesa Cano. Todos ellos muy relacionados con Salvochea que también tomó la palabra para convocar a los obreros a concentrarse el 1 de mayo a las 12 de la mañana en la plaza de San Antonio, a pesar de la anunciada prohibición gubernativa de la celebración de manifestaciones. Fue la gota que colmó el vaso.

La noche de 29 de abril la Policía entró en la redacción de *El Socialismo* en donde estaba dispuesta la edición de un suplemento especial dedicado a la jornada del 1º de mayo. Una hoja con un artículo titulado «La Piqueta» en el que se aconsejaba utilizar ese instrumento para demoler todo el edificio social y levantar uno nuevo. Que se trataba de un pretexto para detener a Salvochea nadie lo dudó. Hasta la prensa publicó que se sabía que la noche del miércoles la Policía iba a ir a su casa. Así fue. Junto a Salvochea fueron detenidos Ponce, conserje del centro obrero, y García el secretario. Ni siquiera se esperó a que comenzaran a distribuirse los primeros ejemplares ya que, supuestamente, no estaba en vigor la censura previa. La tarea de intimidación de las autoridades se completó con la declaración del estado de alarma en la ciudad, la publicación de un bando en el que se amenazaba con duras sanciones a los manifestantes e, incluso, con la utilización de las fuerzas de los buques de guerra atracados en la bahía.

Aun así, poco antes del mediodía, unos doscientos obreros paseaban o estaban sentados en los bancos que rodeaban la plaza. A una señal se agruparon y se dirigieron hacia la calle Ancha. Ante su presencia el comercio cerró y la manifestación recorrió diversas calles hasta que la Guardia Civil, tras varias cargas, la disolvió. Durante los días siguientes se produjeron diversas detenciones, mientras la huelga continuaba en algunos gremios, y el local del centro obrero fue clausurado. Desde la cárcel, entrevistado por los periodistas, Salvochea afirmó que su prisión y la prohibición de la manifestación eran muestras del miedo de la burguesía que sólo sabía utilizar la razón de la fuerza. A mediados de junio, recobrada la calma en

la población, Salvochea y sus compañeros fueron puestos en libertad. Pero no lo estaría por mucho tiempo. Las autoridades no estaban por soltar la presa.

A pesar de la represión, las acciones del 1º de mayo demostraban que el mundo obrero volvía a organizarse y pasaba a la acción. Todavía faltaban casi dos décadas para que, por fin, el capitalismo español reconociera que tendría que convivir con el obrerismo al que no lograban detener ni las cárceles, ni las deportaciones, ni el garrote vil. A comienzos de la década de los noventa del siglo XIX un nuevo acto de sangrienta represión se estaba incubando. De ella saldría Salvochea con una condena a 20 años de prisión. El telón se descorrió el 26 de agosto cuando fue detenido en la redacción de *El Socialismo*. Esa noche, un grupo de policías se dirigió al local del periódico en donde se encontraban Salvochea y algunos de sus compañeros. Otros agentes se encaminaron al Centro Obrero. Registraron los locales y encontraron siete petardos. Salvochea y otros trece trabajadores fueron detenidos.

El pretexto era que desde mayo habían comenzado a producirse explosiones en diversos puntos de la ciudad. La mayoría de ellos en lugares apartados y sin que ocasionaran víctimas. Aunque hubo dos, uno en la Alameda y otro junto al edificio de la Aduana, que produjeron cinco heridos entre los transeúntes de los que uno falleció. Salvochea y los dirigentes obreros negaron que tuvieran algo que ver con las explosiones y aseguraron que los petardos encontrados los había puesto la misma Policía. De hecho *El Socialismo*, en un artículo, denunció el intento de atribuir a los anarquistas la responsabilidad de lo

que ocurría. En cualquier caso el círculo se había cerrado. Tres procesos le fueron abiertos: el primero por el artículo del periódico, el segundo por convocatoria de manifestación ilegal y el tercero por tenencia de explosivos. A ellos se les añadieron otros dos por desacato a los jueces. Finalmente, en enero de 1892 se le incluyó, como autor intelectual, en el consejo de guerra abierto por los sucesos ocurridos en Jerez la noche del 8 de enero. El llamado «asalto campesino».

Ante el cerco judicial Salvochea rechazó a una justicia que no creía legítima. Su personalidad atraía a la judicatura ya que se trataba de un personaje conocido y, hasta su desclasamiento, uno de «los suyos». El resultado fueron varios choques que terminaron con la apertura de los expedientes por desacato. Del primero de ellos dieron buena cuenta los periódicos del momento y desató una cierta polémica. Al parecer unos días después de su detención Salvochea fue visitado en la cárcel por el juez que, a su vez, era presidente de la Audiencia Provincial. Le preguntó que qué le parecía la celda en la que estaba. Salvochea le respondió que muy húmeda. A lo que el juez le replicó que entonces no hiciera nada para terminar en la cárcel. La respuesta del preso fue que no le preguntara esas cosas. Entonces le procesó por desacato.

La prensa recogió lo ocurrido y un antiguo compañero de conspiración en 1868, el marino José Marenco Gualter, secretario de Prim, masón y ahora republicano, escribió un artículo sobre lo ocurrido en el diario local *El Manifiesto* que fue, a su vez, denunciado por la fiscalía. Pero no quedó ahí la cosa, días después, a principios de septiembre, cuando fue llamado a declarar en la instrucción de la causa por desacato, al

ver que todos estaban sentados Salvochea lo hizo también. Llamado al orden por el juez para que declarara de pie, se negó afirmando que tenía por costumbre estar como todos los que estaban en la habitación con él. Al persistir en su actitud, a pesar de las advertencias, fue nuevamente procesado por otro delito de desacato.

Todos estos procesos se fueron substanciando los meses siguientes. El 7 de diciembre de 1891 se vio la vista por el artículo. Su defensor, que era de oficio, pretendió obtener la absolución apelando a la irresponsabilidad de su defendido que tenía «una disfuncionalidad entre su organización cerebral y las funciones orgánicas». Ante la indiferencia de Salvochea, que no le había autorizado a defenderle, el tribunal no consideró estos argumentos y le condenó a dos meses de prisión. Ya los había cumplido pero permaneció en la cárcel para comparecer en los tres juicios que todavía tenía pendientes.

El segundo se celebró el 24 de febrero de 1892, cuando ya habían comenzado las investigaciones sobre la participación de Salvochea en los sucesos de Jerez. Se vio otra de las causas por desacato. La primera había sido archivada. A preguntas del fiscal Salvochea insistió en que permaneció sentado porque el juez y los demás lo estaban. Consideraba que tenía derecho a hacerlo porque todos los hombres eran iguales. Su defensor fue Juan de Vicente Pórtela, un abogado progresista de la ciudad, que también buscó la absolución apelando a la locura. Argumento que de nuevo fue rechazado. El 2 de marzo la sentencia le condenó a otros dos meses de arresto y al pago de una multa de 125 pesetas por desobediencia grave a la autoridad.

Los dos procesos fueron seguidos por un público expectante que llenó la sala de audiencias del Palacio de Justicia gaditano y las calles cercanas bajo la estricta vigilancia de la Guardia

Civil que, en ambas ocasiones, cargó contra los que daban vivas a Salvochea y a la anarquía. El preso fue trasladado desde la prisión a la sala en medio de grandes medidas de seguridad, en coche cerrado y acompañado de un oficial de la Guardia Civil. La figura del alcalde republicano seguía despertando pasiones y simpatía. Esta última quizás no estuviera lejos en el veredicto de inculpabilidad que dio el jurado popular que vio el tercero de los juicios contra Salvochea: el de la convocatoria de manifestación ilegal del 1º de mayo. Se celebró el 8 de marzo de 1892 y estuvo rodeado de las mismas medias de seguridad y expectación que los anteriores. Una absolución que tuvo sus secuelas en artículos de prensa y comentarios al ser ratificada por la Audiencia Provincial.

Cuando se vio la última de las causas en las que estaba inmerso Salvochea, la de la tenencia de explosivos, en febrero de 1893, ya estaba condenado como inductor único de los sucesos de Jerez de enero de 1892. Aunque la sentencia estaba pendiente de confirmar por el Consejo Supremo de Justicia Militar. El jueves 16 la ciudad amaneció tomada por fuerzas de la Guardia Civil. Muchos obreros habían dejado de trabajar y los vecinos se asomaban por los balcones y ventanas de las calles por las que iba a pasar la conducción de Salvochea y sus otros compañeros procesados desde la cárcel hasta la Audiencia. En el Palacio de Justicia, rodeado por guardias, casi mil personas se apretujaban para conseguir uno de los escasos lugares en la sala de vistas.

Durante dos días medio centenar de testigos, incluyendo el jefe de la Policía de la ciudad y los guardias que habían encontrado los petardos, declararon ante el tribunal. Poco se sacó en claro hasta el punto de que finalmente todas las partes retiraron las acusaciones contra Salvochea, José Ponce de León, Juan Cepera, Juan José García y Antonio Bielsa. El presidente del tribunal se vio obligado a dictar el sobreseimiento de la causa. Entonces estalló la alegría. La vuelta a la cárcel fue una auténtica manifestación de júbilo con pañuelos al aire. Aunque en el coche de los detenidos iba uno más. Antonio Estévez, un anarquista citado como testigo que se negó a jurar por declararse ateo y fue detenido por desacato. Al poco de llegar a la prisión salieron en libertad los compañeros de Salvochea. Sólo quedó él a la espera de la resolución de la sentencia del consejo de guerra de Jerez. Una soledad en la que iba a pasar los nueve años siguientes.

El segundo consejo de guerra contra los acusados del asalto campesino a Jerez de enero de 1892, en el transcurso del cual fueron asesinadas dos personas, se había celebrado el 29 de noviembre. El primero, en febrero, llevó al garrote a cuatro de los acusados. También ahora se esperaban penas ejemplares. Iban a ser juzgados los inductores. El principal era Salvochea, cuatro veces reincidente en la acusación de rebelión, para el que se pedía 12 años de prisión. El acusado había sido trasladado el 20 de agosto desde la cárcel de Cádiz a la de Jerez para que le fuera tomada declaración. Fiel a la actitud que había mantenido en los procesos anteriores se negó a declarar y tampoco nombró defensor. Entonces fue aislado de los demás acusados. La mañana en que se celebró el consejo los 47 se hicieron una fotografía en el patio de la cárcel jerezana.

El único que falta es Salvochea.

El testimonio fundamental de la acusación era la declaración de Félix Grávalo que aseguraba haber sido uno de los que visitaron a Salvochea en la cárcel de Cádiz para recibir instrucciones para el levantamiento al que se iba a sumar el anarquista italiano Errico Malatesta. Además había entregado un escrito de Salvochea a Fernández Lamela, uno de los ejecutados en febrero, con las consignas. Aunque el confidente madrileño se desdijo por escrito en noviembre de sus acusaciones y fue rechazada una prueba caligráfica que certificaba que no era del gaditano la letra de la carta, el tribunal aceptó como prueba la primera declaración de Grávalo y, además, como Salvochea se negó a declarar lo consideró un reconocimiento de culpabilidad. Finalmente fue condenado a la pena solicitada de doce años.

El consejo de guerra y su instrucción estaba tan lleno de irregularidades que el capitán general de Andalucía no se atrevió a confirmar una sentencia por la que 17 de los acusados lo eran a cadena perpetua y otros diez a quince años. Sí lo hizo el Tribunal Supremo de Guerra y Marina en abril que confirmó la pena de Salvochea. Cuando a comienzos de mayo se le comunicó en la cárcel de Cádiz en donde seguía se negó a firmar la notificación.

Ahora quedaba a la espera del presidio al que fuera destinado. Durante las semanas anteriores la mayoría de los condenados en Jerez habían sido enviados a Ceuta. Salvochea y otros cinco fueron destinados al penal de Valladolid. La noche del 25 de septiembre subieron al tren que les llevó hasta la

madrileña estación del Mediodía. Allí le esperaban algunos anarquistas que pretendieron entregarle escritos que fueron interceptados por la Policía.

Durante unos días estuvieron en la prisión madrileña. Salvochea recibió diversas visitas. Entre ellas las de su paisano Javier de Burgos, ya conocido literato, Felipe Pérez González, otro conocido autor del momento y abogado progresista, y su viejo compañero de 1869, el malagueño Diego Carrasco. A quien se negó a atender fue a la prensa. A principios de octubre llegó al penal vallisoletano. Su estado físico no era bueno: tenía diversos herpes de los que uno le afectaba a los ojos, el frío castellano le hacía mella y no se acostumbraba al gorro de presidiario en vez del sombrero de ala ancha con el que había viajado. Le ingresaron en la enfermería en donde se negó a medicarse salvo con los remedios que le proporcionaban algunos de los anarquistas jerezanos. Decaimiento físico que pudieron comprobar el abogado republicano y concejal del ayuntamiento Ángel María Álvarez Taladriz y el propio jefe del republicanismo nacional José María Esquerdo Zaragoza.

A los pocos días toda la prensa nacional recogió la noticia de que Salvochea había intentado suicidarse. El domingo 15, cuando estaban formados los reclusos para asistir a misa, comunicó que se negaba a hacerlo. Entonces fue encerrado en un calabozo. En el suelo, envuelto en una manta, en un gran charco de sangre lo encontraron cuando se pasó revista. Tenía una profunda herida en una ingle y otros dos cortes leves en el cuello. A su lado estaba la pequeña tijera con la que se había herido. Su estado era grave pero podía recuperarse. Así lo hizo.

Este episodio terminaría formando parte de su leyenda al atribuirse la salvación a que el frío había coagulado la sangre y así impedido su muerte.

Salvochea tocaba fondo. Sus perspectivas no eran nada halagüeñas. Tenía una condena de doce años por delante, su estado físico era malo, se abría un largo periodo de pacificación política con el obrerismo desarticulado y sus viejos compañeros republicanos en la marginalidad. Además estaba la implacable persecución del mundo anarquista al que se le relacionaba en su conjunto con el terrorismo. Así que no extraña que su figura prácticamente desapareciera de la opinión pública hasta 1898. Tampoco la situación familiar era mejor. Su madre comenzaba a tener una edad avanzada y su economía no era especialmente boyante. En 1894 vendió la fábrica de naipes y trasladó su domicilio a una vivienda más modesta en la calle de Manuel Rancés. Quizás fuera por estos años cuando comenzó a ayudarle otro de los viejos amigos del Sexenio de su hijo, el comerciante y banquero Manuel Francisco Paúl y Picardo.

* * *

Además de la pena de presidio Salvochea comenzó a sufrir otra mucho más dura: la del olvido. Fueron casi nueve años durante los que las penurias físicas y la rutina de la prisión castellana apenas fueron rotas por las noticias de que su antiguo profesor Eduardo Benot intentaba conseguirle un indulto o que los federales de Cádiz le recordaban en sus veladas. Sólo la prensa local se hizo eco, en agosto de 1898, de que había sido trasladado a la prisión de Valencia y después a la de Burgos. Durante estos años tradujo a Luisa Michel y a

Milton, se interesó por la astronomía y estudió los escritos de Fernando Araujo Gómez, uno de los más importantes fonetistas españoles. Interés que posiblemente adquirió de su trato con Benot, a su vez un destacado lingüista.

El 22 de enero de 1899, con motivo del santo del todavía rey niño Alfonso XIII, se dictó un indulto parcial que rebajaba una cuarta parte las condenas a reclusión temporal. Salvochea había sido condenado en 1893 a 12 años y llevaba casi seis años de cumplimiento más otros dos anteriores. En total prácticamente 9 lo que le incluyó entre los beneficiarios. El 4 de abril abandonaba la prisión de Valladolid hacia Madrid. Tras pasar la noche en la capital del reino, al día siguiente cogió el tren en la misma estación a donde había llegado seis años antes. Le despidieron amigos y dirigentes republicanos y federales. A la mañana siguiente le esperaba una triunfal recepción Cádiz. Apenas llegó el tren a la Aguada una comisión obrera saltó al tren y, buscándolo por los vagones, le acompañó hasta la estación. Allí cientos de personas le vitorearon al verlo aparecer y, tras abrazarse a su madre que le esperaba en un coche, se dirigió a pie a su casa. Vanos resultaron los esfuerzos de la Policía para impedir la manifestación que se formó hasta su domicilio en la calle Doblones, hoy de Manuel Rancés. Entre los manifestantes estaba un joven sevillano de veinte años que estudiaba en Cádiz el curso preparatorio de Medicina: Pedro Vallina Martínez.

Salvochea rechazó los ofrecimientos de darle una serenata y sólo admitió salir un momento al balcón de su casa para agradecer el recibimiento, recomendar la disolución pacífica de

la concentración y gritar «¡Viva el comunismo y lo que ustedes saben!». Una clara referencia a la anarquía. Como había escrito un periódico madrileño su libertad era relativa y su vuelta a la ciudad había levantado la preocupación de las clases empresariales que temían que su figura revitalizara al movimiento obrero. De lo que estaba prácticamente todo el mundo seguro es que no iba a dedicarse a la vida contemplativa. Acababa de cumplir 57 años y diversos testimonios coetáneos coinciden en que regresaba envejecido y con aire de estar enfermo. Durante unas semanas se dedicó a descansar y retomar el contacto con viejas amistades. Su casa era un trasiego constante de visitas. Además tenía que hacer frente a la tarea de encontrar trabajo que le permitiera hacer frente a sus gastos, por muy frugales que estos fueran, y a los de su madre.

Es posible que detrás de esta necesidad estuviera su pronto regreso a Madrid. A comienzos de mayo de 1899 se instaló en unas habitaciones en el entonces periférico barrio de Cuatro Caminos. Después viviría en una buhardilla de la calle Zorrilla, en las inmediaciones del Congreso de los Diputados. Es posible que esperara encontrar trabajo como traductor o redactor en algunos de los periódicos de viejos conocidos, como Pi y Margall, o de jóvenes republicanos como Alejandro Lerroux. Este le ayudó a montar un gimnasio higienista, en la redacción de la revista *Vida Nueva* en la calle de la Montera, que tuvo una corta existencia. Tampoco olvidó sus relaciones con la familia Urales, instalada en Madrid y que publicaba *La Revista Blanca*, o su paisano Eduardo Benot y el músico Carlos Fernández Shaw autor de éxito en el momento. Hasta su muerte vivió de los trabajos en prensa, en especial en *El*

Progreso dirigido por Lerroux, *El Heraldo de Madrid* de José Canalejas, *El Liberal* y *El País*. Su tarea consistía fundamentalmente en traducciones y corrección de noticias de agencias. Otras fuentes de ingresos fueron las traducciones de cartas comerciales para la casa gaditana McPherson y la representación de vinos de la bodega de Agustín Blázquez. En esta última ocupación se puede adivinar la mano de Paúl y Picardo. Su hermana Servanda era la viuda del patriarca de la bodega.

Por lo demás, Salvochea colaboró habitualmente con la prensa anarquista. En especial en *La Revista Blanca* que editaba Federico Urales y su compañera Soledad Gustavo tras regresar del exilio londinense. En ella aparecieron la mayoría de sus poesías y escritos de estos años. Aunque en *El País* y *El Motín* y *Las Dominicales* de José Nakens lo hicieron diversos textos autobiográficos. Precisamente fueron los Urales quienes editaron, en abril de 1900, el folleto antimilitarista *La contribución de sangre*. Su obra escrita de mayor extensión.

En Madrid Salvochea siguió con su vida frugal y la costumbre de participar en tertulias. Una de ellas, la de Javier de Burgos en el Café de Levante, en la calle Mayor, cercano a la Puerta del Sol y otra la que reunía al grupo que aglutinaba la revista *Gente Vieja*. Pero sobre todo acudía al Centro Federal de Sociedades Obreras del segundo piso del número 17 de la calle Piorno de la Mata muy cercana a lo que pronto iba a ser la Gran Vía. Pertenecía a la Sociedad de Oficios Varios de dicho centro y asistió en 1901 al segundo congreso de la recién constituida Federación de Sociedades de Resistencia de la Región Española (FSORE). Aunque estigmatizado políticamente

por su militancia anarquista, mantuvo una estrecha relación personal con viejos amigos republicanos y federales como Benot, León Mainez e incorporó a su grupo de próximos a algunos de los jóvenes escritores que, por aquellos años, se sentían atraídos por el mundo ácrata. En su círculo de amistades estuvieron Manuel Ciges Aparicio y Alejandro Sawa. Entre los anarquistas la tuvo con Antonio Apolo, el impresor y director de *El Rebelde* y, en especial con Pedro Vallina Martínez, aquel joven que presenció a su regreso a Cádiz y que, ahora, estudiaba en la Facultad de Medicina madrileña. Ambos trataron una corta amistad directa hasta 1902, año en que Vallina tuvo que salir al exilio, pero intensa y que se prolongaría en el tiempo hasta convertirse el sevillano en el albacea de la memoria de Salvochea.

De todas formas no dejó de viajar a Cádiz. En octubre recogió un bastón que, por suscripción entre sus afiliados, le regalaron las sociedades obreras de la ciudad y, ya en 1901, permaneció varias semanas entre febrero y marzo. El 25 de marzo presidió el entierro civil de Francisco Salas, un pintor que se había suicidado y que había sido uno de los fundadores de la sociedad de su gremio. Este viaje despertó los rumores de que se disponía a intervenir en la preparación del 1º de mayo en Cádiz y Jerez. Sobre todo en esta última localidad en donde se vivía una fuerte competencia entre anarquistas y republicanos por el control del obrerismo de la zona. Fuera porque le presionaran las autoridades o porque considerara que su estancia en Cádiz, quizás por asuntos familiares, tocaba a su fin, el caso es que a principios de abril partió hacia Madrid. No volvió hasta noviembre de 1902.

Durante el año largo que vivió en la capital del reino, las autoridades no le perdieron de vista. Le vigilaron estrechamente y, en determinados momentos, detuvieron a personas muy cercanas a él. Era una manera de avisarle. El gaditano no dejaba de ser una referencia tanto para republicanos como anarquistas. Además estaba en todas las salsas. Asistía al centro obrero del Horno de la Mata y, en febrero de 1902, fue nombrado consejero honorario de la junta directiva que aglutinaba este círculo federal con el Centro Republicano Obrero de la calle de la Encomienda. Continuó acudiendo a manifestaciones. Ahora a las de los estudiantes de Medicina que organizaba su amigo Pedro Vallina con el que compartía inquietudes educativas. La propia prensa se encargaba de reavivar el recuerdo del Salvochea revolucionario. En abril de 1901, a consecuencia de los incidentes ocurridos en un mitin de la sociedad de Metales, su sede fue clausurada. La noticia recordaba que su creación se debía a Salvochea que, mientras estuvo en Cádiz, iba a diario al local y que su presidente, hasta hacía poco, Juan Antonio Santander Carrasco era uno de sus discípulos.

Aunque con los sesenta años de la época, seguía siendo un incordio en unos momentos en los que el movimiento obrero volvía a agitarse. Por otra parte es posible que los problemas físicos que padecía hubieran aumentado. También, como apunta Puelles, que la situación de su madre requiriera una mayor cercanía. O fuera una suma de las tres cosas. El caso es que en el otoño de 1902 Salvochea regresó a Cádiz. Esta vez definitivamente hasta su muerte cinco años más tarde. Es el testimonio de Vallina, el más cercano que tenemos de las implicaciones de Salvochea en las diversas conspiraciones y

planes para atentar contra personalidades monárquicas. Algunas no tuvieron mayor trascendencia porque, según lo que cuenta el médico, Francisco Salazar, un químico anarquista que iba a proporcionarles un potente explosivo falleció antes de hacerlo.

Mayores consecuencias tuvo el llamado «complot de la coronación» que parece más bien fuera una maniobra policial para retirar de la circulación a algunos anarquistas como Antonio Apolo y Pedro Vallina y, de paso, mandar un aviso a Salvochea de que, en cualquier momento, podía volver a prisión. El 17 de mayo estaba prevista la coronación del rey Alfonso XIII. La víspera la Policía encontró en casa de unos viejos federales en la Carrera de San Jerónimo, por donde iba a pasar el cortejo, unos explosivos y petardos. A las pocas horas fueron detenidos Vallina, Apolo, Fermín Palacios y Francisco Suárez. Todos ellos anarquistas y a los que se les había visto los días anteriores con Salvochea. A la vez la prensa filtró que la Policía lo buscaba. Era el mensaje. De hecho Salvochea había pasado la noche del 16 en la comisaría interesándose por la situación de sus amigos mientras que, supuestamente, la Policía rastreaba su pista infructuosamente. Pasó el tiempo y nada se substanció.

En septiembre Vallina fue puesto en libertad y Salvochea le recomendó que marchara al exilio antes de que volvieran a prenderle. Fue la última vez que se vieron físicamente. Después el contacto fue epistolar. Pero en septiembre quien también sentía el aliento de las autoridades era el propio Salvochea. Durante la campaña para liberar a Apolo y a Vallina se celebró un mitin en un solar de la calle San Andrés esquina a Malasaña.

Allí había una bolera y el 23 de junio se celebró el acto en el que intervinieron, entre otros, Salvochea y Eduardo Barriobero. El periódico republicano *El País* resumió las palabras de Salvochea. Al día siguiente el gaditano remitió un escrito al diario avisando de que no se había recogido de su intervención la propuesta que había hecho de convocar una nueva asamblea que no se disolvería hasta que los presos hubieran sido puestos en libertad. Incluso si tenían que ir ellos mismos a la cárcel y asaltarla. El escrito fue denunciado por la fiscalía y se abrió proceso. Esta vez la señal era aún más clara.

Por otro lado la situación de su madre en Cádiz requería más atenciones y tampoco hay que descartar un agravamiento de sus dolencias. El parte de su defunción habla como causa del fallecimiento una meningo–mielitis aguda. Una enfermedad que puede tener un origen infeccioso y un lento desarrollo. Pero, fuera cual fuera la causa concreta del regreso de Salvochea a Cádiz, el hecho es que a mediados de noviembre de 1902 ya estaba en ella. Volvería fugazmente a Madrid en mayo de 1903 cuando fue citado para declarar como testigo de la defensa en la causa abierta por el «complot de la coronación». La razón pública de su vuelta fue que lo hizo por la enfermedad de su madre. Se incorporó a la comisión pro–Escuela laica, a las tertulias de Justo Tovía, Benito Cuesta y Paúl y Picardo en calle Cristóbal Colón nº 21 y continuó frecuentando el Círculo de Hierros y Metales y el Centro Obrero de Extramuros. Incluso viviría un último, aunque breve, exilio por un delito de prensa. Posiblemente por una hoja distribuida durante la huelga de panaderos de diciembre de 1902 o la del astillero de febrero de 1903. Ningún rastro de ello conocemos salvo la noticia que proporciona Fernando Puelles.

Pero sí quedó recogido en la prensa que, en agosto de 1904, Salvochea estaba en Tánger. El lunes 29 asistió al mitin que se celebró en la ciudad a favor de los detenidos por los sucesos de Alcalá del Valle. La pequeña localidad gaditana en la que durante una huelga un joven fue asesinado por la Guardia Civil y los detenidos torturados.

No sabemos cuándo regresó a Cádiz. Un artículo aparecido en enero de 1905 en el diario *El País*, sobre los periodistas que habían tenido que salir de España para evitar procesos por delitos de opinión, citó entre ellos a Salvochea. En febrero se publicaron las primeras noticias sobre la edición, por entregas, de la traducción que había hecho de *Historia de mi vida* de Luisa Michel. La financiaba él mismo y el impresor (Imprenta La Unión) la editaría a medida que se recuperara el dinero. Sólo aparecieron las dos primeras. Los pedidos había que hacerlos a «Fermín Salvochea. Cádiz». Pero nada indica que hubiera regresado. En cualquier caso tuvo que hacerlo durante 1905. En una revista cubana, *Cuba y América*, editada en La Habana, apareció en enero de 1906 un artículo de un colaborador que visitó a Salvochea de paso por Cádiz. La descripción que hizo de su persona fue muy negativa: se encontró a un anciano vestido como un obrero pobre y con signos físicos de sufrir privaciones. Quizás el periodista exageraba la situación de un Salvochea que comenzaba a pertenecer al pasado. La mayoría de sus compañeros en el republicanismo habían muerto o estaban muy alejados de él. En Cádiz tenía un grupo de amigos que, a pesar de todo, no le había dado la espalda. Entre ellos Paúl y Picardo que no sólo ayudaba económicamente a su madre, sino que lo acogía en la tertulia que celebraba en su casa de la calle Cristóbal Colón. A ella acudían Benito Cuesta, Aramburu,

el banquero y comerciante Justo Tovía, el médico Celestino Párraga, su discípulo el metalúrgico y pronto impresor, Juan Antonio Santander y el cabeza del republicanismo local José Sánchez Robledo.

La actividad de Salvochea escrita se fue espaciando y a finales de 1902 dejó de colaborar con *La Revista Blanca*. No sabemos las causas. Los últimos artículos que conocemos son los autobiográficos que publicó en el diario madrileño *El País* en mayo y agosto de 1903 y la carta que remitió al periódico local *La Voz del Obrero del Mar*, en octubre de 1905. Rechazaba la invitación que le había hecho el ayuntamiento para que asistiera a la inauguración del monumento a Castelar precisamente en la plaza que nació del derribo del convento ordenado por Salvochea en 1873. Después, que sepamos hasta el momento, el silencio. Tampoco conocemos ninguna reacción al retrato que hizo de él Blasco Ibáñez en la novela *La bodega*. El valenciano visitó Jerez para documentarse. A pesar de las relaciones que había tenido con el gaditano –organizaron en los años ochenta una red de apoyo a prófugos–, no parece probable que se vieran.

Salvochea había desaparecido de la opinión pública y no volvería hasta su muerte. El viernes 27 de septiembre de 1907 la noticia corrió como la pólvora por Cádiz: había muerto en su casa, en el número 10 de la plaza del Pozo de las Nieves, hoy Argüelles. Los más cercanos sabían que desde hacía unos cinco días estaba en cama tras sufrir un ataque de parálisis. El doctor Párraga lo visitaba a diario. Al día siguiente la prensa local publicó su esquela y el aviso de que el entierro saldría el domingo 29 a las 9,30 de la mañana hacia el cementerio civil. El

duelo lo encabezaría Tovía, Párraga, Paúl y Picardo y Salvador Viniegra Valdés. Amigos y representantes de las diferentes ramas de la economía y la política gaditana. Un año antes había hecho testamento. Modificaba otro anterior de marzo de 1891. En ambos, carente de bienes, donaba su cadáver a la Facultad de Medicina. Voluntad que no se cumplió.

Durante la tarde del viernes y a lo largo del sábado numerosas personas, de toda clase social, se acercaron a la casa para presentar sus condolencias. Su cadáver se encontraba en la cama vestido como solía. La prensa publicó diversos llamamientos para acudir al entierro y algunos artículos elogiosos. El domingo amaneció lluvioso. Sin embargo miles de personas se agolpaban desde antes de la hora de partida en la plaza y calles adyacentes. El ataúd apareció en la puerta de la casa portado por un grupo de obreros a los que encabezaba Francisco Olmo. Sólo una corona de hojas de roble y bellotas lo adornaba. Detrás iba el duelo, amigos, representaciones de grupos políticos y societarios y un gentío que se calculó en unas 30 mil personas.

El entierro recorrió las calles Doblones, donde vivía su madre, Rosario, Columela, Montañés y Castelar hacia la plaza del Ayuntamiento para subir la Cuesta de las Calesas, cruzar la Puerta de Tierra y dirigirse al cementerio. A medida que cruzaba el centro de la ciudad eran más y más las personas que se incorporaban a la comitiva. En diversos momentos se oyeron vivas a Salvochea y a la libertad. Cuando el féretro tuvo que refugiarse en las arcadas del ayuntamiento por una tormenta, la presidencia del duelo se encontraba todavía en la plaza de Candelaria. El alcalde ordenó que el féretro entrara en el patio

y fuera depositado en una mesa. Durante el tiempo que estuvo allí diversas personas pronunciaron discursos espontáneos glosando la figura del difunto.

Cuando llegó al cementerio, el patio de la sección civil estaba ya ocupado por cientos de personas. Tras hacerle un espacio, el féretro fue abierto y el fotógrafo Iglesias realizó diversas instantáneas. Hubo gritos y las hojas de la corona pasaron a manos de quienes querían llevárselas de recuerdo. Antes de que fuera introducido en el nicho, diversos amigos y representantes políticos y societarios pronunciaron discursos que los presentes jalearon con vivas. Después, la multitud se fue retirando y emprendió el regreso a pie a la ciudad. Salvochea había dejado de vivir físicamente pero comenzaba otra existencia que terminaría convirtiéndole en mito.

* * *

Son varios los factores que han convergido para que Salvochea sea un referente para los más diversos grupos sociales. De un lado su pensamiento y de otro su propio desarrollo vital. Ambos lo hicieron «uno de los nuestros» tanto para el mundo burgués como el proletario. Tampoco se pueden olvidar la coherencia de su actuación y que fuera la acción el elemento que más le distingue.

El pensamiento de Salvochea terminó por configurarse en torno a unos pocos principios. En primer lugar, el antiparlamentarismo. En enero de 1891, con motivo de las primeras elecciones con sufragio universal masculino, aseguraba que no esperaba nada de los parlamentos, ni

siquiera de uno republicano, como ya había quedado demostrado en los Estados Unidos y Europa. La única esperanza era una revolución social que terminara con la explotación, la esclavitud y los privilegios y levantara otra nueva sociedad inspirada en el comunismo, la anarquía y la fraternidad.

En segundo lugar el antimilitarismo. El ejército era la piedra angular del edificio capitalista. Una cuestión a la que dedicó su folleto, el único que escribió, *La contribución de sangre*. En tercer lugar el anticlericalismo como quedó patente por los cambios que, durante su mandato municipal, realizó de nombres de calles y escuelas y prohibición de la enseñanza religiosa en las escuelas municipales.

Después, en la creación de asociaciones librepensadoras y sus denuncias sobre la presión de los religiosos en las cárceles.

El gusto por la acción le hacía especialmente atractivo para una sociedad popular, como la andaluza, que no utilizaba la alfabetización como elemento fundamental de transmisión y que tenía establecidas otras vías alternativas. Así lo vio el escritor José Bergamín en los años treinta cuando escribió su provocativo texto en defensa de las sociedades analfabetas frente a las alfabetizadas a las que consideraba muertas. Un sugerente planteamiento que ponía en primera línea el papel conservador de la cultura académica y de una educación meramente instrumental. El pueblo alfabetizado podía eliminar la espontaneidad del «pueblo niño analfabeto» lleno de razón pura y capacidad poética.

Salvochea no es el mejor ejemplo del analfabeto poético andaluz. Ni por su origen, ni por su formación. Pero sí es la figura del «apóstol vencido» en palabras de su amigo Ramón León Mainez y la de «un Quijote de carne y hueso» en las de su discípulo Pedro Vallina. Síntesis del revolucionario virtuoso para el notario cordobés Juan Díaz del Moral, autor de una de las más importantes obras sobre el obrerismo ácrata andaluz, y quien inspiró a Valle-Inclán en sus novelas del Ruedo Ibérico, a Vicente Blasco Ibáñez, no con la mejor de las intenciones, el personaje literario de Fernando Salvatierra en *La bodega*, a Alejandro Sawa y su Iluminaciones en la sombra y a otros tantos autores. Retratos todos en los que tiene un puesto principal la acción. Salvochea utilizaba la palabra como arma de transformación. No sólo en los mítines sino también en las veladas de los Centros de Estudios Sociales obreros en los que la canción y la poesía tenían un importante papel. Así que no extraña que sus escritos no sean abundantes y que su mito se haya construido en torno a lo que hizo, a su coherencia y sus acciones. Bien en «La Gloriosa», bien durante el cantón, ante los jueces, en el presidio o en su austera forma de vivir. Su decisiva participación en el éxito de las primeras convocatorias del 1º de mayo es un buen ejemplo de que fue un hombre de acción, antes que ideólogo o pensador.

Quizás sea casualidad, pero dos de sus tres últimos poemas están protagonizados por temas que sintetizan estos aspectos de la vida de Salvochea: la prisión y la acción. Como ha señalado el francés Serge Salaün, el gaditano es ante todo «un testimonio de su tiempo». La acción fue el motor de Salvochea. Más que cualquier programa fuera el republicano o el propio anarquista. Ya lo vio Lafargue, quien escribió que Salvochea,

antes que anarquista, era sobre todo un hombre de acción.

Uno de esos hombres capaces de «ir a por todo» si era necesario, protagonista de mil y una conspiraciones y para los que el pueblo armado era el garante de la revolución. El Salvochea comandante de los batallones de los Voluntarios de la Libertad del 68, jefe del grupo que se echa al campo un año más tarde y el alcalde que saca a subasta la custodia de plata, sufragada por el pueblo gaditano, para adquirir recursos con los que armar convenientemente a la milicia de la ciudad.

El primer verso de «La acción» (*Tierra y Libertad*, Madrid, 15. II. 1902) es tanto una declaración de principios –«¡Viva la acción!– como síntesis de una vida que, por esas fechas, se disponía a emprender su última travesía. Sólo la acción es capaz de hacer frente al dinero, de atemorizar, convirtiéndose en una pesadilla de la que nunca escapa, al opresor y, sobre todo, capaz de transformar al obrero sumiso en «consciente», proletario militante que diría su compañero de ideas Anselmo Lorenzo.

Salvochea se convirtió rápidamente en un mito. La semilla ya estaba sembrada. Todavía vivo comenzaron a aparecer relatos en los que se iba a forjar. Como la coagulación de la sangre que impidió su muerte cuando intentó suicidarse o que murió a consecuencia de una caída por haber regalado su cama. Sus casi dieciocho años de prisión eran una muestra del coste de la acción individual. Una acción que impregnó toda su vida y sintetizaba las virtudes del revolucionario.

Había sido uno de los hombres más populares de Andalucía.

Su rostro lo reprodujeron cajas de cerillas y postales que circulaban profusamente y adornaban locales obreros y federales. Los republicanos, que no olvidaban que Salvochea era un militante representativo del anarquismo, fueron los primeros interesados en hacer de él un ídolo. Ramón León Mainez, publicó un artículo en el que exaltó al «glorioso visionario», «al hombre injustamente perseguido, de carácter noble».

Vicente Blasco Ibáñez estuvo entre los que más hicieron para forjar la imagen de Salvochea «apóstol». Lo dibujó como «un santo laico», austero, librepensador, querido por todos, en su novela *La bodega*. El entonces diputado republicano pretendía ayudar, con esa representación, a desplazar al anarquismo del mundo obrero. Idealismo y praxis sindical parece que casaban poco.

También para los anarquistas se convirtió en una leyenda. Frente al retrato de los republicanos apareció el ácrata de su amigo y discípulo, Pedro Vallina. Lo presentaban como un «héroe moderno» que luchó por la causa del pueblo, que denunció la perversidad de la propiedad y el simulacro de la justicia burguesa, que difundió las virtudes del comunismo y la necesidad de la igualdad económica para establecer la fraternidad entre los hombres. También lo hizo el alemán Rudolf Rocker. Ambos ponen el acento tanto en el aspecto humano como en el revolucionario. Los elementos que forman el mito y la leyenda de Salvochea se han configurado en torno a la idea de que «era un Quijote de carne y hueso». Otro elemento es su amplia aceptación en diferentes círculos. Sean burgueses, republicanos o anarquistas. El pueblo gaditano lo ha

hecho suyo y mira a su figura como un elemento identificativo cuyas expresiones son las coplas de carnaval e, incluso, la santería.

Más allá de estas mistificaciones Salvochea fue un militante representativo del anarquismo decimonónico andaluz. Creía que el capitalismo no es muy diferente a una sociedad caníbal. De forma más refinada e hipócrita, el capitalista devora al trabajador. Sólo cuando la humanidad fuera capaz de comprenderlo las cosas cambiarían. Entonces la acción trascendería al individuo. Desde esta perspectiva se puede establecer una conexión entre Salvochea y la revolución española del verano de 1936. Cuando, junto a la oposición al golpe fascista y el cambio del sistema de producción, también nacieron unas nuevas relaciones personales. En Salvochea la ética del revolucionario es más importante que la definición del modelo de sociedad que pretende crear.

De un tiempo a esta parte, ha surgido una corriente que, considerando muertas y enterradas las ideas ácratas, han comenzado una tímida recuperación de lo que consideran válido de ellas. Fija su atención en hechos, personas y entidades que arriman a su «ascua». Así ocurre con la figura, la obra y la significación de Salvochea. Unos hacen hincapié en su radical republicanismo federal. Otros destacan su figura de hombre «bueno». De la persona que se arruinó, la que nunca descargó sus responsabilidades en otros y acompañaba, a pesar de su ateísmo, a su madre a la puerta de la iglesia. Por el contrario apenas se nombra su militancia anarquista. Que su irreligiosidad era radical, no sólo librepensadora. «Mi religión es practicar el bien» escribió. Que frente a las patrias de

campanario, al patrioterismo tan al uso, Salvochea nos habló del internacionalismo, que el mundo es la patria de los hombres. Que su antimilitarismo no era sólo de oposición a la contribución obligatoria de sangre, tanto teórica como práctica, sino a la existencia de cualquier tipo de ejército. Que su compromiso con el mundo obrero iba mucho más allá de apoyar sus reivindicaciones laborales. En definitiva que es el hombre, en toda su complejidad, quien protagonizará el cambio social. Por eso pudo escribir que si se mirasen al microscopio las joyas que lucía la burguesía se verían que, en ellas, estaban los glóbulos rojos que faltaban en la sangre de los trabajadores.

Durante las semanas siguientes a su muerte, en diversos lugares se celebraron actos en los que se recordó su figura. Uno de ellos tuvo lugar en el centro federal de la madrileña calle del Horno de la Mata que tantas veces había frecuentado y del que había sido socio. En él intervinieron Mainez y Barriobero. Otro tuvo lugar en Cádiz que terminó con una fuerte discusión entre anarquistas y republicanos que llevó a suspender la reunión.

Al cumplirse el primer aniversario de su muerte fue colocada una placa en la fachada de la casa en que nació y se iniciaron las gestiones para dar el nombre de una calle a su persona que, finalmente, se hizo en 1910. También inmediatamente las agrupaciones del carnaval comenzaron a incluir a su figura en el repertorio. Ya lo habían hecho antes. En 1893, cuando estaba en la cárcel, el coro Los cesantes chirigoteros se refirió al asunto de los petardos. En 1908 lo hizo otro coro, Los molineros y así en los años sucesivos hasta convertirse en un

tema habitual no sólo en las letras sino también como fuente de inspiración de los tipos de chirigotas y comparsas. Hoy existe hasta un premio con su nombre y un grupo de aficionados del equipo de fútbol local se denomina «Columna Salvochea».

3. Los autores: Rudolf Rocker,

EL ANARQUISMO EUROPEO Y ESPAÑA.

Pedro Vallina, el discípulo aventajado

Tanto Vallina como Rocker fueron compañeros ideológicos de Salvochea. El primero incluso, como se ha visto, amigo, discípulo y estrecho colaborador durante un tiempo. El segundo, aunque no lo conoció personalmente tuvo una amplia y directa información por medio de Vallina durante el tiempo que ambos coincidieron en Londres. Momento que pienso, como se verá más adelante, en el que se gestó el texto del alemán.

Johann Rudolf Rocker nació en la ciudad alemana de Maguncia el 25 de marzo de 1873 y falleció en Nueva York el 19 de septiembre de 1958. Era el segundo de tres hermanos de una familia católica. Pronto quedó huérfano de padre y fue su padrino, militante del partido socialdemócrata, la persona que se convirtió en su sustituto. Una figura que tendría una fuerte influencia en su desarrollo intelectual. Su madre se casó una

segunda vez. Cuando murió, su padrastro volvió, a su vez, a casarse y el joven Rudolf fue internado en un orfanato. Tras un primer intento de fuga, a los catorce años logró escapar de nuevo. Al terminar los estudios obligatorios viajó por diversas ciudades y trabajó en los más variados oficios. Entre ellos los de grumete en un barco de carga, de aprendiz en un taller de un zapatero, donde se encontró peor que en el orfelinato y en una hojalatería donde llegó a trabajar doce horas diarias. También probó suerte con un tonelero, con un sastre, con un talabartero y con un carpintero. Por fin entró de aprendiz en el taller de un encuadernador en su ciudad natal. Volvió a frecuentar a su padrino que poseía una amplia biblioteca en la que leyó a autores socialistas como Duhring, Marx, Lasalle y Bebel, y literatos como Víctor Hugo y Edward Bellamy y su conocidísimo *El año 2000 (Looking Backward)*. Ya trabajador, entró a formar parte de la sociedad de tipógrafos y se afilió al SPD.

1890 fue un año importante en su vida política. Participó en la campaña para la elección del diputado de su distrito. En su transcurso conoció y oyó a las más importantes figuras de la socialdemocracia alemana como Bebel y Liebknecht. Además entró a formar parte del grupo «Los Jóvenes», que pensaba que la opción electoral debía servir para difundir el mensaje socialista y el parlamento ser un instrumento más del cambio social. También frecuentó un círculo de lectura en el que fortaleció su formación teórica. El resultado fue su expulsión del partido y su acercamiento a las posiciones anarquistas que ya conocía pero que terminaron convenciéndole tras la lectura de Bakunin y Kropotkin. Del primero tomó la idea de que las instituciones políticas eran resultado de una creencia irracional

en una autoridad suprema y de Kropotkin su comunismo. Es decir que los individuos tienen derecho a recibir independientemente de su contribución personal. El clásico ácrata «de cada uno según sus posibilidades, a cada uno según sus necesidades».

Rocker fue uno de los fundadores de la Unión de Socialistas Independientes que trabajó para la distribución en Alemania de propaganda anarquista de origen belga y holandés. A finales de 1892, tras una intervención policial en un mitin en el que tomó la palabra, para evitar ser detenido, marchó a París. Además había sido llamado a filas y decidió no presentarse. Fue en la capital francesa en donde, por primera vez, tomó contacto con judíos anarquistas. Una relación que sería decisiva en adelante. Conoció al tipógrafo y literato Salomón Rappaport, con el que compartió casa durante un tiempo, y a Elíseo Reclús con el que estableció un buen trato. Eran los años del nacimiento de la CGT, el nuevo sindicato que aunaba anarquismo y sindicalismo. Unas ideas que influirían tanto en Rocker que, años más tarde, estaría entre los reorganizadores de la Asociación Internacional de Trabajadores, la internacional obrera antiautoritaria.

Buen polemista, pronto se convirtió en uno de los militantes más activos y escuchados de la inmigración social alemana. Pasó muchas penurias ya que le resultó difícil encontrar un trabajo estable. Tampoco la vida en Francia resultaba fácil para un anarquista y menos si era extranjero. La década de los noventa del siglo XIX fue la de los grandes atentados personales, de Ravachol y de las explosiones de Emile Henry; fue la de las leyes antianarquistas y la vigilancia de los

considerados como tales. París era aquellos años un hervidero en el que se alternaban la solidaridad de los artistas más renombrados en favor de la libertad y de la justicia con las acciones violentas. Rocker sufrió esa presión y en 1895 viajó a Londres. Allí hizo gestiones ante el consulado alemán para saber si podía volver. Le respondieron que si lo hacía sería encarcelado. Entonces decidió permanecer en Inglaterra. Fue una estancia de veinte años. En opinión de Abad de Santillán el periodo más fructífero de su actividad militante. Dos décadas de intensa tarea durante la que no perdió la fe en sí mismo y en la humanidad. Como en Francia, sus relaciones personales y de idioma le llevaron a frecuentar el ambiente de los emigrados políticos alemanes. Así fue como consiguió un trabajo de bibliotecario en una sociedad de profesores de tendencia anarquista. Conoció entonces rarezas bibliográficas anteriores a los años sesenta del siglo XIX y materiales como revistas y folletos que, al catalogarlos, reforzaron su formación y le dieron una amplia perspectiva histórica.

Londres se había convertido en el refugio de militantes obreros de todo el continente perseguidos en sus países. Rocker contactó con ellos. Así trató habitualmente a figuras como los franceses Sebastián Faure, Carlos Malato y Luisa Michel, los italianos Enrique Malatesta y Pedro Gori, los rusos Pedro Kropotkin y Emma Goldman y a españoles como Fernando Tárrida de Mármol y Francisco Ferrer.

En 1896 asistió al congreso obrero internacional que se celebró allí. En él se rompió de forma definitiva la relación organizativa entre socialistas marxistas y anarquistas. Ese mismo año publicó su primer artículo en el periódico judío

londinense *Arbeiter Fraint* que trataba sobre la comuna parisina de 1871. Comenzaba una relación que le llevó a establecerse entre los judíos anarquistas del East End. Allí conoció a otra exiliada como él: la ucraniana Milly Witkop. Se convertiría en su compañera, de vida y luchas, durante seis decenios.

En paro, en 1897 Milly y Rudolf viajaron a los Estados Unidos. No pudieron pasar la aduana porque no estaban casados legalmente. Cuando se les sugirió que lo hicieran, ya que la noticia llegó a la opinión pública, se negaron e hicieron una encendida defensa del amor libre. Las autoridades los devolvieron a Inglaterra. Volvían a estar donde partieron y en la misma situación.

Finalmente le ofrecieron ser editor de un semanario que se publicaba en Liverpool. El problema era que se escribía en yiddish, lengua que Rocker desconocía. Sin embargo aceptó y, con la ayuda de su compañera y de otros anarquistas, logró sacar ocho números de *La palabra libre*, que así se llamaba la revista, hasta su desaparición ahogada por las deudas. Su principal objetivo fue luchar contra la influencia del marxismo entre los obreros judíos. Son obra de Rocker los primeros ensayos críticos contra él que aparecieron en yiddish. Con la ayuda económica de Milly, en 1900, apareció *Germinal*, también en yiddish. Tenía una orientación más teórica. Su existencia fue breve. En marzo de 1903 dejó de publicarse.

El relevo lo recogió poco después una nueva *La palabra libre* convertida en órgano de expresión de los anarquistas judíos residentes en el Reino Unido y Francia. Rocker ejerció de

editor. Había adquirido un cierto renombre en los medios obreros judíos y realizó algunos viajes de propaganda por Inglaterra y Escocia. La manifestación que recorrió Londres en protesta por el pogromo de Kishiniev de 1903, en cuya cabecera estuvo el alemán, fue la más numerosa realizada por los judíos hasta entonces. El anarquismo judío en Londres alcanzaba su cémit. La tirada del semanario llegó a los 5.000 ejemplares y, en 1905 se reanudó la publicación de *Germinal*. Al año siguiente, en una vieja iglesia de la calle Jubilée, se creó un centro obrero que aglutinó tanto a judíos como a trabajadores que no lo eran. Fue en este local donde Vallina, el discípulo de Salvochea, conoció a Rocker.

Parecía que Rocker se había asentado definitivamente en Inglaterra. Sólo la Primera Guerra Mundial, lo devolvió a Alemania. Pero hasta entonces tuvo una intensa vida sindical y militancia anarquista: participó en diferentes huelgas, una de ellas la de sastres de 1912 de cuyo comité de huelga formó parte, y fue uno de los delegados a la conferencia anarquista de Ámsterdam de 1907 en la que los libertarios europeos se inclinaron mayoritariamente por la acción sindical y el antimilitarismo. De hecho, acordado que el comité de relaciones residiera en Londres, fue nombrado primer secretario de la «internacional anarquista» creada que tuvo una efímera vida. Relacionadas con España se pueden citar dos circunstancias. La primera que, en 1909, acudió a París para participar en uno de los numerosos actos de protesta convocados contra la detención, juicio y fusilamiento de Francisco Ferrer Guardia a consecuencia de los sucesos de la «Semana Trágica». Las autoridades galas no dudaron un momento en impedirle la entrada en el país. La segunda es

que, en 1907, nació su hijo Fermín. Llamado así en homenaje al anarquista gaditano. Fermín Rocker sería un pintor y artista gráfico que se ha comparado a Edward Hooper. Formado en Berlín comenzó a trabajar en los Estados Unidos como ilustrador y grabador y dibujante de películas animadas.

El estallido de la Primera Guerra Mundial dividió al anarquismo. Rocker, prófugo y convencido antimilitarista, se alineó entre los que pensaban que no había razones que justificara una lucha entre obreros. Es más, advirtió, que el conflicto que empezaba en 1914 no iba a ser corto como la mayoría de los gobiernos y poblaciones imaginaban, sino largo y de muertes masivas. Así lo escribió en el *Arbeiter Freaint* del 7 de agosto de 1914: «no se entregue nadie a la falsa ilusión de que esta guerra es sólo de corta duración. Las apuestas son para ello demasiado elevadas. Hay demasiado en juego. Es una lucha por la hegemonía en Europa y en el mundo, y será llevada a todos los extremos». Así lo mantuvo en una controversia que sostuvo con Kropotkin que apoyaba a los aliados.

Alemán de nacimiento, en diciembre de 1914 fue detenido e internado en un campo de concentración como posible enemigo. En las viejas instalaciones del «Alexandra Palace», al norte de Londres, permaneció los cuatro años del conflicto. Pero ni internado cejó en su tarea propagandista. Impartió numerosas conferencias sobre temas culturales que, en algunos casos, fueron el origen de trabajos posteriores. Milly también fue internada en la cárcel de mujeres de Aylesbury. Hasta la entrada en guerra de Rusia, cuando fue puesta en libertad. En marzo, pocos meses antes de que el conflicto

terminara, Rocker formó parte de un intercambio de prisioneros. Sin embargo, cuando llegó a la frontera alemana fue rechazado ya que le habían retirado la nacionalidad y le consideraban apátrida. Entonces se instaló en la ciudad holandesa de Hilversum acogido por, el ya anciano socialista, Domela Nieuwenhuis.

La familia Rocker pudo atravesar la frontera en 1918, cuando el imperio se desintegraba. Se dirigió a Berlín en donde contactó con el sindicalismo cuya cabeza era Fritz Kater. Allí estaba cuando se produjo la insurrección de la ciudad y su sangrienta represión, asesinato de Rosa Luxemburgo incluido. En marzo de 1919 reapareció públicamente cuando intervino en una conferencia nacional de obreros de la industria de armamentos. De ella surgiría en diciembre de 1920 la FAUD, la anarcosindical alemana que, entre 1920 y 1922, impulsó la refundación de la Primera Internacional en base a los principios libertarios. Rocker, junto al también alemán Agustín Souchy y el holandés Alexander Schapiro, formó parte de su secretariado.

Ahora más que nunca, tras el triunfo bolchevique en Rusia, continuó oponiéndose al comunismo marxista. Como la mayoría de los anarquistas alemanes, especialmente Gustav Landauer, criticó la deriva dictatorial del nuevo estado. En 1921 publicó *La bancarrota del comunismo de estado ruso*, una dura diatriba contra el marxismo leninismo. A la vez que ejercía sus tareas en la AIT y participaba en algunas de las más importantes iniciativas de difusión del anarquismo. Como miembro de su secretariado realizó diversas giras de propaganda. Una le llevó a los Estados Unidos varios meses

entre 1925 y 1926 y otra a los países escandinavos en 1929. Publicó una biografía de Johann Most, uno de los teóricos de la propaganda por el hecho, y gestionó con el austriaco Max Nettlau la redacción de la antología *Historia de la anarquía*. Aunque la elaboración más importante de esos años fue *Nacionalismo y cultura* que no se publicaría hasta 1937. Un texto que señala su preocupación por el ascenso en Alemania del nacionalismo, paralelo al declive de la FAUD.

El crecimiento del sindicalismo libertario alarmó a los socialdemócratas. Los libertarios contaban con un semanario en Berlín, un diario en Francfort, una editorial y difundían numerosas obras para contrarrestar al socialismo autoritario. En ese contexto el ministro de Defensa, el socialdemócrata Gustav Noske, quiso expulsar a Rocker por extranjero indeseable. Fue detenido aunque, finalmente, tuvo que ser liberado. Rocker, desde su internamiento en Londres y el escaso eco de los llamamientos contra la guerra en 1914, había captado los peligros del nacionalismo. Durante los años veinte asistió en primera fila al ascenso del alemán. En 1927 expresó sus temores de que terminara adoptando las formas del fascismo imperante en Italia. Dos años antes se había creado el partido nazi que, en cinco años, llegó a agrupar a casi el 20% del electorado. A las puertas del ascenso al poder de Hitler, en junio de 1931, Rocker se desplazó a España para asistir al congreso de la AIT y al que, a la vez, celebraba la CNT. Después regresó a Alemania, aunque por poco tiempo. Estaba próximo su segundo exilio que iba a ser definitivo.

En enero de 1933 Adolf Hitler fue nombrado canciller de Alemania. Un mes más tarde ardía el congreso de los diputados

en Berlín. A los pocos días, los Rocker cruzaban la frontera con Suiza. Otro anarquista germano muy conocido, el poeta Erich Müshan, había sido detenido y trasladado al campo de Oranienburg. Allí lo asesinarían en julio. Emma Goldman los acogió en su casa de Saint Tropez hasta mayo cuando regresaron a Londres. En agosto los Rocker viajaron a los Estados Unidos en donde ya estaba su hijo Fermín. Se instalaron en la pequeña población de Towanda, en Pennsylvania, donde vivía una hermana de Milly.

En los Estados Unidos continuó con su militancia ácrata. Realizó varias giras de propaganda y editó un nuevo periódico anarquista judío: el *Freie Arbeiter Stimme*. Empezaba el verano de 1936 cuando comenzaron a llegar las noticias del intento de golpe de Estado en España, la reacción que había provocado y el proceso revolucionario en marcha. Rocker estaba trabajando en el siempre pospuesto *Nacionalismo y cultura*. Como en otros sectores sociales, lo que ocurría en España despertó en el ámbito anarquista grandes muestras de solidaridad y de expectativas sobre la gestación de un cambio social. La aportación de Rocker fueron dos trabajos: *La verdad sobre España y Tragedia en España*.

Por fin en 1937 apareció *Nacionalismo y cultura* que tuvo una rápida traducción al español. La obra había sido concebida a su regreso a Alemania en 1918 a partir de los artículos que publicó en *Der Syndikalist* y las conferencias críticas del nacionalismo y del autoritarismo que impartió esos meses. Unos actos que le llevaron a la cárcel durante seis semanas. Ha terminado por convertirse en su obra más conocida. Rocker piensa que cualquier política, finalmente, se convierte en

religión y esclaviza al hombre. Cultura y poder son términos antagónicos. Bajo este prisma realiza un estudio histórico desde la Edad Media hasta concluir que la salida para la humanidad es el «socialismo humanitario».

Los años finales de la década de los treinta y los primeros cuarenta no fueron especialmente dulces para Rocker. Enfermó y murieron algunos de sus más cercanos amigos anarquistas. Como Alexander Berkman, en 1936, Emma Goldman, en 1940 y Max Nettlau en 1944. En Alemania las noticias sobre la suerte de antiguos compañeros no invitaban tampoco al optimismo. Muchos de ellos fueron a parar a campos de concentración. A diferencia de su posición durante la Primera Guerra Mundial ahora Rocker apoyó la lucha de los Aliados contra el nazismo. Aunque pensaba que los estados eran aparatos coercitivos cuyo fin era la explotación del pueblo, en esta ocasión consideró que, para las ideas libertarias, el triunfo de la Alemania de Hitler significaría su desaparición. Ahora fue él el atacado por diversos grupos anarquistas, especialmente estadounidenses, que no apoyaron a ninguno de los contendientes.

Al terminar la guerra Rocker vivía en una colonia anarquista, la Mohigan, en Compond, en las cercanías de Nueva York. Se dedicaba a canalizar la ayuda hacia los anarquistas alemanes. Era profundamente pesimista sobre el futuro desarrollo de las ideas libertarias tras la derrota española y su análisis de las razones del ascenso del nazismo y su apoyo por la población alemana. Aún así colaboró con los diferentes intentos de reorganizar el anarquismo alemán en la posguerra y década siguiente.

1953 fue un año agridulce para Rocker. Fue obsequiado con un banquete al cumplir sus 80 años. Asistieron entre otros Einstein y Herbert Read. Pero también fue el año en que murió su compañera Milly, el 23 de noviembre. Su compañera de vida y militancia anarquista. Fue una activa defensora de la organización autónoma de las mujeres que no sólo eran explotadas por su condición de trabajadoras sino también, como mujeres, hasta por sus propios compañeros.

Rudolf Rocker murió en septiembre de 1958. El destacado anarcosindicalista español Diego Abad de Santillán, que le dedicó un trabajo, dijo de él que fue una personalidad extraordinaria, un escritor fecundo, un orador de talla poco común, historiador, crítico, combatiente sin miedo y sin tacha y misionero imperturbable de la cultura. Uno de los justos de este mundo, como lo calificó un periódico de Nueva York, un idealista de la más pura cepa.

* * *

Como se ha dicho Rocker conoció a Pedro Vallina en Londres en 1905, cuando el español llegó expulsado de Francia. Vallina había nacido en la localidad sevillana de Guadalcanal el 29 de junio de 1879 en el seno de una familia de posición económica desahogada y tendencia progresista. Regentaba una pastelería y poseía algunas tierras. Pedro estudió el bachillerato en Sevilla. Fue en este periodo cuando, según escribe en sus memorias, tuvo su primer enfrentamiento con las fuerzas de orden público. Durante una huelga de cigarreras, escandalizado por los atropellos que recibían cuando se manifestaban, logró hacerse de un revólver. Acudió a la Alameda de Hércules donde

se celebraba una manifestación y, cuando era disuelta por la Guardia Civil a caballo, hizo un disparo. Por su inexperiencia él mismo se hirió en una mano. Aunque al oír las detonaciones la confusión aumentó.

Al terminar sus estudios se trasladó a Cádiz para realizar el curso preparatorio de ingreso en la Facultad de Medicina. Era 1899 y, en abril, acudió a recibir a Salvochea que regresaba a la ciudad. El joven, que conocía ya las ideas ácratas, confesó más tarde que desde aquel día se consideró anarquista. Así que, al año siguiente, dispuesto a comenzar sus estudios médicos en Madrid, acompañó a Salvochea. También en Cádiz dejó constancia de su carácter al enfrentarse a la costumbre de las novatadas. Encabezó la oposición amenazando a los más persistentes con un revólver y organizando una huelga hasta que el decano intervino.

Fueron poco más de cinco años de estrecha relación que marcó la vida del joven estudiante hasta el punto de que será considerado una especie de albacea del gaditano tras su muerte. A él le debemos la primera obra biográfica de cierta consideración y con informaciones de primera mano. De momento, en Madrid, era un joven estudiante de Medicina, que vivía en una fonda de la calle Jardines, que acompañaba al anarquista que le doblaba la edad y con el que compartía reuniones, conspiraciones y manifestaciones. Acudía al centro obrero de la calle del Horno de la Mata, se codeaba con los republicanos federales, anarquistas madrileños e intelectuales atraídos por las ideas ácratas, amigos de Salvochea, y participaba en sus tertulias. Por su condición de estudiante fue uno de los encargados de organizar la escuela obrera

promovida por la sociedad de albañiles «El Porvenir». También participó en la reactivación del societarismo obrero ácrata asistiendo a los primeros congresos de la FSORE.

La amistad con Salvochea se reforzó no sólo por su común militancia sino también por un estrecho contacto casi diario. Vallina solía acudir al ático de la calle Zorrilla en donde vivía Salvochea, subía sus siete pisos y bajaba con él para ir a correos a echar la diaria postal para su madre. Después marchaban al centro federal o a casa de la familia Urales en Cuatro Caminos. El viaje en tranvía solía ser un momento de confidencias durante el que Salvochea contaba a su joven amigo numerosas anécdotas de su vida.

Vallina, junto a Salvochea y otros republicanos federales, impidieron que en noviembre de 1901, cuando murió Pi y Margall, su entierro no pasara desapercibido y cruzara el centro de Madrid. También tuvo una intervención activa en los incidentes que ocurrieron en la plaza de Santa Ana tras el estreno de la obra de teatro de Benito Pérez Galdós, *Electra*, que denunciaba las presiones a las jóvenes para que ingresaran en los conventos.

Pero sobre todo Vallina se fue implicando, cada vez más, en las distintas conspiraciones que buscaban acelerar el paso hacia la transformación social mediante acciones como atentados contra personalidades monárquicas, incluida la propia familia Real. Unos más chuscos y otros de mayor entidad. Así pues pronto fue un destacado militante al que la Policía vigilaba de cerca y que dio con sus huesos en la cárcel en diferentes ocasiones. En alguna, como su maestro, a causa

de desacatos con los jueces por negarse a jurar, como era obligatorio, o por considerársele promotor de alguna huelga.

Fue en 1902, con motivo del supuesto «complot de la coronación», cuando Vallina fue detenido durante seis meses y, finalmente, tuvo que abandonar el país ya que se le había abierto un sumario militar que amenazaba con prolongar indefinidamente su encarcelamiento. Durante las semanas anteriores republicanos y anarquistas preparaban protestas contra el acto. Finalmente los republicanos se retiraron y la víspera de la ceremonia la Policía descubrió unos explosivos en la vivienda de unos ya ancianos republicanos federales que vivían en una de las calles por la que iba a pasear el cortejo. Vallina y otros anarquistas fueron detenidos acusados de pretender arrojarlos al paso de la comitiva. Además fueron detenidos otros tres anarquistas, todos ellos cercanos a Salvochea y su discípulo. Parece que el asunto fue más bien una artimaña policial que utilizó informaciones que poseía para retirar de la circulación a algunos de los libertarios que más le preocupaban. Sin embargo le costaría el exilio a Vallina y la vida a Francisco Suárez, otro de los detenidos, que ya había sido juzgado y condenado por un frustrado atentado contra Cánovas del Castillo. Ahora le fue aplicada la ley de fugas cuando era enviado a Ocaña.

Pasaban los meses y los detenidos seguían en la cárcel madrileña. A comienzos de septiembre Vallina fue puesto en libertad. Salvochea, ante el interés de los militares en su persona, le recomendó que se marchara a Tánger o a París en donde contaba con amigos que podían ayudarle. Finalmente se decidió por la capital gala. El escritor Alejandro Sawa, cuya

mujer era francesa, le proporcionó algunas direcciones. Tomó el tren en una estación de las cercanías de Madrid ya que las de la capital solían estar vigiladas por la Policía y Vallina era demasiado conocido. Era mediados de octubre y tardaría casi diez años en regresar a España.

* * *

En París comenzó a relacionarse tanto con los exiliados españoles como con los anarquistas franceses. Por su habitación de la calle Toullier, en los alrededores del Panteón, pasaron muchos de los más conocidos militantes del momento. Conoció a Luisa Michel y a Elíseo Reclús. Visitaba a Jean Grave en su local de la calle Mouffetard y a Sebastián Faure en Montmartre. Frecuentó a ácratas italianos, como Malato y Amilcare Cipriani, y a la abundante colonia rusa, entre ellos Engison. De los españoles frecuentó a Luis Bonafoix, Nicolás Estévanez y a Ferrer y Guardia con el que se encontraba cada vez que este iba a París. Pronto fue habitual en los encuentros que los anarquistas españoles realizaban en un café del Faubourg de Saint Antonie, de las tertulias creadas por Albert Libertad para difundir las ideas libertarias y del grupo neomalthusiano parisino de Paul Robin. Además continuó los estudios en la Escuela de Medicina parisina.

Aunque la actividad de Vallina no había pasado de la mera asistencia a los actos y de relacionarse con sus compañeros de ideas, la Policía francesa lo tuvo vigilado y pronto le dio un primer aviso. En 1903 fue detenido y trasladado a la Prefectura. Allí le notificaron que estaba expulsado y que saldría en libertad para preparar el viaje con el destino que

eligiera. Gracias a la ayuda de la Liga de los Derechos del Hombre, la orden fue paralizada y, de momento, continuó en París. Poco después volvió a ser detenido con motivo de una visita del rey de Italia. Acudió al congreso antimilitarista de Ámsterdam de 1905 y se integró en el comité de la Internacional Antimilitarista que allí se creó.

Vallina no cejó en su lucha contra la monarquía de Alfonso XIII. Realizó algunos viajes clandestinos a Barcelona. Uno de casi dos meses de duración. Así que cuando el 31 de mayo de 1905 se produjo el atentado contra Alfonso XIII en París fue uno de los detenidos y finalmente procesado junto a Malato y Harvey. Salió absuelto gracias a la movilización de las fuerzas librepensadoras francesas, incluida la masonería. En gratitud Vallina ingresó en una de sus logias, una mixta de hombres y mujeres. Finalmente, la mañana del primero de mayo de 1906, fue detenido al salir de su casa. Al día siguiente le comunicaron la orden de expulsión. Todos los consulados a los que pidió asilo se lo negaron y, entonces, las autoridades francesas lo enviaron a Inglaterra. Comenzaba la segunda parte de su primer exilio. Esta vez en Londres.

Vallina entró por el puerto de Newhaven y se dirigió a Londres, al Club anarquista de la calle Jubilée. Allí comenzó su relación con Rudolf Rocker. Tras vivir durante unos meses en el East End, se trasladó a una casa cercana a la Facultad de Medicina donde, con la ayuda económica familiar, continuó sus estudios. Aunque no perdió el contacto con los anarquistas judíos londinenses, ahora frecuentaba más un club ácrata internacional situado en Charlotte Street. Fue allí donde conoció a Tárrida del Mármol y a Malatesta que intervenían

con frecuencia en sus veladas. También comenzó a visitar la redacción de *Freedom*, el periódico fundado por Kropotkin.

Durante estos años Vallina terminó sus estudios de Medicina, colaboró con diversas iniciativas editoriales para ganar algún dinero, montó un taller de electromecánica que también le proporcionaba ingresos y difundió el ideario neomalthusiano por entonces perseguido en el Reino Unido. Una vida que terminó con el estallido de la Primera Guerra Mundial. Junto a otros anarquistas ingleses intentó organizar una respuesta antimilitarista que tuvo poco eco. Como en Alemania, los socialistas aceptaron la guerra y no se movilizaron en contra. También en Londres estallaron las diferencias entre los partidarios de apoyar a los aliados y quienes se oponían a cualquier alineamiento. Además de sufrir el aislamiento social y la persecución policial que llevó a muchos, como en el caso de Rocker, a los campos de internamientos como potenciales enemigos.

* * *

Pero la guerra fue lo que permitió que Vallina regresara a España. Hubo un indulto general en 1914 y entonces decidió volver. Su compañera Josefina Colbach se encontraba embarazada y, tras tantos años, deseaba reencontrarse con su familia. Su padre había muerto y su madre vivía con una de sus hijas casada con un farmacéutico de Berlanga, en Badajoz. El Gobierno francés prohibió su paso y tuvo que embarcar hasta Lisboa. Mientras, Josefina emprendía el viaje por tierra. Aunque tuvo que detenerse en París, donde nació Harmodio. Regresó a España por la frontera de Badajoz. Estuvo un tiempo

con su familia hasta que marchó a Sevilla para convalidar su título de Medicina y así poder ejercer. Aunque tuvo que cursar algunas asignaturas, finalmente, obtuvo la licenciatura

Comenzó a vivir con una tía suya en la calle Alhóndiga y a trabajar en el Hospital de las Cinco Llagas con el doctor Pedro Ruiz que le introdujo en la utilización del método de la balneación. Aunque tampoco, como en Francia e Inglaterra, la Policía le perdía de vista. Su primera detención tras el regreso tuvo lugar con motivo de una visita del rey a la ciudad. Durante las horas que estuvo quedó confinado en su casa con vigilancia de la Guardia Civil. Después se fue a vivir en las cercanías de la Macarena, cerca del hospital, y abrió un consultorio en la calle Bustos Tavera, junto a la plaza de San Marcos que se nutrió de la clientela que le proporcionó una iguala que crearon los trabajadores de la fábrica de vidrio de la Trinidad. Tenía una consulta de pago por las mañanas y otra gratuita por la tarde-noche.

Cuando volvió Vallina a Sevilla la CNT se había fundado y, tras una primera ilegalización, vuelto a funcionar. Pronto, a comienzos de mayo de 1918, lo haría su regional andaluza. Al año siguiente Vallina, junto a otros anarquistas sevillanos, creó una Liga de Inquilinos con la que oponerse a los frecuentes desahucios, pedir mejoras en las condiciones de habitabilidad e higiene en las corralas y detener los abusos que solían cometer los arrendatarios. En especial la odiosa figura del casero. El movimiento pronto alcanzó un gran desarrollo hasta que finalmente estalló una huelga que no estuvo exenta de incidentes violentos. La consecuencia fue el primer destierro que sufrió. Junto a otros anarquistas locales, como Chacón y

los maestros Sánchez Rosa y Roque García, fueron enviados a la Siberia extremeña, a Fuenlabrada de los Montes. En esa comarca terminó por ejercer su influencia médica e ideológica. Allí permaneció un año hasta que le fue permitido volver a Sevilla.

Instaló la consulta en la misma plaza de San Marcos. Pero poco iba a durar su estancia. En diciembre de 1920 fue nuevamente desterrado. Esta vez a Peñalsordo y a Siruela. En ellas pasó dos años. Allí nació su segundo hijo, en este caso una niña. La batalla que más le ocupó fue luchar contra el carbunco y la triquinosis que infestaban en gran medida la comarca. A finales de 1922 le fue levantado el destierro y regresó a Sevilla. Boicoteado en la ciudad se trasladó a Cantillana, donde tenía familia, para abrir una consulta. Durante los meses que estuvo en la localidad concibió la idea de crear en ella un sanatorio antituberculoso. Otra de las plagas que sufría la clase obrera resultado de sus malas condiciones de vida. De momento encontró una buena casa en Sevilla para abrir en ella consulta que pronto volvió a estar llena, sobre todo de obreros. Con el apoyo del director del diario *El Liberal*, José Laguillo y el de las sociedades obreras se abrió una suscripción popular para comprar una finca en Cantillana donde abrir el sanatorio. A los pocos meses comenzaban a levantarse los primeros pabellones del centro que se denominó «Pro-Vida» y donde unos meses más tarde fueron acogidos gratuitamente los primeros enfermos. Funcionó hasta la dictadura de Primo y la nueva detención y exilio de Vallina. Después, en 1936, fue destruido.

Poco antes del golpe de Primo de Rivera la CNT, para escapar a las continuas persecuciones que sufría en Barcelona, trasladó

su Comité Nacional a Sevilla. Vallina se hizo cargo de la tesorería. Permaneció en libertad hasta la navidad de 1923. El día de nochebuena fue detenido bajo la acusación de participar en un movimiento revolucionario que afectaría a España y Portugal. En la cárcel sevillana permaneció hasta mediados de 1924 cuando le fue comunicado un nuevo destierro. Tras pasar por Cádiz, desde donde intentó infructuosamente trasladarse a Casablanca, partió para Tánger, ciudad internacional. De allí viajó por tierra a su originario punto de destino. En territorio francés la Policía, desde su llegada, lo tuvo bajo vigilancia. Abrió consulta y pronto tuvo una regular clientela en la numerosa colonia española así como de musulmanes y judíos.

Ni al Gobierno francés ni al español le agradaba su presencia en su territorio. Así que pronto recibió presiones para que lo abandonara. De nuevo, al poco tiempo, comenzó una nueva etapa de su exilio en Lisboa. Tampoco las autoridades lusas le perdieron de vista y, aconsejado por otros refugiados españoles y anarquistas portugueses marchó a un pueblo vecino. Allí llevó una discreta vida durante unas semanas. Después regresó; a Lisboa y volvió a abrir consulta. Por esos días se reencontró con Blas Infante con quien había hecho una buena amistad en Sevilla. Gracias a las gestiones que realizaron desde Siruela, reclamándole como médico, a los pocos meses regresó a España volviéndose a instalar en la Siberia extremeña. Allí permaneció hasta 1930 cuando volvió a ser trasladado. Esta vez a la población navarra de Estella. Apenas estuvo un mes allí antes de ser devuelto a Siruela.

Eran meses de agitación social y reorganización de los grupos republicanos. En sus memorias Vallina hace referencia al

ambiente que palpó cuando era conducido en tren desde las tierras navarras de nuevo a Siruela. Así que una vez en su destino, tras burlar la vigilancia a la que era sometido, marchó a Madrid. Se entrevistó con Ramón Franco y con Alcalá Zamora. De su estancia resultó que saldría para Andalucía con la misión de establecer la coordinación del levantamiento que se preparaba para fechas próximas. Fue una misión semiclandestina. Vallina viajaba y hacía sus gestiones de forma discreta. Finalmente llegó a Sevilla.

La primera sorpresa que se encontró fue con que parte del anarcosindicalismo sevillano se había separado y seguía las consignas comunistas. Aun así logró realizar una reunión clandestina en Alcalá de Guadaira en la que planteó a los cenetistas sevillanos que la situación era favorable para sobrepasar la conspiración republicana y llegar a la revolución social. Incluso se constituyó un comité revolucionario. Después viajó a Cataluña. Pensaba que ambas regiones eran las piernas de una posible revolución. En Barcelona se entrevistó con Pestaña y, más tarde, con unas decenas de los anarquistas más comprometidos. No salió muy contento de sus contactos y, tras pasar de nuevo por Sevilla, volvió a Siruela donde se encontraba el 12 de abril de 1931. Esa noche, al ir conociendo los resultados marchó a Almadén pueblo en el que se sentía más seguro si sucedían acontecimientos violentos. El 14 estaba claro que el «enfermo iba a ser operado». Era la clave con la que se referían a la proclamación de la República. Fue el propio Vallina quien esa tarde la proclamó en Almadén a la vez que gritaba «¡Viva la Revolución Social!». Después, con un grupo de hombres armados, hizo lo mismo en otros pueblos cercanos. A continuación se dirigió hacia Sevilla. Fue detenido en Ecija por

órdenes del nuevo gobernador civil republicano. No parecía conveniente que llegara a la ciudad, donde se habían producido una serie de incidentes, un grupo de hombres armados que vitoreaban a la revolución social.

Quedaba claro que un hombre de acción como Vallina no resultaba tampoco simpático a los nuevos gobernantes. De hecho, tras la intervención de Vallina en un mitin de la CNT en el teatro de la Universidad, en donde recordó a Salvochea y llamó una vez más a la revolución social, el general Cabanellas, jefe militar de Andalucía, le recomendó que fuera más moderado o sería detenido. Vallina volvió a Almadén y continuó agitando la zona para defender a los ayuntamientos revolucionarios que se habían organizado. Entonces fue detenido y trasladado a la cárcel de Ciudad Real hasta que el nuevo ministro de Justicia, el socialista Fernando de los Ríos, ordenó, a mediados de mayo, su vuelta a Sevilla bajo la autoridad de Cabanellas.

Vallina se fue a vivir a Alcalá de Guadaira, a la casa en la que vivía su hijo Harmodio que estudiaba en la capital. En junio, en las elecciones a cortes constituyentes, apoyó la candidatura revolucionaria que encabezó en Sevilla Ramón Franco y Juan Antonio Balbontín. Poco tiempo estuvo nuevamente en libertad. En julio Sevilla se vio convulsionada por los sucesos conocidos como la «semana sangrienta». Una huelga aceitunera que desembocó en fuertes enfrentamientos con la Policía con muertos y heridos y el asesinato de cuatro obreros por un grupo paramilitar formado por algunos «niños pera» de Sevilla. Se dijo incluso que Vallina había organizado una marcha de campesinos que se dirigiría a la ciudad. Así que fue

encarcelado y unos días después trasladado al castillo de Santa Catalina en Cádiz. Hasta mediados de septiembre no fue liberado. La prensa anarquista destacó la similitud entre Salvochea y el médico sevillano. Ambos habían ayudado a proclamar la República y, después, eran perseguidos por ella.

Vallina había pertenecido a la CNT desde la creación de la regional andaluza y se reintegró a sus filas en 1931. Sin embargo, su opinión del anarcosindicalismo sevillano no era muy favorable. Lo tildaba de irreflexivo, fácil de manipular y, cuando era necesario, falto de resolución. Pronto se dejaron ver sus discrepancias que, por lo demás, eran recíprocas. Así pasó de ser delegado de la CNT andaluza a los plenos nacionales de la organización a proponerse su expulsión. El asunto que abrió las hostilidades públicas fue su apoyo a la candidatura de Franco y Blas Infante. Un sustento que, además, se explicitó en su participación en algunos de sus actos electorales. Una actitud que fue interpretada como de traición a los ideales antipolíticos. Pero la bronca no estallaría hasta mayo de 1932. El motivo fue la huelga de campesinos de la provincia sevillana que estaba combinada con un intento revolucionario preparado por los sectores «de acción» del anarcosindicalismo sevillano.

Hasta entonces Vallina continuó siendo centro de atención. Volvió a las páginas de los periódicos en octubre. Con motivo de la fuga del mecánico Rada, detenido en el penal de El Puerto de Santa María por su implicación en la frustrada insurrección de Tablada. La Policía registró su domicilio y detuvo a la maestra Mercedes Daza, familiar suya y directora del colegio en la calle Alhóndiga donde estudiaba su hija. En diciembre

también se le relacionó con un fracasado intento revolucionario en la ciudad portuguesa de Evora a donde, se decía, que había viajado frecuentemente las semanas anteriores. El 31 de diciembre de 1931 tuvieron lugar en la localidad pacense de Castilblanco de los Montes los incidentes que terminaron con la muerte de una vecina y el linchamiento de cuatro guardias civiles. El nombre de Vallina salió a relucir como el causante del «envenenamiento» de las conciencias de los campesinos de aquellas comarcas. Así que la prensa lo incluyó entre los anarquistas que iban a ser deportados a la Guinea Ecuatorial junto a los participantes en el levantamiento del Figols catalán.

Vallina, como muchos otros españoles, pensaban que el problema agrario era una de las cuestiones fundamentales que la Segunda República debía resolver. En especial en Andalucía, en donde la propiedad de la tierra era una de las aspiraciones más firmes de sus jornaleros. Así lo declaró en una entrevista que le realizó el diario madrileño *El Sol* a los pocos días del cambio de régimen. Un planteamiento parecido al de Blas Infante miembro de la Comisión Técnica Agraria encargada de dictaminar sobre el asunto.

Sin embargo los nuevos gobernantes no dieron pasos efectivos y profundos en el asunto que, además, se complicó con la implicación de los ministros socialistas, mediante la aplicación de medidas gubernativas, en la lucha entre la CNT y la UGT por el control del espacio sindical. Un elemento del proceso que desembocó en el enfrentamiento total entre el nuevo régimen y el mundo libertario. El campo sevillano se convirtió en uno de los lugares decisivos en la batalla.

La provincia era uno de los lugares en los que los sindicatos campesinos de la CNT tenían una fuerte presencia. Largo Caballero, desde el ministerio de Trabajo, había extendido al mundo rural los comités paritarios creados durante la dictadura de Primo de Rivera. Llamados ahora Jurados Mixtos suponían la intervención del Estado en las relaciones laborales mediante las delegaciones del ministerio. En la primavera de 1932 el Gobierno pretendió implantarlos en la provincia sevillana. La elección no era casual. Si lo lograban habrían asestado un duro golpe al anarcosindicalismo. Además, el Gobierno contaba con elementos externos al conflicto que le ayudarían en su propósito. Uno era el movimiento insurreccional que se estaba gestando en la provincia y cuyos preparativos eran conocidos por la Policía. A finales de abril, un congreso de la CNT sevillana decidió ir a la huelga en caso de que se quisieran imponer las bases de trabajo elaboradas en el jurado mixto al que no pensaban acudir. El ministro de la Gobernación, Santiago Casares Quiroga, recogió el guante. Anunció que enviaría a 160 nuevos guardias de asalto y se guardó un as en la manga.

A mediados de mayo la huelga estaba a punto de comenzar. Fue en ese momento cuando se produjo el hecho que precipitó los acontecimientos para que el Gobierno pusiera todas sus cartas sobre la mesa. En la localidad serrana de Montellano explotaron unas bombas. Eran de las que se vendían en Sevilla y compraban los pueblos para la prevista insurrección. Las autoridades lo sabían desde hacía al menos un par de meses. A Écija destinaron a uno de los policías antianarquistas más conocidos desde la monarquía: el capitán de la Guardia Civil Lisardo Doval Bravo. Cuando explotaron los artefactos en

Montellano, a la vez que comenzaba la huelga campesina, empezó a actuar. Unir insurrección y huelga campesina facilitaba al Gobierno ganar la importante batalla que se dilucidaba. Pero no eran sólo las autoridades quienes estaban al tanto de estos hechos. La noticia de la fabricación de bombas en Sevilla se había convertido en un secreto a voces. También lo conocían Vallina y Blas Infante que intentaron avisar de lo que iba a pasar en sendos artículos publicados en el semanario *Andalucía Libre*. Vallina advirtió explícitamente sobre las «acciones realizadas en condiciones disparatadas» y testimoniaba, por su conocimiento directo, cómo Salvochea siempre las había rechazado.

Vallina intervino públicamente el 23 de mayo. El diario sevillano *El Liberal*, en su edición de tarde, publicó una nota suya, que repitió en la edición de la mañana del día siguiente, en la que les decía a los campesinos que estaban siendo traicionados y les pedía que no secundaran la huelga. Al día siguiente la federación local de la CNT de Sevilla publicó otra nota en la que desmintió a Vallina y le acusó de estar al servicio de las autoridades. Además, pedía a los sindicatos campesinos que continuaran con la huelga y aseguraba que los urbanos la apoyarían. Las hostilidades larvadas desde hacía tiempo se habían roto. Herida de muerte la huelga, aunque acabó declarándose en bastantes localidades, poco a poco fue languideciendo. Ni siquiera la convocatoria, para el domingo 29 de una huelga general regional, al fracasar, pudo revitalizarla. A principios de junio, desde *El Liberal* se confirmaba el triunfo gubernamental al ofrecer un homenaje al gobernador civil, Vicente Sol, por haber impuesto el orden tras «tantos meses de turbulencia, locura y arrebatos». Las bases del jurado mixto se

impusieron, aunque la patronal las incumpliera a menudo, y la CNT sevillana quedó debilitada al precio de cerca de mil detenciones y el procesamiento masivo de 600 de sus afiliados.

En el fondo lo que se disputía era cómo llevar las luchas, cada vez más virulentas, en el marco de una República que no sólo incumplía sus promesas sino que además consideraba al anarcosindicalismo como un enemigo molesto que, cuanto antes, había que hacer desaparecer. Vallina, como otros destacados militantes tales como el jerezano Ballesteros o el sevillano Rosado, pensaban que no era todavía el momento para entrar en una espiral de violencia en la que tenían mucho que perder. Quien se mostró más beligerante en mayo fue el médico que puso en juego toda su influencia para desbaratar los planes de quienes consideraba no eran más que unos petardistas y cabezas locas.

Vallina insistió en sus denuncias en una entrevista que concedió a *El Noticiero Sevillano*, acusando directamente a Zimmerman y Mendiola, dos de los más destacados militantes sevillanos, de estar al frente de todo y de haber traicionado a los campesinos al pactar con el Gobernador Civil el envío de unos telegramas desconvocando la huelga a la vez que le daban la lista de los escondites de los explosivos. Tres días después, el comité regional de la CNT andaluza le respondió en el mismo periódico. Tras unos fuertes ataques personales, los cetenistas recordaban su apoyo a la candidatura de Franco, Rexach y Blas Infante del año anterior y concluían que ya no era anarquista, sino una «veleta loca». Infante defendió a Vallina a quien consideraba un hombre digno y auténtico revolucionario. Quiso ayudarle cuando era atacado no sólo por

la CNT andaluza, sino por el propio comité nacional de la Confederación que lo desautorizó tras mandar a la capital hispalense dos comisiones para averiguar lo ocurrido.

A fines de agosto, Vicente Ballester, el cenetista gaditano que se había hecho cargo provisionalmente de la secretaría del comité andaluz, presentó ante el Pleno Nacional de Regionales de la CNT un informe sobre lo que ya se conocía como «el caso Vallina». Insistieron en la «canallada» que había supuesto la nota del médico y comunicaron que tanto Mendiola como Zimmerman habían sido suspendidos de sus funciones hasta que se depuraran sus responsabilidades. En las asambleas de sindicatos de la CNT sevillana celebradas en septiembre, en el cine «Monumental» de San Bernardo, y a fines de octubre en el mismo lugar, Mendiola y Zimmerman fueron exculpados de toda responsabilidad, mientras que Vallina, que no acudió, fue considerado un traidor.

Aunque en octubre de 1933, cuando se abrieron las sesiones del juicio de los 180 militantes finalmente procesados, Vallina acudió como testigo y declaró que denunció que se trataba de un complot porque pensaba que los auténticos organizadores habían sido «algunos internos de un manicomio y el Gobierno Civil».

Falto de pruebas y tratándose de un juicio colectivo, el fiscal retiró primero la acusación a 130 de los encartados y a los 50 restantes, el jurado los absolvió. Para escándalo del *ABC*, el juicio que sólo había durado 4 días, con sesiones de 4 horas, se había convertido en una especie de mitin cenetista y una tribuna para atacar al Gobierno. En un iracundo editorial

aseguró que lo único que había faltado era que se negara que Ildefonso Jiménez, a quien le explotaron las bombas en Montellano, hubiera quedado manco. Todo se había diluido como un azucarillo: bombas, huelga, acusaciones... El Gobierno se daba por satisfecho con el triunfo que representaba la imposición del Jurado mixto rural; los sectores más radicales del anarcosindicalismo andaluz porque habían salido mejor parados de lo esperado y la CNT porque, en la difícil situación que se encontraba tras la insurrección de enero, significaba un respiro. Los más afectados fueron Vallina y Blas Infante. El primero quedó prácticamente marginado del mundo libertario y el segundo vio cómo se esfumaban definitivamente sus esperanzas de encontrar en el espacio sindical e ideológico del anarcosindicalismo una amplia base popular en la que extender sus planteamientos nacionalistas.

Rotos sus lazos con la CNT, Vallina se dedicó al sanatorio de Cantillana y, en agosto, estaba instalado de nuevo en Siruela. Allí, junto con Almadén, viviría durante la mayor parte de los años republicanos. No sabemos exactamente si por imposición de las autoridades, como aseguraba la prensa, o en un auto-impuesto retiro. En noviembre de 1933 las derechas vencieron en las elecciones y formaron Gobierno. Sin acusarle directamente Vallina fue considerado el instigador de los incidentes que se produjeron en la comarca extremeña durante las elecciones y su nombre se invocó reiteradamente en los debates parlamentarios como arma arrojadiza contra los socialistas con los que había participado en algunos actos. En 1934, con motivo de la huelga campesina de junio y la insurrección obrera de octubre, colaboró en la preparación revolucionaria en la zona en combinación con las sociedades

ugetistas. Aunque finalmente, conocido el fracaso en Cataluña, no hubo movimiento, fue detenido en Almadén y trasladado a Badajoz en donde permaneció encarcelado varias semanas.

* * *

La actividad pública de Vallina se reanudó en el otoño de 1935 cuando el Gobierno radical-cedista volvió a autorizar la celebración de actos. En noviembre participó en el que celebró el nuevo partido de Martínez Barrio en Almadén. No lo hizo como orador, sino que, presente, intervino cuando se produjo un tumulto entre republicanos y socialistas abogando por la unión de todas las izquierdas. El momento lo exigía. Un llamamiento que recogía el sentir de gran parte de la población y que se plasmó en la candidatura de Frente Popular que resultó vencedora en las elecciones de febrero de 1936 y representaba la vuelta al espíritu reformista republicano de 1931. Preocupado por las informaciones que hablaban de diversas conspiraciones golpistas en marcha viajó a Madrid. Como apreciara que eran ciertas y del poco ánimo, en su opinión, del Gobierno, de regreso a Almadén decidió, en combinación con el obrerismo local, actuar por su cuenta. Como en otros muchos lugares, durante julio la vigilancia fue extrema y se pudieron desbaratar los planes previstos para el triunfo golpista. Almadén, por sus minas de mercurio, era un lugar estratégico.

Fracasada la sublevación se instaló un comité revolucionario en la localidad y Vallina se hizo cargo de los servicios médicos de las minas.p Aunque su principal tarea fue organizar una columna armada de civiles y algunos guardias civiles, en la que

iba su hijo Harmodio, que actuó por la comarca y el cercano valle de los Pedroches en la provincia de Córdoba. Participó en la ocupación de Santa Eufemia y en la línea defensiva de Almadén. A mediados de agosto, Vallina partió para Madrid y se incorporó al servicio médico de las Milicias Confederales que se organizaban en la capital y que formaron diversas columnas con los militantes madrileños y los que se incorporaban huidos de las zonas ocupadas por los golpistas. Fue su regreso al seno de la CNT interrumpido cuatro años antes.

Con una unidad confederal se dirigió hacia Guadalajara y de allí a Sigüenza donde empezó a trabajar en un hospital. A la vez recorrió los pueblos cercanos para atender las consultas médicas de los vecinos. Su compañera Josefina se hizo cargo de una guardería en la capital. Finalmente se instaló en Baides donde ocupó la jefatura de sanidad de la unidad allí acantonada. En ella permaneció hasta la caída de Sigüenza en manos de los sublevados en octubre. De vuelta a Madrid marchó a Tarancón, en la provincia de Cuenca. En ella pudo presenciar tanto el éxodo de la población madrileña como la marcha del Gobierno a Valencia y, en sentido contrario, el paso de las unidades de las Brigadas Internacionales y de la Columna Durruti que se dirigían a Madrid para ayudar a su defensa. El doctor Mario Orive, identificado con las ideas libertarias y nombrado jefe de la Sanidad militar de la provincia, le propuso incorporarse al hospital abierto en Cañete. Ante las malas condiciones que tenía buscó un nuevo local que encontró en sus cercanías, en la finca «El Cañizar». Un hospital que sirvió de reposo para los convalecientes operados en el de Cuenca. En 1937 Orive fue sustituido al frente de la sanidad militar por el doctor Nombela. Vallina tuvo choques con él y, finalmente,

pidió traslado a Valencia.

Antes de instalarse en la capital levantina realizó un viaje por tierras catalanas y aragonesas. En febrero de 1937, también por indicación de Orive, entró en la plantilla del hospital de Godella situado en los alrededores de Valencia. Poco tiempo estuvo en él porque en abril comenzó los cursos de guerra química y, después, los de cirugía de guerra que se organizaron en la universidad y en los que, también, estuvo su hijo Harmodio. Pronto empezaron los bombardeos sobre la ciudad donde percibió la残酷 de ese tipo de ataques en los que la más afectada era la población civil. Hombre de acción, la vida de médico en la retaguardia no llenaba a Vallina que, además, según escribió en sus memorias, estaba en una apurada condición económica. Así que entró a formar parte de la sanidad militar. Las columnas habían desaparecido con la creación del Ejército Popular y en él entró con el grado de alférez de Sanidad.

Fue destinado al hospital militar de Albacete a donde llegó en junio. La primera sorpresa que tuvo fue que al presentarse ante el coronel que dirigía la sanidad militar se encontró con que este era el médico del consulado español en Casablanca que tanto le había presionado unos años antes. En octubre fue trasladado para atender a diversas unidades de la guarnición. En ese destino permaneció hasta marzo de 1938 cuando, ya capitán, fue trasladado a Barcelona. El día que llegó, el 17, la ciudad sufrió uno de los más feroz bombardeos de la aviación alemana e italiana que partía de Mallorca. Más de 1.000 muertos y casi 5.000 heridos. Trabajando en las labores de desescombro y búsqueda de supervivientes pasó su primera

noche. Su destino era el hospital situado en la calle Tallers, que al poco se trasladó a un local mejor acondicionado en la Bonanova, que dirigía un viejo conocido suyo: el doctor Manuel Olmedo Serrano, socialista de Morón. Se le encargó la sección de observación donde llegaban los soldados enviados desde el frente para ser evaluados por los tribunales y emitir el correspondiente diagnóstico.

El 24 de marzo de 1939 Vallina con su familia y la de su viejo amigo Manuel Pérez abandonaron la ciudad en un camión dirección a la frontera francesa. Como lo hacían otros miles de sus habitantes. Pararon en Gerona. Las familias siguieron camino de Francia y Vallina se quedó unos días pues había corrido el rumor de que se iba a organizar allí la resistencia. Al no ser así continuó la marcha hacia la frontera. El espectáculo, recordaba años después, era espeluznante: miles y miles de personas marchaban buscando el refugio francés. A punto de llegar a los Pirineos se le encargó la custodia de medio centenar de heridos en la población de Massanet, en el límite con el país vecino. Allí permanecieron unos días hasta que decidieron internarse en Francia. Lo hicieron a través de la montaña junto a otros varios centenares de fugitivos. Al cruzar, como a los demás, la Gendarmería francesa lo detuvo, lo filió y envió a Perpiñán. Comenzaba su tercer y último exilio.

Pasó un tiempo internado en Perpiñán y el campo de Argelès-sur-Mer. Después, como otros tantos miles de exiliados, vivió una vida semiclandestina para evitar el internamiento o la deportación a España. Trabajó en Narbona en un refugio para intelectuales españoles hasta que pudo embarcarse hacia Santo Domingo iniciada ya la Segunda Guerra

Mundial. En la República Dominicana permaneció dos años, en la colonia de Dajabón, atendiendo a los múltiples casos de paludismo y tuberculosis que existían en la zona. Después marchó a México. Primero vivió en la capital de la nación, después en Loma Bonita en Oaxaca. En el Consultorio Ricardo Flores Magón trabajó durante casi treinta años. Finalmente, en la selva de Veracruz. Allí ejerció de médico para las comunidades indígenas hasta su muerte. Fue en aquellas tierras en donde, sin apenas poder escribir y sin apoyo documental alguno, redactó sus memorias. El primer tomo apareció en México en 1969, el segundo en Venezuela dos años más tarde. Para entonces ya había muerto el 13 de febrero de 1970.

No puedo terminar este apartado sobre los autores de las obras que componen la edición sin hacer una referencia, aunque sea somera, de sus prologuistas: Juan Ferrer Fariol, para el trabajo de Rocker y Gregorio Quintana, pseudónimo de Ildefonso González Gil, para el de Vallina. Ambos son dos destacadas figuras del anarcosindicalismo y del exilio confederal.

Juan Ferrer era un conocido militante catalán nacido en 1896 que ya tenía una importante actividad obrera en la década de los diez del siglo pasado. Estudió en la escuela del Ateneo Igualadino de la Clase Obrera y se inició en la lucha sindical en 1915. Por esas fechas conoció ya la cárcel. Obrero del ramo de la piel fue secretario de la Federación Obrera de su localidad natal, participó en el congreso de la regional catalana de Sans, en donde la CNT adoptó la estructura de sindicato único. Dado a la pluma fue colaborador de la prensa obrera local, como

Germinal y *El Sembrador*, y del portavoz regional cetenista *Solidaridad Obrera*.

En julio de 1936 participó en el asalto al ayuntamiento y, comenzado el proceso revolucionario, fue nombrado consejero municipal y primer teniente de alcalde de Igualada. En febrero de 1937 ingresó en la redacción del periódico *Catalunya*, el vocero anarcosindicalista en catalán. Poco más de un año después se incorporó a la 26 División, la antigua Columna Durruti, para hacerse cargo de *El Frente*, el periódico de la unidad.

En 1939 pasó a Francia y sufrió campos de concentración y miserias económicas. Una vez terminada la ocupación alemana se estableció en París y retomó la militancia confederal participando intensamente en su reorganización. Dirigió durante muchos años *la Soli* de París y su sucesor *Le Combat Syndicaliste*. También se hizo cargo de *Umbral* entre 1962 y 1970. Además colaboró con centenares de artículos en las diversas publicaciones que mantuvieron la idea libertaria durante décadas. Fue uno de los miembros de la comisión que, por acuerdo de la CNT en el exilio en 1967, acordó editar una «historia general de la CNT». En 1975 publicó unas memorias, *Costa Amunt*. Regresó esporádicamente a España tras la muerte del dictador y se hizo popular por la publicación de *La revuelta permanente* (1970) del periodista y escritor Baltasar Porcel basado en su experiencia vital. Murió en la localidad francesa, vecina a París, de Montreuil en 1978.

Ildefonso González Gil nació en la localidad palentina de Las Cabañas de Castilla el 15 de septiembre de 1909. Tenía 4 años

cuando su familia emigró a la Argentina y se instaló en Buenos Aires. Comenzó a trabajar casi niño en los más diversos oficios: desde vendedor de periódicos a limpiabotas. Con 15 años entró de aprendiz de jardinero y se afilió a la Federación Obrera de la Región Argentina (FORA), el sindicato de tendencia anarquista. Pronto destacó como militante y comenzó a intervenir en actos públicos y participar en diversos comités de huelga. Tuvo un especial protagonismo en la campaña de apoyo de los anarquistas norteamericanos Sacco y Vanzetti. También con inquietudes intelectuales y literarias escribió en el periódico *El Obrero albañil*, fue secretario del Ateneo Obrero Cultural del barrio de La Boca y miembro del grupo «Arte y Naturaleza». Hombre de «acción», perteneció a los grupos que se enfrentaban con las milicias ultraderechistas de la Liga Patriótica.

En septiembre de 1930 el general José Uriburu dio un golpe de Estado y se aupó a la presidencia de la República. Entre las medidas que adoptó estuvo la ilegalización de la FORA. González fue detenido y encarcelado durante varios meses. Después, en razón a su origen español, fue deportado. Se instaló entonces en la vecina República Oriental del Uruguay. En Montevideo, junto a otros anarquistas hispanoargentinos expulsados, como Diego Abad de Santillán y Francisco Carreño, crearon el periódico *La Tierra*. No abandonó su militancia ácrata, formó parte de la Comisión de Relaciones Internacionales Anarquistas, del Ateneo Libre Ariel. Tampoco dejó a un lado su actividad cultural, fue secretario de la Universidad Popular de Montevideo. Sin embargo tampoco el Gobierno uruguayo veía con agrado la estancia en el país de aquel grupo de activos anarquistas y, a finales de 1933, lo

deportó a España. En noviembre desembarcó en el puerto de La Coruña. Tenía 24 años y volvía a un país que, aunque fuera donde había nacido, le resultaba extraño.

Inmediatamente se integró en el anarcosindicalismo gallego. A consecuencia de ello tuvo que buscar refugio en Barcelona. Allí entró en el grupo «Nervio» de la FAI al que pertenecía su viejo compañero Abad de Santillán. Pocos meses más tarde, a mediados de 1934, era secretario de la Federación Local de Grupos Anarquistas de la Ciudad Condal. Retomó sus actividades literarias y periodísticas: colaboró en *Tierra y Libertad* y dirigió el vocero ácrata *FAI*. Tras los sucesos de octubre de 1934 en Cataluña volvió a Galicia. Por esa época comenzó a usar el pseudónimo de Gregorio Quintana con el que firmará el prólogo del texto reproducido en esta edición. Fue nombrado secretario general de la CNT gallega y director de *Brazo y Cerebro*. Mientras, se ganaba la vida como albañil. Pero estuvo poco tiempo en libertad. En marzo de 1935, cuando se encontraba en Barcelona preparando la edición de un folleto sobre la represión en Asturias de la revolución de octubre, fue detenido y procesado por un delito de «excitación a la rebelión».

Tras las elecciones de 1936 que dieron la victoria al Frente Popular se instaló en Barcelona. Trabajó en una fábrica de cerveza a la vez que continuó con su militancia en la CNT y se hizo cargo de la vicesecretaría de la FAI de Cataluña. El 18 de julio tomó parte activa en la derrota del golpe de Estado. Estuvo entre los que se apoderaron del cuartel de San Andrés y formó parte del comité del barrio de Horta. Partió al frente en la columna «Tierra y Libertad», organizada por Abad de

Santillán, formando parte de la batería de artillería «Sacco y Vanzetti» a la que pertenecían diversos milicianos argentinos. Estuvo entre quienes se opusieron a la militarización y cuando se produjo abandonó el frente y entró a trabajar en una fábrica en Barcelona. Allí permaneció hasta la derrota. Pasó a Francia y fue internado en el campo de Septfonds. Tuvo que enrolarse en una de las Compañías de Trabajadores Extranjeros organizadas por el Gobierno francés para reforzar las líneas defensivas de la Primera Guerra Mundial ante el previsible ataque de la Alemania nazi. Derrotada Francia logró escapar y se unió a la resistencia.

En 1945, tras la liberación, se estableció en Burdeos y participó en la reorganización de la FAI y de la AIT. Fue uno de los creadores de la editorial «Tierra y Libertad» en la que se editó el folleto de Rocker. Dividido el exilio confederal entre «colaboracionistas» y «ortodoxos», junto a Felipe Aláiz, fundó la revista *Impulso* desde la que se defendieron las posiciones de los segundos frente a las de los primeros que habían tomado cuerpo en la ponencia aprobada en el Pleno de Toulouse de 1944. Al año siguiente, tras la conferencia celebrada en París, entró a formar parte del Secretariado Provisional de Relaciones Internacionales y del Comité de Relaciones Internacionales Anarquista (CRIA) creados en ese comicio. En 1949 fue uno de los reorganizadores de la FAI fuera de España y se encargó de la sección bibliográfica y de los archivos de la CRIA.

Habiendo sido durante muchos años unos de los más destacados representantes del «exilio ortodoxo» finalmente entró en conflicto con él y fue expulsado de la FAI. Se adhirió al

grupo que editaba *Frente Libertario* convertido en el estandarte de los opositores. En él estuvo hasta su disolución en 1974 cuando se reorganizó la CNT en España. Afectado por una embolia tuvo que dejar la militancia activa. Murió en París el 27 de octubre de 1989 donando su archivo a la Biblioteca Arús de Barcelona.

4. Las obras y su contexto

Los textos de Rocker y Vallina corresponden a dos momentos muy diferentes. Sin embargo ambos tienen importantes elementos comunes. El primer lazo que los liga es la personalidad de sus autores: ambos se conocían, eran destacados militantes anarquistas, se sintieron fuertemente atraídos –aunque fuera por motivos diferentes– por la personalidad de Salvochea y, es posible, que las informaciones que utilizó el primero le fueran proporcionadas por el segundo.

El lector advertirá que son textos hagiográficos. Destilan una fuerte admiración por el gaditano del que no hacen ninguna referencia, no ya negativa, sino siquiera a las polémicas que su actuación desató en sus coetáneos. No podía ser de otra forma en un hombre de acción, primero en las filas del republicanismo federal y después en las ácratas. Su participación en acciones armadas y su obra como gestor municipal provocaron gestos de rechazo que no aparecen en ninguno de los dos textos. Por eso podemos considerarlos a ambos como parte, y consecuencia a la vez, de la formación del

mito, de la figura de leyenda, en la que ha terminado convirtiéndose Salvochea. Dos más de los numerosos trabajos de ese género que, incluso todavía vivo, comenzaron a difundirse. De todas formas, hasta la aparición en 1984 de la biografía de Fernando Puelles, la más trabajada de las existentes hasta el momento, eran los dos textos más completos que podían consultarse. Aunque tampoco los únicos existentes.

El texto de Rocker fue el primero que apareció con pretensiones biográficas. Anterior incluso al que realizó en 1912 Ramón León Mainez, otra persona muy cercana a Salvochea, con el título de *Fermín Salvochea. Estampas íntimas de su vida*.

Con posterioridad, Emilio Mistral, en 1937, realizó otra semblanza aparecida en Valencia. En 1935, el periodista Enrique Rodríguez Matres, bajo el pseudónimo de Hermes, escribió una obra de teatro que llamó *Salvochea. Estampas de la vida de F. Salvochea*. La primera de las dos que se han escrito. La segunda lo haría Manuel Pérez Casaux en 1976 con el título de *Fermín Salvochea. Crónica y justicia del levantamiento de Cádiz*. No sabemos si la obra de Hermes llegó a representarse. Sí lo ha hecho la de Casaux. Su estreno tuvo lugar en el Teatro Lope de Vega de Sevilla el 25 de noviembre de ese año. El montaje lo hizo el grupo «Tabanque» dirigido por Joaquín Arbide.

En 1958 fue publicado el texto de Vallina y, finalmente, en 1991, Ramón Liarte escribió *Fermín Salvochea. El Libertador*. Para entonces ya había aparecido *Fermín Salvochea. República*

y *anarquismo* de Fernando Puelles. Como se ha dicho, en mi opinión, el texto más minucioso de los existentes. Tiene el gran problema que, al tratarse de una autoedición, el autor dejó para una segunda edición todo el aparato crítico. Al desaparecer el original no contamos con él. Una lástima ya que se trataba del resultado de veinte años de investigación. Desde que, a mediados de los años sesenta, comenzara a recabar información sobre el personaje para una memoria que presentó en la Escuela de Trabajo Social de Cádiz. Existe un manuscrito previo corregido, que se conserva en el Archivo Provincial de Cádiz, de 1964 con el título de «*Fermín Salvochea en la historia político-social del siglo XIX*».

A la espera de un trabajo «definitivo» que llene las lagunas existentes, dé respuestas a algunas preguntas sin contestar y complete el «corpus» de la obra escrita, original y como traductor, del gaditano en la actualidad contamos con trabajos académicos y de investigación que nos ayudan a conocer con cierta profundidad su vida y obra. Entre ellas se pueden citar el trabajo coetáneo de Luis Mejías Escassy, *Las barricadas de Cádiz (1869)*; la cronología de su vida publicada por Vladimiro Muñoz en 1969 en la revista bonaerense *Reconstruir*; el folleto de Juan José Gelos *Fermín Salvochea: apuntes biográficos* y la recopilación documental de Ignacio Moreno Aparicio de título *Aproximación histórica a Fermín Salvochea* aparecidos en 1989. Entre 1986 y 1990 lo hicieron diversas obras de un grupo de hispanistas franceses. La primera de ellas, en 1986, fue el trabajo coordinado por Paul Aubert *Anarquismo y poesía en Cádiz bajo la Restauración*. En 1987 apareció en francés, coordinado por Jacques Maurice, *Fermín Salvochea. Un anarquista entre la leyenda y la historia*. Un libro que ha tenido

una traducción al castellano, ampliada y supervisada por sus autores, en 2009. El mismo Maurice le dedicó amplio espacio en su tesis doctoral publicada en 1990 en España con el título de *El anarquismo andaluz. Campesinos y sindicalistas (1868–1956)*.

A partir de 2007, fecha del centenario de su muerte, los trabajos sobre Salvochea han tenido un cierto resurgir. Además de la publicación en español de la obra ya citada editada en París veinte años antes, en este último lustro han aparecido una serie de obras que aportan nuevas informaciones parciales sobre Salvochea. En 2009 lo hicieron las actas, recogidas en dos volúmenes, del congreso que sobre su figura se celebró en 2007 a iniciativa de la asociación cultural y universitaria Ubi Sunt?: *Fermín Salvochea (1842–1907): Historia de un internacionalista. Una herramienta para el futuro*. Incluye un cedé llamado *En boca del pueblo: coplas para Fermín Salvochea*, que contiene la interpretación de ocho coplas de carnaval dedicadas a su figura. Unos años antes, en 1997, ya lo había hecho un trabajo de Eugenio Mariscal, *Fermín Salvochea en las coplas de carnaval*, que recogía varias decenas de coplas de agrupaciones del carnaval de Cádiz. Con motivo de posteriores conmemoraciones de la fecha de su fallecimiento han aparecido otros tres trabajos. En 2009 la Asociación de Amigos de Fermín Salvochea editó *102 razones para recordar a Salvochea* en el que se analizaban diversos textos de y sobre su figura. En 2011, con autoría de Manuel Pérez Maestre, esta misma entidad, editó una *Ruta de Salvochea* con la intención de facilitar un paseo «salvocheista» por diversos espacios de la ciudad. Finalmente, ese mismo año, con coordinación de Juan Alarcón y José Luis Gutiérrez Molina, apareció *65 Salvocheas*,

un volumen poético que contiene un estudio introductorio sobre la obra en ese género de Salvochea.

La figura de Salvochea también ha protagonizado otros espacios. No sólo en la prensa. Una consulta a la hemeroteca digital de la Biblioteca Digital Hispánica nos proporciona casi 900 entradas, a expensas de los errores habituales en esta clase de búsquedas. De otro lado se han editado tebeos, como el *Fermín Salvochea* de Rafael Marín y Angel Olivera y una película, *Fermín Salvochea visto para sentencia*, en 1987 dirigida por Manuel Carlos Fernández. En la actualidad hay un blog exclusivamente dedicado a su figura (<http://ferminsalvochea56.blogspot.com.es/>) y otro que incluye frecuentemente informaciones sobre él (<http://juancejudo.blogspot.com.es/>).

Rocker escribió su trabajo en 1908. Apareció en la revista *Germinal* que publicaban en Inglaterra los anarquistas judíos. Estaba escrito en yiddish y tuvo una reproducción en alemán en *Freie Arbeiter*, otra cabecera editada por esos mismos grupos. En realidad se trata de una necrológica escrita al poco tiempo de fallecido el gaditano. La primera traducción al español no llegaría hasta 1922 cuando fue incluido en un volumen recopilatorio de la obra que Rocker había publicado en el Reino Unido. Se denominó *Artistas y rebeldes* y lo hizo la editorial argentina Argonauta. La traducción la realizó Salomón Resnick. Fue una de las primeras traducciones al español de la obra del alemán. Posiblemente la iniciativa de la publicación partiera de Diego Abad de Santillán que por esas fechas se encontraba en Berlín en estrecha relación con la FAUD alemana y los impulsores de la reconstrucción de la AIT entre los que

estaba Rocker. Argonauta era una de las editoriales del entonces potente movimiento anarquista argentino. Resnick un estudiioso argentino autor de numerosas publicaciones sobre el mundo judío. Pero sobre todo fue un primerizo y destacado traductor de literatura yiddish al español.

En España se publicó por primera vez, once años más tarde, en la revista *Orto*, en sus números 18 y 19 correspondientes a noviembre y diciembre de 1933. Después se reeditó en 1945 en Francia, en Marsella, por la biblioteca de *Tierra y Libertad*. En años posteriores, hasta esta edición, el grupo anarquista Malatesta realizó otra, de circulación muy restringida, en 1991. En 2007 el periódico *Tierra y Libertad*, editado en España, lo reprodujo completo en su número especial dedicado al centenario de la muerte de Salvochea.

Por su parte, el texto de Pedro Vallina ha tenido, que conozca, sólo dos ediciones. La primera en 1958 y la otra, también de escasa circulación, realizada en 2007 por la Federación Local de la CNT de Cádiz. Cuando la redactó hacía ya tiempo que el sevillano se había reconciliado con la CNT y colaboraba con la prensa en el exilio. De hecho, algunos de los textos de sus memorias fueron publicados antes en la *Solidaridad Obrera* que aparecía en Méjico. Así que no extraña que el primer número de «Cuadernos Populares» que la CNT comenzó a editar en París en 1958 fuera esta obra. Ya el año anterior, en ediciones CNT de Toulouse, había aparecido *Aspectos de la América actual* obra también del médico sevillano.

Un primer aspecto que une a los dos autores y al

protagonista de sus obras es la intensidad de sus vidas. Todos ellos sufrieron exilios, detenciones, encarcelamientos y dificultades de todo tipo. Los tres defendieron similares ideales de acuerdo con los tiempos en los que vivieron. Tanto Salvochea como Vallina fueron ante todo hombres de acción independientemente de que participaran en el obrerismo organizado. De hecho Vallina tuvo grandes problemas con la CNT cuando el anarcosindicalismo adquirió un carácter de organización de masas. La disciplina y su carácter estrictamente obrerista chocaba con los planteamientos de acción revolucionaria de un hombre que, ante todo ponía la consideración humana por delante de la de clase. Aun así Vallina perteneció a la CNT, incluso a su comité nacional, como Salvochea se integró en la Primera Internacional y llegó a participar en su reactivación a principios del siglo veinte cuando se fundó la FSORE. Rocker estuvo ligado desde sus comienzos al obrerismo organizado y así continuó hasta el fin de sus días. Aunque por la propia decadencia del anarquismo en los Estados Unidos, en donde vivió muchos años, su actividad sindical menguó.

En segundo lugar está la relación directa entre ellos. La de Vallina con Salvochea fue breve pero intensa. Poco más de un lustro. Eso sí lleno de actividades y con una gran compenetración entre dos personas que tenían una diferencia de edad de casi cuarenta años, treinta y siete exactamente. Uno que amanecía y otro que se dirigía hacia su ocaso. Pero esa diferencia no fue óbice para que no congeniaran hasta el punto de que el sevillano tomara la responsabilidad de convertirse en su biógrafo. Una misión que sólo pudo cumplir medio siglo después de muerto el amigo. Salvochea, como

Malatesta después en Londres, le había advertido de que no guardara documentos y notas porque con la vida de revolucionario que llevaba terminaría perdiendo todo como le había pasado a ellos. No se equivocaron. Vallina perdió toda su biblioteca y documentación en 1936–39 cuando no pudo volver a Almadén a recoger sus pertenencias. Con la victoria de los golpistas la mayor parte de ella, salvo unos cuantos libros de Medicina que se conservan en la biblioteca pública de la localidad, terminaron en una pira.

Treinta años antes, en su exilio londinense, Vallina recibió la noticia de la muerte de Salvochea. Nada tenía tampoco y quizás fuera quien le proporcionara la información a Rocker, otro exiliado, para que escribiera su artículo. No se puede afirmar con completa seguridad, pero sí que el alemán quedó impresionado por la vida del gaditano y lo que oía pues, como ya se ha dicho, le puso su nombre al hijo que nació dos meses después. En diferentes circunstancias pero con idéntica falta de apoyo documental o de otro tipo Vallina escribió su texto. En la mejicana selva veracruzana. Uno de los textos que pudo consultar fue precisamente el del alemán del que reproduce páginas enteras. Existe una referencia anterior en la prensa alemana sobre Salvochea que quizás conociera Rocker, aunque ya estaba fuera del país.

En diciembre de 1901 el diario madrileño *El Heraldo* insertaba un artículo de su corresponsal en Berlín, «Hodge». Su contenido principal versaba sobre las razones por las que el dramaturgo José Echegaray había quedado apeado de los premios Nobel. Pero también informaba de que un periódico de la ciudad, el *Neues Leben*, de tendencia anarquista, había

insertado una serie de reportajes sobre la situación política y social española en la que se incluían amplias referencias de Anselmo Lorenzo y Fermín Salvochea. En efecto así era y seguramente, en 1908, Rocker conocía el texto al ser un periódico ácrata que es más que probable que llegara a Londres.

De otro lado ambos textos contienen algunos errores cronológicos y de apreciación. Por ejemplo el de Rocker piensa, como se decía y se ha transmitido, en la gran fortuna de la familia Salvochea. Como ya se ha dicho nada permite suponer que fuera así. Está clara su buena posición económica pero no que perteneciera a la élite de las fortunas gaditanas. Ya me he referido al valor actual de los 54.280 reales que heredó a la muerte de su padre. Suma procedente del efectivo que poseía y del valor de muebles y plata. No figura ningún otro tipo de propiedad. Por su parte Vallina mezcla algunos acontecimientos de 1868-1869 con los del periodo de la Primera República en 1873 y equivoca la fecha de otros: Pi no murió en noviembre de 1900 sino en ese mes de 1901. También exagera en otros. Como en el caso del número de los derribos de conventos en Cádiz promovidos por Salvochea. Son confusiones que no desmerecen el conjunto de unos textos, que como ya se ha dicho, durante muchos años fueron los únicos existentes, con cierta pretensión, sobre el gaditano.

Dos son las grandes diferencias entre ambos textos. Una la implicación personal de Vallina en los acontecimientos que relata. Algunos de ellos vividos en primera persona. La otra las reflexiones que el sevillano realiza aprovechando la narración. Pensamientos tamizados por los acontecimientos que había

vivido desde los años que recuerda. Su obra termina con la inclusión de una poesía de Luisa Michel y otras dos suyas, que no he podido localizar, en dónde se publicaron por vez primera.

No son elecciones causales. El poema de la «Virgen Roja» es un canto a los que padecen cautividad y a su determinación de, a pesar de todo, seguir con la lucha si es que un día regresaban a su patria. Una situación vivida por los protagonistas que no podía olvidar, en los años cincuenta, Vallina en su exilio mejicano. La segunda es un recuerdo a los ajusticiados en Jerez en 1892. Sucesos que originaron la segunda condena larga de Salvochea. Por último la tercera, que sitúa como causa de la persecución de los militares que terminaría por llevarle al exilio, tiene un carácter anti militarista y anti monárquico tomando como pretexto la derrota ante los Estados Unidos en Cuba y Filipinas.

En el de Rocker no existe esa implicación personal. Tiene una redacción más comedida y procura situar al personaje en el contexto de la época. Evidentemente el lector del semanario judío, escrito en yiddish debía tener un menor conocimiento de España que los exiliados en cuyos medios se iba a difundir fundamentalmente el de Vallina.

A ambos textos les he añadido unas notas que ayuden al lector a situar a determinados acontecimientos y personajes con los que, pienso, no se está muy familiarizado hoy.

Pido perdón a quienes sí lo estén y las consideren innecesarias. También figuran notas que indican al lector las

confusiones en determinadas fechas que aparecen en los textos.

Por su parte, la presente introducción pretende situar al lector ante los autores y Fermín Salvochea. Independientemente de algunas aportaciones novedosas la mayor parte está basada en fuentes hemerográficas y bibliográficas conocidas. Para aligerar la lectura he preferido no anotar el texto sino indicar, a continuación, el material utilizado.

En momentos de crisis como los que vivimos. De crisis no sólo económica, sino institucional y de perspectivas de futuro no viene mal la reedición de trabajos como estos que ponen de actualidad a una figura que representa a todos los que han sido, son y serán rebeldes ante el injusto estado de cosas.

Un ejemplo, utilizando palabras del propio Fermín Salvochea, de cómo es momento de actuar. Así lo veía:

¡Viva la acción!
Su fuerza es tan potente
y su poder tan mágico y certero,
que hasta eclipsa al gigante del dinero,
tenido con razón por prepotente.

Ella hace conmover el Continente
con su influjo sublime y verdadero;
espanta al opresor y es lo primero
que transforma al esclavo en ser consciente.

Ella es el grande y deslumbrante faro

que infunde aliento al pobre caminante;
hace que pague el déspota bien caro
todo el mal que causara, en un instante.

Y es la sombra constante del avaro
que jamás se le quita de delante.

(*Tierra y Libertad*, Madrid, 15 de febrero de 1902)

BIBLIOGRAFÍA Y FUENTES UTILIZADAS

En primer lugar las hemerográficas. Unas cabeceras han sido consultadas directamente.

Otras a través de la Hemeroteca Digital sección de la Biblioteca Digital Histórica sita en la BNE (<http://www.bne.es/es/Catalogos/HemerotecaDigital/>) y su hermana francesa Gallica (<http://gallica.bnf.fr/>). Así como las propias de los diarios *La Vanguardia* de Barcelona y *ABC* de Madrid–Sevilla y de las digitalizaciones de prensa libertaria como la de CEDALL. En total 41 periódicos en un espacio cronológico comprendido desde 1844 hasta la actualidad. Entre ellas algunas de las cabeceras de referencia de la época como *La Iberia* (Madrid), *La Correspondencia* (Madrid), *La Época* (Madrid), *El Imparcial* (Madrid) *El País* (Madrid) y *El Heraldo* (Madrid). Así como del mundo republicano y anarquista en el que se desenvolvía Salvochea. Son los casos de *La Discusión* (Madrid), *El Motín* (Madrid), *La Revista Blanca* (Madrid–Barcelona) y *Tierra y Libertad* (Madrid). De la prensa local, en la actualidad prácticamente inaccesible por diferentes razones, entre ellas su deficiente estado de conservación, he podido utilizar los apuntes tomados hace tiempo de *Diario de Cádiz* y las noticias y artículos citados, y en algunos casos

reproducidos íntegramente en el trabajo pionero de Fernando Puelles. Entre ellos de periódicos como *La Palma* y *El Manifiesto*.

De otro lado para la elaboración del epígrafe dedicado a Salvochea he utilizado documentación de diversos archivos y la bibliografía existente. Entre los primeros están el Histórico Provincial de Cádiz, para la documentación notarial, el Histórico Municipal, en donde existe un legajo Salvochea, y el de la Prefectura de París en donde se encuentran las vicisitudes por las que pasó en su primer exilio. De la bibliografía existente, como ya se ha dicho, la fundamental ha sido la de Puelles (1964 y 1984). También he utilizado los trabajos de Brey (1987), Mato y Moreno (2009). Además de los que componen esta edición y otros como Mistral (1937), Moreno Aparicio (1982) y Liarte (1991). De los coetáneos a Salvochea he tenido presente el de Mejías Escassy (1869) y los de Frollo (1891) y López y Salido (1888).

Respecto a Pedro Vallina he basado las páginas sobre él, en especial, en sus memorias (Vallina, 1969–1971). En cuanto a Rudolf Rocker he utilizado fundamentalmente, la tesis doctoral de Mina Graur (1989) y la biografía que realizó Diego Abad de Santillán (1966). Además, en ambos casos, noticias de prensa y diversas búsquedas por internet. Tanto para Vallina como Salvochea se han consultado también la Enciclopedia histórica del anarquismo español de Íñiguez (2008).

ARCHIVOS:

Archivo Histórico Provincial de Cádiz

«Fermín Salvochea. En la historia político y social del siglo XIX», Cádiz, 1964, G-5955. Sección Notarías. Testamentos.

Archivo Histórico Municipal de Cádiz.

Presidencia. Carpeta Salvochea.

Archivo de la Prefectura de París.

Cartón 53580.

FUENTES HEMEROGRÁFICAS

(las más frecuentes)

ABC, Sevilla–Madrid, 1908, 1916, 1922, 1931, 1936, 1947, 1963, 1976, 1977, 1979, 1983, 1988, 1991, 2002, 2004, 2008.

La Correspondencia de España, Madrid, 1868–1870, 1874, 1880–1883, 1891–1893, 1897–1900, 1901–1903, 1907, 1909–1911, 1915, 1917, 1923. Diario de Cádiz, Cádiz, 1891–1894, 1898–1902, 1907.

Diario Oficial de Avisos de Madrid, Madrid, 1850, 1873, 1882, 1892, 1893, 1902.

La Discusión, Madrid, 1860, 1865, 1869–1874, 1882, 1883, 1885.

Las Dominicales del Libre Pensamiento, Madrid, 1887, 1900–1902, 1904, 1905, 1907, 1908.

La Época, Madrid, 1868–1873, 1882, 1885, 1886, 1890, 1893, 1898, 1901, 1902, 1904, 1905, 1932, 1933, 1934.

El Heraldo de Madrid, Madrid, 1893, 1899, 1901, 1902.

La Iberia, Madrid, 1855, 1873, 1874, 1878, 1882, 1883, 1885, 1891–1893.

El Imparcial, Madrid, 1868–1870, 1872–1874, 1876, 1881 1885 1891–1893, 1896, 1899, 1901, 1903, 1906–1909, 1911, 1915, 1925, 1928, 1929, 1931–1933.

El Liberal, Madrid, 1881, 1882, 1891, 1902, 1907, 1908, 1911.

El Motín, Madrid, 1881, 1882, 1899, 1901, 1902, 1904, 1909, 1910, 1911, 1913, 1935, 1917.

El País, Madrid, 1891–1894, 1898–1915, 1918, 1920.

La Revista Blanca, Madrid, 1900, 1901.

El Siglo Futuro, Madrid, 1883, 1891, 1893, 1902, 1907, 1909, 1931, 1933-1935.

Suplemento de La Revista Blanca, Madrid, 1898, 1900–1902.

Le Temps, Paris, 1885, 1893.

Tierra y Libertad, Madrid, 1902, 1907.

La Vanguardia, Barcelona, 1892, 1900, 1901, 1908, 1910, 1912, 1931–1933> 1937> 1938, 1976, 1979.

BIBLIOGRAFÍA

Abad de Santillán, Diego (1966), «Rudolf Rocker», en Las corrientes liberales y anarquistas en los Estados Unidos, México DF, Cájica

[<http://www.kclibertaria.comyr.com/lpdf/l230.pdf>].

Aubert, Paul y otros (1986), Anarquismo y poesía en Cádiz bajo la Restauración, Córdoba, Ayuntamiento.

Frollo, Claudio (Ernesto López Fernández) (1891), Siluetas gaditanas: detalles biográficos, apuntes, opiniones, juicios sobre cuantas personalidades de la capital y de la provincia son conocidas como políticos, literatos, artistas, hombres de ciencia, comerciantes, industriales, etc. Cádiz, Tipografía del Boletín Oficial.

Gelos, Juan José (1989), «Fermín Salvochea: apuntes biográficos», s.l., s.e.

González Calleja, Eduardo (1998), La razón de la fuerza: orden público y violencia política en la España de la Restauración (1875–1917), Madrid, CSIC.

Graur, Mina (1989), «An «anarchist rabbi»: The life and teachings of Rudolf Rocker», Rice University [http://scholarship.rice.edu/ handle/1911/16234].

Íñiguez, Miguel (2008), Enciclopedia histórica del anarquismo español, Vitoria, Asociación Isaac Puente, 3 vols.

Liarte, Ramón (1991), Fermín Salvochea «El libertador», Barcelona, Oikos-Tau.

López Fernández, Ernesto y Salido, Juan Antonio (1888), Fotografía instantánea (colección de semblanzas), Cádiz, Imprenta de Augusto Neira.

Mariscal Carlos, Eugenio (1997), Fermín Salvochea en las letras del carnaval, Cádiz, Ayuntamiento.

Mato Ortega, José Manuel y Moreno Tello, Santiago (2011), Fermín Salvochea (1842–1907): historia de un internacionalista. Una herramienta para el futuro, Cádiz, Diputación, 2 vols. + CD.

Maurice, Jacques (coordinador) (1987), Un anarchiste entre la légende et l'histoire. Fermin Salvochea, Paris, Presses Universitaires de Vincennes [Existe traducción corregida y aumentada en Cádiz, Quorum, 2009].

Maurice, Jacques (1990), El anarquismo andaluz. Campesinos y sindicalistas (1868–1956), Barcelona, Crítica.

Mejías Escassy, Luis (1869), Las barricadas de Cádiz, Cádiz, Imprenta de Arjona.

Mistral, Emilio (1937), *Vida revolucionaria de Fermín Salvochea*, Valencia, Ed. Guerri Colectivizada.

Moreno Aparicio, Ignacio (1982), *Aproximación histórica a Fermín Salvochea*, Cádiz, Diputación.

Muñoz, Wladimiro (1969), «Una cronología de Fermín Salvochea», *Reconstruir*, núm. 63, (Buenos Aires, noviembre–diciembre), p. 58–66.

Porcel, Baltasar (1978), *La revuelta permanente*, Barcelona, Planeta.

Puelles Puelles, Fernando de (1964), «Fermín Salvochea. En la historia político y social del siglo XIX», Cádiz.

(1984), *Fermín Salvochea. República y anarquismo*, Sevilla, Ed. Autor.

Ravina Martín, Manuel (2003), *Un laberinto genealógico o La familia de Mendizábal*, Cádiz, Diputación.

Rocker, Rudolf (1922), *Artistas y rebeldes. Escritos literarios y sociales*, Buenos Aires, Argonauta.

(1945), *Fermín Salvochea*, Burdeos, Ediciones Tierra y Libertad [con anterioridad en Orto, Valencia, núms. 18 y 19 noviembre–diciembre de 1933 y Rocker (1922)].

Rodríguez Matres, Enrique (Hermes), *Salvochea. Estampas de la vida de F. Salvochea, adaptadas al teatro*, Cádiz, Tipografía Ordóñez.

Ruiz Vélez-Frías, Florián (1977), Los bancos de emisión de Cádiz en el siglo XIX, Córdoba, Universidad.

Vallina, Pedro (1958), Crónica de un revolucionario con trazos de la vida de Fermín Salvochea, París, Tierra y Libertad.

Pedro Vallina

CRÓNICA DE UN REVOLUCIONARIO

Trazos de la vida de fermín salvochea

UNAS PALABRAS PREVIAS

Juan Ferrer

Hoy, la brega constante por un mundo mejor que tiene comprometidos nuestro sentir y nuestra existencia, nos encara con dos figuras ácratas; una señera: Fermín Salvochea, otra estimadísima: Pedro Vallina. ¿Queréis que a este le llamemos doctor? Sea. Pero en todo caso, lo que puede curar con sus sesenta años de lucha constante es esa propensión al escepticismo que a muchos agrisa, encorva y en último resultado inutiliza.

Para hablar con Vallina hay que dirigir la intención a Oaxaca, un rincón de mundo mejicano que le sirve, al autor de este libro, de doble exilio: renuncia a la España totalitaria y renuncia al Méjico comodón y dinerista que otros arribados políticos parecen haber descubierto. Entre indios viciosos y pendencieros transcurre la vida de nuestro simpático Vallina, esperando encontrar entre raciales primitivos el ejemplar precolombino que sirva de prototipo para un empezar anarquista... Tal rechazo de lo civilizado por lo agreste indica una firmeza de carácter, una disposición por lo notable, un dominio absoluto de sí mismo, riqueza extraordinaria de la cual

carecen cuantos, habiendo andado por los tejados de la idea, concretan el resumen de su existencia en la andanza final por las cloacas de la facilidad burguesa.

Por donde se ve que Vallina es un místico de la anarquía a pesar de sus quemantes y clásicas aficiones. En toda su larga vida de agitador ha preferido siempre un hecho a cien palabras. En todo lo que va de siglo lo vemos involucrado en intentos y hechos revolucionarios. Sin desdeñar la cultura para el pueblo, ha preferido del mismo un actuar detonante, un ahora mismo a un mañana nunca es tarde. Ha sido un revolucionario impaciente, mas, también, un ejemplarista constante. Ha tenido brazo e idea; ha sido cerebro y obra, y con todo ello, expresión conjuntiva. Miremos a Oaxaca, y lo veremos lo mismo.

Será debilidad o será justicia, pero a viejecitos como Vallina los queremos entrañablemente. ¿Que tienen particularidades? Mejor que las tengan. Para seres entecos, o individuos alcornocados de puro serios, no cabe estima, sino prevención o recelo. El hombre puro, sobre resultar ficticio, se nos antoja carcamal cuando se considera venerable. Aceptemos la persona desbocada que comprende su impulso primitivo y lo corrige, lo limita, lo minimiza, sin llegar por ello a deshumanizar su ente. En cambio, la autoadoración, el dejarse adorar inclusive, lo consideramos desvencijamiento moral del individuo. No son uno ni diez los compañeros que podían ser inteligentes y provechosos y no han sido ni una cosa ni otra por haber naufragado en el estanque de la vanidad, suya o contagiada por la lepra inextinguible de los incondicionales.

Pedro Vallina, repartiendo el néctar de sus años posteriores entre las obligaciones medicas y las expansiones humanitario-idealistas, da idea del compañero de causa que marcha seguro hacia la conclusión de una obra que no merece retoques, sino concienzudas y obstinadas ampliaciones. Templado y sereno, sencillo y enterizo, sería una irrigación aproximarle ese mantón de idealistas deformes, deshidratados o vencidos, con propósito comparativo.

Vallina no es un sabio, alguien podrá argüir creído por oídas de que sólo los sabios pueden escribir libros. Vallina y muchos de su edad e igual madera, sin ser sabios certificados y toisonados, poseen la ciencia de lo vivido, la experiencia de lo comprobado, el fruto de lo sembrado. Cuando la vida de uno ha sido intensa, ha triplicado en lógica existencialista la efectividad del hombre común, ese animal benigno conducido al ritmo calendario y que va a morir en larva humana en el rincón olvidado de sus ochenta o más años.

Cuando se es rico en experiencias propias, bien se pueden llenar doscientas páginas, también propias.

Pero el caso de Vallina es el de escribir instigado y hostigado por nosotros, los ávidos de conocer, de no dejar perdida ni una sola nota de los actualismos anarquistas. Quien las tenga que las suelte, que no se vaya sin rendir el tributo de su beneficio íntegro a la idea. Vallina posee un caudal de anécdotas que ha ido sirviendo a trozos a la ilustración de nuestro público, tan personal y sensitivo.

Y ahora las ha concretado en un torrente de tinta, en una

cascada de cuartillas, que con este preámbulo por el instante contenemos.

Con sus recuerdos, todos interesantes, y abundando en ellos los de primera mano, el autor ha conseguido fácilmente solidificar esta Crónica con materias conocidas (la verdadera historia no se escribe con hechos suplantados) y otras que el amigo lector agradecerá conocer tanto como nosotros gustamos de divulgarlas. El esfuerzo por la anarquía ha consumido muchas existencias que, no por lo anónimas, han dejado de ser hermosas. Y no es de ahora, sino de siempre, que ha sido delito ocultar la hermosura a los ojos de los hombres, siempre ávidos de ella. Por ese agrado de la lectura fácil y edificante, el catador de la primera página de este libro vallinense no resistirá al deseo de llegar a la última antes de cerrar la luz para el descanso breve de la noche, por lo demás, bien aprovechada.

Porque, por el resto, entablará conocimiento estrecho con Fermín Salvochea. ¿Alguien había supuesto que Vallina podría escribir omitiendo la figura de su maestro más próximo? Inocencios se llamarían, pero inocencios no se llaman. El estudiante de Medicina y el gran aficionado a la misma se conocieron, estimaron y trataron a punta de siglo, y la influencia del mayor (Salvochea) al menor (Vallina) afincaría en el ánimo del último para el resto de sus días. El desborde moral del coloso de Cádiz inundaría el espíritu sediento y animoso del aprendiz de revolucionario, dejándole en terreno abonado para el pensar lejano y el proceder inmediato, dos condiciones que en el viejo y en el joven revelan un carácter común, una trayectoria identificada.

No es malo tener maestro, guardando la personalidad que nos es propia. Peor sería no tenerlo, quedar huérfanos de indicador moral, faltos de esa inducción paterna que nos sitúa por encima del peso animal que nos apega al suelo. Inmenso beneficio el que proporcionan los padres naturales desarrollando la personalidad de los hijos; son padres dos veces. Por desgracia, en general prefieren dejar su obra incompleta, confiando al azar, o al primer advenedizo, el robustecimiento espiritual de sus cachorros. La estricta sopa hogareña desarolla solamente el bulto, no la mente del sopeado.

En esta su Crónica, a Vallina lo vemos bien presente, si bien el aguafuerte Salvochea acentúa la página, rebosando energía, humanidad, comprensión y amor en ocasiones exacerbado.

Al poco de insistir Vallina nos contagia con sus recuerdos del maestro. ¿Quién de nosotros no los tiene, quién no los ha adoptado y adaptado?

La noble figura del quijote Salvochea perfuma nuestro ambiente a partir de los años tiernos. Sin necesidad de verlo y oírlo, lo hemos visto y oído. Su existencia legendaria llegó a nosotros por conocedores directos. Se nos habló luego de una Luisa de Francia ¹, y mentalmente hemos desposado o hermanado a ambos. Similitud de conducta e incluso física. Los sentimientos, exactos en los dos. No hay templos para santos en nuestro elemento, y santos tendríamos, tan mayores, que no cabrían en los templos. Pero es bueno e higiénico ser

¹ Se refiere a Luisa Michel, la revolucionaria francesa. Sobre ella ver la nota 68.

iconoclastas. Fermín y Luisa han sonreído, complacidos, por esa amable y necesaria irreverencia de los compañeros.

Con el retrato moral de Fermín en el arca del corazón, sufrimos una vez ante un reconocimiento del Estado. Fue un sello postal que rezaba: «Fermín Salvochea. Cinco céntimos». Parecía ironía, sin serlo. Era candidez republicana, un nuevo signo de la torpeza gubernamental cuando trata de mezclarse en asuntos afectivos. El Estado, a sus leyes y a sus bayonetas. Los hombres del porvenir están por encima de la sociedad que se mantiene unida por cadenas impuestas o voluntarias.

En Fermín Salvochea descuella el hombre cordial, humanitarista, por encima del hombre de acción, revolucionario. Pronto para el combate, a él acudía con angustia de alma por mor del alcance fraticida de la ineludible empresa. Todo hijo de madre es precioso, adorable, y matarlo por el motivo que sea es inconcebible. Si los poderosos tuvieran entrañas, si no se condicionaran por debajo del nivel hienista o chacalino, pensarían en el dolor insigne de las madres que van a perder para siempre a criaturas de sus entrañas para que malvados satisfagan instintos irracionales. El megalómano Francisco Franco Bahamonde tiene, por ejemplo, una hija, y sólo la idea de que una razón de Estado podría obligar a su degüello lo dejaría probablemente horrorizado. ¿Por qué, entonces, esa incapacidad para considerar con horror la muerte violenta que él ha exigido para un millón de hijos de otros padres y madres?

Salvochea conocía bien el valor intrínseco de la criatura humana, y para librirla de plagas sociales –hambres,

ignorancias, pestes, guerras, indignidades y otras calamidades tan denigrantes como irresistibles— encaminó varias veces a los desposeídos al combate, ganándoles en toda ocasión delantera para la muerte. ¿Dolorosos, cruentos tales arrebatos? Sin duda alguna. Pero, ¿no mueren los parias de la sociedad, los trabajadores, a millares cada día por cansancio, inanición, tuberculosos, a machetazos, en accidentes del trabajo, en cárceles y presidios (exclusivos para los desheredados), sin contar las empresas bélicas, sin las cuales no pueden pasarse las naciones militaristas? La revolución violenta no es que sea deseable, pero sí, por presión autoritaria, imprescindible e irrecusable. Si no, ¿cuándo los poderes constituidos se avendarán, a ceder plaza al libre, igualitario y civilizado deseo de los hombres?

La burguesía española, particularmente la andaluza, a medio siglo de distancia de la desaparición obitual de Fermín Salvochea, aún busca un medio pestilente lo bastante fuerte para ensuciarle el recuerdo. Inútilmente. La conducta sin tacha, la reciedumbre moral de su imbatible contrincante, queda en pie por los años y los siglos de la sociedad española. Nadie como Fermín ha predicado con el ejemplo ante un pueblo el más desheredado, sufrido y atormentado de España: el andaluz que pena en el campo. Hijo de millonarios, Salvochea llevó una existencia acentuada por el calvario y las limitaciones económicas. Caído en lo más profundo de las ergástulas, supo elevar su ánimo o su espíritu por encima del drama que lo envolvía, quedándole aún empresa para acudir en auxilio de sus compañeros de cadena, más infelices que él por no tener a nadie en el mundo preocupado por ellos, que pensara piadosamente en ellos, pobres víctimas de la ignorancia y de

las malévolas tentaciones dispuestas por una sociedad cochina que crea delitos para obtener delincuentes, que fija un opulento para cada diez mil miserables... El funcionario severo y sayón para reclusos desgraciados integrales no resistiría –como no ha resistido– el soborno de un capitalista ido en encierro por carambola política. Aquí pondremos un nombre, Juan March², para doblegar como alambre vil el rígido acero de las leyes y los reglamentos.

En los presidios, Fermín Salvochea ensayó en sus cordiales ocios de condenado el procedimiento humanitarista para reintegrar la sociedad libre a seres que la sociedad al uso consideró y sigue considerando rematadamente perdidos, irrecuperables. Sin embargo, precisó la ferviente vocación, redentora de Salvochea para que un buen número de réprobos sociales –ladrones, asesinos, pendencieros, impúdicos y amorales en todo sentido– se reintegraran a las buenas costumbres, observaran el debido respeto a los semejantes, se sujetaran a la necesidad del trabajo, entraran en la ley de la estima... Hombre de saber, Salvochea no se irrogaba prestigio ante sus compañeros de sombra, en su mayoría analfabetos, a quienes trataba afablemente, educaba con su saber, alimentaba con su pan y vestía con su ropa. Nunca los jueces, los criminológicos, los indagadores sagaces, los carceleros arenalenses han hecho otro tanto, siendo por ello que el fruto que han recogido ha sido desastroso y, por lo mismo,

2 Juan March Ordinas, el banquero e industrial balear, fue detenido tras la proclamación de la Segunda República acusado de colaboración con la Dictadura y de contrabando. Primero quedó retenido en su domicilio ya que era diputado en 1923. Fue encarcelado en 1932, primero en la cárcel Modelo de Madrid y después, en 1933, en la de Alcalá de Henares. Se fugó de ella el 2 de noviembre tras sobornar a los funcionarios uno de los cuales se fue con él a Gibraltar. El asunto fue todo un escándalo.

decepcionante, asqueroso y, también, trágico. A los reclusos por delito común los funcionarios que los mantenían en cadena les decían que doña Concepción Arenal era su protectora, una santa laica para devoción de penados. ¿Y qué? Por dramática experiencia adquirida, la población penal tenía derecho a permanecer incrédula. ¡Ah! Pero cuando a alguien se le escapaba de los labios el nombre querido de Fermín Salvochea, de Don Fermín Salvochea, espontáneamente las cabezas de todos los forzados quedaban descubiertas, y, los ojos fijos al suelo y el gorro puesto en la mano, se elevaba una oración muda, rebosando amor hacia el «Padre Nuestro que estás en la Tierra», oración de ellos, ¡que en mayoría no habían estimado nunca a nadie!

Sí, habría que analizar, señores juristas, el método salvocheano para la recuperación social de innumerables desgraciados pervertidos por las influencias corruptoras que vuestras leyes les inoculan en la sangre.

Pero ninguno de vosotros dará la capa al mísero desarropado que se tercie en vuestro paso, como lo hacía Salvochea; ese Salvochea al que un rico paisano suyo tenía que decirle, viéndole desabrigado ante el soplo pulmoníaco del Guadarrama: «Toma esta capa. Pero conste que no te la doy, sino que te la presto»...

¡Ese Salvochea que por dinero no hacía nada y que por bondad y quijotismo lo acometía todo!

¡Ese Salvochea tan mordido por la tragedia, y, sin embargo, tan lúcido, tan sereno y tan sensible al humor y al cariño!

Monumento de heroísmo, de honestidad y de fraternidad, ese hombre nuestro y de Andalucía, al que los capitalistas de tal país, rencorosos e impotentes, tratan, aun después de medio siglo de ocurrida su desaparición obitual, de ensuciarle la memoria por todos los medios a su alcance. ¡Infelices! ¡Si el bracero andaluz, como el extremeño, como los de toda España, piensan aún en su maestro, ejemplo de probidad e índice de caballeros!

Alcalá de Henares dio un Miguel de Cervantes Saavedra, creador a su vez de un inmortal Don Quijote literario. A Cádiz le cupo la suerte de ofrecer al yermo hispano un Quijote de carne y hueso en la humanísima figura a veces también triste, de Fermín Salvochea, ante cuya reciedumbre moral los altos valores oficialmente reconocidos quedan enormemente disminuidos.

Nunca agradeceremos bastante al compañero Pedro Vallina la reactualización del valor salvocheano que consta emprendida en este libro. Precisamente la época es pútrida por embrutecimiento y dispersión moral de los pueblos.

El individuo como tal, generalmente ya no se estima, hallándose en sus míseros cabales arrebatado, regimentado, densamente amasado, espesamente fundido en bloque partidario o soldadesco a disposición absoluta del sátrapa, tirano o ídolo de tanda.³

¡Pobre humanidad, pobre ser humano, si no rectifican!

3 Se trata de una expresión cuyo significado exacto desconozco, muy común en la prensa de los años treinta, utilizada para referirse a cualquier cosa. En este caso a cualquier ídolo.

¡Pobres pueblos, si no se anarquizan! Seguirán facilitando carne para el dolor, para el estropicio, para las fieras.

El recuerdo de un Salvochea es reconfortante. Por lo vivo, y por lo que puede prender en la yesca –la conciencia– de las multitudes.

Desde aquí, querido Vallina, vaya un fuerte abrazo, interpretando el querer formal de tus amigos lectores.

PREFACIO DEL AUTOR

El espíritu de Fermín Salvochea es ya una luz lejana, dirán algunos oportunistas; pero lo cierto es que no se ha extinguido ni con su muerte, pudiendo ser el faro que ilumine el camino del ideal anarquista en una época en que tantas sombras pretenden oscurecerlo. Sin duda, Salvochea fue una de las grandes figuras de la humanidad. Por su pensamiento y por sus actos heroicos en defensa de los oprimidos, nadie llegó a más en el combate callejero y en el martirio de la prisión. No era hombre de hielo como Pi y Margall, sino hombre de acero como todo luchador de temple verdadero.

Su ardiente amor por todas las víctimas de las injusticias sociales fue motivo para que algunos, Lerroux entre ellos, le llamasen «Cristo anarquista». Ni aun por el martirologio que sufrió puede adjetivársele de esta manera, pues el de Cristo duró varias horas en el martirio y en pura leyenda, mientras que el calvario de Salvochea fue real y para casi toda su vida. El mismo desmintió esa similitud en unas palabras que me dictó en cierta ocasión para insertarlas en *El Evangelio*, publicación que le había solicitado unas cuartillas: «Si Cristo, en vez de predicar la mansedumbre y la resignación, hubiese predicado la

rebeldía para la igualdad de derechos y deberes, ya no existiría miseria sobre la tierra. No hay que decirle al que tenga una capa que dé la mitad, sino al que no tiene capa que tome una donde hay varias».

La superioridad moral de Salvochea sobre otros personajes fue motivada, precisamente, por las ideas anarquistas que profesaba y que aquellos desconocían, o que conociéndolas, carecían de valor para adoptarlas; nobles ideas que a Salvochea lo situaban en la vida como persona que no pretende gobernar ni explotar a sus semejantes; abusos estos que consideraba males fundamentales para la mala entente entre los humanos. Sin una sociedad regida por el comunismo libertario, los esfuerzos de los grandes humanistas, por loables que sean, como el progreso científico, en vez de beneficiar a las clases populares no hacen más que acrecentar el daño emanado de los gobernantes. Razonamiento reafirmado en nuestros días con la energía atómica depositada en manos de los autores de guerras.

La grandeza moral de Salvochea fue compartida por otras personas que profesaron las mismas ideas, como Malatesta, Kropotkin, Luisa Michel, etc. La primera vez que hablé con la última me sorprendió el parecido físico en algunos rasgos, y moral, que tenía con Salvochea. Se hubiera dicho que eran parientes.

La influencia moral de Salvochea, como es sabido, fue enorme, no sólo en la clase obrera, sino también en la media y en la cimera. Todos los hombres buenos convenían con él y lo defendían. Únicamente seres estúpidos, gobernantes y

explotadores en primer plano, lo persiguieron sin contemplaciones.

Por mi parte desde niño me indignaron las injusticias de que eran víctimas los jornaleros andaluces y ya entonces tomé la decisión de defenderlos mientras viviera. Por entonces se hablaba mucho en la región acerca de las proezas de Salvochea en defensa de los oprimidos y tanto su conducta como su doctrina despertaron en mí gran interés. Todavía recuerdo una copla que oí cantar en mi infancia:

*Todas las mozas de Cádiz
se asoman a la azotea.
A ver pasar por la calle
al valiente Salvochea.*

Más tarde, en el transcurso de los años, busqué a Salvochea y a su lado pasé los mejores días de mi juventud. Ambos luchamos por la misma causa, hasta que las persecuciones nos separaron para siempre. Pero hasta el último momento de su vida no dejamos de comunicarnos con frecuencia. Mucho se sabe de la vida de Fermín Salvochea, por la notoriedad que alcanzó su nombre, pero no menos se ignora de la misma.

Siempre se mostró opuesto a escribir sus memorias a pesar de los requerimientos de los amigos, creyendo sinceramente que no había hecho nada digno de mención. «Los que algo grande hicieron –solía decir– perecieron en el combate. Los que hemos quedado, por haber quedado, no valemos gran cosa». Así ocurrió que un hacendado de Cádiz, admirador suyo, le propuso costear la edición de sus memorias. «Ese hombre

—dijo— no debe estar bien de la cabeza al proponerme semejante tontería».

Entonces decidí yo emprender la obra, aprovechando toda ocasión que se presentara para escuchar de sus labios la historia de su vida. Los largos paseos que solíamos dar por Madrid me facilitarían la tarea.

Años después, cuando tenía recopilados innumerables datos sobre la vida de Salvochea, y reunidos sus escritos y su correspondencia, me disponía a visitar los lugares de sus acciones y sufrimientos, pero estalló la guerra civil, y mi archivo y biblioteca fueron sañudamente aniquilados por los franquistas. ¡Nunca creí que pudiera sobrevivir a pérdida tan irreparable! Salvochea primero, y después Malatesta me advirtieron que mi labor sería destruida por los enemigos, como lo fue la de ellos. Desgraciadamente, no se equivocaron.

Y heme ahora aquí en esta selva tropical aislado de los hombres, atendiendo en mi profesión de médico a los indios pobres, que me consideran su amigo. Pero sin un libro ni el más leve documento que me sirva de ayuda en el trabajo que me propongo emprender sobre uno de los hombres que más han honrado a la especie con su comportamiento y sus ideas. Me queda el recurso de la memoria, que se conserva lozana. Otros más afortunados que yo, podrán escribir una biografía completa cual la que yo tenía preparada, con respecto a Fermín Salvochea. Mientras tanto, valgan estos renglones desaliñados para conservar el recuerdo del maestro y evitar que se pierdan algunos datos de los que soy depositario.

En su libro *Artistas y rebeldes* el amigo Rodolfo Rocker hace una bella invocación de Cádiz en artículo dedicado a Salvochea, del cual recordamos:

¡Cádiz! Este nombre evoca múltiples recuerdos históricos porque son contados los lugares del mundo que han tenido un pasado tan romántico y grandioso como la vetusta ciudad andaluza a orillas del Atlántico. Fue fundada por los fenicios, vinieron luego los cartagineses y después los romanos. Cádiz presenció luchas sangrientas entre cristianos y mahometanos y reunió en sí la civilización europea y la cultura del Oriente. En sus edificios vivieron sabios árabes, escolásticos, judíos y monjes cristianos, influyendo en la forma de ser de sus habitantes.

Cuando los árabes fueron expulsados de Andalucía por los soldados de Fernando el Católico, llegaron los cruzados ingleses y descansaron en Cádiz antes de proseguir su viaje para la conquista del Santo Sepulcro en Tierra Santa. Tras el descubrimiento de América, Cádiz se convirtió en una de las ciudades más ricas de Europa y la arquitectura maravillosa de sus edificios nos refiere, todavía hoy, la historia de aquel periodo magnífico.

¡Y cuántas luchas, cuántas sublevaciones y revueltas ha presenciado esa ciudad! Centenares de veces se han alzado sus moradores en defensa de las libertades, demostrando con ello la exactitud del dicho español: «La tierra andaluza es la tierra de la libertad». Cádiz y Barcelona han sido: siempre los dos focos de la vida revolucionaria en España, y son también, actualmente, los centros principales del movimiento anarquista peninsular.

Es Cádiz una ciudad admirable, una de las más hermosas del Mundo. Rocas inmensas se elevan sobre el mar profundo y encima de ellas se levantan pequeñas y niveas casas con diminutas torrecillas que se reflejan en las olas azules.

Pues en este Cádiz nació Fermín Salvochea Álvarez el 1 de marzo de 1842. Su padre, Fermín Salvochea igualmente, era un acaudalado comerciante que en sus ratos de ocio –por otra parte escasos– cultivó la literatura. Escribió una comedia en verso⁴, cuyo título no recuerdo, que impresa en un libreto llevaba su hijo consigo como una memoria de su buen padre.

Por cierto que en la nota biográfica de Fermín Salvochea hijo, inserta en la Enciclopedia Espasa, aparece este como autor de la obra teatral citada, error debido a la homonimia existente entre padre e hijo. Su madre, Pilar Álvarez, que conocí en Cádiz ya muy anciana, era una ilustre dama prima del famoso Juan

4 Llamada Cada mochuelo a su olivo. Según una nota aparecida en el Diario de Madrid (26.1.1844) el padre de Salvochea, Fermín Salvochea Terry, ya había publicado con anterioridad otra obra llamada Desprendimiento de la vida. Reflexiones (Cádiz, 1843). La obra de teatro, en verso, se representó el 3 de octubre de 1844 en el Teatro del Balón de Cádiz.

Álvarez de Mendizábal, gaditano, y comerciante en su juventud. En una ocasión, al atravesar la plaza del Progreso, de Madrid, en la que se levanta la estatua de Mendizábal, Salvochea me hizo referencia de su parentesco con el hacendista y político. Es un detalle que, por modestia de Salvochea, nunca trascendió al público.

De los primeros años de su vida, uno de los recuerdos más gratos de Salvochea era la amistad y el cariño que profesaba a los niños más pobres y peor vestidos de su barrio. Siempre buscaba para sus juegos la compañía de los desgraciados, apartándose de los chicos más afortunados o dichosos. Esta inclinación natural, llevada al extremo, fue mal interpretada por su madre, valiéndole a Fermín severas amonestaciones. Y es que el bien era innato en él.

Al cumplir los quince años, su padre lo envió a Inglaterra para perfeccionarse en el idioma inglés y adiestrarse en las tareas del comercio y del negocio. El inglés lo aprendió satisfactoriamente e incluso le sirvió de consuelo en los años amargos de su cautiverio, traduciendo a Milton, por quien sentía admiración desde todos los puntos de vista justificada. También salió diestro en comercios y negocios, viajando durante cinco años de Londres a Liverpool y viceversa. Pero su mayor atención recayó en lo que Inglaterra tiene de más grande: el pensamiento progresivo y humanitario. Estudió a Thomas Paine, figura interesantísima por su intervención en la Revolución Francesa y en la Independencia de los Estados Unidos de América, y sobre todo por sus escritos sobre política y racionalismo.

Diré de paso que la primera edición de las obras completas de Paine, que yo guardaba como un tesoro y a la que adornaba una bella cubierta de pergamino, me fue destruida por las hordas del general Franco.

En Inglaterra Fermín contrajo amistad con Charles Bredlow y amigos, que, como es sabido, hacían ruidosa propaganda ateísta. Ya veremos en el curso de este relato el ardiente irreligiosismo de Salvochea, no pasivo, sino activo, porque en él el verbo era acción, arremetiendo en toda circunstancia contra la idolatría religiosa.

Por aquella época, Ricardo Owen desarrollaba una intensa labor comunista y ponía de manifiesto todos los males sociales originados por una sociedad de provecho particularista. Salvochea adoptó con entusiasmo tales convicciones igualitarias por satisfacer por completo sus deseos de justicia social.

Los tres personajes mencionados: Thomas Paine, internacionalista; Charles Bredlow, ateo, y Robert Owen, comunista, ejercieron sobre Salvochea poderosa influencia, que no se borró sino con la muerte. La semilla germinaba en el espíritu de Salvochea, y aquellos hombres la hicieron florecer y expansionarse. Tal influencia la manifestó el futuro anarquista en una carta dirigida a Federico Urales y publicada en *La Revista Blanca* con motivo de una encuesta sobre la obra de Fermín titulada *Evolución de la filosofía en la España del siglo XIX*⁵:

5 El trabajo de Urales *La evolución de la filosofía en la España del siglo XIX* apareció en

Viviendo en Inglaterra leí por primera vez a Thomas Paine. Sus escritos me convirtieron en internacionalista, y hasta hoy me hallo todavía bajo su influencia. «Mi patria –decía Paine– es el mundo, todos los hombres son mis hermanos y mi religión consiste en practicar el bien». Estas palabras me produjeron enorme impresión; en cada una de ellas busqué un sentido profundo, acabando el conjunto por gravarse en mi mente para siempre. Más tarde conocí a Robert Owen, quien me enseñó el ideal sublime del comunismo, y, a Bredlow, que me hizo conocer los puntos de vista del ateísmo. Todo lo demás se desarrolló en mí por cuenta propia.

De todas las anécdotas recogidas por Salvochea durante la época que vivió en Londres, hay una que relataba con interés y que parecía haber dejado huella en su espíritu.

Se encontraba en una manifestación de obreros sin trabajo. Una inmensa columna de hombres grises desfiló bajo un cielo de invierno por una de las calles más lujosas de Londres, la Strand. El propio Salvochea formaba en cabeza de la manifestación con varios amigos, uno de ellos Cunninghamame Graham, más tarde hombre de letras eminentes y al que conocí muchos años después durante mi destierro en la capital inglesa.

Pues bien; al pasar el inicio de columna frente a una de las

dos volúmenes en 1934. No es una obra exclusivamente sobre Salvochea aunque hay varias referencias a él. Entre ellas la que se cita. El trabajo se publicó en 1902 por fascículos en *La Revista Blanca*. Lo que le dijo, o escribió, Salvochea a Urales en *La Revista Blanca*, Madrid, 1.11.1902, pág. 260.

joyerías más lujosas, del grupo partió un proyectil y la hermosa luna de cristal del escaparate saltó hecha añicos, ocasión que aprovecharon bastantes de aquellos desgraciados para tomar alhajas que sirvieran por algún tiempo para resolver sus apuros económicos. Como la Michel en parecida ocasión hiciera –y con la que también tenía un raro parecido de conducta– Salvochea meditó el suceso, siendo probable que a raíz del mismo escribiera una de sus felices frases: «Si con el microscopio de la sociología mirásemos las joyas que luce la burguesía, en ellas encontraríamos los glóbulos rojos que faltan en la sangre de los trabajadores»⁶.

6 Se refiere a una de las frases de Salvochea más citadas. Pertenece a su folleto antimilitarista *La Contribución de sangre*, Madrid, 1900.

II. ANDALUCÍA LIBERTARIA

Salvochea regresó a Cádiz a la edad de veintiún años dotado de una cultura poco común en hombres de su edad y siendo ya un convencido internacionalista, ateo y comunista libertario. Y un anarquista sin saberlo al revelarse opuesto, resueltamente, a ser figurón en política, a gobernar a los demás, a vivir del trabajo ajeno. La fortuna, engorrosa para él, le sonreía por ser sus padres millonarios y además de buena conducta. Exteriormente, Salvochea tenía aspecto de inglés por su tipo alto y calmo, enjuto y grave. Pero nada más que en su presencia exterior, ya que su cuerpo envolvía un alma volcánica, una voluntad inquebrantable y una energía indomable pronta a manifestarse llegado el caso.

En Andalucía, pues, sus impulsos revolucionarios tendrían marco adecuado para desarrollarse con toda amplitud.

La ciudad de Cádiz ha sido llamada «cuna de las libertades» porque en 1812 en ella se promulgó la primera Constitución española, sirviendo también de refugio a los liberales de la época. Sin embargo, el pueblo andaluz aspiraba a más que a un régimen democrático burgués. Tanto en la provincia de Cádiz como en toda la campiña andaluza, el comunismo libre era

harto sentido por los trabajadores como inclinación natural hacia lo justo, bello y libre de imposiciones. Y como quiera que esa idea flotante no era definida por ningún diccionario, sus participantes se llamaban republicanos o socialistas, siendo esencialmente anarquistas según la concreción obtenida en los tiempos modernos.

Juan Abreu, uno de los diputados que en 1823 votaron la deposición de Fernando VII y que emigrado a Francia trabó estrecha amistad con Fourier, al regresar a España se estableció en Cádiz, donde propagó activamente las teorías falansterianas, consiguiendo bastantes partidarios entre la clase popular e ilustrada. Uno de sus más notables discípulos, Manuel Sagrario de Veloy, en Tampul, lugar próximo a Jerez de la Frontera, intentó llevar a cabo un falansterio, para cuyo objeto se llegó a reunir un millón de duros. Temeroso de ejemplos, el Gobierno ejerció su saña persecutoria contra los miembros de la agrupación haciendo fracasar el proyecto.⁷

A pesar de los excesos autoritarios la idea de justicia social se fue abriendo paso con extraordinario vigor en los campos andaluces; al frente de este movimiento se pusieron Pedro Bohórquez, Rafael Guillén (ambos muertos en combate con las tropas fernandinas) y Ramón Cala, alcalde de Jerez y autor de

7 En realidad el proyecto del comerciante Manuel Sagrario de Veloy, discípulo de Joaquín Abreu Orta, no Juan, no se llevó a cabo por no llegar a un acuerdo sus impulsores con el Gobierno de Espartero sobre las condiciones de ejecución. Fue presentado en 1841 a la Diputación de Cádiz quien se interesó y lo elevó al Gobierno. Este lo aprobó tras pasar por el Congreso. Fernando Garrido asegura en su *Historia de las clases trabajadoras* (Madrid, 1870) que el problema fue la pretensión de Sagrario de Veloy para que el Estado le proporcionara los trabajadores. Sobre el falansterio de El Tempul Antonio Cabral Chamorro, Socialismo utópico y revolución burguesa: el fourerismo gaditano, 1834-1848, Cádiz, Diputación.

obras notables, entre ellas *El problema de la miseria*, y al cual conocí cuando él era muy anciano.⁸

Paralelamente se hacía una intensa propaganda socialista en Madrid, siendo los propagandistas más notables Fernando Garrido y Sixto Cámaras.⁹

Fernando Garrido publicó en 1845 el primer periódico de tendencia socialista, siendo autor de numerosas obras de sociología y literatura. Sixto Cámaras, que llegó a gozar de una popularidad enorme, murió en los campos de la provincia de Badajoz, parece que de sed, tratando de huir a Portugal. Esta

8 La redacción es confusa puesto que parece que Bohórquez y Guillén murieron en lucha con las tropas borbónicas. En realidad lo fueron en 1869, cuando la insurrección federal. Cristóbal Bohórquez, no Pedro, se incorporó al grupo de Salvochea y murió en el combate que tuvo lugar en las cercanías de Ubrique, su lugar de nacimiento. Seguramente Vallina lo confunde con Pedro Bohórquez Piñero, su padre, diputado y también muy relacionado con Salvochea.

Rafael Guillén Martínez era diputado y su muerte, tras ser hecho prisionero y torturado, fue un escándalo. Nacido en Cádiz, no pudo terminar Medicina por problemas económicos y abrió un estudio fotográfico. Miembro del Partido Demócrata conspiró con Salvochea en los años previos a la Revolución de Septiembre de 1869. Fue deportado a Ceuta en 1867 y elegido diputado por Jerez en las elecciones constituyentes de enero de 1869.

Ramón de Cala Barea (1827-1902) fue uno de los organizadores del republicanismo en su Jerez natal de cuyo ayuntamiento fue concejal. Ocupó la vicepresidencia del Congreso en 1873. Murió en la pobreza. La obra a la que se refiere Vallina, *El problema de la miseria resuelto por la harmonía de los intereses humanos*, se publicó en 1884.

9 Pseudónimo de Fernando Garrido Tortosa (1821-1883), uno de los más destacados propagandistas decimonónicos del socialismo. En 1848 fundó un periódico fourierista. Fue encarcelado por su escrito «Defensa del socialismo». Tras permanecer un tiempo encarcelado se exilió en Londres de donde regresó en 1854. Estuvo entre los primeros que defendió la república federal lo que le valió otro destierro en Portugal. Regresó a España en septiembre de 1868. En 1870 publicó *Historia de las clases trabajadoras* su obra más conocida hoy. Fue diputado por Cádiz en 1869 y por Sevilla en 1872.

Sixto Sáenz de la Cámara (1825-1859) fue otro fourierista y temprano republicano defensor de la unión de España y Portugal. También sufrió cárcel. En 1856 se exilió en Portugal.

propaganda penetró rápidamente en Andalucía, donde el terreno estaba abonado para ello.

En 1857 estalló un movimiento revolucionario en Andalucía. Algunos centenares de hombres empuñaron las armas al mando de un ex oficial del ejército apellidado Caro, y de un comerciante de Utrera, Lallave. Los sublevados recorrieron victoriosamente los pueblos de Arahal, Paradas y Morón; pero cerca de Benaoján, en un encuentro sostenido con las tropas gubernamentales, fueron derrotados y muchos quedaron prisioneros. En general se trataba de pobres jornaleros que se «echaron al monte» agujoneados por la miseria y cansados de sufrir persecuciones. La represión fue cruel en extremo, como siempre. Aunque los sublevados no habían cometido desmanes, más de cien fueron fusilados y muchos otros enviados a presidio tras haberles sido aplicados procedimientos de martirio.¹⁰

En 1861 tuvo lugar una importante insurrección socialista en Loja, provincia de Granada, inspirada por el veterinario Pérez del Álamo, bajo cuya bandera llegaron a reunirse hasta 30.000 hombres. Vencidos los insurrectos por la milicia isabelina, 17 de entre ellos fueron pasados por las armas y 400 castigados a penas de presidio. Cuando con más interés se buscaba a Pérez de Álamo para fusilarle este se escapó a Madrid, donde se presentó en el despacho del ministro de Gobernación, marqués de la Vega de Armijo, de quien había solicitado audiencia para

10 La sublevación de junio de 1857 comenzó en Sevilla desde donde más de un centenar de hombres se echaron al campo. Llegaron a Utrera y Arahal en donde quemaron los archivos y atacaron a la Guardia Civil. Una columna militar les persiguió y alcanzó en Benaoján. Derrotados fueron pasados por las armas 34 de ellos en Sevilla y Utrera.

comunicarle dónde se hallaba oculto... el fugitivo. Cosa rara en un jefe represivo, el ministro se condujo como un caballero, y en vez de entregar Pérez de Álamo al verdugo le facilitó medios para llegar al extranjero. Diremos de paso que este veterinario revolucionario acudió algún tiempo después con sus partidarios a la batalla del puente de Alcolea, en cuya acción peleó en primera fila con ardor. En un libro interesantísimo que perdí con mi biblioteca, titulado: *Historia de dos revoluciones* y escrito por su pluma, describe puntualmente ambos acontecimientos. Siendo anciano, pero siempre erguido, se le veía en Sevilla aplicado en su oficio de veterinario en la plaza de los Terceros. Finalmente se retiró a Arcos de la Frontera, provincia de Cádiz, falleciendo poco después de su llegada.¹¹

Una ocasión aprovechable para rendir homenaje a este hombre de verdad, uno de los precursores de nuestras luchas reivindicativas.

En cuanto a Salvochea, influenciado por todos estos episodios, obvió fácilmente su riqueza; propendía al ascetismo, y si algún dinero gastaba, era siempre para auxiliar a los perseguidos y contribuir a preparativos revolucionarios.

Entre los personajes con quienes se entendió en aquel tiempo figuró Rafael Guillén. Acerca del temple de este

11 Rafael Pérez del Alamo (1829-1911) fue veterinario y el principal dirigente de la sublevación campesina de Loja en julio de 1861, a la que intentó imprimir un carácter republicano-democrático. Dejó escrita su propia versión de los sucesos en *Apuntes históricos sobre dos revoluciones andaluzas* (Sevilla, 1872). Tras su fracaso, fueron condenadas a prisión medio millar de personas, logró esconderse hasta que le alcanzó una amnistía. Terminó confinado en Arcos de la Frontera donde fundó el Centro Obrero «Fraternidad Obrera». Allí murió y hoy, tras salvarse por los pelos de que sus restos fueran a parar al osario, espera que el ayuntamiento decida darle un digno enterramiento.

hombre hizo Fermín el siguiente relato: «Una vez Guillén abrió un establecimiento de fotografía, y a pesar de su rango, para no humillar a su empleado en operaciones de albañilería, llevaba él a hombros por las calles los sacos de cal y otros materiales que necesitaba para ejecutar la reforma que se proponía».

Desde el momento de su llegada, como de acción que era, Salvochea tomaba parte en las pequeñas conspiraciones de la época, hasta que se presentó una de calidad dirigida por el general Prim para derrocar a la familia Borbón, y en la que Salvochea representó un papel importante.

III. EN VÍSPERAS DE LA REVOLUCIÓN DE SEPTIEMBRE

En 1924, deportado de España por la dictadura primoriverista y expulsado de Marruecos por las autoridades francesas, yo tuve que refugiarme en Portugal, donde fui generosamente acogido. Pero el embajador español influyó cerca del jefe de la Policía portuguesa para que fuera molestado y encarcelado. Detenido el querido amigo Manuel Pérez, que me ayudaba en mi trabajo, y amenazado de ser detenido a mi vez debido a una treta ridícula, las organizaciones obreras me aconsejaron salir de Lisboa por unos días, ocultándome en una casa de campo que en la provincia poseía un consecuente republicano devoto de la causa obrera.

Así lo hice, y en aquella casa pasé una corta temporada, hasta que los amigos arreglaron el asunto.

Pasaba el tiempo leyendo o trabajando en el jardín de la propiedad, ocupación esta que siempre me ha gustado. Todos los días bajaba a tomar el sol una señora muy vieja que me trataba con el mayor cariño. La tomé por portuguesa, ya que en correcto portugués me hablaba, hasta que un día, por sorpresa mía, me dijo con el más puro acento castellano:

«También yo soy española, y refugiada como usted. Mi padre era primo del general Prim y formaba parte de su Estado Mayor. En 1866 estuvimos a su lado en ocasión del levantamiento de Aranjuez. Le seguimos en su odisea y con él entramos en Portugal. Entonces yo era muy niña; crecí, me hice mujer, me casé y tuve una hija, que es la esposa del hombre que hoy a usted le ofrece asilo». Los ojos mortecinos de la anciana brillaron por un momento haciéndome este relato, cual si el recuerdo del pasado le comunicara un soplo de vida.

En días sucesivos el tema de nuestra conversación no fue otro que la vida de Prim, que recorrimos imaginariamente desde la cuna hasta el sepulcro. Sólo me atreví a comentar lo que aquel hombre extraordinario tuvo de meritorio: la retirada de Méjico con las tropas españolas, su liberalismo, su odio a los Borbones, sus magníficas cualidades de conspirador. Mas no quise apenar a la anciana hablándole del Prim ambicioso que traicionó al pueblo republicano y que tuvo la muerte como castigo.

Hago este relato por lo curioso del encuentro, y vuelvo a coger el hilo de nuestra historia, en la que, por el momento, el citado general Prim aparece como el principal protagonista.

Después de tantos y vanos esfuerzos, de tantas conspiraciones abortadas, de desastres como el del cuartel de San Gil, llegó el año 1868, en el que la hostilidad contra Isabel II llegó a la cúspide.

Los enemigos del trono se congregaron alrededor de Prim creyéndole el hombre más capacitado para conducirles a la

victoria. En efecto, no se equivocaron. En consecuencia, el inquieto general montó un nuevo complot, el último de la larga serie. Cádiz fue el centro de la conspiración, extendiéndose las ramificaciones por todo el país.

A la sazón el general Prim residía en Londres, y las órdenes que desde allí transmitía las recibía en Cádiz un general de la guarnición. Prim tenía una forma muy original de remitir sus comunicaciones. Escribía sus cartas en lenguaje cifrado, las cortaba en varios trozos, cada uno de los cuales dirigía a un destinatario diferente.

Salvochea era en Cádiz el hombre de confianza de los comprometidos, siendo él quien se encargaba de recoger a domicilio las fracciones de cartas del general jefe. Por la noche, Salvochea se entrevistaba con el general de la guarnición aludido, combinando ambos los pedazos de papel para descifrar su contenido.

Una vez, y por otras ocupaciones, Salvochea descuidó su cometido, no recibiendo el general las esperadas comunicaciones lo que le causó gran disgusto. A la noche siguiente, para estimular su celo, le dijo a Fermín: «Conviene que se acostumbre usted a ser exacto en el cumplimiento de su deber para que el día de mañana pueda desempeñar con brillantez el alto cargo que le será encomendado como premio a sus merecimientos». A lo cual contestó Salvochea: «En lo futuro no volverá usted a tener queja de mí; pero tenga entendido que no ambiciono cargo alguno ni lo aceptaría en caso de que se me ofreciera, porque son más nobles los propósitos que motivan mi intervención».

Si Salvochea ocupó algún puesto por luchas de la época, se lo dio el pueblo como premio bien ganado en la calle. En cuanto a los gobernantes, estos lo persiguieron con saña y no le dieron otro destino que el de presidiario.

Por muy prudente que fuera, por sus reiterados actos Salvochea no tardó en hacerse sospechoso. Mediaban asimismo su conducta y sus ideas. Una vez el gobernador civil de Cádiz lo llamó a su despacho, y después de colmado de insultos de la peor especie, terminó por desafiarlo. En esta ocasión le sirvió a Salvochea su flema británica, pues se trataba de una infame emboscada en la que la Guardia Civil, oculta tras unos cortinajes del salón, aguardaba una señal del gobernador para asesinar al interlocutor de este. Diré –para terminar esta referencia de un poncio brabucón– que pocos días después triunfaba la revolución antiisabelina, y que, muerto de miedo, mandó un emisario a Salvochea para que lo perdonase por las ofensas que le había inferido. Salvochea se limitó a contestar al enviado: «Dígale a ese pobre diablo que duerma tranquilo, que nadie le molestará en lo más mínimo. Yo no lo tomé en serio, y sigo creyendo que está leve de cabeza». Como todos los hombres valientes y buenos, Salvochea no era ni vengativo ni rencoroso.

Durante la preparación de este conflicto que debía dar fin al reinado de la hija de Fernando VII, Nicolás Estévanez¹²,

12 Nicolás Estévanez Murphy (1838-1914) fue un político y militar de tendencia republicana. Consiguió una Laureada en la guerra de África de 1860. En 1871 fue expulsado del ejército por negarse a cumplir unas condenas a muerte en Cuba. Diputado y ministro durante la Primera República, tras la restauración borbónica se exilió a Francia donde vivió hasta su muerte participando en muchas de las conspiraciones de esos años.

impacientado por carencia de noticias, se llegó a Londres para entrevistarse con el jefe de la insurrección prevista. Acompañado por Escosura, Estévanez llamó a la puerta de Prim; este les hizo pasar al comedor, desayunaron, y tras escribir unas notas el general les dijo a ambos visitantes: «Vuelvan a España inmediatamente, llévense estas instrucciones escritas, y serán testigos del derrumbamiento del trono de los Borbones».

Estévanez y Salvochea fueron amigos entrañables. Estévanez era hombre relevante en todo, y, sin embargo, cuando se ocupaba de Salvochea lo consideraba un gigante y él a su lado un enano. Pero ambos eran gigantes por sus dotes extraordinarias.

IV. EL GOBIERNO PROVISIONAL

El 18 de septiembre de 1868, al grito de «¡Abajo los Borbones!», se sublevó la marina de guerra en la bahía de Cádiz, y al día siguiente la plaza secundó el movimiento, quedando la ciudad en poder de los revolucionarios.

Como reguero de pólvora se fue corriendo el movimiento de una ciudad a otra, instalándose las Juntas Revolucionarias, que fueron las que proclamaron el sufragio universal, la libertad de cultos, las de enseñanzas, de reunión, de asociación, la abolición de la pena de muerte y otras medidas democráticas de las que el pueblo estaba sediento. Por su parte, los campesinos andaluces creyeron que había sonado la hora de la realización de sus aspiraciones sociales y tomaron posesión de los grandes latifundios y tierras sin cultivar.

Con las guarniciones de Andalucía pronto se organizó un ejército que, mandado por el general Serrano esperó delante de Córdoba al que, mandado por el general Novaliches, iba desde Madrid a sofocar la rebelión. En la batalla del Puente de Alcolea (25 de septiembre) fue derrotado y herido Novaliches. Siendo muy niño conocí en mi pueblo a un viejo coronel retirado llamado Romero, que fue quien disparó el cañón que

hirió al general que resultó vencido y maltrecho. En el mismo pueblo nació el figurón político, y además literato, Adelardo López de Ayala, redactor del manifiesto de la Junta Revolucionaria llamando al pueblo contra los Borbones.

Prim siguió la costa mediterránea, sublevando Cataluña y Valencia. La reina encargó al marqués de La Habana la formación de un ministerio que no llegó a organizarse, y el día 30 atravesó la frontera, internándose en Francia.

El 8 de octubre del mismo año se constituyó en Madrid un Gobierno provisional presidido por el general Serrano, comprendiendo representantes de los dos partidos entonces turnantes: el progresista y el unionista. Como todos los gobiernos, incluso los salidos de fuertes convulsiones nacionales, el nuevo se esforzó, desde el primer momento, en complacer a las clases adineradas ahogando en sangre las justas aspiraciones populares.

Nicolás Estévez, con su gracejo acostumbrado, retrataba tiempo después la catadura inmoral de aquellos políticos, también funestos. Como él lo contó, por ser testigo, lo cuento yo ahora:

A la caída de Isabel II el pueblo de Madrid dio muerte en la calle y arrastró el cadáver de un Policía de mala fama conocido por «el Estanquero». Por su pésima conducta tenía merecido este acto de justicia.

La Junta Revolucionaria, recién constituida, en vez de animar al pueblo a cumplir estricta justicia, en su primera reunión se ocupó con preferencia de «los desmanes del

populacho», acordando, después de una larga discusión, mezclar elementos perturbadores entre las turbas con el fin de invitarlas a disparar salvas sin medida en señal de júbilo, y una vez derrochada la pólvora practicar la recogida de armas sin peligro alguno.

Semejante maniobra tuvo el éxito apetecido, quedando el pueblo burlado y sin armas.

Precisamente por aquel entonces estuvo en España estudiando la situación política del país el escritor portugués Antero de Quental¹³, y en el trabajo que publicó fruto de sus observaciones, perspicaces, estampó esta frase como broche a su documentado artículo: «¡Ay de los pueblos que al día siguiente de su bautizo revolucionario sólo disponen de imbéciles y de traidores como padrinos!».

Al triunfar la revolución septembrina los elementos reaccionarios se sobrecogieron de espanto y se encerraron en sus casas temerosos de la justa ira popular. Hombres perversos y de pronta visión del momento, pronto vinieron en la cuenta de que no había motivo para mantenerse en pánico. De algo parecido fuimos testigos a la caída de Alfonso XIII.

Los nuevos gobernantes de la situación Prim se libraron ante los privilegios a todo género de genuflexiones, al propio tiempo que no ocultaban su repugnancia por los trabajadores. Así no tardaron en organizarse para pasar de la defensiva a la

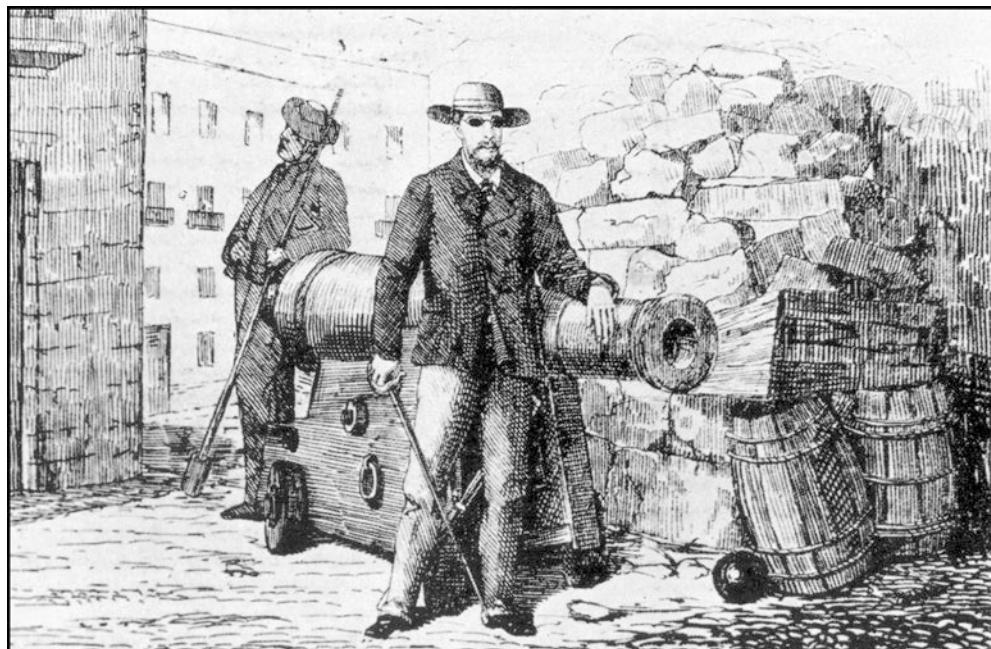
13 Antero Tarquinio de Quental (1842-1891) fue un pensador y poeta portugués ligado a los movimientos revolucionarios. Vivió en París donde conoció a Proudhon. Fue uno de los organizadores, en 1872, de la Primera Internacional en Portugal.

ofensiva. Pronto surgieron la Asociación Católica y la Juventud Católica, organismos constituidos por alfonsinos y carlistas, respectivamente. En realidad, este movimiento reaccionario se orientó hacia el carlismo, pues la monarquía alfonsina era menos factible, por el descrédito en que cayó Isabel II, más la corta edad de su vástagos, que andando el tiempo llegaría a ser Alfonso XII por incapacidad de los republicanos y la traición de los militares que habían jurado defender la República. Ya desde el primer momento un hombre funesto, Cánovas del Castillo, con los monárquicos y los militares felones, no cesaron ni un solo instante en preparar el terreno para la continuación del trono isabelino, en despecho de las maquinaciones diplomáticas y bélicas de los integristas.

A la caída de Isabel II, Salvochea fue nombrado miembro del Ayuntamiento de Cádiz y comandante del Segundo Batallón de Voluntarios que él mismo había organizado con personal escogido. Desde el primer momento, y en hombre previsor, abogó por el armamento del pueblo, del cual esperaba tanto como desesperaba de los políticos ambiciosos.

Salvochea sabía muy bien que un pueblo armado, consciente y organizado para la lucha está en el camino cierto de su emancipación. Por eso cuando el 5 de diciembre de 1868 una sección de artillería apareció por las calles de Cádiz fijando un bando de desarme popular con vencimiento a las tres horas de publicado, Salvochea llamó a los gaditanos a la insurrección, encabezando el nuevo movimiento para concitar sobre su persona todos los riesgos. Estos rasgos de entereza fueron muy suyos. Varias veces me dijo estas o parecidas palabras:

Cuando comprometamos al pueblo en la lucha, seamos los primeros de fila, y si algunos caen, esos debemos ser nosotros.



Salvochea, durante el levantamiento de Cádiz de 1868.
Grabado de la época.

V. LA INSURRECCIÓN DE CÁDIZ

El 5 de diciembre de 1868 el pueblo de Cádiz se levantó en armas para defenderse de la agresión del Gobierno provisional, que pretendía desarmarle para reducirlo a la impotencia.

Salvochea se encontró, sin desearlo, jefe de aquel movimiento. Su cargo no lo debió a maniobras políticas o societarias, que a veces colocan en los sitios de responsabilidad no a los hombres más aptos, sino a los más ambiciosos e incapaces. La jefatura de Salvochea –si así pudo llamarse– la determinó un proceso espontáneo en el que la gente escogió como director al mejor intérprete de sus aspiraciones; es decir, al que sentía más hondo y era el más capacitado para llevarlas a la práctica.

De cómo Salvochea se conducía como jefe de interpretación y no de mando, voy a contar una ocurrencia por él referida:

Al estallar esta segunda insurrección, la muchedumbre, enardecida, se dirigió a las fortificaciones, se llevó el cañón de mayor calibre que en ellas había, lo arrastró impetuosamente como brizna de paja por las calles, en tanto que en el lomo del monstruo bailaban unos inocentes pequeñines.

Salvochea se encontró de improviso con tan extraña manifestación, que de momento no estimó oportuna; pero enseguida recapacitó sobre el caso, y no le pareció prudente oponerse a los designios del pueblo, que suelen tener una significación más profunda de lo que a simple vista parece.

El pueblo cargó el cañón, lo introdujo en el Ayuntamiento, atropellando puertas y tabiques, y lo colocó en una abertura que dominaba la espaciosa plaza de Isabel II, que se extiende hasta el puerto. Y allí quedó el monstruoso artefacto, con la boca abierta y amenazadora, guardando como perro fiel la Casa del Pueblo, o sea, el Ayuntamiento.

Cuando los soldados atacaron la población y llegaron en su empuje hasta las puertas del Ayuntamiento, un hombre que dormía en el piso alto descendió escaleras abajo vociferando, se situó al pie del cañón, disparándolo con tanto acierto, que barrió la plaza de enemigos, salvando la situación por el momento. El instinto popular se había reacreditado.

Tres días duró la lucha, siempre encarnizada, durante los cuales Salvochea y sus gaditanos, pese a los diezmos de la artillería enemiga, hicieron proezas del mayor heroísmo.

Al cuarto día, el cuerpo diplomático establecido en la ciudad solicitó un armisticio, que fue aceptado por ambos bandos. Pero este fue vulnerado por el Gobierno de Serrano, que se apresuró a mandar un ejército de 8.000 soldados bien pertrechados contra el noble pueblo de Cádiz. Esta columna era mandada por el general Antonio Caballero y Fernández de Rodas, que debía su alta graduación a la revolución

septembrina, a la que tanto habían contribuido Salvochea y la ciudad de Cádiz.

Salvochea se sostuvo todavía hasta el 20 de diciembre; pero considerando que sus fuerzas mal equipadas no podrían resistir a un ejército regular y numeroso, provocándose la más horrible matanza, disolvió la milicia popular y la puso a buen recaudo, quedando solo para afrontar la peligrosa situación que se creaba.

Aunque el coronel Pazos, jefe del Tercer Regimiento de Artillería, le visitó para proponerle la fuga, garantizándole el éxito de la misma y la seguridad personal, pues en el caso de caer prisionero en la ciudad sería fusilado en el acto, Salvochea se negó rotundamente a lo propuesto, prefiriendo la muerte a la fuga tolerada.

Una vez detenido, Salvochea se declaró único responsable de todo lo ocurrido, pues los demás implicados no habían hecho más que acatar sus órdenes de jefe. Y se dispuso a morir con el noble fin de que a los habitantes de Cádiz no les alcanzara mayor daño por la derrota sufrida.

Tal actitud de heroísmo impresionó profundamente incluso a sus mismos persegutores. En este punto el general Caballero y Fernández de Rodas decidió enviar a Salvochea y compañero de cautiverio a las fortalezas militares de Santa Catalina y de San Sebastián, que se levantan sobre la orilla rocosa de la ciudad.

VI. DE LA PRISIÓN AL PARLAMENTO

Vencida la insurrección de Cádiz, Salvochea y sus amigos, hombres excelentes por moral e ideas, fueron encerrados, como queda dicho, en fortalezas construidas en época remota para proteger la ciudad contra las agresiones navales. Pero los políticos ambiciosos, incapaces e inmorales, continuaron en libertad, burlando las aspiraciones populares y ahogando la revolución en sus comienzos.

Pocos meses después, el pueblo de Cádiz, para libertar a Salvochea, lo eligió diputado a Cortes por gran mayoría. Ya el Gobierno había anunciado que no reconocería aquella elección, y el Parlamento, nacido de la revolución de septiembre, apoyó decisión tan abusiva. Después de todo, el puesto de Salvochea no estaba en el Parlamento con los políticos venales, sino en la calle con el pueblo leal.

Todo Gobierno, aun el nacido de una revuelta popular, tiene un miedo cerval a la revolución y a los hombres que la animan. Teme el resplandor de nuevas y más verídicas insurrecciones. La luz de la revolución ahuyenta al político embustero como la luz de la aurora persigue al ave rapaz de la noche.

Por fin el Parlamento «revolucionario», reunido en febrero de 1869, concedió una amnistía a los presos políticos, no por propia libertad, sino por presión creciente de las masas populares. Salvochea y sus partidarios, al recobrar la libertad, reanudaron con el mayor entusiasmo la propaganda emancipadora y se prepararon para intervenir activamente en los acontecimientos que se avecinaban. Había que intentarlo todo para impedir el regreso de los ominosos tiempos borbónicos. Nota interesante: En uno de los calabozos de la fortaleza gaditana se habían encontrado, y trabado amistad durable, dos hombres de extraordinario mérito: Fermín Salvochea y Eduardo Benot¹⁴. En adelante convergerían en muchos puntos de vista. Ante el cariz que tomaba la cosa política, Benot y Salvochea convinieron en que la causa por la que luchaban estaba irremediablemente perdida en manos de los políticos al uso. No obstante, había que seguir en lucha incansable con vistas a la emancipación de los trabajadores, mucho más interesante y trascendental que la revolución democrática que se debatía en aquellos momentos. Esta conversación, con las ideas en ella perfiladas, me las refirió alguna vez el propio Salvochea. Como otros hombres sinceros de aquella época, Fermín se lamentaba del fracaso de una revolución que hubiera podido ser el primer paso hacia un futuro de justicia social.

14 Eduardo Benot Rodríguez (1822-1907) fue un destacado político, escritor, matemático y lingüista de la llamada Generación del 68. Joven profesor en el prestigioso colegio de San Felipe Neri de Cádiz, llegó a dirigirlo, se encargó de las cátedras de astronomía y geodesia en el Observatorio de Marina de San Fernando. Militó en el republicanismo federal tomando parte en las insurrecciones de Vicálvaro de 1854 y 1866 y fue diputado por Jerez en 1869 y por Madrid en 1893. Devino en estrecho colaborador de Pi y Margall que lo nombró ministro de Fomento y miembro de la comisión redactora de la constitución federal. Muerto Pi se hizo cargo de la presidencia del Partido Federal.

¡Quién había de decirme que en el transcurso de los años se iba a repetir una situación pareja, cuando tantas veces pensé que si se presentaba de nuevo no permitiríamos estas torpezas!

A los pocos días de proclamarse la Segunda República se cometió en Sevilla un crimen horrendo, que costó la vida a varios inocentes obreros. Fue cuando se aplicó la ley de fugas en el bellísimo Parque de María Luisa, a orillas del Guadalquivir¹⁵. Yo escapé casualmente de la matanza; pero fui conducido en unión de unos trabajadores de Alcalá de Guadaira a la fortaleza gaditana, ocupando el mismo lugar que Benot y Salvochea, y allí, conversando, llegamos a la misma conclusión que ellos; es decir, que la causa del pueblo estaba perdida, vislumbrando un porvenir sombrío y desesperado.

Por cierto que la significación social de aquel suceso interesó a una compañera tan inteligente y perspicaz como Soledad Gustavo, la cual en un escrito inserto en *La Revista Blanca*, y titulado «Se repite la historia», comentaba el hecho y deducía las consecuencias.¹⁶

El verdadero motivo de mi prisión en la fortaleza gaditana fue el mismo que llevó allí a Salvochea: el miedo irresistible que

15 Aunque Vallina exagera su protagonismo en el asunto, lo cierto es que en julio de 1931, en el transcurso de una violenta huelga general que se desarrollaba en Sevilla, un grupo de ultraderechistas, que después tendrían un especial protagonismo en el golpe de 1936, actuó como paramilitares con el consentimiento del Gobernador Civil. El día 23 secuestraron a cuatro obreros a los que llevaron al Parque de María Luisa en donde los asesinaron. Más sobre este asunto en Francisco Espinosa, *La justicia de Queipo*, Barcelona, Crítica, 2005, pp. 19-22.

16 En *La Revista Blanca*, Barcelona, 15.8.1931.

tienen los políticos, sedientos de poder y de riquezas, a la revolución social. Miguel Maura¹⁷ fue el principal responsable de aquel crimen, que hasta cierto punto tiene un parecido policiaco con el de los sucesos de Jerez de la Frontera del año 1892, y que llevaron a Salvochea a presidio por muchos años. Entonces se ahorcó a cuatro trabajadores inocentes; ahora fueron asesinados en el Parque de María Luisa los otros cuatro, igualmente inocentes.

De estos sucesos nos ocuparemos en otro lugar con todos los detalles pertinentes. Ellos, como el crimen de Casas Viejas, quedarán en la historia como baldón infamante para algunos hombres de la República macabra y vacilante que abrió las puertas al fascismo.

17 Miguel Maura Gamazo (1887-1971), era hijo de Antonio Maura Montaner y siguió los pasos de su padre. En 1916 era diputado. Monárquico y conservador, durante la dictadura de Primo de Rivera viró hacia un republicanismo conservador. Militó en la Derecha Liberal Republicana de Alcalá Zamora y fue ministro de la Gobernación entre abril y octubre de 1931. Creó el Partido Republicano Conservador por el que fue diputado en 1933. Partidario de una amnistía para los participantes en la insurrección de Octubre de 1934, en la primavera de 1936 propuso la instauración de una «dictadura nacional republicana» como fórmula para salvar al régimen. Tras el golpe de Estado de julio de 1936 se refugió en Toulouse. En 1953 regresó a España.

VII. LA INSURRECCIÓN FEDERAL

El 1 de junio de 1869 las Cortes, salidas de la Revolución de septiembre, en vez de proclamar la República, cumpliendo las aspiraciones populares, adoptaron una solución monárquica por 214 votos contra 56, decidiendo buscar en Europa un rey adecuado para ocupar el trono español. El funesto Emilio Castelar¹⁸, con otros republicanos burguesistas, se limitó a protestar débilmente en vez de recurrir a la única solución que les quedaba: convocar al pueblo para la protesta y ponerse al frente de ella.

Aleccionados, los revolucionarios gaditanos, que no esperaban ya nada de los manipuladores septembrinos ocupados, como las ranas de la fábula, en la búsqueda de rey,

18 Emilio Castelar Ripoll (1832-1899) nació en Cádiz y estudió Derecho y Filosofía en Madrid. Con 25 años era catedrático de Historia y Filosofía. Inmerso en la vida política creó en 1864 el diario *La Democracia* que defendía un republicanismo liberal. Su oposición a Isabel II originó que fuera destituido de la cátedra. Hecho que originó los disturbios de la «Noche de san Gil». Condenado a muerte se exilió a Francia. Participante en la revolución de 1868 fue elegido diputado y defendió la opción republicana frente a la de Amadeo de Saboya. Era conocido por su capacidad oratoria. Tras la proclamación de la Primera República fue nombrado ministro de Asuntos Exteriores. Fue el último presidente de la República entre septiembre de 1873 y enero de 1874. Durante la Restauración encabezó al republicanismo posibilista y defendió la fórmula «centralista» frente a la federal.

decidieron apoyar el levantamiento federalista que había estallado en Cataluña. Dicho alzamiento, conjuntamente considerado, puso en armas a más de 40.000 paisanos federales, determinando serios choques con las fuerzas primistas en Mataró, Barcelona, Zaragoza, Valencia y Andalucía.

Salvochea partió de Cádiz a la cabeza de 600 hombres armados, habiéndosele unido en Medina Sidonia contingentes revolucionarios procedentes de Jerez de la Frontera, Ubrique y demás pueblos cercanos.

La lucha se entabló a base de guerrillas, tan eficaz ante los cuerpos compactos y bien dotados, y fuerzas del Gobierno, principalmente carabineros, atacaron a los insurrectos. Las acciones fueron frecuentes, la primera cerca de Alcalá de los Gazules. Los militares eran mucho más fuertes en organización y número que los grupos rebeldes, pero estos, aunque pésimamente armados, suplieron con entusiasmo y arrojo su inferioridad evidente. En sólo unos días presentaron tres batallas, que resultaron encarnizadas. En uno de los más enconados encuentros perecieron dos hombres notabilísimos, esperanza del futuro y grandes amigos de Salvochea: Rafael Guillén y Cristóbal Bohórquez. Rafael fue hecho prisionero y salvajemente asesinado por los soldados de un miserable coronel Luque, verdugo profesional como hay tantos en la casta militar española. El joven Cristóbal Bohórquez cayó acribillado a balazos en el fragor del combate, a la vista de su compañero Guillén, que pudo ir a la muerte con la visión fresca de un amigo caído en héroe verdadero.

Siendo yo muy pequeño llegó a mis manos un número de la revista *La Ilustración Republicana Federal* contenido los retratos y detalladas biografías de ambos héroes andaluces que leí muchas veces, conservando aún hoy mi admiración por los dos mártires de la causa del pueblo.

Más de una vez me contó Salvochea la vida de Guillén y la de Bohórquez, y siempre, al recordar la pérdida de estos amigos suyos sus facciones reflejaban la más profunda tristeza.

Las tropas mercenarias del Gobierno acabaron por ocupar los puntos más estratégicos de la región, y como quiera que el movimiento no fue secundado por el resto de provincias andaluzas, las fuerzas rebeldes acordaron dispersarse para escapar más fácilmente al enemigo.

Salvochea y sus compañeros de armas, sorteando infinidad de peligros, hallaron refugio en Gibraltar, a la sombra del Peñón, que tantas veces ha amparado a los perseguidos políticos españoles. Utilidad mejor no la ofrece el Peñón para los españoles adelantados.

Por cierto que el general Franco y camarilla no dejan de reclamar la devolución de la plaza calpense. Si la misma les fuese concedida, en lugar de servir de refugio para los hombres libres de Andalucía se convertiría en un presidio propicio, por su aislamiento, a las ejecuciones.

Salvochea partió de Gibraltar para París, en cuya población frecuentó los círculos avanzados. De allí pasó a Londres, de donde pudo regresar a España gracias a la amnistía promulgada en el año 1871.

VIII. EL ATENTADO CONTRA EL GENERAL PRIM

Uno de los obstáculos mayores para proclamar la República lo opuso el general Prim¹⁹, árbitro de la situación político-militar de aquel entonces.

Como hemos dicho, en la vida de Prim hay una página brillante: el retirarse de Méjico con la expedición militar española que mandaba, enviada allí para sostener el trono de Maximiliano²⁰. No estimó loable que sus tropas se emplearan

19 Juan Prim Prats (1814-1870) fue un político liberal y militar. Participó en la primera guerra carlista y en las campañas de África. Tras la Revolución de 1868 apoyó, frente a la proclamación de la República, la instauración de una nueva dinastía encarnada en Amadeo de Saboya. Alcanzó los máximos grados militares y fue capitán general de Puerto Rico (1847) y Granada (1855). En la década de los sesenta se incorporó a la oposición a Isabel II y en septiembre de 1868 fue una de las cabezas de la revolución de cuyo Gobierno provisional fue nombrado ministro de Asuntos Exteriores. Líder del Partido Progresista, ocupó la presidencia del Gobierno durante la regencia de Serrano hasta la votación parlamentaria que proclamó rey a Amadeo de Saboya. Fue asesinado el 30 de diciembre, la víspera de su partida hacia Valencia para recibir al nuevo rey, en un atentado cuya responsabilidad todavía hoy se discute.

20 Fernando Maximiliano José María de Habsburgo-Lorena (1832- 1867) fue archiduque de Austria. De pensamiento liberal, Francia pensó en él para encabezar una monarquía en Méjico que sirviera de contrapeso a la expansión de los Estados Unidos. Una vez que Benito Juárez fue derrotado, en octubre de 1863 una delegación mejicana le ofreció la corona. Llegó al país a finales de mayo de 1864. Durante los meses siguientes la guerra con los republicanos apoyados por los Estados Unidos se recrudeció. Derrotado, se negó a abdicar y regresar a Europa. Detenido fue juzgado, condenado a muerte y fusilado en Querétaro el 19 de junio de 1867.

en imponer un rey a un pueblo que quería ser libre. Se había revelado hombre clarividente al darse cuenta del atropello que se iba a cometer con el pueblo mejicano; pero dejó de serlo al imponer al pueblo español republicano un coronado de su elección, Amadeo de Saboya²¹, quien por casualidad o educación resultó ser persona de sentido común, cualidad que probó renunciando a la corona de un pueblo que prefería mejor pasárselo sin ella.

La traición de Prim a la causa republicana causó irreprimible indignación en el pueblo español que entonces cifraba en la República todas sus aspiraciones de justicia social. Salvochea y otros espíritus selectos por bondad, inteligencia y energía, se manifestaron resueltamente opuestos a la conducta del ex conspirador Juan Prim y se dispusieron a anular su influencia. El martes 27 de diciembre de 1870, concluida la sesión de las Cortes, se detuvo Prim en un corro y preguntó jovialmente a un diputado federal:

—¿Por qué no viene a Cartagena a recibir a nuestro rey?

Habiendo recibido una contestación irónica, el general se puso algo serio y dijo:

—Que haya juicio, si no tendré mano dura.

21 Amadeo Fernando María de Saboya (1845-1890) fue masón, primer duque de Aosta y candidato de consenso europeo al trono de España tras el exilio de la dinastía borbónica en 1868. Aceptado por el parlamento, su llegada a España el 2 enero de 1871 estuvo precedida del asesinato de Prim. Tuvo más adversarios que apoyos. Se le opusieron los carlistas, los republicanos y los conservadores que consideraban una afrenta un monarca elegido por un parlamento. Sufrió un atentado en julio de 1872 y su reinado tuvo una inestabilidad política continua: hasta seis gobiernos en dos años. Las cortes decretaron su cese y la proclamación de la Primera República el 11 de febrero de 1873.

Prim abandonó el Congreso a las 7 de la noche. Nevaba. Subió a su berlina acompañado de su ayudante, y por la calle del Turco se dirigía al ministerio de la Guerra. Próximo ya el carro a entrar en la calle de Alcalá, otro coche, parado, obstruyó el paso, y en el momento de detenerse el del general, seis hombres, a cada lado, introdujeron por las ventanillas las bocas de sus trabucos, y a la voz de: «Prepárate a morir», los desconocidos vomitaron sus fuegos sobre el general. Conducido a Buenavista fallecía en la noche del 30 de diciembre. El almirante Topete –del trío septembrino Prim–Serrano–Topete– fue nombrado presidente provisional para recibir a Amadeo de Saboya. La oposición de los republicanos contra los manejos dinásticos había sido en extremo violenta. En los clubs se prodigaban los insultos para denigrar a Prim. Paúl y Angulo²² fundó *El Combate* para injuriarle. En aquella atmósfera de odios se forjó el complot que terminó con la vida del general.

Al respecto, aprovecho la ocasión para intentar aclarar el hecho histórico de su muerte todavía mantenido en la oscuridad a pesar de los años transcurridos.

Interrogado al efecto Salvochea, hombre verídico y superviviente de aquellos sucesos, hizo sin vacilar la siguiente declaración:

22 José Paúl y Angulo (1842-1892) fue un rico bodeguero jerezano que militó en las filas de republicanismo. Financió la revolución y a Prim en septiembre de 1868. Federalista, fue diputado en 1869 por Jerez. Apoyó a Salvochea en la aventura armada de octubre de 1869 y se exilió en Francia de donde regresó en 1870. Se le ha supuesto el ejecutor del atentado contra Prim con el que mantuvo fuertes discrepancias. El siempre lo negó. Durante su exilio posterior vivió en Francia, Argentina y otros países sudamericanos. Murió en París.

Fue Paúl y Angulo el ejecutor de Prim. Días antes estuve en una reunión en la que se trató de tan grave asunto. Fue de noche y en la redacción de *El Combate*. Se discutió acaloradamente acerca de la situación política del país, que en mayoría se manifestaba partidaria de la República. Uno de los reunidos señaló indignado que el general Prim se oponía a la voluntad popular, a lo que Paúl y Angulo objetó: «En efecto, Prim es el culpable; pero pronto encontrará lo merecido». Lo demás vino después.

Hablando un día en París con Nicolás Estévanez sobre la muerte de Prim, este negó rotundamente que Paúl y Angulo hubiese sido el matador del general; pero hay que advertir que Estévanez fue amigo íntimo de Paúl y Angulo y a la vez admirador de Prim, por lo que su juicio podía pecar más de sentimental que de veraz. La muerte del general presidente motivó un revuelo formidable, desatándose las crónicas periodísticas en elogios al caudillo perecido. Hasta Benito Juárez pedía informes desde Méjico interesándose por el estado del general Prim. Tal vez ese ambiente de simpatía se impuso a Paúl y Angulo, el caballero jerezano sin tacha ni miedo, haciéndole renegar de la página más resonante de su personal historia.

Paúl y Angulo publicó un libro (mi ejemplar fue quemado con mi biblioteca) negando su participación en aquel luctuoso suceso y defendiéndose energicamente de sus acusadores. Y tomó tan a pecho el asunto que no vaciló en atacar a muerte, pero en duelo, al ex cura y guerrillero padre Romero, que lo había señalado en Buenos Aires como el ejecutor principal del general Prim.

IX. NAPOLEÓN EL PEQUEÑO

En los primeros días de enero de 1870, en vísperas de la guerra franco-prusiana, tocaba a su fin el imperio de Napoleón III²³, el Pequeño, como le llamaba Víctor Hugo. El pueblo francés se mostraba disconforme con el emperador grotesco y maligno que tan admirablemente retrató Émile Zola tras el desastre de Sedán, designándolo como un pingajo humano. Eran los días más brillantes de Enrique de Rochefort²⁴, saetero formidable que tuvo por blanco al Napoleón citado.

23 Carlos Luis Napoleón Bonaparte (1808-1873), sobrino de Napoleón, fue presidente de la Segunda República francesa en 1848 y segundo emperador desde 1852 hasta 1870. Se casó con Eugenia de Montijo. De pensamiento católico conservador presentó su política colonial como contrapeso a la expansión de Alemania y los Estados Unidos. Murió en el exilio, en Inglaterra.

24 Víctor Enrique de Rochefort (1830-1913) fue un político francés de origen noble. Estudió Medicina y comenzó su carrera periodística en *Le Figaro*. Después creó el periódico *La Lanterne*. En 1868 fue condenado a un año de prisión por un delito de opinión. Huyó a Bélgica de donde volvió al ser elegido diputado en 1869. Continuó su enfrentamiento con Napoleón III a través de su nuevo diario: *La Marseillaise*. Mantuvo numerosos duelos. Con motivo de un artículo, que originó el asesinato de Víctor Noir, redactor del diario, fue encarcelado. Tras los sucesos de la Comuna parisina y opuesto al pacto con Prusia intentó huir pero fue detenido y condenado a cadena perpetua. Enviado a Nueva Caledonia logró escapar y se instaló en Ginebra y Londres. Regresó a Francia en 1880. Fundó entonces *L'Intransigeant* con una orientación radical. En 1885 volvió a ser diputado. Convertido en seguidor del ultraderechista general Boulanger en 1889 fue de nuevo condenado a prisión de por vida. Adoptó una actitud antijudía con motivo del caso Dreyfus, el militar francés falsamente acusado de espionaje. Para entonces había dejado de ser un referente para las clases populares. Un personaje controvertido que fue conocido como «el rey de los polemistas».

Pedro Bonaparte estaba disgustado con su primo emperador, habiendo ambos sostenido una disputa de bajo tono. El monarca había reprochado a Pedro la ilegitimidad de sus hijos, a lo que el otro había respondido ilegitimando también el desigual matrimonio de Napoleón con Eugenia de Montijo.

Separado de la corte y en escasez de recursos económicos, Pedro Bonaparte pensó que, si pudiera matar a Rochefort, el peor enemigo del Imperio, volvería a ser persona grata en la corte. Y so pretexto de un artículo –por cierto moderado– de un redactor de *La Marseillesa*, envió una carta a Rochefort, retándole en ella a duelo. Consiguientemente, Rochefort envió dos testigos: Milliére y Arnoult, que se encargaron de discutir con el provocador las condiciones del encuentro.

Otro redactor del mismo periódico, Pascal Grousset, juzgándose ofendido, y sin comunicarlo a Rochefort, mandó a su vez dos testigos a Pedro Bonaparte para convocarlo a duelo. Estos fueron Víctor Noir y Ulrich de Fonvielle.

Al recibir a estos Pedro Bonaparte los acometió a disparos de pistola, matando en el acto a Víctor Noir en tanto las dos balas, tiradas contra Fonvielle no hicieron blanco. Por la noche Rochefort hizo en un pasquín el siguiente llamamiento al pueblo de París:

He tenido la debilidad de creer que un Bonaparte podía ser otra cosa que un asesino. Me atreví a imaginar que un duelo leal sería posible con esa familia en la que el crimen y la encerrona son tradicionales.

Nuestro colaborador Pascal Grousset se ha equivocado

como yo y hoy lloramos a nuestro pobre y querido amigo Víctor Noir, asesinado por el bandido –culpado ya de otro asesinato en Italia– Pedro Bonaparte.

Hace dieciocho años que Francia está en las manos sangrientas de esos asesinos que, no contentos con ametrallar a los republicanos por las calles, los atraen a lugares inmundos para degollarlos como reses.

Pueblo francés: ¿No te parece que ya es bastante?

La indignación de París fue tremenda; el pueblo se dispuso a vengar al caído y a acabar con el odioso tirano. El cadáver de Victor Noir fue llevado a su domicilio de Auteuil, pueblecito cercano a París. El día de los funerales la efervescencia llegó al paroxismo, y los parisienses salieron en masa a la calle dispuestos a dar la batalla. De diferentes lados de la capital partieron largas columnas de manifestantes, armados al azar para concentrarse ante la casa de la víctima. Delante de la multitud marchaban Rigault, Flourens y otros.

Luisa Michel, que se encontraba entre los manifestantes, dejó escrito el cuadro patético de aquellos momentos:

Íbamos armados con cuanto podía servir para una lucha a muerte, desde el revólver hasta el compás. Parecía que, al fin, se acabaría con el monstruo imperial.

Por lo que me concierne, yo llevaba un puñal sustraído a mi tío, soñando con Harmodio, y andando vestida de hombre para no molestar ni ser molestada.

Los blanquistas, numerosos revolucionarios, todos los de Montmartre, estaban dispuestos; la muerte flotaba en el aire, la liberación parecía逼近arse.

Los defensores del Imperio habían movilizado todas sus fuerzas. Parecidos preparativos no se habían vuelto a ver desde diciembre.

En efecto, el emperador movilizó un ejército formidable, y la infantería, la caballería y la artillería ocupaban los puntos estratégicos de la ciudad, dispuestas a la más cruel de las represiones. Eran los mismos militares que poco después huirían apresuradamente ante los progresos del ejército alemán, poseídos de pánico indecible. Los mismos que se prostraron a los pies de los vencedores para luego ensañarse con los hombres de la Comuna.

Un hombre joven, alto, delgado, silencioso, iba en la delantera de la manifestación: Era Fermín Salvochea, que, hallándose en París, respondió al llamamiento de Rochefort²⁵.

El Gobierno había ordenado que el cadáver de Victor Noir fuese enterrado en el cementerio de Auteuil; pero el pueblo quería conducir los despojos por las calles de la gran ciudad, ir a la redacción de *La Marsellesa* y sublevar a toda la ciudadanía.

25 Como he escrito en la introducción no está nada clara la presencia de Salvochea en el entierro de Victor Noir en enero de 1870 en París. Había sido expulsado del país en diciembre de 1869. No hay referencias en la prensa francesa que he podido consultar. Lo que no significa nada puesto que el gaditano no era conocido. Se ha utilizado para afirmar su presencia el trabajo de Fernando Puelles (1984, p. 72). Además del testimonio de Vallina recogido en estas páginas.

La lucha era deseada por la gente; pero en el momento crítico de decidirse, Rochefort, alma del movimiento, flaqueó en su espíritu y cayó al suelo desmayado. Delescluze también temió provocar una carnicería, y Luis Noir no quería que el entierro de su hermano fuese motivo para derramar sangre. Voces clamando prudencia ganaron a la multitud a pesar de la oposición de Valles, Rigault y otros, y la jornada, que prometía ser de revolución, acabó en duelo silencioso.

Las opiniones quedaron divididas y Luisa Michel no se pronunció acerca de este punto.

Valin, desde la cárcel, escribió que si la lucha se hubiese entablado aquel día, los más ardientes partidarios de la revolución hubiesen perecido.

Era el 12 de enero de 1870.

En junio del mismo año el asesino Pedro Bonaparte fue absuelto ignominiosamente por el tribunal de Tours. Al mes siguiente Napoleón declaraba la guerra a Prusia, guerra que debía hundirlo para siempre arrastrando en su caída al Imperio francés.

Muchos años después, hablando con Salvochea en Madrid sobre aquellos sucesos, se me ocurrió preguntarle:

—¿Cuál hubiera sido el resultado de la batalla en caso de haberse entablado?

Pensativo, Fermín me respondió:

—El pueblo, mal armado, hubiera sido irremisiblemente vencido, pues las medidas militares que había tomado el enemigo eran formidables.

X. SALVOCHEA, ALCALDE DE CÁDIZ

En 1871 Fermín regresó a Cádiz merced a la amnistía general y tras una estancia transcurrida entre París y Londres.

El pueblo lo acogió con entusiasmo delirante y lo eligió alcalde de la ciudad.

Ya en posesión de su cargo, lo primero que hacía cada mañana era dirigirse a la cárcel y ordenar la libertad de los detenidos el día anterior, la mayor parte de las veces presos por motivos insignificantes o víctimas de abusos de autoridad. Luego atendía a las necesidades más urgentes de los gaditanos desheredados, ya en alimentación, en vestimenta, alojamiento o en empleo útil y remunerado.

De esa época voy a narrar el episodio que más huella dejó en su espíritu, tan sensible, y que se complacía en contar cuando salía a cuenta la calamitosa figura de Emilio Castelar en calidad de político.

Los conventos que ensombrecían la ciudad iban desapareciendo uno tras otro bajo la piqueta de la revolución, tan bien interpretada por Salvochea y sus fieles gaditanos. La

ciudad se embellecía física y moralmente, que era un primor. Pero quedaba en pie un convento, el principal de todos, que los fanáticos querían conservar a toda costa empleando para ello innúmeras artimañas.

Las damas de la aristocracia y con ellas las beatas, todas movilizadas por el clero, se agitaban ampliamente, penetrando en todos los lugares para conservar aquel edificio religioso que creían tan importante. Viendo todos sus intentos fallidos, incluso llegaron a influir cerca de Castelar y del embajador de los Estados Unidos.

Tanto fue así que un día se presentó en el despacho del alcalde nada menos que el diplomático citado, el cual, con voz vacilante, rogó encarecidamente a Salvochea que respetara el caserón religioso, en cuyo punto el rogado le soltó a quemarropa:

—¿No le da a usted vergüenza, señor embajador, venirme con esa música?

—La verdad es que me siento avergonzado —confesó el diplomático—; de tal manera, que ya puede usted proseguir su labor anticlerical sin pensar que yo he de inmiscuirme de nuevo.

Poco después llegó un telegrama de Castelar ordenando que no se desahuciara ningún convento sin consentimiento suyo.

Salvochea dio inmediatamente instrucciones para que el establecimiento religioso en litigio fuese derruido hasta los cimientos, como así se hizo.

No quisiera equivocarme; pero creo recordar que el solar resultante de aquella demolición forma parte de una de las más hermosas plazas de Cádiz que por ironía se llama de Castelar.

Un alcalde como Salvochea ha sido único en Cádiz, puesto que en realidad no lo fue a la manera usual. Durante su periodo obró en hombre libre y defensor de los intereses populares contra los vulneradores de los mismos. Y claro, con su conducta no podía ser grato al Poder central ni continuar por mucho tiempo en su puesto, como así debía ocurrirle a nuestro amigo.

En efecto, Salvochea no duró en su cargo. No porque fuese desposeído del mismo, sino porque en julio de 1873, durante la República, estalló en España la revolución cantonalista, siendo el primero en empuñar el fusil para defender la igualdad social y el federalismo.

XI. LA INSURRECCIÓN CANTONAL

El 11 de febrero de 1873 había sido proclamada la República previa abdicación de Amadeo de Saboya.

Descontento el pueblo por la dirección centralista que tomara el nuevo régimen, fue proclamada el día 8 de junio la República en su acepción federalista bajo la presidencia de Francisco Pi y Margall, quien no tardó en presentar la dimisión (3 de julio) por no prestarse a vulnerar los principios que le informaban. Importa consignar que el federalismo constaba sobre el papel, no en los hechos.

Entre el 5 y el 13 de julio se sublevaron numerosas ciudades, proclamándose comunas autónomas. Entre ellas figuraban Alcoy, Cádiz, Sevilla, Málaga, Granada, Murcia, Cartagena y Valencia. Lo mejor de la Escuadra –las fragatas Numancia, Vitoria, Tetuán, Méndez Núñez, Almansa y Ferrolana y los vapores Fernando el Católico y Vigilante– arboló bandera cantonalista.

No cabe duda que la circunstancia de la Comuna de París había influido en la mentalidad de los revolucionarios españoles, muy inclinados a las ideas socializantes.

El Gobierno reaccionó declarando piratas los buques sublevados. Con una expedición militar al mando de los generales Pavía y Rodríguez de Alburquerque destruyó el cantonalismo en Andalucía. Martínez Campos hizo lo propio en Valencia. Contreras, general del Cantón de Cartagena, fue derrotado en Chinchilla y obligado a encerrarse en la plaza. La fragata prusiana Federico Carlos apresó uno a uno el Vigilante, la Almansa y la Vitoria. Sitiada, Cartagena resistió heroicamente durante seis meses, hasta que se vio obligada a rendirse bloqueada por el ejército español y por buques de guerra ingleses y alemanes.

En Cádiz, Salvochea había sido elegido presidente del comité administrativo del Cantón. A principios de agosto la ciudad fue atacada por las fuerzas del general Pavía, numerosas y bien pertrechadas. La resistencia de la población fue extremadamente tenaz, participando en ella puede decirse que toda la gente que era apta para las armas.

Un hecho curioso: En lo más recio de la pelea se presentó a Salvochea uno de los individuos por él excarcelado llevando una virgen de plata que había hallado en las ruinas de un convento, ofreciéndosela como regalo. Salvochea sonrió y no aceptó la oferta. Plata y todo, el objeto sirvió como proyectil de artillería.

La ayuda incondicional de la marina inglesa al Gobierno central acabó con la resistencia de los gaditanos.

Cuando las tropas de Pavía invadieron Cádiz, Salvochea se hallaba en lugar seguro y con facilidades para ganar Gibraltar.

Pero sabiendo que muchos de sus amigos habían caído prisioneros, se presentó al enemigo para compartir la suerte de los vencidos. El consejo de guerra de Sevilla lo condenó a cadena perpetua a cumplir en una de las colonias del África. Su amigo Pablo Lazo, hasta aquel momento libre, se presentó espontáneamente ante el tribunal militar con intención de acompañar a Salvochea en su encierro. No se equivocó. En marzo de 1874 ambos fueron destinados al presidio de la Gomera.

No es este lugar adecuado para tratar en unos renglones la insurrección cantonalista brevemente referida. Se necesitaría un respetable volumen para relatar tan extraordinario acontecimiento que, como un terremoto, estremeció a todo el país, destacándose del fondo de tan dramático panorama un deseo insaciable de libertad y de igualdad social que ochenta y cinco años después aún sigue insatisfecho.

XII. EN EL PRESIDIO AFRICANO

Mientras tanto tunante responsable del fracaso de una Revolución (la septembrina) que tantas desdichas había de ocasionar andaba suelto por las calles, Fermín Salvochea, uno de los mejores adalides de la causa popular era sepultado en vida en los presidios africanos, donde pasaría ocho años entre el Peñón de la Gomera y Ceuta. Por entonces trabó estrecha amistad con varios cubanos ilustres, compañeros de presidio, culpables de haber defendido la independencia de su país, como él había defendido la libertad de España para un mayor bienestar de los españoles.

En la soledad de su calabozo Salvochea comenzó a estudiar la Medicina, por la que se sentía inclinado y pensando en el bien que podría prestar a humildes aquejados de enfermedades, aunque pronto debió convencerse de la imposibilidad de practicar estudios serios privado como estaba de los recursos prácticos que toda alta disciplina exige. ¿Cómo, en las imposibilidades del encierro, conocer a fondo la anatomía, entrar en conocimiento completo de la constitución del cuerpo humano sin el estudio directo sobre los cadáveres?

Entre los inmensos sacrificios que hizo en favor de sus semejantes no fue el menor ese de renunciar al estudio de la ciencia experimental que tanto amaba. Sin embargo, a lo largo de su vida cultivó el saber médico hasta donde le fue posible, prestando siempre desinteresadamente a los enfermos pobres el beneficio de sus conocimientos obtenidos mediante la observación y la sujeción al buen sentido.

Salvochea fue uno de los primeros miembros de la Asociación Internacional de los Trabajadores²⁶ en España, y del federalismo de su juventud desembocó al anarquismo como consecuencia de sus lecturas y largas meditaciones habidas en los presidios, pero principalmente debido a la grandeza de sus sentimientos. Así como el sol irradia luz y calor dando vida a los seres a su alcance, así la bondad de corazón y la palabra persuasiva de Salvochea llevaba a cuantos desdichados lo rodeaban el consuelo y la esperanza de una sociedad mejor.

En el reducto penal fue el ángel bueno que cobijaba a todos los desamparados, e incluso moros atravesaban a nado las aguas que les distanciaban del Peñón para recibir la benéfica influencia del prisionero solidario, idealista y comprensivo.

Se necesitaría escribir mucho para narrar la época aquella, en la que, entre escenas tristes, se presentaban casos propicios para la sonrisa, que Salvochea no desaprovechaba. Luego

26 La AIT o Primera Internacional se creó en Londres en 1864 como una agrupación de trabajadores de diversos países con el fin de organizar al proletariado mundial. En su seno se enfrentaron, fundamentalmente, dos corrientes: la autoritaria política de Carlos Marx y la anti-autoritaria y antipolítica de Miguel Bakunin. Tras diversos congresos y la separación de sus dos grandes corrientes se disolvió en 1876. Fue reorganizada en 1922 en Alemania como internacional anarcosindicalista.

recobraba su habitual gravedad inducido por el dolor de su espíritu, no por el padecimiento propio, sino por la miseria de los demás.

Cierto tiempo tuvo, como compañero leal, un mono. Ello fue causa de que un visitante no grato que tendió la mano entre barrotes fuese el macaco quien se la estrechara, pero entre los dientes. Otra vez, la malignidad del cuadrumano tuvo peores consecuencias. Salió a darse un rodeo por el poblado, se metió en la tienda de un judío, dándole por entretenerte echando a rodar multiplicidad de mercancías. Denunciado el propietario, Salvochea tuvo que pagar tales estropicios.

La madre y los admiradores de Fermín no cesaron de gestionar para sacarlo del cautiverio, pero todos sus esfuerzos se estrellaron ante la entereza del propio condenado, que se negó a aceptar tratos de favor. Le resultaba menos desagradable el infortunio que la libertad obtenida por gracia deprimente. Esta moral tan suya justifica que, cuando en 1883 la municipalidad de Cádiz le consiguió el indulto, al serle leído por el gobernador del penal lo rompió en lugar de firmarlo, negándose a recobrar la libertad concedida como favor y no como reparación de justicia.

Por su parte, Estévanez y otros amigos dirigieron un barco desde Lisboa a aguas del Peñón para facilitar la fuga de Salvochea. Pero este comunicó al capitán de la nave que no podía aceptar tan delicado ofrecimiento. Muchos años después, en París, el bueno de Estévanez aún no se podía explicar la razón de la negativa de Salvochea, y creo que yo contribuí a aclararle este misterio.

Le dije al exministro de Guerra de la República:

–Salvochea no aceptó el ofrecimiento porque tenía un disgustillo con usted a causa de no haber retirado la guarnición de Jerez de la Frontera una vez que se lo pidió con urgencia.

–En efecto, recuerdo lo sucedido –respondió Estévanez–. Siendo aún ministro en las postrimerías de la República, me visitó una comisión de Jerez para pedirme que aumentara la guarnición de la ciudad, a lo que me negué, por necesitar todas las fuerzas militares para combatir a los carlistas. Entonces me hicieron prometer, bajo palabra de honor, que al menos no retirase las fuerzas allí destacadas, por cuyo motivo no pude complacer en aquella ocasión a Salvochea.

Poco tiempo después del anterior rechazo, Salvochea se evadió del presidio valido de recurso propio, refugiándose en Marruecos.

XIII. LA FUGA

Salvochea, que había rechazado el indulto que le concedieron sus enemigos y la ayuda ofrecida por sus amigos residentes en Lisboa, decidió fugarse del presidio del Peñón de la Gomera por su cuenta y riesgo.

Para conseguirlo empezó falsificando un permiso para pasear en lancha, embarcación que abandonó a poca distancia del puerto, y, siendo buen nadador, ganó la costa africana, siendo muy bien recibido por los naturales, conocedores de las excelentes cualidades morales del fugitivo.

Su evasión produjo el mayor desasosiego entre los guardianes del establecimiento debido a la importancia de la presa escapada y a las responsabilidades en que incurrirían ante la Dirección de Penales. El gobernador del Peñón reclamó la inmediata devolución del fugado, no siendo atendido. Insistió de nuevo esta vez ofreciendo dinero por la entrega y tal género de insistencia fue recibida por los moros con desprecio. Por último, despechado, el tal gobernador amenazó a los cabilenos con cañonearlos, logrando únicamente la contestación que tan «insolente» personaje merecía:

—Nuestra tradición hospitalaria nos prohíbe la entrega de Salvochea, huésped sagrado entre nosotros. No hay dinero ni amenaza que nos obliguen a proceder de otra manera.

Enteramente ilustrado, el gobernador no insistió. En cuanto a los cabileños, formaron una guardia de confianza que acompañó a Fermín a Tánger, lugar seguro, de donde pasó en velero árabe a Gibraltar.

Pocos días después embarcó con rumbo a Lisboa, sembrando con su presencia la alarma entre las autoridades portuguesas, que lo detuvieron sin alegar motivo. Al contar tiempo después lo ocurrido en la capital lisboeta, Salvochea reía mucho a costa de aquellas timoratas autoridades. Nada menos que toda la fuerza armada de Lisboa fue movilizada para conducirlo a presencia del gobernador de la plaza; pero este, al tenerlo ante sí, increpó coléricamente al jefe militar por haber llevado por las calles a un hombre tan peligroso con tan escasas precauciones...

Obligado por las molestias abandonó Portugal con destino a Argelia, donde tampoco cuajó por nuevos inconvenientes opuestos por las autoridades. Sin embargo, en este último país vivió una serie de episodios curiosos y poco conocidos. En el escaso tiempo que permaneció entre argelinos se prodigó en ayudas a menesterosos, libertó ingeniosamente a cautivos en varias expediciones organizadas al efecto, y aplicó sus conocimientos médicos a numerosos enfermos sin dejar de observar las prácticas curativas de aquella gente.

Una vez que en Madrid me hallaba atacado de viruelas, me

hizo tomar una cantidad de miel, cuyo significado le pedí me explicara.

—En un lugar de Argelia —me dijo— en el que reinaba una fuerte epidemia de viruelas, los nativos se servían de la miel como Medicina, haciendo de la misma las mayores alabanzas. Aunque aquí la flora es muy distinta, te he recomendado el consumo de miel acordándome de la confianza con que la empleaba aquella gente, pues si no te beneficiara tampoco te dañaría.

De Argelia marchó otra vez perseguido, fijando su residencia en Tánger, por ser donde menos le molestaron, hasta el año 1886.

Con motivo del fallecimiento de Alfonso XII se dio una amnistía general, la cual aprovechó para regresar a España, siendo acogido con entusiasmo por el pueblo.

XIV. LAS IDEAS ANARQUISTAS EN ANDALUCÍA

Salvochea regresó a España en momento crítico para las luchas sociales.

A partir de la caída de la República, en 1874, hasta 1881, el movimiento anarquista atravesó un terrible periodo de persecuciones. Centenares de compañeros llenaban las cárceles de todo el país, sometidos a los más crueles sufrimientos. Sin embargo, los que quedaban en libertad continuaban la propaganda revolucionaria organizando a los trabajadores en sociedades secretas. Al propio tiempo la prensa ácrata clandestina arreciaba en sus campañas, distinguiéndose de entre ella los periódicos *La Revolución Popular* y *Las Represalias*.

En 1880 el Gobierno había difundido la noticia de que en Andalucía existía una organización secreta denominada «La Mano Negra», compuesta de asesinos y ladrones e influida por las ideas anarquistas. La Prensa reaccionaria hizo tanto eco a esta burda invención, que todo el mundo la creyó y millares de personas fueron encarceladas, muchas de entre ellas enviadas a presidio y algunas agarrotadas bajo acusación de pertenecer

a «La Mano Negra»²⁷. Objetivo de esa patraña lo era el disolver la asociación secreta de los labriegos españoles, constituida a raíz de la disolución gubernamental de la Asociación Internacional de Trabajadores. Sección Española.²⁸

Por fin, en 1881 terminó ese periodo terrorista pudiéndose celebrar en Barcelona el primer Congreso público de los anarquistas hispanos, que por cierto logró apreciable éxito.

Poco después de su llegada a Cádiz, en 1886, Salvochea publicó un periódico que llevaba por título: *El Socialismo*, publicación que defendía abiertamente al socialismo ácrata y que se sostuvo hasta 1891, fecha en que Fermín Salvochea perdió injustamente, como otras veces, su cara libertad.

En *El Socialismo* se publicaron artículos de Kropotkin traducidos por Salvochea de *Le Révolté* de Ginebra, y que luego

27 El asunto de la supuesta existencia de una organización criminal anarquista llamada «La Mano Negra» tomó cuerpo a lo largo de 1882. Se trató de un montaje, en el que intervinieron los diversos poderes del Estado, cuyo objetivo era desarticular al renacido obrerismo. El pretexto fueron una serie de crímenes cuya autoría les fue adjudicada. Los procesos estuvieron lleno de irregularidades y a consecuencia de ellos fueron ejecutados ocho campesinos, condenados a diversas penas de cárcel dos decenas y detenidos centenares. Significó la momentánea paralización de la organización obrera. Un resumen de estos acontecimientos en José Luis Gutiérrez Molina, *El estado frente a la anarquía*. Los grandes procesos contra el anarquismo español (1883-1982), Madrid, Síntesis, 2008.

28 Vallina se refiere de forma confusa a la escisión que se produjo en la Federación de Trabajadores de la Región Española con motivo del dictamen de Londres de 1882 que recomendaba la acción clandestina y la «propaganda por el hecho» ante las persecuciones de los gobiernos. En España hubo división de opiniones y la comisión federal no transmitió el acuerdo. La consecuencia fue la aparición de una escisión llamada «Los Desheredados» que tuvo implantación sobre todo en Andalucía. Aunque ha sido el uso de la violencia lo que más se ha destacado, en realidad lo que diferenciaba a uno y otros era si limitarse a la actuación legal o por el contrario mantener estructuras clandestinas.

Elíseo Reclus recogió y editó con el conocido título *Palabras de un rebelde*.

Las ideas anarcocomunistas, innatas en los trabajadores andaluces, se extendieron con la rapidez del rayo por campiñas y ciudades, sembrando el terror en las negras conciencias de explotadores y gobernantes, quienes se dispusieron de nuevo a desembarazarse de Salvochea por el medio que fuera.

Los procesos se sucedieron contra el periódico lo mismo que las órdenes de detención contra Salvochea, medios que resultaron contraproducentes a causa del crédito moral del perseguido y la justicia de sus aspiraciones.

El 1º de mayo de 1890, Salvochea organizó una grandiosa demostración revolucionaria en toda Andalucía, la cual produjo profunda impresión entre los trabajadores de toda la Península. Un año después, en la misma fecha, se produjo una manifestación general de impulso arrollador a pesar de que la Policía había arrestado, unos días antes, a Salvochea y demás compañeros a título de precaución.

Seguidamente, los enemigos del pueblo, comprobada la ineeficacia de sus métodos de ataque, apelaron a medios más siniestros, pero seguros, en los cuales, por su procedencia inquisitorial siempre han sido maestros indesmentibles.

Dos bombas estallaron en diferentes sitios de la ciudad de Cádiz, ocasionando algunas víctimas entre la gente del pueblo. A consecuencia de una de ambas explosiones falleció un obrero y debido a la otra perecieron cuatro jóvenes. Las informaciones burguesas acusaban a los anarquistas como

autores de los atentados, pero *El Socialismo* declaró inmediatamente que los mismos eran obra de agentes provocadores a sueldo de la burguesía para comprometer a Salvochea y detenerlo junto con su grupo de propaganda, cada vez más acreditada. Ocurridas las explosiones la Policía asaltó el Centro Obrero, local abierto a todo el mundo, y tras un registro efectuado, los agentes dijeron haber encontrado dos petardos en la cocina. Al ser mostrados a Salvochea este les dijo: «Si, señores, son los mismos que ustedes ocultaron momentos antes de hallarlos».

Contra toda lógica, numerosos compañeros, entre ellos Salvochea, fueron apresados y acusados de ser los autores de los atentados de referencia.

La ciudad en masa, comprendiendo la maniobra policiaca, levantó indignada su voz contra las autoridades y en defensa de Fermín y sus amigos, oponiéndose a que el director de *El Socialismo* compareciera a la Audiencia para ser juzgado y condenado siendo inocente. Cada vez que los guardias trataban de conducirlo de la cárcel al lugar del juicio, la gente se atravesaba en barricadas por el camino, impidiéndolo. Como resultado fue tramada la más infame de las tragedias, que relataré seguidamente con detalles, por cierto inéditos.

XV. EL INFAME

Hallándose Salvochea detenido en Cádiz por obra del servicio de provocación, y obedeciendo al resultado de una reunión de potentados reaccionarios habida en Madrid, se destacó a Jerez de la Frontera, con fines siniestros, un individuo apodado «El Madrileño».

Era el preciso momento en que la infamia de la burguesía, maltratando y deteniendo a campesinos con motivo de la suposición de «La Mano Negra», había provocado un resentimiento profundo, rayano en la desesperación, entre las clases populares.

El malvado, con sus prédicas revolucionarias ganó pronto la confianza de los incautos cuan indignados trabajadores, quienes se dispusieron a tomar parte en el propósito descabellado que se le presentaba.

Se iba, nada menos, que a desencadenar la revolución social... solamente en Jerez de la Frontera. Hasta tal extremo fueron sugestionados, que algunos compañeros, entre ellos Lamela, se dirigieron a Cádiz en comisión para tratar del caso

con Salvochea²⁹. La entrevista tuvo lugar en la prisión en la que Salvochea estaba encerrado.

Cuando con las precauciones del caso le expusieron el plan que se disponían a ejecutar, el preso se dio cuenta enseguida de la emboscada del capitalismo. Rotundamente desaprobó el proyecto levantisco por serle sospechoso, imprudente y disparatado, y como viera vacilar a aquellos hombres de buena fe, pero ciegos, les aconsejó que al menos esperasen la llegada de Enrique Malatesta³⁰, que a la sazón se hallaba en Madrid y había anunciado su próxima llegada a Cádiz.

Pensaba Salvochea: Si Malatesta ve un sentido práctico a la insurrección preparada, encabezaría la misma para sacar de ella el máximo de provecho; y, en caso contrario, es decir, si comprobaba la sospecha que a él le infundía la raíz del preparativo, trataría por todos los medios de disuadir a los comprometidos.

Impermeables a todo razonamiento, los compañeros

29 Se refiere a la preparación de los sucesos de Jerez de 1892 sobre los que escribirá Vallina en las páginas siguientes. Conocidos en la historiografía como «el asalto campesino a Jerez» se trató de la llegada a esa localidad de un numeroso grupo de campesinos que, tras manifestarse por las calles, intentó asaltar la cárcel para liberar a los presos. Repelidos por la Policía y el Ejército se disolvieron y muchos de ellos fueron detenidos. En los incidentes fueron asesinadas dos personas. A consecuencia de ellos un consejo de guerra sumarísimo condenó y fueron ejecutados cuatro de los acusados.

30 El anarquista italiano Errico Malatesta se encontraba en España realizando una gira de propaganda. Estaba en Madrid para dirigirse a Sevilla cuando se le dijo a los campesinos jerezanos que iba a acudir a su ciudad a hablarles. Fue uno de los argumentos utilizados para reunirlos en los llanos de la Caulina el 8 de enero. Informado de lo que iba a suceder el italiano se ocultó y salió clandestinamente de España.

jerezanos hicieron oídos sordos a las reflexiones de Salvochea y, además, menospreciaron la personalidad del anarquista italiano, quedando dispuestos para secundar las sugerencias del más miserable de los agentes provocadores, el que debía conducirlos a la perdición.

Aquel movimiento, evidentemente maquinado por la reacción, tuvo los resultados desastrosos que eran de prever murieron en el patíbulo los compañeros mejores; otros compañeros fueron enviados a presidio por luengos años; los tormentos estuvieron al orden del día; las propagandas y las organizaciones de resistencia se apagaron por mucho tiempo, y Salvochea, que era el blanco a quien la autoridad y el caciquismo más apuntaban, fue sepultado en un presidio, acusado de haber «inspirado» el movimiento jerezano...

Lo más triste del caso es que aquellos terribles acontecimientos no han servido a los trabajadores andaluces ni siquiera de experiencia, pues sucesos de la misma índole se han seguido produciendo en momentos críticos de una época próxima pasada.³¹

31 Se refiere a los sucesos de la huelga campesina de Sevilla en mayo de 1932 a los que me he referido extensamente en la introducción.

XVI. LOS SUCESOS DE JEREZ

Los sucesos de Jerez de la Frontera constituyen uno de los episodios más dolorosos de la historia del movimiento revolucionario de Andalucía.

Aparecen de cuerpo entero una burguesía maestra en el arte del engaño, y un proletariado admirable por su rebeldía y amor a la justicia, pero irreflexivo y siempre dispuesto a lanzarse a las empresas más atrevidas, sin considerar de dónde partía el impulso que había de arrastrarle al más penoso desastre. Salvochea solía hacer un retrato muy justo de los rebeldes andaluces con las siguientes palabras: «En Andalucía no se hace nada de particular, y cuando se realiza algo, se trata de un disparate bien intencionado, pero como movido por un resorte epiléptico».

Procuraré narrar lo que conozco de aquellos sucesos valiéndome de datos recogidos en su mayor parte del propio Salvochea.

El 8 de febrero de 1882³², a las once y media de la noche, un

32 Se trata de una errata. Es 1892.

grupo de quinientos hombres, en mayoría braceros acompañados por algunos artesanos, irrumpieron en la ciudad de Jerez a los gritos de «¡Viva la revolución social!» y «¡Muera la burguesía!», produciéndose la alarma consiguiente en la población. En los Llanos de Gallina³³, cercanos a la ciudad, quedaba una reserva de cinco mil sublevados, en realidad rezagados en el camino, no avanzando más que algunos centenares de hombres, los más decididos.

Los revoltosos recorrieron las calles en tropel, pésimamente armados, sin ninguna orientación práctica, matando al azar a dos empleados que tomaron por burgueses a causa de sus vestidos y de carecer de callos en las manos.

Aquellas muertes, ciegamente perpetradas, sirvieron al enemigo para justificar sus siniestros propósitos.

Los soldados de la guarnición no dispararon contra los sublevados, con los cuales parecían identificados. Pero cuando los revolucionarios atacaron la cárcel para libertar a los campesinos presos so pretexto de «La Mano Negra»³⁴, sonó un disparo de arma de fuego hecho por la hija del alcaide de la prisión, y un hombre cayó herido en una pierna, el cual fue más tarde, y en Sevilla, mi excelente amigo Pepe Loma³⁵, por lo de Jerez condenado a muerte y seguidamente indultado merced a

33 Es otra errata. Hace referencia a los Llanos de Caulina, la antigua Dehesa Boyal de Jerez. Donde hoy se encuentra la población de Guadalcacín.

34 Para entonces los presos por «La Mano Negra» no se encontraban en Jerez. Los que estaban lo habían sido los meses anteriores también por cuestiones societarias.

35 Se refiere a José Román Loma, un maestro cortijero, que también fue detenido en los sucesos.

la intervención de su hermano, doctor Loma, cerca del capitán general de Andalucía.

Sin orientación y fracasados en todo, los revolucionarios se dispersaron por el campo al amanecer el nuevo día. «El Madrileño» se evaporó como por encanto, pero es posible que en el asunto intervinieran otros elementos provocadores, por ejemplo un francés llamado Fernando Poulet³⁶, que más tarde se casó con una jerezana, y al cual conocí años después en París, por frecuentar, cuando le era posible, los medios revolucionarios españoles. Era un espía policiaco a sueldo de la Embajada española; además un alcohólico degenerado en alto grado. Una niña que tenía, extraordinariamente bonita, sufría frecuentes ataques epilépticos, herencia de los barriles de ajenjo que su padre había consumido.

A este sujeto que no me dejaba ni a sol ni a sombra, una vez le engañé diciendo que había tomado un billete para Madrid. Me apeé en Barcelona donde Ferrer Guardia me dio a leer un recorte de periódico madrileño anunciando la llegada a la capital de España de un anarquista peligroso.

36 Se trata de un francés que residía en Jerez y de quien se dijo que estaba a sueldo de la Policía. A ello hace referencia el historiador norteamericano George Richard Esenwein en su trabajo *Anarchist Ideology and the Working-Class mouvement in Spain* (18, 1898), Los Angeles, UCP, 1989.

XVII. LA JUSTICIA BURGUESA

En el capítulo anterior he referido cómo la insurrección de Jerez fue montada de una sola pieza por los enemigos del pueblo: autoridad y burguesía. Luego fue el ensañamiento con sus víctimas de la forma más cruel e indigna.

Los periodistas a sueldo se condujeron con más perversidad que de costumbre, pidiendo el exterminio de los jornaleros que habían intervenido en los sucesos, después de haberlos abrumado con toda clase de calumnias.

Centenares de trabajadores fueron detenidos en toda la comarca jerezana, aplicándoseles a muchos de ellos los tormentos de costumbre en la justicia española.

El brillante escritor, Ortega Munilla³⁷, hizo una información jurídica en el lugar de los sucesos, y en una correspondencia expedida de Jerez a Madrid escribió, entre otras cosas:

37 José Ortega Munilla (Cárdenas, Cuba, 1856-1922) periodista redactor de *La Iberia*, el órgano del partido de Sagasta, se casó con la hija de Eduardo Gasset Artíme, fundador del diario *El Imparcial*. Junto a Miguel Moya creó una cadena de periódicos a la que sus adversarios denominaron «El Trust». Padre de José Ortega y Gasset apoyó al diario *El Sol*.

Se llenan exageradas cantidades de folios de declaraciones, autos y diligencias. Van pasando ante los jueces todas las gentes del campo, y de su paso no queda otro rastro que un nombre en los registros del establecimiento carcelario, un par de hojas más en el ya voluminoso proceso, y un fermento de odio en el corazón de cada ciudadano incriminado.

Se dio el caso curioso de que el agente provocador, «El Madrileño», cayó en la redada que había tendido, siendo condenado a ocho años de prisión. Su intervención en los sucesos había sido tan manifiesta, que las autoridades no pudieron menos que aplicarle un castigo no irreparable para cubrir las apariencias. Además, ya era hombre inservible, estorbo inclusive. Así que se lo quitaron de encima sin escrupulo, pero sin rigor extremado.

Salvochea, que había continuado en la cárcel de Cádiz y que se había opuesto al estallido del descabellado movimiento subversivo, fue acusado de haberlo inspirado y organizado. No queriendo prestarse a tan odiosa comedia en la que de antemano se le había condenado, se negó a defenderse a pesar de la insistencia de su abogado castrense, que tenía la convicción de su inocencia.

He aquí unos diálogos de Salvochea con el juez de la causa suministrador de reos al verdugo:

Juez.– Está usted obligado a dar contestación veraz a todas las preguntas que voy a formularle.

Salvochea.– Este proceso es una comedia trágica y

vergonzosa. Ustedes me tienen condenado ya antes de presentarme a juicio. Por lo tanto, nada me obliga a contestar.

Juez.- La ley establece que el acusado que renuncia a responder a las preguntas que le plantea la autoridad judicial, reconoce su culpabilidad.

Salvochea.- Estoy dispuesto a arrostrar la responsabilidad de mi silencio.

Juez.- Pero debe respetarme como juez.

Salvochea.- Para mí todos los hombres son iguales. Yo no reconozco a superior alguno y como a tal no tengo por qué respetarle.

El Gobierno le había acusado de haber organizado la sublevación jerezana estando preso en la cárcel de Cádiz. En esta ciudad no hubo juez alguno que quisiera hacerse cargo del procesado. En consecuencia, Salvochea pasó por un Consejo de Guerra que lo condenó a la pena firme de doce años de presidio.

Otros encartados, en número de 17 fueron castigados con 10, 15 y 20 años de presidio; varios, a cadena perpetua; 4 condenados a muerte.

El 16 de febrero de 1892 los anarquistas Lamela, Zarzuela, Lebrijano y Busique fueron agarrotados en la plaza pública de Jerez de la Frontera ante una muchedumbre apesadumbrada y silenciosa.

Murieron heroicamente y el garrote vil no ahogó en sus gargantas su último vítor a la anarquía. Desde el patíbulo Zarzuela había gritado al público: «¡Pueblo de Jerez: Que no se diga que morimos como cobardes. A ti te toca vengarnos de esta nueva Inquisición!».

XVIII. EPÍLOGO DE LOS SUCESOS DE JEREZ

En 1902, una de las mañanas en que Salvochea vino a visitarme en la Cárcel Modelo de Madrid, donde se me seguía proceso por el llamado «Complot de la Coronación», me relató el siguiente y extraño suceso:

—Ayer se presentó en mi casa «El Madrileño», el mismo provocador de los sucesos de Jerez, que ha terminado la condena que le fue impuesta, y cayendo a mis pies, arrodillado, me pidió perdón por el daño que nos había hecho.

—¿Y no lo arrojaste escalera abajo? —le reprendí sin poderme contener.

—No; le rogué solamente que se retirara en seguida de mi presencia, ya que por su culpa ahorcaron a cuatro compañeros.

No nos ocupamos más del asunto, pero yo no olvidé ni un solo día a «El Madrileño», y con otros compañeros logré localizarlo en su justo medio: estaba de portero en un convento de frailes en las afueras de Madrid.

Ciertos inconvenientes impidieron que el traidor llevara su

merecido, por lo que no sé, en concreto, cuál habrá sido el fin de ese miserable.

A Soledad Gustavo y a Federico Urales debemos en mayor parte la libertad de los supervivientes de los sucesos de Jerez de la Frontera. Seguidamente de efectuada la afortunada campaña favorable a los martirizados en el castillo de Montjuic (Barcelona, 1896), ambos publicistas iniciaron otro esfuerzo para libertar a las víctimas de los procesos de Jerez y de «La Mano Negra» (a esta también hemos hecho referencia) siendo secundados por elementos intelectuales y de avanzada de muchas ciudades, particularmente de París, donde se publicaron documentos referentes a aquellas tragedias. Esta última adhesión la pude comprobar personalmente por estar entonces en la capital de Francia. Jean Grave³⁸ y amigos de *Les Temps Nouveaux* fueron quienes más impulso dieron a la campaña reivindicativa. Se publicaron artículos en periódicos, folletos y revistas ilustradas; se dieron mítines extraordinariamente concurridos. Ciertos políticos franceses vinieron en nuestra ayuda, uno de ellos Georges Clemenceau³⁹, con más premura que otros.

38 Jean Grave (1854-1939) fue uno de los anarquistas franceses más conocidos. De oficio zapatero colaboró con Eliseo Reclús en el periódico *Le Révolté* y fue seguidor del anarco-comunismo de Kropotkin. Encarcelado en diferentes ocasiones publicó *Les Temps Nouveaux*, una de las revistas más influyentes de su momento en el mundo literario y artístico de París. En 1914 se decantó por los aliados.

39 Georges Clemenceau (1841-1929) fue un médico, periodista y político francés que ocupó la presidencia del Gobierno entre 1906-1909 y 1917-1919. Alineado en las décadas de los setenta y noventa del siglo XIX en la extrema izquierda parlamentaria se implicó en la campaña contra los procesos de Montjuic. Redactor del diario *L'Aurore* fue el autor de titular, con el famoso «*J'accuse!*», el texto de Zola denunciando el caso Dreyfus. Beligerante contra el pacifismo durante la Primera Guerra Mundial.

En uno de los aniversarios de la ejecución de anarquistas en Jerez de la Frontera publiqué una poesía que titule: «Visión apocalíptica», que fue reproducida en varios periódicos, uno de ellos del propio Jerez, cuyas autoridades la denunciaron. En lugar del grito de Lamela: «¡Venganza para nosotros!» escribí «¡Justicia para nosotros!», por indicación de Salvochea, a quien desagradaba el vocablo «venganza».

Detenido en Madrid se me destinaba a la cárcel de Jerez, proyecto que no se consumó merced a la intervención de unos amigos de Fermín en el asunto. A raíz de ese incidente Salvochea me dijo en el locutorio: «No escribas más versos, ya que te irrogan molestias». Así es que decidí enmudecer mi musa, no por temor a las molestias judiciales, sino porque mi espíritu tomó otros derroteros.

XIX. EL PRESIDIO

La maldad de los potentados y la torpeza del pueblo que desoyó la voz del amigo y se dejó deslizar por la pendiente de la perdición que le prepararon los enemigos, fueron las causas del largo cautiverio que sufrió Salvochea en los lúgubres presidios de Valladolid y Burgos. Fue una larga historia de dolor que daría materia para escribir un libro no inferior en extensión y en emociones a *L'enfermé*, de Gustave Geffroy⁴⁰, en el que aparece la vida amarga del viejo Blanqui⁴¹ magistralmente contada.

Una de las escenas más terribles que refiriera el mismo Salvochea, fue la referente a su intento de suicidio en el citado penal vallisoletano.

40 En realidad Gustave Geffroy (1855-1926). Periodista, escritor y crítico de arte. Fundador de la Academia Goncourt escribió en 1897 una conocida biografía de Augusto Blanqui.

41 Luis Augusto Blanqui (1805-1881) fue un político socialista de fuerte influencia a lo largo de todo el siglo. Hombre de acción se decantó pronto por el republicanismo y sufrió numerosas detenciones y condenas a cárcel incluida una a muerte que le fue commutada por la de cadena perpetua. Su nombre es sinónimo de conspiración y activismo. Creó en 1880 un periódico llamado *Ni dios ni amo* que se convertiría en una de las consignas ácratas más conocidas. Es, como Salvochea, considerado un «mártir laico».

El primer domingo de su entrada en el establecimiento, el director ordenó a Salvochea asistir a misa, a cuya pretensión el ordenado se opuso alegando ser ateo. «No importa –le contestó el director–. Usted irá a la iglesia, o, de lo contrario, le encerraré en una celda subterránea». «Prefiero la celda», aseguró secamente Fermín.

Por consiguiente, fue encerrado en una cueva sombría, oscura, húmeda y fría, llevando largo tiempo así sepultado el recluso enfermó, sintiendo que sus fuerzas le abandonaban por instantes. Entonces decidió suprimirse convencido de que sus verdugos lo habían condenado a muerte lenta. Con unas tijeritas que llevaba ocultas se cortó una arteria femoral, saliendo la sangre a borbotones. Con una tranquilidad pasmosa nos refirió tiempo después las angustiosas y científicas observaciones que hacía de sí mismo a medida que se le escapaba el líquido vital. «Es una clase de muerte muy penosa», concluía...

El intenso frío que reinaba contribuyó a salvar la vida de Salvochea al coagularle la sangre, coagulación que provocó la retención de la hemorragia. Por azar, aquella noche pasó una ronda por la mazmorra del suicida, encontrando a este en grave estado, pero todavía en condiciones de oír la expresión de uno de los guardianes, que por encima del dolor recibió con una sonrisa. Dijo el carcelero en cuestión a su acompañante: «Siempre he creído que este hombre está mal de la cabeza, y este acto confirma mis sospechas».

Llevado al hospital de la casa, Salvochea se negó a tomar alimentos a pesar de su debilidad extrema. Pretendía apresurar

su muerte con lo que hoy llamamos huelga del hambre. Temeroso de responsabilidades, el director requirió de otros reclusos amigos del cuitado, que le giraran visita, haciéndole desistir de su propósito. Hasta ese momento (7 de noviembre del 1893), Fermín había permanecido completamente aislado del mundo, no habiéndosele permitido ni siguiera escribir una sola carta.

Al recobrar la salud gracias a la intervención de sus compañeros, el director le ofreció un puesto de escribiente en las oficinas, pero Salvochea se negó a aceptarlo, alegando que no quería servir al Estado de ninguna manera.

En 21 de agosto de 1898 fue trasladado al presidio de Burgos, mejorando en algo su situación.

Salvochea sentía más el dolor de los otros que el suyo propio, siendo el consuelo de cuantos le rodeaban en la triste vida de encierro. Incluso los presos se dejaron influenciar por espíritu tan luminoso, despertándose en ellos la esperanza, pese al negro horizonte que la vida les ofrecía. En diversas ocasiones he hablado con antiguos presidiarios que fueron compañeros de Salvochea, y al mencionar su nombre una sonrisa de afabilidad alumbraba sus semblantes adustos. No pocos de aquellos desdichados acabaron abrazando los ideales ácratas debido a la bienhechora influencia del maestro. Así, de hombres perdidos pasaron a ser personas de provecho.

Impasible ante las contrariedades de la lucha, no fue ajeno, sin embargo, a los sufrimientos del largo encierro. Una vez leyendo «El canto de la Caledonia», poesía de Luisa Michel que

él había traducido, al llegar al verso «El presidio es más triste que la muerte», un velo de profunda tristeza cubrió su noble rostro, moviendo la cabeza en sentido afirmativo.

La luz de su grandioso ideal de bondad, libertad y belleza, y el estudio de las ciencias, sublimaron su vida de cautivo.

Como Blanqui, que escribió *La eternidad por los astros*, Salvochea estudió astronomía para sumergirse en las grandezas del universo infinito. Ya no vivía en la tierra, deshonrada por sus semejantes; ya vagaba su espíritu por otros mundos con formas de vida más perfectas que la nuestra.

Una obra imperecedera, un poema divino –como algunos lo han llamado– que conoció en su juventud discursiva en Inglaterra: *El paraíso perdido*, de Milton⁴², eclipsó con sus magnificencias todas las tinieblas que rodeaban al condenado. Y fue escrito, el poema, por un ciego. La rebeldía, cantada en la forma más sublime, es el tema del mismo.

Nuestro amigo tradujo modélicamente esta obra, de cuya traducción no se conservan, desgraciadamente, más que unos reducidos fragmentos.

Por fin, en 1899, cuando los prisioneros torturados de Montjuic fueron puestos en libertad gracias a la protesta internacional desatada, se abrieron para Salvochea y compañeros las pesadas puertas del presidio. Entonces fue

42 John Milton (1608-1674) poeta y político inglés. Ministro de Cromwell. Terminó en 1663 *El paraíso perdido* ya ciego. Un poema épico en el que aborda temas como la desobediencia y el exilio.

cuando tuve la fortuna de trabar conocencia personal con él, incorporándome a su lucha hasta que las persecuciones nos separaron para siempre. Pero su imagen y su vida ejemplar, consuelo de mi existencia, me seguirán hasta la muerte.

XX. SU VUELTA A CÁDIZ

En 1889 yo estudiaba en la hermosa ciudad de Cádiz el primer curso de la carrera de Medicina. Esa ciudad me atraía poderosamente por su extrema belleza, su proximidad al mar, que entonaba su canción día y noche; por la bondad de sus habitantes, la dulzura de su clima, la vecindad del África que me fascinaba, y, sobre todo, por su participación en las luchas por la libertad.

Con razón a Cádiz se la llamaba la cuna de las libertades españolas. Y porque en tal ciudad única nació un hombre como no hubo otro.

A mi llegada a Cádiz fui a visitar un viejo caserón, convento o templo, en uno de cuyos muros exteriores había una lápida en la que se leía cómo allí se había abolido el infame tribunal de la Santa Inquisición.

Siempre que pasaba por tal lugar me quitaba el sombrero saludando respetuosamente.

En Cádiz pude observar cuán intensamente quería el pueblo a Salvochea y cómo sus proezas eran contadas igual que la vida

de los héroes antiguos. Hasta la clase burguesa la admiraba por su moral y su temple, exceptuados algunos energúmenos inveterados. Porque hombre tan singular profesaba ideas anarquistas, estas eran respetadas por todos como el sumum de la perfectibilidad humana. Por esto comprendí que para propagar ideas libres no hay medio más eficaz que conducirse bien en la vida, propagar mediante una conducta acendrada.

Una mañana corrió, como reguero de pólvora, la noticia de la llegada de Salvochea, por fin devuelto a la libertad. Me dirigí a la estación en compañía de otros estudiantes, y a poco se congregó una muchedumbre compuesta por millares de hombres, vistiendo blusa en mayoría, venidos corriendo de todas direcciones, hasta llenar la calle y los andenes. Muy apurado se vio el recién llegado para no ser estrujado por los innumerables brazos que lo oprimían al bajar del tren, no faltando en el entusiasta concurso las mujeres ni los niños.

En el acto se organizó una importante manifestación, que le acompañó a su domicilio, en donde le esperaba, bañada en lágrimas de alegría, su anciana madre. Había temores, timideces en la gente, pues sólo se vitoreaba, y no fuerte, a la libertad. Lo que es yo, me puse ronco a no poder más profiriendo vivas a la anarquía, gritos que causaron extrañeza en las personas que me rodeaban por salir de la boca de un señorito desconocido.

Aquella exclamación de entusiasmo, salida de mi corazón, la he seguido profiriendo en toda ocasión que se me ha presentado, y si puedo será la que cerrará el ciclo de mi existencia.

Una vez llegado a su casa, Salvochea se asomó a uno de los balcones acompañado por su madre –que se secaba los ojos y dijo estas palabras, que no he olvidado:

«Compañeros, aquí estoy de nuevo entre ustedes, siendo el mismo de siempre. ¡Viva el comunismo y lo que ustedes saben!».

Vítor que fue contestado por la multitud compacta, cuyos integrantes se retiraron muy animados pensando en futuras conquistas populares.

Salvochea permaneció escaso tiempo en Cádiz. Marchó a Madrid, a donde lo seguí.

XXI. MADRID, A PRINCIPIOS DEL SIGLO XX

Cuando, en 1931, en el momento de la proclamación de la República, volví a la capital de España, quedé sorprendido por la transformación que se había operado en ella durante los treinta años que no la había visto. A primeros de siglo Madrid no era más que una capital mayor de provincia. La Gran Vía estaba por construir, aunque se hablaba mucho de ella. Había lugares, como Cuatro Caminos, que se reducían a una mala plazuela con pequeñas calles adyacentes. En una casita de esa plaza tenía un pequeño bar el anarquista Isidro Ibarra, en el que nos reuníamos los domingos varios compañeros. Ibarra fue detenido y procesado, en unión de Nakens⁴³, como pretendido cómplice de Mateo Morral, el regicida.

El pueblo gustaba de bailes verbeneros y de representaciones teatrales, especialmente del llamado género chico. La política era mezquina, despreciable. Había pugna

43 José Nakens Pérez (1841-1926) fue un periodista editor de varios periódicos de fuerte carácter anticlerical. El más conocido *El Motín* (1881-1923). Carabinero en su juventud, en 1876 entró en la redacción de *El Globo*. Republicano apoyó a Ruiz Zorrilla y la unidad de sus diferentes grupos que consiguió en 1903 bajo la jefatura de Salmerón. Sufrió más de un centenar de procesos por delitos de imprenta y fue excomulgado por diversos obispos. En 1906 fue acusado de proteger a Mateo Morral que había lanzado una bomba contra la comitiva real a la vuelta de los esponsales de Alfonso XII. Murió en la pobreza.

establecida entre liberales y conservadores dinásticos, que se repartían el poder por turno. Todavía estaban en auge las dañosas figuras de Polavieja, Weyler, López Domínguez, Silvela, Sagasta, Moret, Vázquez de Mella, Maura, etc. Canalejas propugnaba por la creación de un partido democrático destinado a liberalizar la monarquía...

Los republicanos mantenían en sus filas figuras respetables como Pi y Margall, Salmerón, Azcárate, Labra y otros; y decorativas cual Blasco Ibáñez, Soriano, Lerroux, Junoy. Alguna vez Sol y Ortega hacían temblar los escaños congresiles sin que la cosa trascendiera. Unos y otros valían poco como revolucionarios. Política, en total, de género chico. Buen elemento lo representaban los federales, en su mayoría antiguos militantes, muy aproximados a los anarquistas. Eran: Nicolás Estébanez, Félix Jaime, Latorre, Callejo y el doctor Castell, que murió en el castillo de Montjuic terminada la guerra civil 1936-39, donde lo habían encerrado los totalitarios triunfantes.

Quien subía como la espuma, organizando e hinchando sus huestes, era el sensato Pablo Iglesias, mimado por la gente del orden establecido para restar fuerzas a los republicanos y al movimiento obrero libertario. Los militantes de este eran pocos, moralmente superiores, pasivos, y a los cuales Salvochea continuamente hostigaba para inducirles a la lucha activa. Entre los obreros los había disgustados por la táctica legalista de los socialistas, a los cuales llamaban adormideras.

Los trabajadores revolucionarios, indicados como societarios, anarquistas y federales tenían algunas sociedades de

resistencia influenciadas por la ideología bakuninista. En sus reuniones se nombraba mesa popular de discusión contra la costumbre dirigista de los socialistas. Las juntas directivas más que nada existían para llenar las exigencias de la ley de asociaciones.

Por aquella época tuvo lugar un congreso de la Federación Regional de Trabajadores Españoles, en cuya organización participamos los afectos. Salvochea siguió las sesiones con el mayor interés⁴⁴.

Soledad Gustavo y Federico Urales publicaban en la época *La Revista Blanca y Tierra y Libertad*, contando las ideas anarquistas con muchos simpatizantes entre el elemento intelectual estudiantil, pero –¡ay!– todas aquellas sombras de hombres que parecían interesantes se disiparon como el humo, incapaces de subir ninguna cuesta de amargura. Hago justicia a uno solamente, que incluso se atrevió a defender –y lo hizo brillantemente– nuestras ideas en el Ateneo de Madrid. Se trata del doctor Juan Medinaveitia, el cual, en edad casi centenaria, abandonó su retiro de paz, de París, y vino a Barcelona para ocupar su puesto durante la guerra civil de 1936 donde le sorprendió la muerte.

En aquel Madrid mediocre apareció de improviso la recia personalidad de Salvochea, como gigante entrado en ciudad de

44 Se trata de la Federación de Sociedades Obreras de Resistencia de la Región Española. Una entidad de tendencia anarquista que ejerció de puente organizativo entre los grupos intemacionalistas del siglo XIX y la aparición del sindicalismo revolucionario en 1910 con la fundación de la CNT. Existió entre 1900 y 1907 y celebró cinco congresos. Tuvo un especial protagonismo en las huelgas generales de diversas ciudades, entre ellas La Coruña, Sevilla y Barcelona, de 1901 y 1902.

enanos, Unos lo acogieron con cariño, otros con respeto, otros más con recelo; las autoridades, con temor. Para muchos Salvochea poseía las cualidades más meritorias que pueden adornar un carácter, pero lo estimaban visionario, viviendo lejos de la realidad. No obstante, en aquel ambiente vulgar se iban a desarrollar sucesos en que participó Salvochea y que habrá que relatar en capítulos siguientes.

Como el tiempo pone las cosas en su debido lugar, aquel visionario anarquista se acredita que estaba en lo cierto y los realistas equivocados. De haber seguido el camino que él trazara, a la España progresista le hubiéramos evitado los terribles males que hoy la afligen.

Todo: partidos izquierdistas y organizaciones obreras, creció inusitadamente. En 1931, con la caída de la Monarquía, se tuvo la más bella ocasión para realizar la revolución cabal anhelada por el pueblo, y ella no se hizo por culpa de los conformismos legalitarios. Los políticos se situaron en el Poder, final de sus inquietudes. Nada hicieron de provecho, temerosos de un boicot capitalista reaccionario. Y como la lección de Historia fue desechada, tuvo puerta abierta, de par en par, la bestia negra del fascismo. Las ideas revolucionarias de Salvochea no jugaron ningún papel en un momento decisivo de la historia de España y ese delito hemos tenido que pagarla.

XXII. SALVOCHEA EN MADRID

En septiembre de 1899 me dirigí a Madrid para continuar mis estudios, y lo primero que hice fue buscar a Fermín, a quien no tardé en encontrar. Vivía en la calle de Zorrilla, detrás del Congreso de los Diputados, teniendo por vecinos, en calles colindantes, al general Weyler⁴⁵ y al doctor Esquierdo.⁴⁶

En lo más alto de una casa de pisos una familia obrera le había cedido dos habitaciones pequeñas y contiguas, estrechas como un corredor, cada una con su ventanita; una sirviéndole de dormitorio y la otra de comedor. No tenía otros muebles que una camita, una mesa, una silla y una percha. En lo que toca a libros y papeles todo lo había perdido, advirtiéndome a mí que me ocurriría lo mismo, en lo que no se equivocó.

El alojamiento de Salvochea estaba tan alto que la escalera

45 Valeriano Weyler Nicolau (1838-1930) fue un político y militar, general de Infantería, que alcanzó triste fama por ser el impulsor de la política de reconcentraciones de población durante la guerra de Cuba. Varias veces ministro, fue senador y se opuso a la dictadura de Primo de Rivera.

46 José María Esquierdo Zaragoza (1842-1912) fue un conocido psiquiatra y político republicano. Miembro del Partido Progresista de Ruiz Zorrilla fue concejal de Madrid y diputado. A partir de 1895 se convirtió en el jefe del partido. En 1910 encabezó la coalición republicano socialista.

que conducía al mismo me parecía interminable, y, aunque joven, yo llegaba arriba cansado. En cambio él la subía con una agilidad pasmosa, lo que se explica por la mucha gimnasia que en los presidios había practicado y a la cual, por otra parte, estaba muy aficionado.

Nuestro buen gaditano tenía entonces 57 años; era alto, enjuto de carnes y protegía sus delicados ojos con unas gafas azules. Su sombrero de fieltro negro tenía las alas delanteras caídas para resguardar su vista de los rayos luminosos. Sorprendía su voz apagada, no correspondiente a la mucha energía de un hombre tan extraordinario. Pero su brazo, que agitaba mientras hablaba, era todo en él; brazo que alcanzaba más lejanía que la voz, convirtiéndose en símbolo de fuerza y valor al servicio de los oprimidos.

Su ropaje exterior, de paño gris, era limpio pero raído; nunca lo sustituía por otro; unas veces se hacía una chaqueta, otras un pantalón; sólo una vez se hizo un traje completo, creo que con el producto de la venta de su folleto *La contribución de sangre*.

Su régimen alimenticio era frugal en demasía; por regla general queso, carne cruda algunas veces, con frecuencia frutas. Colocaba en la mesa un plato y disponía la comida a pedacitos que iba picando y comiendo paseando de una habitación a otra. Sus ingresos económicos eran escasos; traducía algún libro y trabajaba en diarios tales como *El Liberal*, *El Heraldo* y *El País*. Representaba, además, una casa de vinos de Jerez, que le rendía muy poco.

Todas las tardes, a la misma hora, me reunía con él en su casa. Me exponía ideas provechosas, me contaba anécdotas de su vida y, conjuntamente, planeábamos campañas proselitistas.

Me llamó la atención que al correo sólo echara postales, una de ellas diaria para su querida madre. Opinaba que el sobre cerrado es codicioso para la Policía.

En una de las aceras de la Puerta del Sol nos deteníamos entre los pintorescos grupos políticos de todo matiz en los que se discutía con ardor. Ya bien entrada la noche nos dirigíamos al Centro Federal del Horno de la Mata, cobijo a la vez –como dejamos dicho– de las sociedades obreras que no comulgaban en las Iglesias de Pablo, tales como «El Porvenir del Trabajo», de albañiles; «La Locomotora Invencible», de ferroviarios; «La Botina de Oro», de zapateros, la Sociedad de Canteros, etc. Nosotros formábamos parte de la «Sociedad de Oficios Varios».

¡Con cuánta emoción recuerdo aquel local y a sus concurrentes, a los cuales tendré que referirme más de una vez en el curso de este relato!

XIII. SUS AMIGOS

Salvochea tenía trato afable, haciéndose querer por cuantos le trataban aparte los méritos que atesoraba, además de su vida en estela de sacrificios.

Con frecuencia visitaba la redacción de *La Revista Blanca*, y en sus largas caminatas hasta Cuatro Caminos –nunca usaba tranvía– yo solía acompañarle, sacando de estos paseos datos y hechos referentes a su accidentada y proficia vida.

También solía visitar a Pedro Niembro, a la sazón empresario de la Plaza de Toros, uno de los escasos republicanos que no lo olvidaron durante los años que estuvo en presidio. Es fácil suponer que en el domicilio de Niembro se conspiraba en favor de la República, lo que producía esperanza para próximos acontecimientos.

Cuando tenía ocasión compraba una sandía grande para llevársela a Eduardo Benot, que apreciaba mucho esta clase de fruta. Así Fermín daba curso a su estima por su maestro y amigo.

Siendo niño y ^{xxi}alumno de Eduardo, una vez Salvochea dijo mal una lección de latín y para castigo el profesor lo encerró por unos momentos en un cuarto. Pues en las tertulias de referencia un día Fermín preguntó a los concurrentes: «¿A qué no saben ustedes quién fue el primero que me tuvo preso?». Demostraciones de nada saber por parte de los interrogados, hasta que el propio Benot aseguraba haber sido él. «Pero –añadía para Fermín– estas bromas entristecen más que gustan, aunque aquella “prisión” ha sido más leve y merecida que las que has tenido después».

Igualmente le unía mucha amistad con el varias veces indicado Estévanez, con Félix Jaime, Palma y otros. Cierta vez Palma les propuso dar lecciones a una jovencita de nervios muy desarreglados, viviendo con su madre, la viuda de un general. «¿Será ello por falta de novio?», preguntó Salvochea riendo. A lo que, muy serio, Palma repuso: «Ante la viuda, te ruego que midas tus palabras, pues se trata de una señora de una educación completa».

Luego de la primera lección a la muchacha, Fermín nos dijo: «Está tan loca, que incluso ha querido tirarme una pesa de gimnasia a la cabeza. En cambio, la madre es una señora inteligente y comprensiva, y cuando le indiqué la necesidad de novio para su hija, convino en que el remedio era cierto».

El más modesto de sus íntimos amigos era el panadero Figueroa, con despacho de pan en la calle de Jardines. Estando en apuro financiero, Fermín le pidió un préstamo de diez duros que Figueroa le entregó complacido y aun ofreciéndole cantidad mayor que no fue aceptada. Creo que fue a la única

persona a quien Salvochea se atrevió a pedir unos dineros, que sin falta, le devolvió cuando pudo.

XXIV. FEDERACIÓN DE TRABAJADORES DE LA REGIÓN ESPAÑOLA

A poco de llegar Salvochea a Madrid aumentaron las fuerzas obreras que seguían los principios de la Primera Internacional, las de tendencia antipolítica e igualitaria.

En la primera reunión a que asistí de estos obreros, en un local de la calle de Atocha, presidida por Francisco Tomás, los asistentes fueron pocos y muchas las interrupciones por parte de los socialistas, más intransigentes con sus compañeros de explotación que con los políticos burguesistas y los explotadores.

La concurrencia fue aumentando en reuniones sucesivas, de modo que en un mitin del 1º de mayo el local del Frontón Central estaba muy concurrido, ocupándose los periódicos del acto y de los discursos que en él se pronunciaron. Tanto fue así que en 1902, durante la huelga general de Barcelona (la primera del siglo), nos creímos lo bastante fuertes para secundarla en Madrid en intérpretes de los deseos populares.

Si mal no recuerdo, primero tuvo lugar un congresillo local que sirvió de preparación de un congreso en el que se trataría

de la organización de la antigua Federación de Trabajadores de la Región Española.

Salvochea y yo tomamos parte en aquellos trabajos como socios que éramos de la Sección Varia, con sede en el Centro Obrero del Horno de la Mata.

Al Congreso regular asistieron delegados de las regiones, prolongándose las discusiones varios días, quedando en resultado constituida la Federación con respetable número de afiliados.

En una de las sesiones de este comicio –celebrado en el Teatro Barbieri con extraordinaria concurrencia– se trató de la cuestión de la enseñanza entre los trabajadores. El mitin de clausura revistió verdadera importancia, por la calidad de los oradores y por los temas que fueron tratados.

Informados por Azcárate de que al final del Congreso los delegados andaluces serían detenidos, en la noche crítica tuve durmiendo en mi casa a tres de ellos, poseedores de una elocuencia poco común: los compañeros José Torralba, de Jerez de la Frontera, y Antonio Ojeda y Francisco Sola, de Sevilla. Habitaba entonces en el barrio de Lavapiés, calle del Olivar, cuya casa de huéspedes tenía empleada a una antigua cocinera de Cádiz del Castillo. Invadido mi aposento por la Policía, quise que el inspector, Puga, me llevase en cuarto detenido, a lo que se negó diciéndome: «No insista usted, porque en este caso no se admiten voluntarios».

El nombrado secretario de la F.T.R.E. era un obrero catalán llamado Francisco Soler, que por su cargo no percibía sueldo

alguno. Por un asunto insignificante fue detenido, procesado y condenado a ocho años de presidio. A raíz de este caso realizamos una campaña en *La España Inquisitorial* que los compañeros editaban en París.

En tales tiempos las ideas anarquistas eran muy perseguidas en Madrid, habiendo dispuesto el Gobierno una brigada especial para perseguir a los propagadores de las mismas. En cambio, los socialistas encontraban toda suerte de facilidades en las esferas oficiales y en las columnas de la prensa burguesa.

Pasaron años y el pensamiento ácrata llegó a ser potente y con la debida influencia en Castilla la Nueva, hasta que estalló la guerra de 1936, a raíz de la cual la Confederación Nacional del Trabajo (sucesora de la F.R.T.E.) y sus inspiradores anarquistas desplegaron toda su energía y su fuerza, en ningún caso inferiores a las del elemento socialista y de Unión General de Trabajadores.

Los anarquistas, en Madrid como en todas partes, sostuvieron la lucha a base de acción directa, mientras los socialistas, tras haberse empeñado en la acción pasiva, por la fuerza de los hechos tuvieron que inclinarse por la acción revolucionaria como sus oponentes los anarquistas.

Largo Caballero, que en 1902 se empeñó tenazmente en que los obreros madrileños no secundaran la huelga general de Barcelona, inspiraba en 1934 la preparación insurreccional de Extremadura para acodar el movimiento de Asturias.

XXV. LA MUERTE DE FRANCISCO PI Y MARGALL

Este político, fundador del Partido Federal, falleció el 29 de noviembre de 1900⁴⁷, Había dado una conferencia en la Casa de los Estudiantes. Siendo la noche fría, a la salida se sintió enfermo; se trataba de una bronconeumonía.

La enfermedad fue corta y penosa, y Madrid recibió la noticia de la muerte del gran hombre con profundo pesar.

Salvochea tenía en poca estima a los tribunos de la República, a quienes culpaba del fracaso de la revolución ochocentista. Detestaba en primer plano a Emilio Castelar, no mirando con buenos ojos a Nicolás Salmerón. A Pi y Margall lo estimaba tanto por sus ideas como por su elevación de trato; pero le atribuía falta de hombría con referencia al periodo republicano. Un día Salvochea le dijo a don Francisco: «Después de tantos años hoy he vuelto a encontrarme con Salmerón, quien me ha dicho que su hijo está pintando mi retrato. Le he preguntado por cuál hijo suyo, el anarquista o el otro; y tras insistir otra vez, Salmerón me ha contestado que sí,

47 Se trata de una errata. El fallecimiento de Pi y Margall tuvo lugar en 1901.

Exoristo⁴⁸, el que profesa ideas como las de usted». Salvochea sonreía a la idea de haberle arrancado al tercer presidente de la República tamaña declaración.

Aquella noche nos reunimos los compañeros en el Casino Federal para concretar nuestra actitud referente al entierro de Pi y Margall. El Gobierno, temiendo desórdenes, había dispuesto que el cadáver del finado no fuese llevado al centro de la capital, sino que desde el barrio de Salamanca, donde habitaba, fuese conducido directamente al cementerio civil.

Salvochea marcó la pauta a seguir con estas palabras: «Contra la voluntad de las autoridades llevaremos el cadáver a la Puerta del Sol y de allí a los barrios bajos, donde el pueblo nos seguirá y el homenaje puede resultar candente». A todos nos pareció bien el programa y nos separamos dispuestos a cumplirlo. De buena hora nos dirigimos a la casa mortuoria, donde comenzaba a congregarse una multitud inmensa. Recuerdo habernos encontrado con Federico Urales y Pedro Corominas, que conversaban animadamente. Poco después de nuestro grupo de compañeros se destacó el equipo encargado de llevar a cuestas el féretro, a fin de burlar las disposiciones del Gobierno.

Nunca he visto multitud tan numerosa rindiendo con tanto fervor tributo de admiración al recuerdo de un hombre querido, a no ser en el entierro de Luisa Michel. Puede decirse que todo Madrid acudió a la emocionante cita. Arrancó la

48 Exoristo Salmerón García (1877-1925), hijo de Nicolás Salmerón. Caricaturista firmaba con el pseudónimo de «Tito». Anarquista primero, luego entró en 1915 en el PSOE y posteriormente, en la década de los años veinte, en el PCE.

comitiva, y cuando llegamos a la Cibeles, los obreros que llevaban a cuestas el ataúd, anarquistas como queda dicho, en vez de dirigirse al cementerio tomaron por la calle de Alcalá arriba en dirección a la Puerta del Sol. El momento fue tan crítico como emocionante, pues mientras los cordones de Policía se atravesaban en la ruta, el pueblo, guiado por Salvochea, proseguía adelante; y ante actitud tan enérgica y decidida, el jefe de Policía, creyó más prudente evitar un choque en aquella circunstancia. Un policía intentó arrestar a Salvochea, pero Salmerón y García, muy amigo suyo y que iba a su lado, lo evitó oponiéndose a ello resueltamente.

En la Puerta del Sol falló nuestro programa, separándonos unos de otros llevados y traídos por el oleaje humano. No conseguimos, pues, enfocar la comitiva hacia los barrios bajos, con lo que sus habitantes no pudieron seguir ni el homenaje resultar caluroso.

El mar de gente se deslizó con el muerto bajando por la Carrera de San Jerónimo. Disgustado, Salvochea regresó a su casa, pero nosotros continuamos camino del cementerio.

Al pasar la manifestación por delante del Congreso de los Diputados, los padres de la patria salieron al vestíbulo, circunstancia que aprovechó el gentío para dirigirles toda suerte de improperios. Por mi parte los increpé dirigiéndome a Segismundo Moret, el más tieso y encopetado de todos. «¡Sin vergüenzas!», apostrofé, y el mastodonte Aguilera, gobernador civil de Madrid, me amenazó con el bastón al tiempo que me gritaba: «¿Así respetáis la memoria del maestro?».

Al anochecer se dio sepultura en el cementerio civil a los despojos de Pi y Margall ante una multitud silenciosa y compungida, silencio que rompió un obrero ebanista, Fermín Palacios, con un estentóreo «¡Viva la anarquía!», que fue contestado por muchos concurrentes. Por cierto que nos costó indecible trabajo desprenderlo de las manos de la Guardia Civil, que se lo quería llevar preso.

Por la noche los compañeros nos reencontramos en el Casino Federal. Salvochea no ocultó su disgusto por lo incompleto que había quedado el programa del entierro. A veces, aunque la voluntad es grande, los hechos se burlan de los hombres.

Pero, a no ser por los anarquistas, el cadáver del gran republicano habría sido conducido sigilosa y clandestinamente a su última morada.

XXVI. LA HUELGA GENERAL

La huelga general de Barcelona⁴⁹, creo que en febrero del año 1902, despertó, entre los obreros revolucionarios de Madrid, gran entusiasmo. Había, pues, que secundar aquel movimiento y demostrar a los capitalistas que los obreros catalanes no estaban solos. Aquella misma noche se convocó en el Casino Federal del Horno de la Mata, a todas las sociedades obreras no dominadas por los socialistas. Estas enviaron sus delegados a la reunión con encargo de decidir la huelga general. Sus afiliados no eran numerosos comparados con el censo sindical de la U. G. T., pero sí activos y decididos; además la disposición del proletariado madrileño nos parecía excelente. Me cupo a mí presidir aquella asamblea y en pocas palabras expuse los propósitos que nos animaban, esto es: solidarizarnos con los trabajadores barceloneses y advertir a las autoridades que no nos cruzaríamos de brazos si se intentara atropellarlos. Se votó la huelga general por unanimidad, pero

49 Se trató de una huelga general convocada en apoyo de los metalúrgicos barceloneses que ya lo estaban. Fue uno de los primeros ejemplos de la táctica de la huelga general que se promovía desde los medios anarquistas. La secundaron decenas de miles de trabajadores. Las autoridades declararon el estado de guerra y ocuparon militarmente la ciudad. En su transcurso hubo un alto número de víctimas y cerca de 300 personas comparecieron ante consejos de guerra. El cuadro de Ramón Casas *Barcelona 1902*, conocido popularmente como «La carga» ha inmortalizado su imagen.

antes de retirarnos uno de los delegados propuso fuéramos a invitar a los socialistas para que secundaran el movimiento. Aceptada la idea, una comisión de nosotros se dirigió a la central ugetista para hacer efectiva nuestra invitación.

Uno de los dirigentes, Largo Caballero, nos recibió en un despacho, y sin consultar con nadie rechazó nuestra demanda, e incluso, con tono burlón, nos preguntó si creíamos en el éxito de la huelga. Yo le contesté que sí, aunque no nos ayudasen los socialistas, puesto que confiábamos en la mejor disposición de los trabajadores madrileños. La actitud de Largo Caballero fue tan desgradable que uno de nuestros delegados, indignado, le amenazó con los puños. De hecho, los socialistas declinaron toda participación en el conflicto. Eran, en la época, un dechado de sensatez. Al día siguiente intentamos preparar los ánimos solidarios del pueblo trabajador, pero chocamos con una seria dificultad, y era que ninguna imprenta se atrevía a imprimir hojas clandestinas.

Entonces fui a ver al amigo Salvochea y le propuse visitar a Lerroux en el Congreso, pues yo había ido a rogar en su imprenta y ni siquiera me dejaron penetrar en ella. Fermín se negó de momento por repugnarle frequentar el Parlamento, pero al fin cedió y fue a entrevistarse con Lerroux. Este, al saber de qué se trataba, me libró una nota para su hermano Aurelio disponiendo que me sirvieran en la imprenta sin limitación alguna.

Toda aquella noche la pasé en aquellos talleres en compañía de Antonio Apolo, tipógrafo a su vez, confeccionando miles de hojas manifiesto convocando a los trabajadores madrileños a la

huelga por solidaridad a los compañeros de Barcelona. Al amanecer fueron entregadas, las hojas, a algunos jóvenes en la Glorieta de Bilbao para que las repartieran por los lugares más concurridos de la capital. Yo tuve un inconveniente con un inspector de Policía, sin peor resultado.

Al llegar a casa empezó a llover a cántaros, circunstancia que me inquietó mucho. Quizás no llovería en todo lo que quedaba de noche, y este pensamiento me tranquilizaba un poco. Como no pensaba volver a casa al día siguiente, pues existía posibilidad de cárcel, empaqueté ropa, libros y otros objetos. Por su parte, Salvochea y otros compañeros hicieron idéntica operación. Mas la lluvia, arreciando con mayor fuerza, hizo que mi inquietud fuera en aumento. Próximo el amanecer abandoné la habitación precipitadamente para dirigirme al sitio donde estaba citado con los compañeros en el populoso barrio de Lavapiés. Al bajar la escalera me crucé con el sereno y unos policías que venían a detenerme. Gracias a que no llevaban otra luz que la mortecina de la linterna del vigilante y que creían sorprenderme en pleno sueño, conseguí pasarlo sin ser reconocido. Al salir a la calle vi que la taberna de al lado ya estaba abierta. Me metí en ella, siendo tan bien acogido que me ocultaron en una habitación trasera. Al poco bajaron los policías preguntando al tabernero si me había visto, a los que este contestó que sí, que en la calle, y emprendiendo veloz carrera. El despiste fue completo.

Cuando llegué al lugar de la cita Salvochea ya estaba aguardando el primero, refugiado bajo el quicio de una puerta para evitar la lluvia, que seguía cayendo abundante. Uno tras otro fueron llegando los compañeros, mojados como sopa.

Distribuidos los grupos de paro, este alcanzó sus efectos; pero a continuación los hombres quedaron bajo cubierta preservándose de la lluvia como si lo que caía fuesen balas. Así son de raros los hombres.

XXVII. LA LEY DEL JURAMENTO

Voy a relatar un episodio tragicómico en el que Salvochea se burló graciosamente del travieso conde de Romanones⁵⁰. Nuestro amigo tenía la sal de los andaluces y el humorismo de los ingleses, y en esa ocasión puso de manifiesto ambas cualidades.

En uno de los primeros años del siglo –la exactitud de la fecha no importa para el caso–, el conde de Romanones ocupaba la cartera de Gobernación. Por un asunto judicial varios amigos fuimos citados a declarar ante el juez en el llamado Palacio de Justicia. Pero antes de declarar los citados para ello, convenimos en negarnos a prestar juramento haciendo honor a nuestros postulados racionalistas. Sin embargo, ellos claudicaron.

50 Alvaro de Figueroa y Torres (1863-1950) fue un destacado empresario y político. Ocupó varias veces las presidencias del consejo de ministros, del Congreso de los Diputados y del Senado. Miembro del Partido Liberal de Sagasta, siguió a Canalejas de cuya facción se convirtió en jefe tras su asesinato. Con intereses en las minas del Rif se le supone ligado al envío de tropas a partir de 1909 a África. Conspiró contra Primo de Rivera y fue el emisario que pactó el paso pacífico de la Monarquía a la República en abril de 1931. Fue diputado durante las legislaturas republicanas por Guadalajara, su feudo caciquil.

Por lo que a mí compete, entré en el despacho del juez dispuesto a mantener la promesa, y no bien había terminado aquel hombre de leyes de preguntarme si juraba ante Dios decir verdad, le dije acaloradamente: «¡No!». Entonces mi interlocutor demostró extrañeza por deber ser yo, dada mi condición de estudiante, el más instruido de los compañeros llamados a declarar.

—Precisamente por eso no juro, y además por no ser medroso —le repliqué al juez, que se mostraba perplejo ante mi actitud resuelta.

No obstante dio curso a su oficio, cogiendo un código que tenía sobre la mesa y, mientras lo hojeaba, me dijo:

—Ya verá usted la pena en que se incurre por negarse a prestar juramento.

—No pierda usted más tiempo —insistí—, porque no he de jurar así me ahorquen.

El juez estaba cada vez más sorprendido. Guardó un momento de silencio. Luego:

—Tratándose de no jurar, lo mejor es que se vaya sin prestar declaración —me dijo.

Días después, parece que en una reunión de gente del mismo pelaje, el tal juez hizo referencia a lo que había ocurrido conmigo. Uno de aquellos zoquetes, probablemente el que más lo era de todos, prometió que él me haría jurar a toda costa.

A tal efecto, un día recibí citación judicial para que compareciera a declarar, junto con el compañero Antonio Apolo, uno de los redactores de *La Revista Blanca*.

Comprendí de lo que se trataba y por eso acudí gustoso a la cita. El amigo Antonio juró por tener la compañera encinta y no querer disgustarla yendo a la cárcel; mas, como yo no tenía a otra señora a quien servir que no fuese la idea, entré erguido en la sala del juzgado, cuyo titular me recibió con ceño adusto.

—¿Jura usted por Dios decir la verdad? —me espetó secamente.

—No.

—Pues mil pesetas de multa —aulló el leguleyo.

Repití varias veces la misma pregunta, correspondiendo yo con idéntica respuesta, a 200 duros de multa cada una, y así hasta deberle un servidor a la justicia una suma exorbitante.

—No se canse, señor juez —le advertí por fin—, porque ni usted ni todos los jueces juntos lograrán que jure ni que suelte un solo céntimo.

—¡A la cárcel, insolente! —prorrumpió el togado fuera de sí.

—El insolente es usted —le repliqué— que me está molestando indebidamente.

Y me disponía a arrojarle una silla a la cabeza cuando entraron unos guardias que me cogieron por un brazo y me

encerraron en un sucio calabozo atestado de rateros, algo más simpáticos que los servidores de la justicia.

A la caída de la tarde nos amarraron codo con codo para llevarnos a pie a la Cárcel Modelo.

Por el camino acertamos a topar con una cuadrilla de empedradores que me eran conocidos. Estos empezaron a protestar a gritos y a arrojar piedras contra los guardias que nos conducían, siendo secundados por los albañiles de una obra cercana.

El escándalo fue mayúsculo, después del cual los policías me censuraron por no haberles manifestado quién era yo, pues en tal caso me habrían conducido suelto. Por fin llegamos a la mansión de los encierros, conociendo en tal sitio al repulsivo Millán Astray, director de la prisión y soplón máximo, padre del energúmeno que gritó en la Universidad de Salamanca: «¡Muera la inteligencia! y ¡Viva la muerte!».

El asunto de mi prisión fortuita coincidió con un estado de opinión anticlerical que se acentuó en aquel momento. Canalejas habló en el Congreso, Azcárate y Labra en el Senado, abogando por la abolición de la ley del juramento y protestando de que a un detenido se le hubiera tratado con desconsideración y llevado por las calles de Madrid maniatado en compañía de presos de baja estofa.

Comentando lo ocurrido en la redacción de *El Heraldo de Madrid*, Salvochea, que conocía la situación precaria del gabinete liberal, le dijo confidencialmente a Canalejas que a la mañana siguiente estallaría la huelga general debido al hecho,

no acudiéndose al trabajo hasta tanto el Gobierno no hubiese sido derrocado.

Como Fermín lo esperaba, Canalejas corrió a visitar al ministro de Gobernación, Romanones, poniéndole al corriente de la huelga general supuesta. Por lo visto, ambos se concertaron para hacerla abortar a toda costa.

Con humor de mil demonios, Romanones llamó al gobernador, quien, a su vez, reunió a los jefes de Policía para amenazarlos con la cesantía si convertían el mantenimiento del orden en asunto poco serio.

Consecuencia de estos conciliábulos fue la orden de detención contra los presidentes de las sociedades obreras domiciliadas en el Centro Federal de la calle Horno de la Mata. Una vez retirados de sus camas (pues se estaba en la madrugada) fueron puestos en presencia del gobernador, quien les dijo:

—Estoy enterado por mis servicios que al inicio del día vais a declarar la huelga general en Madrid como protesta por la detención de un estudiante que se negó a jurar. Pues bien. Por mi honor prometo que el tal estudiante será puesto inmediatamente en libertad si ustedes me aseguran que dicha huelga general no será efectiva.

Los presidentes, naturalmente, nada sabían de la huelga que traía a las autoridades de cabeza; pero comprendieron, y, muy formales, prometieron detener el conflicto siempre que por su parte, la primera autoridad civil de la provincia pusiera en libertad al estudiante detenido.

Gracias a todo este enredo, y previa intervención del propio Romanones cerca del juez, de buena hora fui despertado en la cárcel por un escribano del juez que me había enviado a la misma, y tras haberme dado toda clase de excusas por haber sido tratado cual vulgar ratero, me presentó un pliego para que lo firmara, pidiendo al juez mi libertad provisional.

Le aseguré que más que con ladrones me habría avergonzado ir maniatado con un hombre de la calaña del señor juez, y que en cuanto a firma no ponía ninguna puesto que no ambicionaba recibir favor alguno de una persona amante del atropello.

Esta vez fue el juez quien consultó a Romanones por teléfono para exponerle mi negativa. Y ya en la calle había aparecido una manifestación estudiantil vociferando cosas que me eran favorables...

—Por favor, suelte a este hombre de una vez para evitarnos inútiles quebraderos de cabeza.

Y acto seguido fui, no sacado, sino arrojado de la cárcel a empujones.

XXVIII. LA LUCHA ANTIRRELIGIOSA

Salvochea lamentaba la pasividad del pueblo madrileño ante el empuje del clericalismo, que había logrado rodear la capital con un anillo de conventos de apariencia fortificados.

Existía entonces en Madrid una Sociedad de Librepensadores limitada a quebrantar la vigilia del viernes santo, citando a los madrileños a la Puerta de Hierro para comer carne en abundancia, y a estimular los actos civiles, principalmente los entierros.

Salvochea, miembro de esa entidad, cada vez que era invitado a asistir a un acompañamiento fúnebre –cosa que era muy frecuente–, solía decir con triste ironía: «Esta gente no sirve para otra cosa que para acompañar difuntos, habiendo tanto que hacer entre los vivos».

Le extrañaba a Fermín esa preocupación por lo necrológico, considerándola una de tantas costumbres disparatadas propias de la sociedad en que se vive. La matrona de la casa donde yo me hospedaba tenía una niña de 9 años inscrita en una entidad pagadera de entierros, y ante casos como este Salvochea decía: «Esta gente ya está muerta antes de morirse».

Pero pronto intervino un hecho que a todos sacudió el sueño de encima.

Fue el estallido del caso de una señorita, Ubao⁵¹, heredera de millones, internada en un convento por las mañas de un padre Ganzúa que, con malas artes, había logrado separarla de su madre y de su novio para que la Orden heredara en lugar de la muchacha. El padre Ganzúa era muy conocido como especialista en la materia, en la que era un genio verdadero y debido a lo cual se había ganado tan merecido apodo. La señora viuda de Ubao había reclamado por todos los medios a su alcance la devolución de su hija secuestrada, con resultado negativo. Ni siquiera el deseo de cuidar a su hija influyó en el ánimo de los hijos de Loyola.

Desesperada, la pobre señora se dispuso a todo, incluso a perder su sitio en la gloria eterna, acudiendo a un hereje, Nicolás Salmerón y Alonso, nombrándole abogado suyo con amplios poderes.

En tan propicias circunstancias fue cuando Benito Pérez Galdós, aludiendo al caso de la señorita Ubao, escribió su famoso drama *Electra*, estrenado con toda solemnidad en un teatro de la villa la misma noche que se celebraba una velada en el Casino Federal.

Como es de suponer, en el citado Casino se comentaba

51 La obra de teatro de Pérez Galdós, *Electra* se refería al caso de la joven Adelaida Ubao que convulsionó a la sociedad de la época. Entró en un convento, impulsada por un sacerdote, sin el conocimiento de su familia. El asunto llegó a los juzgados que dictaminó el regreso de la joven a su casa. Las representaciones fueron todo un éxito y en su transcurso el público daba vivas y mueras y pedía interpretar «La Marsellesa».

apasionadamente el asunto Ubao, manifestándose deseos de intervenir en el mismo. Se ha dicho que en esta entidad tenían domicilio varias sociedades de trabajadores no afectas al socialismo de Pablo Iglesias. De ellas, la de albañiles, era la más dinámica. Sostenía escuela laica nocturna, de la que llegué a ser profesor. El aula diurna había fracasado. Antes de dedicar su rato de charla con los compañeros. Salvochea pasaba un rato en la escuela contemplando la labor, retirándose seguidamente satisfecho.

Para celebrar la inauguración de la escuela se había celebrado una velada que estuvo muy concurrida, faltando casualmente el representante de la autoridad. Salvochea estuvo; pero, como de costumbre, a las 10 se retiró a su domicilio. Abandonado a mi vez el salón, metido este en fiebre de discursos, me dirigí al bar para tomar una taza de café. A poco entró el médico militar Rosendo Castell, federal y hombre de acción, sentándose a mi lado. Era hombre de pocas palabras, pero suscitador de hechos. Una idea lo aguijoneaba. Juntos abandonamos el bar y penetramos en la sala de actos, concurrida en gran parte por obreros de la edificación. Subido a la tribuna, Castell dijo más o menos:

—Mientras aquí discurseamos sin descanso, los jesuítas, creyendo en nuestra impotencia, han tenido la osadía de invadir el teatro y silbar estrepitosamente la obra de Pérez Galdós. —El primer momento fue de estupefacción en la concurrencia; luego la gente vibró en juramentos y cierre de puños.

Nicolás Salmerón y García, hombre bueno y excelente amigo

del pueblo, que jamás faltaba a semejantes reuniones, sucedió a Castell en la tribuna, demostrándose indignado por lo ocurrido.

Yo cerré el acto, porque el ambiente cargado ya no admitía palabras. Sin que nadie desertara, el público del Casino Federal se trasladó a la plaza de Santa Ana, en la que se hallaba emplazado el coliseo en cuestión. Llegados a ella, quedamos desconcertados por el silencio que reinaba en la misma. La normalidad era perfecta. Enviamos a Salmerón García al interior del teatro para que se cerciorara del alcance de la protesta jesuítica. Como estaba suggestionado y era sordo, salió a la plaza creído de que la gritería era enorme y la pita formidable.

Ni que decir que el jesuitismo no había hecho acto de presencia.

XXIX. ELECTRA, DE PÉREZ GALDÓS

Momentos antes de la salida del teatro, nuestros grupos se concentraron frente a la puerta del coliseo en actitud, al parecer, expectante.

Entretanto, la Policía se había dado cuenta de nuestra presencia, acudiendo en gran número mandada por el inspector Visedo⁵², que llevaba un levitón gris y un sombrero de copa de los más relucientes.

Momento emocionante por nuestra parte al abrirse las puertas del teatro. El silencio de la noche fue roto por algunos al ponerse a gritar como poseídos: «¡Abajo la libertad!, ¡muera Galdós!, ¡vivan los jesuítas!», seguidos de la réplica prevista: «¡Viva la libertad!, ¡viva Galdós!, ¡mueran los jesuítas!», armándose, como era de esperar, un cisco formidable. El inspector Visedo avanzó decidido contra nosotros seguido de sus agentes; pero Castell, que por andar algo cojo utilizaba un rudo bastón, lo descargó sobre la chistera del policía, abollándosela y dejándolo sin sentido. Los espectadores,

52 La prensa recogió los incidentes que los describió como una manifestación de medio millar de personas que recorrió las calles del centro de Madrid hasta la madrugada.

sorprendidos, retrocedían en tanto del interior les empujaban hacia afuera, dando por resultado que muchos cayeron al suelo en grupos compactos. La Policía se mostraba incansable repartiendo palos y sablazos a troche y moche, mientras los revoltosos replicaban con certeras pedradas. Desde los balcones los vecinos arrojaban sobre los adictos a Visedo toda suerte de extraños proyectiles, entre los cuales cubos y escupideras, y voces femeninas se oían azuzando a los hombres contra los enemigos del pueblo.

Hasta hace poco quedaban algunos supervivientes que vivieron en aquella plaza, los cuales recordaban aquella noche «galdosina» como uno de los acontecimientos más emocionantes registrados en tal vía pública.

Al final de la contienda, que terminó por agotamiento de ambos bandos –el derechista no existía–, los amigos nos dividimos en dos grupos: uno que se dirigió a las redacciones de periódicos liberales para protestar contra los secuestradores de la señorita Ubao y otro que pasó frente a varias delegaciones de Policía para reclamar la libertad de los detenidos, que fue alcanzada tras no pocos trabajos aún en el supuesto de que habíamos sido agredidos.

Nunca he olvidado a un compañero detenido aquella noche, el albañil Ramiro, de formación corpulenta, panza voluminosa y dotado de un corazón de niño. Como lo atraparon con medio ladrillo oculto en la faja, declaró al inspector con toda formalidad que, siendo constructor de casas, solía llevar alguna muestra de material encima.

El pueblo de Madrid se interesó, en adelante, extraordinariamente por el drama *Electra*, acudiendo algunos miles de ciudadanos cada noche a proteger el teatro para que el clericalismo no acudiera a perturbar las representaciones.

Lo que había empezado en amenaza clerical incierta había degenerado en contienda improvisada, pero con el buen resultado de animar al pueblo de Madrid a contrarrestar una campaña prevista y peligrosa preparada por elementos favorables al padre Ganzúa. Otro resultado lo fue el éxito clamoroso que *Electra* obtuvo en toda España, seguro que por su mérito literario, pero también por la publicidad que le dio el suceso de la plaza de Santa Ana. El autor de la obra, a quien el público acompañó con antorchas una noche a su domicilio, no debió dudar un momento de la «agresión» de los adictos al padre Ganzúa...

Una vez los ánimos levantados, durante varios días acontecieron motines y ataques a los conventos, soliviantada la gente por el «caso de la señorita Ubao» y a la ya actitud hostil de los clericales. Recuerdo que en uno de aquellos momentos estuvimos a punto de ser aplastados por una enorme pieza de loza que nos arrojó un sacristán desde lo alto de una torre.

Una noche más de veinte mil hombres atacaron al convento donde estaba cautiva la señorita Ubao, sin conseguir romper los muros ni quebrar una sola vidriera del edificio, por cuya circunstancia los presentes nos dimos cuenta de que aquellos conventos eran verdaderas fortalezas, estratégicamente distribuidas, como tela de araña, por todo el perímetro de Madrid. Sobre este particular escribió Joaquín Dicenta un

sensacional artículo, uno de los mejores salidos de su pluma, que llevaba por título «El sitio».

La llegada a Madrid de Caserta⁵³, de genuina cepa carlista, para contraer matrimonio con la princesa de Asturias, colmó el desespero de los liberales, tomando la motinería visos de revolución, que nuevamente no llegó a cristalizar por incapacidad de los jefes republicanos. «Prolonguen ustedes la agitación callejera –nos decían–, que los militares saldrán sublevados de un momento a otro». Y no salió nadie más que la Guardia Civil, cada vez en mayor número y con más pésimas intenciones.

Pero nuestro esfuerzo no fue realizado en vano, pues desde la calle se influyó poderosamente para que Nicolás Salmerón y Alonso les ganara el pleito a los jesuitas, con lo que la señorita Ubao fue devuelta a su madre y a su novio, que la esperaban con los brazos abiertos.

Hubo estado de guerra en Madrid. El general Weyler cogió el mando de la plaza y no nos deshinchó el pellejo, pero a muchos nos arrojó a la cárcel por una larga temporada. Los jesuitas, esta vez presentes de verdad, no nos dejaron tranquilos, agravando nuestra situación lo que pudieron, mientras la familia Ubao se dirigía a Roma en peregrinación para besar el anillo del papa y pedirle la absolución por el pecado de haber contactado con la plebe, que, al fin y al cabo, había absuelto a

53 Carlos de Borbón-Dos Sicilias (1870-1949) era sobrino del último rey de las Dos Sicilias. Se casó en 1901 con María de las Mercedes, la hermana mayor de Alfonso XIII. Se le relacionaba con el carlismo y fue recibido con hostilidad. Una hija de su segundo matrimonio, María de las Mercedes, se casó con Juan de Borbón, padres del actual monarca español, Juan Carlos I.

la niña del castigo de muerte lenta que le habían impuesto los papistas.

¡Inolvidable amigo Castell, compañero de conspiraciones, prisionero en Montjuic, la fortaleza maldita por la que tantos mártires desfilaron, y que el pueblo cometió la torpeza de no arrasar cuando pudo hacerlo! ¡Si no la bendición del papa, como la desagradecida familia Ubao, te llevaste al otro mundo la bendición de todos los hombres de tu moral y temple para que te veas libre del contacto que tuviste, en los últimos días de su vida, con traidores y verdugos!

Ni que decir tiene que todas las noches informábamos a Salvochea de la marcha de los acontecimientos. El nos escuchaba complacido; pero esperaba una mayor importancia de los mismos para tomar parte personal en lo que sucediera.

XXX. LOS VIEJOS FEDERALES

Aquellos días en que el asunto de la señorita Ubao, secuestrada en un convento, y la representación de la obra de Galdós, *Electra*, habían provocado en el pueblo anticlerical de Madrid la más profunda agitación, se pensó por algunos pasar de las palabras a los hechos, convocándose al efecto, con mucho secreto, una reunión en el Casino Federal. Acudieron los viejos federales sin faltar ninguno, llenándose el salón de bote en bote.

Yo insistí para que se me dejara pasar, siéndome dicho que era muy joven para asistir a una reunión en la cual habían de tratarse asuntos de gravedad extrema, acabando por darme con la puerta en las narices, como vulgarmente se dice. Más de una vez me ocurrió cosa semejante, debido siempre a mi minoría de edad.

Aunque no pude asistir por la razón que queda expuesta, uno de los asistentes a la reunión me informó de lo que habían tratado a poco de terminada la misma.

Después de una acalorada discusión sobre la situación que se atravesaba, en la que los cléricales ya se mostraban muy

insolentes, se acordó nada menos que dinamitar algunos establecimientos religiosos de los muchos que se levantaban amenazadores en la capital de España.

Faltos de explosivos, los comprometidos acudieron al federal X, hombre de inmejorable posición económica, natural de Bilbao, pero avecindado en Madrid, X era un federal de los buenos, revolucionario verdadero, a la manera de Félix Jaime y Nicolás Estévanez, X encargó a Bilbao unos kilos de dinamita, que llegaron a Madrid en estuche magnífico, como mercancía inofensiva. Como el cargamento no era fácil de colocar, por el peligro que encerraba, fue de momento depositado en el Casino Federal, dándose aviso a los interesados de que vinieran a recogerlo; pero los tales se asustaron, y ninguno apareció por allí. Jimeno amenazó con dimitir si no se llevaban pronto del local la caja de dinamita. Salvochea se reía mucho de aquellos medrosos, y sobre todo del internacionalista Jimeno, que aparecía en un retrato de la época de la fundación de la Internacional en España al lado de Anselmo Lorenzo y otros compañeros. No cabe duda de que aquellos hombres habían luchado bien en otros tiempos, pero en los años que llevaban pasivos en Madrid habían perdido todas sus energías.

Salvochea consultó conmigo sobre lo que ocurría, y ambos solucionamos el conflicto, devolviendo la tranquilidad al Casino Federal.

Primeramente llevé el paquete comprometedor a mi habitación de estudiante, en la calle de Jardines, ocultándola debajo de la cama, si bien el sitio no era adecuado. Además, la Policía me hacía registros con frecuencia. Después lo trasladé a

la imprenta donde trabajaba el compañero Francisco Carbajoso, un venerable anciano de larga barba blanca, muy estimado en los medios revolucionarios de Madrid, y allí escondí la caja en un pozo que había, suspendida de una soga. Dicho pozo ya no estaba en uso, pero contenía agua y era muy húmedo.

Dispuesto a dar aplicación al material de la cajita, escogí un convento enclavado en Cuatro Caminos. Preparé los cartuchos en pequeños paquetes, cada uno provisto de una cápsula fulminante de mercurio y su mecha correspondiente, y, ayudado por un compañero, los colocamos en unos caños de antemano reparados. Calculamos veinte minutos para producirse la explosión, y desde la glorieta de Bilbao aguardamos los efectos. La deflagración no se produjo, fallando todos mis cálculos, y aquella noche no pude dormir, decepcionado por tal fracaso.

¿Cuáles fueron los motivos del mismo? Supongo que la baja temperatura del pozo había producido un estado de congelación en la dinamita.

Tiempo después, hablando con Estévanez en París de aquella dinamita, me dijo con toda seriedad: «Como todos tenían miedo, yo mismo pensé hacerla estallar en la Iglesia de los Jerónimos, en la calle de la Montera; pero como soy tan conocido, algunos me lo quitaron de la cabeza, no fuera que me descubrieran en el momento preciso».

Estévanez era hombre sincero y nada timorato, ni charlatán de la política.

XXXI. EL ERROR DE CANALEJAS

En aquella época había en Madrid dos políticos de tendencias liberales, y sobre todo de ambiciones personales, que consideraban a la monarquía española en peligro, creyendo que para sobrevivir tendría que cambiar su orientación reaccionaria por otra francamente progresiva, a manera de la dinastía inglesa. Me refiero a Segismundo Moret y a José Canalejas⁵⁴. Ambos hombres no llegaron a comprender, cegados por la codicia, que los reaccionarios españoles no tenían enmienda y seguirían siendo tan cerriles como siempre, hasta provocar la catástrofe que se temía.

Moret y Canalejas pretendían aparecer como hombres populares que influían en las masas obreras, con la intención de que un día se les llamara a ocupar el poder para salvar una situación comprometida. Pero como no contaban con el consenso popular, por no tener méritos para ello, lo buscaban

54 Segismundo Moret y Prendergast (1833-1913) fue un abogado, literato y político liberal gaditano que presidió en varias ocasiones el consejo de ministros y el Congreso de los Diputados. José Canalejas Méndez (1854-1912) fue un abogado y político del Partido Liberal que ocupó diversos ministerios y la presidencia del Consejo de Ministros. En 1890 fundó el diario *Heraldo de Madrid* de larga e influyente trayectoria hasta 1936. Murió asesinado por Manuel Pardiñas en la madrileña Puerta del Sol.

artificialmente, tratando de servirse de aquellos que, según ellos, eran jefes de la clase obrera organizada. Los dos habían puesto los ojos en Leopoldo Bonafulla⁵⁵, un anarquista muy activo de procedencia republicana.

Un día se presentó Canalejas muy alarmado en la redacción del *Heraldo* de Madrid, donde escribía Salvochea, a quien dijo que Moret estaba a punto de atraerse a Bonafulla, que entonces celebraba una excursión de propaganda por Andalucía acompañado de Teresa Claramunt.

–Podrá ganarse a Bonafulla –le respondió Salvochea–, pero nada más que a él, porque los anarquistas no reconocemos a jefe alguno. Ustedes están en un error muy grande al creerlo de otra manera.

Canalejas, acostumbrado al juego de las jefaturas, no prestó oídos a la opinión de Salvochea.

Mas no fue Moret quien conquistó a Bonafulla, sino el propio Canalejas, sirviéndole de intermediario un corresponsal que *El Heraldo* tenía en Barcelona, y que creo se apellidaba Roig. Para ello se aprovecharon de la situación apurada en que se encontraba Bonafulla, a la sazón detenido en la cárcel de la capital catalana.

Un día Salvochea recibió una carta de un grupo de anarquistas de Barcelona referente al pastel

55 Leopoldo Bonafulla es el pseudónimo de Juan Bautista Esteve (?-1922). Anarquista de primera fila en los años finales del siglo XIX y primeros del XX participó en la creación de la CNT. En 1901 dirigía el semanario barcelonés *El Productor*.

Bonafulla-Canalejas. Aquel grupo le remitía a Salvochea una carta de Bonafulla dirigida a los grupos de Barcelona aconsejándoles recibir apoteósicamente a Canalejas el día de su llegada, ya que este político prometía hacer grandes cosas en favor de los obreros. Por encargo de Fermín yo contesté a Barcelona dando a conocer nuestra opinión, adversa a la posición Bonafulla. No concebimos cómo Bonafulla pudo ser tan incauto en aquella ocasión, al no darse cuenta a tiempo de su torpeza.

El recibimiento se preparó, pero no tal como Canalejas deseaba, sino como dispusieron los anarquistas. Cuando Canalejas llegó a Barcelona, una multitud invadió los andenes y los alrededores de la estación, y alternando con estridentes silbidos prorrumpía en gritos de «¡Viva la revolución!» y «¡Muera la monarquía!». Anonadado, Canalejas se refugió en una fonda, mientras Bonafulla se eclipsaba con su propaganda.

Andando el tiempo Canalejas consiguió el puesto que tanto ambicionaba. Fue nombrado presidente del Consejo de Ministros. Se dijo después que antes de ocupar aquel sitio tuvo una entrevista con la reina madre, tranquilizando a dicha señora con la promesa de no molestar a los poderes religiosos. En cambio, olvidando sus propagandas anteriores, arremetió contra los trabajadores en la primera ocasión que se le presentó, que fue la de la huelga ferroviaria de la Red Catalana (1912), en la que llamó a filas a los huelguistas para hacerles fracasar, como así ocurrió; mediando además una promesa de atención a las mejoras solicitadas, para cuando regresaran al trabajo, promesa que no cumplió.

Un anochecer, encontrándome en Londres, andaba yo por una de las arterias más concurridas de la capital llamada Charing Cross, pensando en la censurable conducta de Canalejas con respecto a la huelga de ferroviarios, cuando de improviso los vendedores de periódicos vocearon la muerte violenta de Canalejas. Al día siguiente, un periódico anarquista que se editaba en la capital de Inglaterra, *Voice of Labor*, publicó un número extraordinario sobre aquel suceso. La edición se agotó en pocos momentos, y a una segunda le ocurrió igual. Una tercera edición se ocupó de la persona de Pardinas⁵⁶, puntualizando de paso que Canalejas había cometido un error muy grande al creer que en la monarquía española se podía realizar algo de provecho. No pecaba de ignorante el citado político, aunque la ambición le puso una venda en los ojos, ocasionando su pérdida. El público inglés no pensaba diferentemente, y aceptó estas opiniones de los anarquistas españoles residentes en Londres con el mutismo en él acostumbrado.

Algunas voces se levantaron acusando a los jesuitas como autores de la muerte del político liberal autor de la Ley del Candado, y a Pardinas de ser un instrumento suyo. No hay nada de verdad sobre el particular, y no voy a defender a los jesuitas, aunque existe un clásico elogio del tiranicidio elaborado por ellos; voy a defender la memoria de Pardinas, un anarquista verdadero, incapaz de defender otra causa que la suya, y no pudiendo soportar la vida en un mundo de injusticias, decidió ejecutar a Alfonso XIII, sobre cuya

56 Es una errata. El nombre es Pardiñas. Seguramente se trata de una falta del tipo de la ñ en la imprenta francesa.

conciencia pesaban tantos crímenes. Cuando partió para Madrid se recibió en Londres una carta escrita por un grupo de anarquistas residentes en Estados Unidos, donde estaba Pardinas, comunicando las intenciones de este, por si acertaba en su cometido y pudiéramos aprovecharnos del desconcierto consiguiente para sublevar al pueblo español, con razón descontento. Por lo visto, se le presentaron a Pardinas serias dificultades en Madrid para aproximarse al monarca, y como que entonces el presidente del Consejo cometiera una acción censurable contra los obreros ferroviarios, decidió atacar a aquél y suicidarse.

En cuanto a Leopoldo Bonafulla, no ha sido mi intención censurarle, sino referir un hecho de la vida de Salvochea en el que intervine. Sin embargo, el compañero Jaime Dufour salió en defensa de Bonafulla en el semanario *CNT* de Toulouse, haciéndonos conocer algo que ignorábamos sobre la muerte de Bonafulla y su fidelidad a las ideas anarquistas. Ya otro compañero, Jaime Vidal, en Londres, me había hecho un elogio del propio Bonafulla, con la salvedad de que lo encontraba incauto.

«Bonafulla ha sido el hombre –escribe Dufour, que lo trató en la cárcel de Barcelona– de los que he conocido en nuestros medios, que me ha producido mayor y más profunda impresión por su acento de sinceridad, de pureza y entusiasmo por nuestras ideas, por su espíritu de lucha y de iniciativa y por su temperamento culto, equilibrado y su criterio propio.

»Bonafulla me confesó con amargo acento sus discrepancias familiares, cuyo colofón fue, pocos meses después, la

introducción solapada, en su cuarto de muerte, de un cura traído por aquellos que a toda costa quisieron agravarle la agonía a pesar de sus protestas. Así, el entierro de Bonafulla (fallecido en Barcelona y no en Marsella, como Vallina cree), fue acompañado por las sotanas negras aun a sabiendas de que el difunto, en vida, no comulgaba con los ritos católicos o religiosos».

XXXII. GENTE VIEJA

A principios de este siglo, por el año 1900, había en Madrid un grupo de literatos viejos, hombres de pocos quehaceres y de buen humor, que fundaron una revista de letras titulada *Gente Vieja*.

Para formar parte de aquel equipo, que se reunía por las tardes en uno de los cafés del centro de la capital, y colaborar en la publicación de referencia, hacía falta haber cumplido, por lo menos, 60 años de edad. Sólo admitieron a dos escritores más jóvenes de lo previsto: Santiago Ramón y Cajal y Mariano de Cavia⁵⁷, dejándolos en el título de «viejos honorarios».

La revista estaba muy bien escrita y sus páginas podrían servir como modelo del más perfecto castellano porque aquellos viejos estaban incluidos en la categoría de los llamados «inmortales», y gozaban, todos ellos, de un prestigio grande como literatos. Pero no amanecía una idea fresca y atrevida en aquellas páginas degeneradas en monótonas,

57 Santiago Ramón y Cajal (1852-1934) fue un médico, que obtuvo el Premio Nobel en 1906, de pensamiento progresista. Mariano de Cavia Lac (1855- 1920) fue un destacado periodista. Redactor de *El Liberal*, *Heraldo de Madrid* y *El Imparcial*. En 1917 ingresó en *El Sol* donde estuvo hasta su muerte.

olientes a pergamino. Y la verdad es que entre tales escritores no se encontraba ningún reaccionario, sino hombres con ribetes de progresistas.

En aquellos días me encontraba preso en la madrileña Cárcel Modelo y antes de acostarme todas las noches leía algo de *Gente Vieja* para conciliar el sueño, puesto que, verdaderamente, aquellos escritos me producían un efecto soporífero.

En una ocasión vino a visitarme en el locutorio un anciano de larga melena y enmarañada barba metida en nieves del tiempo, acompañado de Fermín Salvochea. Era Ramón Cala, ex alcalde de Jerez de la Frontera y autor de varias obras sociales, entre las que se destaca *El problema de la miseria*. Pero lo que más valía de Cala era su vida ejemplar puesta al servicio de los menesterosos. Todavía recuerdo una frase suya comentando mi prisión: «Los que van en las avanzadas siembran con sus huesos el camino que recorrerán los otros». Quise preguntarle algo sobre sus relaciones con Bohórquez y Guillén, ambos sacrificados en la campiña gaditana durante la insurrección federal; mas no pude hacerlo porque los empleados dieron por terminada la comunicación.

Salvochea lo llevó a la peña de *Gente Vieja* e hizo observar a los allí reunidos cómo desde muy joven Ramón Cala había abrazado las ideas de redención social, a las que había permanecido fiel durante su larga vida.

Cala entregó a los de *Gente Vieja* una bella poesía que tenía inédita en cartera y que fue publicada en la revista. Por cierto

que le abonaron algo por el escrito, como era costumbre en la casa, cantidad que Cala ingresó en la suscripción pro-pesos de los anarquistas.

Una vez salido de encierro Salvochea me llevó al café donde se reunía la peña Gente Vieja, presentándose con las siguientes palabras: «Este joven tiene veinte años es un “viejo militante” anarquista porque abrazó esa idea siendo niño. Lo traigo en ejemplo para estimular vuestro amor propio y ver si cambiáis de conducta, porque es tiempo de inclinarse por la verdad y de condenar el error en que vivimos».

—No podemos negar —le contestaron— que tenéis razón de sobre los anarquistas, y en el fondo de nuestras conciencias germina ese bello ideal; pero nos faltan bríos para dar el paso definitivo. Perdimos la ocasión en la juventud y seguimos ruta falsa, y ya viejos no servimos para nada, en tanto que usted y Cala continúan en su puesto como el primer día. En cuanto a este joven, no podemos menos que envidiarle y deseárselle buena suerte en el camino que se ha trazado.

La verdad es que aquellos viejos, sin ánimo para nada, me daban lástima, en tanto que Fermín Salvochea y Ramón Cala, en posesión de sus convicciones anarquistas, irradiaban juventud y vida. Pueden los años envejecer el cuerpo, pero el espíritu, con la experiencia adquirida en la lucha por el bien, se hace cada día más joven.

¡Ah, los viejos! ¡Cuántos han cruzado el sendero de la vida a tientas agarrándose a todo lo que les sirviera de provecho!

Vosotros, los jóvenes, seguid un ideal, el más perfecto y

desinteresado de todos, el anarquista, y no separaros del mismo en el camino de la existencia si queréis conservaros siempre en juventud y lozanía.

XXXIII. LOS SOCIALISTAS MADRILEÑOS

Profundamente convencido del ideal que sustentaba, sin ninguna mira particular, Salvochea nunca vaciló en sus convicciones ni puso nunca en duda el triunfo cercano. El comunismo libertario era para él la mejor solución que podía adoptarse para sacar a los hombres del estado lamentable en que se desenvolvían.³²⁶ Y ese comunismo no era una utopía, como algunos aseguraban, sino algo real que no estaba muy lejos de realizarse. Y para llegar a su realización no hacía falta una doctrina enmarañada, sino conceptos claros y precisos. Las observaciones hechas por nuestro amigo Souchy⁵⁸ en España y en Israel no prueban otra cosa.

Uno de los días que fui a visitarle encontré a Salvochea fatigado y le pregunté la causa. «Toda la tarde he tenido la visita de Ubaldo Romero Quiñones⁵⁹ –me respondió–, y es un caso curioso el embrollo que tiene en la cabeza con sus ideas huecas sobre las doctrinas democráticas, que no pueden

58 Agustín Souchy (1892-1984) fue un conocido anarquista alemán. De agitada vida vivió en su país natal, Suecia, España, Francia y varios países de América del Sur.

59 Ubaldo Romero Quiñones (1843-1914) fue un coronel de caballería que militó en el republicanismo federal y se fue acercando al anarquismo. Perteneció a la redacción de *El Combate* de Paúl y Angulo. Tradujo a Tolstoi.

resolver el problema de la miseria. ¡Qué ganas de complicar las cosas más sencillas para apartarse del verdadero camino de la justicia social! Ha acabado por enredarse en su exposición y ponerme a mí la cabeza loca».

Ese Ubaldo Romero era nada más que un militar con ínfulas de sociólogo.

En tales tiempos en que la planta venenosa del totalitarismo no había florecido todavía; en que las organizaciones obreras no habían demostrado su impotencia; cuando no habían ocurrido todavía las hecatombes horrorosas de las dos guerras mundiales, la perspectiva del porvenir parecía en extremo risueña, tanto, que un día Salvochea me dijo que escribiera a Tarrida del Mármol, que se hallaba en Londres, para que hablara con Kropotkin y consultara su opinión sobre la conveniencia de declarar una huelga general revolucionaria en todo el mundo en la fecha próxima del 1º de mayo. Tarrida nos contestó diciendo que Kropotkin no creía que hubiera llegado todavía ese esperado momento.

Salvochea aceptó como buena la opinión kropotkiniana, agregando: «Pedro está mejor informado que nosotros sobre el particular. Así, a esperar todavía».

Una de las tardes que visité a Salvochea en la redacción del *Heraldo* de Madrid lo encontré en extremo agitado conversando con Canalejas y Luis Morote⁶⁰ a causa de unos

60 Luis Morote (1862-1913) fue un abogado krausista y político liberal. Periodista cubrió para la prensa madrileña los sucesos de enero de 1892. Fue diputado por el Partido Autonomista de Cuba en 1897, además de por Madrid y Gran Canaria. Auténtico corresponsal en las guerras de Cuba, la rusa japonesa de 1902 y la revolución portuguesa

sucesos que acababan de ocurrir. Por lo visto, a los redactores del diario se les había ocurrido enfrentar a Salvochea con Juan José Morató⁶¹, un socialista sesudo que también trabajaba en la confección del diario. La discusión había sido agria porque Juan José Morató era el polo opuesto de Fermín y veía muy difícil y muy lejana la implantación del socialismo. Nunca había visto a Salvochea tan fuera de sí como aquel día. «Hasta me dieron ganas de aplicarle un silletazo para que se espabilara», terminó por decirme.

En aquellos tiempos los socialistas de Madrid marchaban viento en popa ayudados por elementos reaccionarios que veían en ello un medio de restar fuerzas a los republicanos y a los anarquistas, a los cuales (los últimos) creían mucho más peligrosos. Por su actitud de prudencia, opuestos a toda actitud revolucionaria, entre nosotros se distinguía a los socialistas con el remoquete de «adormideras», no quedando lugar a creer exagerado el mote de referencia. Los jefes socialistas se presentaban como hombres de orden por excelencia, recomendando continuamente calma a sus seguidores, que ya la observaban en demasía. Basta leer las reseñas de los mítines socialistas de entonces en la prensa diaria; en todas se encontraba la consabida coletilla: «El mitin terminó con la sensatez acostumbrada».

Recuerdo que un día estábamos comentando esta sempiterna actitud en el *Heraldo*, cuando Salvochea exclamó: «Con esas elegías ponéis en ridículo a los socialistas, y os

de 1907.

61 Es una errata. Se refiere a Juan José Morato Caldeiro (1864-1938) tipógrafo socialista y administrador de *El Socialista*.

burláis de ellos sin que logren darse cuenta del juego». Los allí reunidos asintieron, añadiendo Canalejas: «Son más conservadores que nosotros».

Para aquellos socialistas, no había otros como sus compañeros alemanes, todos muy instruidos y que contaban con cinco millones de votantes. Si en España florecían las ideas, anarquistas, se debía a la falta de cultura del elemento obrero, al decir de ellos.

Pues bien, la gestión de los socialistas alemanes ha sido catastrófica para la humanidad. Y cuando se llegó en Alemania a una situación revolucionaria y ocuparon el poder, persiguieron a los verdaderos revolucionarios y se sirvieron como colaboradores de lo peor que encontraron del antiguo régimen. Las consecuencias fueron el triunfo de Hitler, y la segunda guerra general, con horrores nunca vistos en la historia de los genocidios mundiales.

Si «todo fiel cristiano tira una piedra a Judas», todo hombre justo debe tirarla a los socialistas alemanes por traidores a la causa popular.

XXXIV. EN BUSCA DE NARCISO PORTAS ⁶²

Una de las mañanas que fui a encontrarme con Fermín Salvochea en la redacción del *Heraldo de Madrid*, me dijo:

—Canalejas acaba de comunicarme que Portas está en Madrid y va todas las noches a tomar café a un lugar determinado.

Desde aquel día, fui varias tardes, junto con un compañero, al café indicado y cuyo nombre ha escapado a mi memoria. No conocía a Portas personalmente, pero sí por los retratos publicados de tan siniestro personaje, aunque no hubo manera de reconocerle entre público tan numeroso. Entonces Salvochea se dirigió al compañero X, quien conocía personalmente al verdugo Portas por haber sufrido de él las más sañudas persecuciones. El citado compañero se personó en el café citado y reconoció fácilmente al torturador de Montjuic. Pero al rogarle a Salvochea que nos lo señalase se negó a ello por temor a verse de nuevo comprometido en un asunto desgradable.

62 Narciso Portas (1861-1934) fue un teniente de la Guardia Civil encargado de las investigaciones de los atentados del Liceo y la procesión del Corpus en Barcelona. Por los métodos de tortura que utilizó se convirtió en un objetivo de los grupos anarquistas que le hicieron un atentado en 1897 del que escapó.

El compañero X, ya fallecido, era un buen propagandista por la pluma y fue fiel a las ideas hasta el día que murió refugiado en Francia después de la guerra civil española.

No se puede exigir que todos los hombres sean de acción, aunque Salvochea solía decir que el brazo alcanzaba más lejos que la lengua.

No nos desanimamos por aquel contratiempo y seguimos buscando a Portas por Madrid como el lebrel busca la caza, y al fin dimos con una pista: el domicilio del triste personaje, por cierto facilitado por Canalejas a Salvochea. Ignoramos qué motivo tuviera Canalejas para querer tan mal a Portas. Este, como se sabe, se había ganado la repulsa general, incluso la de ciertos familiares suyos.

Vigilamos estrechamente aquella casa, pero antes de que obtuviéramos información exacta de la vida que hacía su morador, un día de los que fuimos a continuar nuestra observación, nos encontramos, con sorpresa y cólera, que el pájaro había volado y la jaula estaba vacía. Se conoce que el malvado vivía prevenido y no sabemos cómo se enteró de nuestra presencia en la calle y desapareció con la presteza de la liebre.

Ese fue el motivo de que tan indigno sujeto muriera tranquilo en su cama y no como perro rabioso que era. Por lo que a mí respecta, por aquel entonces fui encerrado durante meses en la Cárcel Modelo madrileña y a mi salida tuve que abandonar España.

XXXV. PÍO BAROJA Y EL ANARQUISMO

Pío Baroja había escrito varias novelas en las que aparecen varios personajes como anarquistas. Hace muchos años que las leí y no recuerdo gran cosa de ellas. Sin embargo, parece que la crítica no acogió bien la presentación ficticia de aquellos personajes.

Sí recuerdo bien que en su bonita novela *La ciudad de la niebla* aparece un anarquista que bien claramente representa a Malatesta. Por cierto que el supuesto Malatesta aparece allí desalentado y escéptico de la lucha.

Nada más lejos de la verdad, pues Malatesta no era hombre para sufrir vacilaciones. Era un compañero de una firmeza inquebrantable, como pocos he conocido. En ocasiones me lo encontraba en Londres y con frecuencia me entrevistaba con Malatesta.

A la vuelta de uno de sus viajes a Italia me dijo: «Pronto veremos implantada la República en nuestros países». Cuando se proclamó la actual República italiana, Malatesta ya había muerto; y cuando murió la República española, yo estaba vivo para contemplar aquella desvergüenza.

Roberto Castrovido⁶³, con su fina inteligencia, aconsejó a Pío Baroja que se entrevistara con Salvochea y conmigo para que conociera a dos anarquistas auténticos antes de publicar sus novelas, y al efecto, preparó una entrevista en un café de la calle de Carretas, cerca de Correos. Toda una tarde estuvimos esperando a Pío Baroja en el lugar de la cita, pero no apareció por allí. A nosotros no nos extrañó su falta de palabra puesto que teníamos a los literatos por unos informales; Castrovido sí, se mostró contrariado. Se repitió el intento de entrevista, y Baroja falló por segunda vez. Por más empeño que puso Castrovido, no logró la deseada entrevista. De haberse celebrado, tal vez los personajes de los libros de Baroja hubieran aparecido más reales.

En su novela *Los últimos románticos*, escrita poco después de proclamada la segunda República, refiere cómo fue a Sevilla a buscarme sin poderse entrevistar conmigo por no encontrarme en mi domicilio. Lo que ocurrió es que habló en la puerta con una vieja algo floja de cabeza, la cual, tomándolo por un Policía, le dijo que yo no estaba en casa.

Poco después de la guerra, hallándome en Santo Domingo, me dijo un amigo que acababa de leer un libro de Baroja en el que arremetía contra todo el mundo salvando, por azar, a mi persona, de la que hacía elogio. Nunca he llegado a leer ese libro, cuyo título ignoro.

63 Roberto Castrovido Sanz (1864-1941) Periodista y político republicano. Director desde 1903 de *El País* de Madrid. Diputado por el Partido Federal desde 1912 hasta 1919. Perteneció a Izquierda Republicana, el partido de Manuel Azaña, durante la Segunda República. Se exilió a Méjico en 1939.

XXXVI. EL QUÍMICO FRANCISCO SALAZAR

Salvochea, por su significación ideológica y su vida ejemplar, mantenía relación con personas destacadas en el campo de la inteligencia, que, aunque no se manifestaban en público, conservaban su amor a los ideales de igualdad y de justicia social. Uno de esos hombres era Francisco Salazar, químico y farmacéutico, si bien este no creía necesario ocultar sus sentimientos anarquistas, escribiendo además notables artículos científicos en *La Revista Blanca*. Tenía establecimiento farmacéutico en la plaza de San Martín. Por mi parte no trato de conocerle personalmente para evitarle molestias con la Policía, que no dejaba de acosarme; pero con frecuencia Salvochea me hablaba con admiración de este hombre y me ponía al corriente de sus investigaciones científicas.

Una vez caí enfermo con viruelas, encontrándome solo en una casa de huéspedes frecuentada por estudiantes. Hasta que llegó una hermana mía a cuidarme, Salvochea se pasaba casi todos los días a mi lado, extremando sus cuidados. A Fermín le preocupaba que mi rostro pudiera quedar desfigurado por las viruelas, pero yo tenía otra preocupación, y era que guardaba debajo de la cama una caja grande conteniendo dinamita, y temía, en el delirio de la fiebre, delatar mi escondrijo. Pero hice

un esfuerzo de voluntad, tan grande, que conseguí mantenerme discreto.

Un día se presentó Salvochea con una botella conteniendo un líquido medicinal preparado por Salazar con el propósito de que no quedaran en mi rostro las huellas características de la terrible enfermedad. Y todos los días me curaba varias veces las pústulas, sirviéndose de pedazos de algodón empapados de la medicina indicada. Quedé bien y sin huellas de la viruela.

Un tiempo después Salvochea me dio referencia de los estudios que hacía Salazar con referencia a un explosivo de extraordinaria potencia obtenido del hidrógeno. Aquella sustancia iba a dejar a la dinamita en pañales. Los experimentos nuestro farmacéutico los culminó con éxito, lo que alegró grandemente a Salvochea. Se podría, de actuar con acierto, acometer una gesta antidinástica de envergadura...

Pero un día Salvochea apareció consternado. «Ha ocurrido una desgracia irreparable –dijo–. Salazar murió ayer a causa de una pulmonía fulminante, de esas que se presentan por Madrid en los días más crudos del invierno, cuando sopla el viento del Guadarrama. Con eso se puede dar por perdido el interesante descubrimiento junto con las ilusiones que había despertado».

Largo rato quedamos silenciosos, anonadados por el dolor. Habíamos perdido un compañero de un valor incommensurable.

Han transcurrido muchos años de ello y de vez en cuando me acuerdo de Francisco Salazar y de su extraordinario invento. Y al hablarse ahora tanto de la bomba de hidrógeno

he pensado si Salazar, que previo una sociedad futura anarquista, no vislumbró igualmente la potencia explosiva formidable del hidrógeno, adelantándose muchos años a los hombres de ciencia de nuestros días.

La bomba de hidrógeno que los sabios ponen al servicio del capitalismo para conservar sus privilegios, la quería poner Salazar en las manos del pueblo para que conquistara su emancipación.

Media un abismo entre los sabios que trabajan por dinero y los que lo hacen por la idea.

XXXVII. LOS ANARQUISTAS Y EL ALCOHOL

Entre los compañeros que nos reuníamos con más frecuencia en Madrid, ya hace más de 50 años, había algunos, pocos, por cierto, que abusaban en extremo de las bebidas alcohólicas; estos eran dos empleados del ferrocarril del Norte, uno llamado Cadenas y otro González, y un literato de mérito: Alejandro Sawa⁶⁴. Los dos primeros estaban continuamente bajo los efectos de la bebida, mientras que Sawa se embriagaba con menos frecuencia; pero una borrachera suya valía por dos. Los tres eran hombres que frisaban los 40 años de edad.

Cadenas era delgado, extremadamente pálido y demacrado; frente despejada y abombada; ojos llorosos y extraviados; barbilla desordenada y lacia. El infeliz, que rayaba en la locura, se creía nada menos que un superhombre y abogaba por una sociedad de hombres parecidos a él. Era entusiasta de Nietzsche y siempre andaba con Zaratustra en los labios.

64 Alejandro Sawa Martínez (1862-1909) fue un escritor y periodista máximo representante de la bohemia y la marginalidad. Sacerdote frustrado se convirtió en un furibundo anticlerical. Se casó en París, de donde regresó en 1896, incorporándose al mundo de la prensa. Perteneció a las redacciones de *El Globo*, *El Motín* y *La Correspondencia de España*. Alcohólico perdió la vista y la razón.

Cuanto más pequeños son los hombres más inmensos se creen; como si se miraran con lente de aumento. Estaba unido a una mujer hombruna, aragonesa, parecida a un patán de campo, la cual no bebía, pero fumaba y sobrellevaba bien al beodo como si se tratara de la cosa más natural del mundo. De tan extraño matrimonio había nacido un niño precioso, *Germinal*, como nace una flor entre peñascos. A pesar de todo, Cadenas se hacía querer por los que le trataban, por ser loco simpático y buena persona. Todas las noches acompañaba a Salmerón y García, el sordo y noble amigo, a su domicilio, y al despedirse este convidaba a Cadenas a una copita de aguardiente que hacía sus delicias. Luego el acompañante se volvía solo a su casa repitiendo, por el camino y entre dientes, alguno de los «salmos» de Nietzsche.

González era otro tipo: de mediana estatura, más bien grueso, enrojecido el rostro por los efectos del alcohol, de ojos saltones e inquietos. Su autor favorito era Edgard Poe y, en efecto, parecía un personaje siniestro, escapado de algún cuento extraordinario del autor de *El Cuervo*. Usaba abrigo negro, con el cuello levantado, no dejando ver de su rostro más que los pómulos rojos y la nariz color de zanahoria. Era agresivo en su trato, y una vez me disponía a darle un bastonazo en el Casino Federal, cuando Salvochea me hizo comprender que no debía hacerle caso. Pero González una noche se puso muy enfermo y llamaba a grandes voces a Salvochea y a Vallina sintiéndose morir; mas la mujer que lo cuidaba esperó la llegada del nuevo día para salir a buscarnos.

Cuando empezaba a amanecer se agravó por momentos y todavía pudo pronunciar estas palabras: «Me muero sin poder

abrazar a mis buenos amigos. Diles que mis últimos pensamientos son para ellos», y se cerraron sus ojos y su voz se apagó para siempre. ¡Cuánto sentí, al saber su muerte, haberme enfadado una vez con él! Salvochea lo sintió también mucho, y cuando ocurría cosa parecida permanecía en silencio, en tanto su rostro se desfiguraba y se cubría de un velo de tristeza.

En cuanto a Alejandro Sawa, tenía un notable parecido con Alfonso Daudet, al que, por otra parte, admiraba. Su hermano Miguel dirigía entonces el semanario satírico ilustrado *Don Quijote*, que llevaba en el frontispicio esta significativa frase: «Este periódico se compra, pero no se vende».

Había otro hermano cuyo nombre he olvidado, de complexión hercúlea, que encontraba siempre en la calle en los días de motín. Acostumbraba ir en primera fila y gesticulaba con los brazos en alto y los puños cerrados, amenazando al enemigo, ya un grupo reaccionario, ya la Policía o la Guardia Civil. Se aplacaba el motín y desaparecía de la escena para reaparecer de nuevo con motivo de otra protesta callejera.

Una tarde me encontraba con Salvochea en la Puerta del Sol, cuando llegó Alejandro Sawa en estado de embriaguez, acompañado de una hija suya de 15 años, una rubia delicada y muy bonita, Sawa estaba casado con una parisense dotada de más paciencia que Job. En cuanto nos divisó entre la gente tiró su sombrero al aire y comenzó a vitorear a la anarquía, despertando la curiosidad del numeroso público allí presente. La pobre niña hacía los mayores esfuerzos para apartarle de aquel lugar, con los ojos llenos de lágrimas, en cuya tarea la

ayudamos, profundamente afectados por el espectáculo que aquél intelectual daba.

Fermín hostigaba continuamente a los viciosos de la bebida haciéndoles blanco de sus ironías. En un número de *Tierra y Libertad* apareció una fábula suya en la que el protagonista era Cadenas, que nos hizo reír a todos y más al propio interesado, que se vio perfectamente retratado. Pero como quería mucho a todos los compañeros, trataba de convencerlos y arrancarlos de tan terrible vicio. Mas sus prédicas poca mella hacían en el espíritu enfermo de aquellos desgraciados. Por tal causa se decidió a curarlos por medio del hipnotismo, para lo cual contábamos con un joven médico, también compañero, muy experto en la materia. Los enfermos se dejaron convencer, y una noche los citamos en el Casino Federal para hacerles la primera cura.

Ya llevábamos largo rato esperándoles cuando alguien nos anunció su llegada al verlos aparecer en la puerta. Pero cuál sería nuestra decepción al contemplarlos llegar más beidos que nunca, sin que apenas consiguieran tenerse en pie y balbuceando palabras incoherentes. Los que habíamos organizado la partida nos marchamos cabizbajos y burlados, y allí se quedaron los pobres dementes, sin que la luz esplendorosa del ideal anarquista espantara las sombras que invadían sus cerebros.

Salvochea consideró siempre el alcohol como un enemigo terrible de los trabajadores y como un poderoso auxiliar de explotadores y tiranos, para dominar satisfactoriamente a sus víctimas.

Recuerdo que al huir a Francia y separarme de él para siempre, me dio este consejo, que no he olvidado: «Ten cuidado con los franceses, que beben mucho alcohol».

No cabe la menor duda de que la sociedad actual es un nuevo manicomio, en el que los más locos aguijonean su locura con la bebida, como el jinete al caballo con sus espuelas.

No habrá un solo anarquista consciente que no abomine del alcohol y haga lo posible para apartar a sus semejantes de un vicio tan espantoso.

XXXVIII. PERSECUCIONES

Salvochea se esforzaba en despertar las energías de las víctimas de las injusticias sociales para que combatieran como era debido a los malvados causantes de sus desgracias, y cuando no los convencía, exclamaba decepcionado: «¡Cuánta gente existe moralmente castrada!».

Hasta había pobres diablos que huían de él, a veces aconsejados por sus mujeres. «¡Cuánta cobardía!», reconvenía Fermín con amargura.

Y era que a los amigos de Salvochea y a cuantos lo frecuentaban a menudo, los fichaba la Policía, los denunciaba a los patronos y bajo cualquier pretexto los ingresaba en la cárcel.

Encontrándome una vez en ella con uno de esos medrosos, vino su mujer al locutorio y le gritó indignada, mirándome a mí con ojos amenazadores, que todo lo malo que le ocurría era por la amistad que tenía con los anarquistas, de quienes debía separarse.

Cuando aquel desgraciado salió de la cárcel, en la que estuvo

escasos días, lo perdimos de vista para siempre, y había que ver en qué estado de miseria vivía, como peón de albañil, la mitad del tiempo sin trabajo, mal vestido y peor alimentado, cobijado en una guardilla sin luz ni aire, donde tenía que andar encorvado por lo bajo que era el techo. Recuerdo que una noche me quedé a dormir en aquel antro huyendo de la Policía, y que al levantarme por la mañana con rapidez di tal golpe con la cabeza en el techo que me quedé atontado durante un rato.

Mi amistad era tan estrecha con el «maestro» –como le llamaba Castrovido–, que por lo general los que no estaban bien informados me creían su sobrino. En más de una ocasión el gobernador de Madrid le dijo a Canalejas: «Dígale usted a Salvochea que sujeté a su sobrino, si no me veré obligado a meterle en cintura por mucho tiempo». Canalejas le llevaba el recado a Salvochea, y este, sonriendo, le contestaba: «Buen oficio me quiere dar ese hombre: que corte las alas a quienes empiezan a volar».

Cuando se me perseguía y me llevaban a la cárcel Salvochea aseguraba: «Ese golpe iba contra mí, pero han dado tantos sin motivo que ahora se avergüenzan y los aplican al muchacho».

Las persecuciones de que las autoridades me hicieron víctima rayaron en lo mezquino y no sabían de qué medio valerse para alejarme de Madrid. Como no me incliné ni ante las ofertas ni las amenazas, decidieron obstaculizar mis estudios. Así, la víspera de los exámenes me encerraban en la cárcel para soltarlo cuando aquellos se habían celebrado. La medida era tan indigna, que el doctor Callejas⁶⁵, decano de la Facultad de

65 En realidad Julián Calleja (1836-1913), catedrático de anatomía y decano de la

Medicina de San Carlos, senador y por lo visto persona decente, como protesta de lo que conmigo ocurría, una vez formó tribunal extraordinario para que me examinara y no perdiera el curso.

Aunque el doctor Callejas era sabedor de mis actividades revolucionarias entre los estudiantes madrileños, no por ello dejó de tenerme en estima. En la Facultad de Medicina de San Carlos existía un buen Museo de Anatomía, cuya entrada estaba prohibida a los estudiantes, cosa nunca vista en otros países. Un día en que el encargado de ese local dejó un momento la puerta abierta, me introduce en el salón, coloqué las piezas anatómicas que necesitaba y me puse a estudiarlas tranquilamente. Cuando llegó el bedel y quiso hacerme salir por fuerza, me levanté indignado hasta el punto de que fue el intruso quien salió corriendo, pero hasta el decanato para contar lo sucedido al doctor Callejas. Y este, calmo, le dijo al denunciante: «Es el primer estudiante que he conocido deseando estudiar anatomía a todo trance. De manera que en adelante no le moleste y déjelo entrar en el Museo siempre que lo solicite».

Pocos años después yo estudiaba anatomía en el magnífico Museo de la University College de Londres, teniendo ocasión de que se me acercara un visitante para decirme que un Museo de tal naturaleza abierto a los estudiantes era de una gran utilidad para cursar estudios. Por cierto –añadió– hace escasos días estuve en Madrid, y para visitar el Museo de Anatomía de

la Facultad de Medicina tuve que procurarme un permiso especial que se me facilitó por mi condición de catedrático de Anatomía en la República Argentina.

Pero ocurrió que el vigilante del Museo no se separaba de mi lado como temeroso de que me llevara algo. Salí disgustado y sin concluir la visita.

En este punto le conté lo que me había ocurrido en aquel establecimiento, motivando que el argentino exclamara «¡Lástima de país, tan bello y dominado por imbéciles!».

XXIX. LA PROPAGANDA ANTIMILITARISTA

A Salvochea le preocupaba altamente la propaganda antimilitarista, sabiendo que la casta militar es uno de los sostenes más poderosos de la sociedad capitalista. Además, los militares, bien organizados y armados, gozando de la mayor impunidad, eran un gran peligro para la tranquilidad pública con sus asonadas y pronunciamientos. Tanto en España como en la América latina estos actos de soliviantación cuartelera se han ido sucediendo con frecuencia. En países como Alemania, las consecuencias del dominio militar han sido desastrosas.

Concebimos que un hombre con cerebro bien equilibrado se dedique a la agricultura, a la enseñanza, a la mecánica, a la medicina, etc., pero no que se consagre al arte de exterminar a sus semejantes. Militar, no puede serlo más que el hombre desequilibrado o dotado de malos instintos. Por otra parte, estos individuos peligrosos consumen las mayores riquezas de los pueblos, acabando por conducirlos a la miseria y a la muerte.

Ocupándose de los militares españoles decía el finado

coronel Mangada⁶⁶ que para el arte de la guerra eran inservibles, no así para emplearse contra el pueblo.

En la época Salvochea recogía en la redacción de *La Revista Blanca* las publicaciones que llegaban del extranjero, entre ellas *Les Temps Nouveaux* que editaba en París Jean Grave. De aquellos impresos destacaba con lápiz rojo los actos de insumisión antimilitarista que ocurrían en diversos países del mundo, y por la noche los leía y comentaba en el Casino Federal que tantas veces hemos nombrado. Por aquellos días se publicó su folleto *Contribución de sangre*⁶⁷, muy bien acogido en los medios obreros.

La propaganda antimilitarista fue llevada a la calle por nosotros con actividad inusitada, alcanzando la misma a reclutas y soldados. Como había muchos jóvenes dispuestos a no vestir la librea militar y soldados en filas dispuestos a desertar hacia el extranjero, buscamos la manera de ayudarles con la debida eficacia. Para ello Salvochea se puso de acuerdo con Blasco Ibáñez, que residía a la sazón en Valencia, a quien se dirigían los jóvenes rebeldes para que les facilitara el viaje clandestino hasta un puerto francés. Una vez en Francia, no faltaban quienes les protegían orientándoles y facilitándoles trabajo.

66 Julio Mangada Rosenón (1877-1946) fue un coronel de Infantería de ideas progresistas por las que sufrió diversos arrestos. Perteneció a la masonería y hablaba y escribía fluidamente el esperanto. Tras retirarse del ejército durante la Segunda República ingresó en Izquierda Republicana, el partido de Azaña. Colaboró con la UMRA, la organización clandestina militar antifascista. Tras el golpe de julio de 1936 encabezó la columna miliciana de su nombre. Marchó al exilio en 1939 a Méjico donde murió.

67 La obra más extensa de Salvochea. Un folleto antimilitarista con numerosos referencias autobiográficas. Apareció en la editorial de *La Revista Blanca* de la familia Urales.

Estos casos se repitieron con frecuencia estando nosotros en Madrid, sin que, a pesar de su nocividad para el régimen, fuesen descubiertos por la Policía.

Ya durante la guerra de Cuba habían sido muchísimos los muchachos que cruzaron la frontera pirenaica. Dos de ellos, Andrés Ciutat y Eduardo Borsot, cuya dirección me facilitó Soledad Gustavo cuando salí de España, siguieron fieles a nuestras ideas, y al encontrarme en París, después del desastre de 1939, acudieron a visitarme. Ambos compañeros catalanes eran hombres de mérito bajo todos conceptos, y a pesar del tiempo transcurrido siempre conservo de ellos el más grato recuerdo.

XL. AMOR A LOS QUE SUFREN

Como Luisa Michel⁶⁸, Salvochea sentía más los sufrimientos ajenos que los suyos propios. A donde había un dolor, allí estaba él para aliviarlo.

En las prisiones tuvo ancho campo para aplicar sus sentimientos humanitarios. Hemos conocido a varios presos que convivieron con él y no se cansaban de hablar de su bondad. Más pecadores llevó por el camino del bien con su amor, que los sacerdotes y hermanitas de la caridad con sus falsas piedades.

Oficialmente Salvochea no estudió Medicina por no depararle ocasión el agitado régimen de vida que llevaba; pero

68 Luisa Michel (1830-1905) es una de las figuras más importantes de la historia contemporánea francesa. Además de anarquista, figura de la Comuna parisina, escritora poetisa y maestra. Se le atribuye utilizar la bandera negra que se convertiría en la enseña ácrata. Fue encarcelada y deportada en diversas ocasiones. Su entierro constituyó una gran manifestación. En la actualidad tiene una pequeña plaza a su nombre junto a templo del Sagrado Corazón levantado, a título expiatorio, en Montmartre, uno de los barrios de mayor actuación y resistencia comunera, y bajo cuyo suelo reposan los restos de sus habitantes fusilados.

no dejó de aprenderla por propio estudio en los ratos que disponía para ello, comprendiendo que de todos los que sufren los enfermos son los que más ayuda necesitan.

Entonces yo estaba muy delgado, por naturaleza propia y porque me abandonaba mucho en las comidas. ¡Cuántas veces me olvidaba de la cena por atender a la escuela nocturna para hijos de albañiles! Este era motivo de preocupación para Fermín, y todos los días me hacía comprar en la calle algunos huevos para que los tomara entre las comidas. Yo no me daba cuenta exacta del peligro que corría, al encontrarme desnutrido. Después, cuando me interesé por los estudios de fisiología y comprendí el valor de los consejos que Fermín me daba, aumentó mi agradecimiento por este hombre tan bueno, que por serlo sufría toda clase de contrariedades.

Como era conocido y a menudo detenido, no había casa de huéspedes que me admitiese, hasta que encontré a una buena mujer que tenía una modesta pensión en la calle Jardines y que llegó a quererme mucho, así como a los otros pupilos de la casa.

Salvochea convenció pronto a mi patrona de la necesidad de cuidarme bien antes de que adquiriera una enfermedad incurable, de modo que cuando llegaba en hora avanzada de la noche me dejaba guardada la comida y calentada me la hacía tomar.

Fermín recomendaba con preferencia la carne cruda de ternera, no habiéndola de caballo. Conocía los trabajos científicos del doctor Haricourt y estimaba que el jugo de la

carne cruda podía contener una antitoxina opuesta a la tuberculosis, puesto que no se encontraban lesiones tuberculosas en los músculos, sino en otros tejidos y órganos del cuerpo.

Nunca hemos conocido médico tan persuasivo y eficaz como Salvochea. Cuando su querida madre enfermaba en Cádiz, corría a aquella ciudad, diciéndole el médico de cabecera al verle entrar: «Ya no hago falta aquí, don Fermín, pues, como de costumbre, la curará usted pronto». La buena señora resucitaba con sólo la presencia del hijo. Incluso en el cariño filial Salvochea tenía gran parecido con Luisa Michel, que amaba entrañablemente a su madre.

No sólo Salvochea alentaba a los enfermos con su presencia, sino a todos los que sufrían de la miseria, recomendándoles la oposición a todo trance contra los poderosos. Y cuando los veía con mucha necesidad les invitaba a procurarse su derecho a la vida. En más de una ocasión les cedía lo que le era propio.

Su poder persuasivo se extendía a los mozalbete más dísculos, que se dejaban ganar por su afabilidad, tan apartada de los golpes de los padres. Estando en su habitación –que le había subarrendado un matrimonio obrero– nos apercibimos del forcejeo que sostenían los padres para bañar a su hijo. Salvochea salió del cuarto, se acercó al niño, lo cogió de la mano, lo aproximó a la bañera, lo desnudó y lo metió en el agua sin que el rebelde opusiera resistencia alguna, y aun tal vez complacido. «Ni de mí ni de mi marido hace caso este niño –dijo la mujer, resignada–, pero llega don Fermín y lo obedece con docilidad».

Una vez un obrero nos condujo a visitar a una muchacha de su familia, muy enferma –según aquella– y poseída del demonio. Entramos, y vimos a la joven amarrada a la cama, debatiéndose en dolorosas convulsiones. Era una histérica, dominada por la pasión sexual. Salvochea diagnosticó falta de expansión amorosa, aconsejando de paso que la dejaran libre para que se encontrara con el hombre de su preferencia y ya verían cómo se rejuvenecía y se marchaba así el demonio. Tratándose de una familia comprensiva y en cierta manera inteligente escucharon el consejo de Salvochea y la muchacha no tardó en ver normalizado su sistema nervioso. Salvochea sentía profunda piedad por estas víctimas de la rutina imperante.

XLI. PRECURSORES DE ANGIOLILLO ⁶⁹

El tirano repugnante que llevó el nombre de Antonio Cánovas del Castillo responsable número uno de las guerras de Cuba y Filipinas, fue ajusticiado a tiros por un bravo anarquista italiano, Miguel Angiolillo, el día 8 de agosto de 1897, mientras veraneaba en un balneario del norte de España llamado Santa Águeda.

Angiolillo vivía tranquilo en Londres ocupado en su oficio de sastre. Algunas veces frecuentaba el Club Anarquista judío, situado en Jubilee Street, en el que Rodolfo Rocker se destacaba como propagandista inteligente. En la época se celebraban en el Club grandes mítines, en los que se denunciaban los tormentos aplicados a algunos anarquistas en el tétrico castillo de Montjuic, de Barcelona.

69 Michele Angiolillo Lombardi (1871-1897) periodista y anarquista italiano que asesinó al presidente del Gobierno español Cánovas del Castillo en agosto de 1897 en represalia por las ejecuciones de Montjuic el año anterior. También se ha dicho que fue utilizado por los círculos independentistas cubanos y puertorriqueños. Frecuentó, como Vallina, el círculo anarquista londinense de la calle Jubilée.

Angiolillo asistió a aquellas reuniones, y su alma, en extremo sensible, vibró indignada por el relato de tan espeluznantes crímenes. Nació, pues, en él, la idea de suprimir al principal culpable de aquellas atrocidades cometidas sobre seres inocentes, castigándole así para escarmiento de verdugos y evitar al mismo tiempo que hiciera nuevas víctimas. Bien resuelto, marchó a España, eliminó a Cánovas y murió en el patíbulo al grito de «¡Germinal!».

Entonces yo tenía dieciocho años y residía en Sevilla, causándome la noticia la satisfacción que es de suponer. Y pude observar que no era solo en participar de aquel estado de ánimo, puesto que el buen efecto era general en la ciudad. Recuerdo haber entrado en un comercio para arreglar un asunto de mi padre en el preciso momento en que se comentaba la muerte de Cánovas. «Cada día debería desaparecer un malvado de esos», dijo el dueño de la casa, como resumiendo la opinión de los presentes. El acto de Angiolillo fue celebrado en toda España, acarreando mucha simpatía al elemento anarquista, lo que parece haberme determinado definitivamente en favor del mismo.

Angiolillo hizo más con su ejemplo por la libertad que hicieron con muchos años los propagandistas orales y publicitarios. La acción bien conducida da los mejores frutos.

Años después me encontraba refugiado en Londres y frecuentaba el mismo Club Anarquista de Jubilee Street. Una triste tarde en que las nieblas envolvían la ciudad me hallaba sentado con la cabeza entre las manos y los codos apoyados en una mesita en el bar del Club referido. El conserje paseaba por

la estancia con aire preocupado. De pronto se acercó a mí, me tocó en el hombro y me dijo: «En este sitio en que estás se sentaba siempre Angiolillo; hablaba raramente, pero sus ojos penetrantes escudriñaban lo que pasaba a su alrededor. Un día desapareció de aquí y cree que le eché de menos, y cuando tuve noticias de lo que había hecho me sorprendí mucho, pues nunca lo hubiera creído compañero de acción por su condición de hombre modesto».

El acto de Angiolillo es universalmente conocido, pero poca gente sabe que tuvo dos precursores españoles que ofrendaron sus vidas para suprimir a ese Cánovas del Castillo, que tanto daño causaba a la población española. Me refiero a Paco Ruiz y a Francisco Suárez. Cierta vez fueron ambos a la residencia señorial de Cánovas y lo aguardaron en la puerta con una bomba de mano. Pero tuvieron la desgracia de que el artefacto estallara prematuramente, cuando el coche del ajusticiable se acercaba al domicilio. Paco Ruiz murió en el acto, y Francisco Suárez, maltrecho, fue detenido y condenado a seis años de presidio, que cumplió en el penal de Ocaña. Una vez en libertad volvió a Madrid a ocupar su puesto en la lucha, uniéndose a nuestro grupo. Era hombre de más de cincuenta años de edad, de mediana estatura y cuerpo fornido; su rostro era simpático y de facciones finas; ojos negros, nariz aguileña, frente despejada y larga barba gris. Su sonrisa se distinguía por un dejo de amargura, pero se mostraba sereno y dulce. Como era muy pobre y no hacía trabajo alguno, Salvochea le dictaba algunos de sus artículos que le pagaban en *El País*, pasándole a Suárez la paga en cumplimiento de un trabajo, y así el favorecido no se sentía herido en su susceptibilidad.

Se estaba entonces en la preparación de las fiestas de la coronación de Alfonso XIII, y como se pensaba en «aguar la fiesta», como vulgarmente se dice, por consejo de Salvochea apartamos a Suárez de nuestro lado para no hacerle blanco de la Policía a causa de su historial pasado. De nada sirvieron, sin embargo, nuestras precauciones: Suárez se vio envuelto en un proceso con nosotros, acusado de tomar parte en un complot contra la vida del joven soberano, complot que fue llamado «de la Coronación». Los que podíamos ser culpables fuimos absueltos por falta de pruebas; pero Suárez, inocente, fue condenado, sin pruebas, a otros seis años de presidio. En apariencia, porque de hecho la condena fue de muerte, siendo seguidamente ejecutado.

Vecino de mi calabozo, al conocer la condena recaída me pasó una nota en la que decía: «Es muy duro pasar otros seis años en un presidio, esta vez siendo inocente. Pero me queda el consuelo de que no os olvidaréis de mí y que me tenderéis vuestra mano desde fuera». Le contesté asegurándole que nuestra solidaridad no le faltaría; pero por mi parte tuve que huir de España, cosa que me aconsejó Salvochea.

El día 3 de julio fue conducido a pie, amarrado con Bardanca, un llamado bandido de la partida de Mamet, a cumplir condena en el penal de Ocaña. A poco de salir de Madrid, en el camino de Pinto, ambos fueron asesinados a culatazos por la Guardia Civil que los custodiaba. Según esta, Francisco Suárez murió en la carretera a causa de una congestión solar, al igual que su infortunado compañero. Nadie creyó que el sol, recién amanecido, pudiera asfixiar a las dos víctimas y además dejara indemnes a los victimarios.

Francisco Pi y Arsuaga⁷⁰ publicó en *El Nuevo Régimen* un sentido y bello artículo con motivo del doble asesinato, el cual, a pesar de todo, quedó impune.

70 Francisco Pi y Arsuaga (1865-1912) Hijo de Pi y Margall fue un conocido dramaturgo y político. Sucedió a su padre al frente del federalismo y fue diputado entre 1903 y 1910.

XLII. EL COMPLOT DE LA CORONACIÓN

El 17 de mayo de 1902 iba a tener lugar la coronación de Alfonso XIII, preparándose grandes fiestas en Madrid. Se anunciaba la llegada de representantes diplomáticos de varios países, además de la venida de numerosos turistas extranjeros. Los interesados en aquel holgorio querían que los festejos resultaran muy lucidos y que los forasteros se llevaran la impresión de que los madrileños eran fervientes monárquicos y amantes de sus reyes, lo cual no era verdad. El pueblo de Madrid era republicano y detestaba a la monarquía, cual lo demostró en todas las ocasiones. Pero el caso era que si había pueblo insumiso, sus dirigentes, republicanos o socialistas, eran un obstáculo para cualquier movimiento inconformista que se originara. Como decía Salvochea, se les iba toda la fuerza por la boca, y además temían a las multitudes desatadas en la calle. Por tanto, si algo tenía que ocurrir en aquella ocasión, habría de ser provocado por los anarquistas, usando del ascendiente que tenían sobre el pueblo. Entre nosotros se cambiaron impresiones al respecto, aunque lo más probable era que los más perjudicables pasáramos las fiestas encerrados. Quedaba el recurso de los compañeros menos conocidos, si bien, en última instancia, la protesta incumbía a republicanos y socialistas, puesto que cuando un día implantaran su régimen

nos perseguirían igual o peor que lo hacían los monárquicos, hasta que con sus torpezas hundieran a la propia República. Salvochea tenía la experiencia de la Primera República; nosotros hemos tenido la de aquella y de la Segunda.

Un día unos significativos republicanos me invitaron a participar con ellos en la manifestación antimonárquica que se preparaba, rogándome de paso que interesara en lo mismo a mis amigos, a fin de unificar las fuerzas revolucionarias. Salvochea y otros compañeros a quienes pasé el ruego republicano aceptaron sumarse a la demostración y hacer en ella cuanto les fuera posible. Así iban las cosas cuando supe, con sorpresa, que los dirigentes republicanos que se habían comprometido con nosotros habían desertado de Madrid, dirigiéndose a Andalucía, alejándose de la villa y corte so pretexto de una excursión de propaganda, y sin habernos comunicado tan insólita determinación, lo cual equivalía a la anulación de los planes anticoronacionistas que de común acuerdo habíamos elaborado.

La víspera de la Coronación por la noche, al salir del Casino Federal, Salvochea, Suárez, yo y otros compañeros recorrimos la Puerta del Sol y la Carrera de San Jerónimo hasta llegar al Congreso. La muchedumbre, no numerosa como era de prever, deambulaba por debajo de los arcos de follaje salpicados de farolillos de colores, consiguiéndose el aspecto ridículo de una verbena de barrio modesto. Luego nos despedimos taciturnos, pensando en los acontecimientos que al día siguiente iban a suceder.

Me dirigí a la casa de huéspedes de la calle Jardines, cuya

patrona ya he dicho que me tenía en estima, a pesar de las molestas visitas de la Policía. Me acosté y quedé profundamente dormido.

Al principio creí estar soñando ante el cuadro que se presentó a mi vista: la patrona levantaba un candil sobre mi cabeza, y a su mortecina luz contemplé a un grupo de sujetos de rostros patibulares. Uno de ellos, que reconocí, era el inspector de Policía Visedo, quien me dijo: «Levántese enseguida, que vengo a detenerle para ingresarlo en la cárcel». Entonces me di cuenta de que no se trataba de un sueño, sino de una fastidiosa realidad relacionada con la fiesta de la Coronación. Cuando salimos a la calle el reloj de Gobernación sonaba la media noche. En coche fui dirigido a la delegación de Policía del distrito, siendo encerrado en una mísera mazmorra. Por cierto que durante el trayecto Visedo me dijo, malhumorado: «Podría usted decir de una vez lo que pretende, para que se lo den y acabe de molestarlos a cada momento». El miserable no llegaba a concebir que el individuo pueda moverse por ideales, él, tan apgado al bajo interés. La contestación que le di le hizo enmudecer en el acto.

Algunos rayos de luz que se filtraban por las hendiduras de la puerta del encierro me permitieron ver un banco y una tabla como únicos muebles. Coloqué la tabla sobre el banco en ángulo agudo, y envuelto en mi capa me quedé dormido sobre aquel extraño lecho. Me desperté bien entrada la mañana, no oyéndose ningún ruido en el local próximo, debido tal vez a que el personal policiaco estaba de servicio en la calle. Por la tarde apareció un policía, al cual recomendé me comprara algo para comer. El día que pasé en aquella ratonera mientras gente

intrascendente se divertía, fue muy incómodo y aburrido; y mil veces maldije al rey que se coronaba y a toda la casta de los Borbones, prometiéndome combatir a ultranza al régimen, promesa que no quedaría incumplida. Es peligroso, según Walter Scott, llevar a los hombres a un estado de desesperación.

Bien entrada la noche me sacaron del cuartelillo para llevarme a otro encierro parecido del Palacio de Justicia. Me acosté sobre un tablón que hacía las veces de cama y me quedé dormido. Ya avanzada la noche vinieron a buscarme unos agentes para conducirme ante unos magistrados que me tomaron declaración. Las preguntas que los tales me hicieron versaban sobre el hallazgo de unos cartuchos de dinamita en una casa de la Carrera de San Jerónimo y que se suponía destinados a arrojar sobre la comitiva real. Mi contestación fue que, sin duda, se trataba de un cuento policiaco. Y así debían de pensarlos ellos mismos, a juzgar por el aire escéptico y de aburrimiento que los distinguía.

Acabado el estúpido interrogatorio, fui conducido a la Cárcel Modelo e ingresado en ella en un estrecho calabozo subterráneo, en forma de ataúd, un entarimado por lecho, un ventanuco en lo más alto del muro y una puerta que comunicaba a un pasillo sin luz y en el cual corrían las ratas en tropel.

XLIII. EL COMPLOT POLICIACO DE LA CORONACIÓN

El llamado «complot de la Coronación» a que me he referido no fue otra cosa que una infame maquinación autoritaria que costó a unos varios meses de cárcel y a Francisco Suárez muerte alevosa cuando era conducido por la Guardia Civil a cumplir condena. Como se ha dicho, Salvochea nos había aconsejado apartar a Suárez para evitarle posibles contratiempos; pero ni esa prevención de los amigos le valió al bueno de Suárez.

Existía en Madrid, en aquel tiempo, un cuerpo especial de Policía destinado a la exclusiva vigilancia de los anarquistas. Su jefe era un sujeto asturiano llamado Laureano Díaz, el cual se complacía en llamar a los compañeros nuestros a su despacho, donde, dándose importancia, mostraba a sus secuaces una serie de anarquistas según él peligrosos.

En uno de los tabernuchos frecuentados por agentes a sus órdenes, enclavado en Cuatro Caminos, fue hecho un depósito de dinamita en mal estado por estar descompuesta, como así lo declararon los expertos a raíz del «descubrimiento». Agentes

provocadores de Laureano Díaz (muchos y mal pagados) comunicaban a los obreros más exaltados la manera de adquirir explosivos a precio módico. Dos viejos y entusiastas federales picaron en el anzuelo, y siempre que disponían de algún dinero iban a la referida taberna para hacer pequeñas compras de aquella dinamita inservible, cuyos cartuchos guardaban en un local de la Carrera de San Jerónimo en el cual uno de ellos ejercía de conserje.

Urdida la trama, Laureano Díaz aguardó la mejor ocasión para intervenir y darse mérito. Aquella se presentó con motivo de la coronación de Alfonso XIII, cuya comitiva tenía que pasar por la Carrera de San Jerónimo para dirigirse al Congreso de Diputados.

En la víspera de la coronación, por la noche, el provocador Laureano Díaz practicó un registro en la casa de la Carrera de San Jerónimo para «hallar» la dinamita que en ella había (y cuya existencia hacía tiempo conocía) y detener al citado conserje, un pobre anciano que se impresionó tanto que en sus declaraciones ni sabía lo que se decía.

Aquel día los periódicos de Madrid salieron escandalizando al público por el hallazgo de los explosivos que debían ser arrojados sobre la comitiva real por unos desalmados enemigos de la sociedad, de la religión, de la familia, etc. Se tuvo algún reparo en detener sin motivo a Salvochea; pero fuimos apresados sus amigos más cercanos, entre ellos Antonio Apolo⁷¹, impresor y uno de los redactores de *La Revista Blanca*,

71 Antonio Apolo era un anarquista extremeño afincado en Madrid. Fue redactor de *La Revista Blanca* y trabajaba en la Imprenta Marzo, donde se editaba.

siendo todos sepultados en unas mazmorras subterráneas que había en la Cárcel Modelo de Madrid.

El departamento subterráneo de la misma se componía de un largo corredor día y noche alumbrado apenas por una farola que colgaba del techo, y en el que se oía gotear a todas horas el agua de una pila, de la cual se proveían todas las mañanas los presos como nosotros sepultados. Al corredor daban como una docena de estrechos calabozos, no teniendo otros muebles que una tabla sobre el suelo, llamada cama, y un pequeño banquillo de madera para sentarse. A lo más alto del muro, frente a la puerta, se abría un ventanuco en cada mazmorra, por donde entraba una poca luz durante el día. El tiempo no podía trascurrir más aburrido en aquel lugar. Al amanecer entraba un carcelero, y sin decir palabra nos dejaba repugnante comida para todo el día. De noche, en cambio, teníamos una diversión: las carreras de ratas, que contemplábamos acostados boca abajo en el suelo y mirando por debajo de la puerta. Algunos de los detenidos se aficionaron a la cacería de ratas. Uno de ellos, mi vecino Antonio Apolo, dedicaba la noche a semejante distracción. Se armaba de dos gruesos zapatos que llevaba, y desde un rincón de la celda los arrojaba contra las ratas que se deslizaban por debajo de la puerta para alcanzar el cebo que les había puesto. Cuando hacía blanco gritaba entusiasmado, como si hubiese hecho un acto heroico. A veces chocaba el zapato contra la puerta en vez de dar contra la pieza apuntada, lo cual me despertaba con sobresalto. Esa caza se hizo general entre todos los detenidos, excepto yo, que no había nacido para alcanzar ratas.

Por la mañana los presos cazadores disponían las piezas cobradas, que guisaban con arroz para comerlo, guiso extraordinario que algunos no quisimos probar, a pesar de las reiteradas ofertas de los generosos cocineros.

Tras varios días de permanecer incomunicados nos subieron a las galerías de la prisión, pudiéndonos entonces relacionar con los amigos del exterior. Salvochea no faltaba un solo día a la comunicación, preocupándose por nuestro estado alimentario. Tras unos meses de régimen de encierro fuimos declarados inocentes, aunque se nos dejó prisioneros en calidad de gubernativos. En cambio Suárez, también inocente, fue condenado por sus antecedentes. El único culpable de aquel suceso, el malvado jefe policiaco Laureano Díaz, fue recompensado con una alta distinción por haber evitado un «atentado horrendo» contra la vida del monarca.

Al cumplirse medio año de nuestra detención, Salmerón que intervenía siempre en mis asuntos judiciales, se dirigió al domicilio particular de Moret, que era ministro, recabándole mi libertad, por creerme víctima de una injusticia. El ministro se le disculpó diciendo que me creía en libertad, prometiéndole liberarme al día siguiente. Mas no fue así, porque en el momento de salir de la ergástula se presentó un juez militar para comunicarme que seguiría encarcelado debido a un proceso militar teniendo por causa haber insultado al ejército español en un mitin del que nadie se acordaba. Se conoce que buscaron un pretexto para retenerme.

Años después de esta ocurrencia, hablando en Londres con un senador español monárquico a quien tuve que visitar por

asuntos familiares, salió a relucir el «complot de la Coronación», y me dijo con toda seriedad:

«Fue Moret el que dio seis mil duros a cada uno de los republicanos que amenazaban perturbar la fiesta coronadora, con la obligación de largarse a Andalucía. Y como quiera que en la entrevista que tuvieron uno de los presentes le nombrara a usted, Moret contestó que como, no iba a aceptar dinero, le daría seis meses de cárcel», palabra que cumplió.

No certifico que las palabras de aquel senador fueran verídicas, pero sí puedo afirmar que la conducta de aquellos republicanos, abandonando el campo de honor, fue verdaderamente sospechosa.

La consecuencia del proceso fue la crucifixión de un hombre abnegado y justo, Francisco Suárez, anarquista que no se hubiera vendido por todo el oro del mundo.

XLIV. ANTIMILITARISMO

Mucho antes de que conociera personalmente a Salvochea, ya era un convencido antimilitarista. Me daba cuenta de que los militares, aplicando su inteligencia en el arte de matar, no eran seres normales, sino desequilibrados y de instinto perverso. Como están organizados, y peligrosamente armados, no les es difícil satisfacer sus desviados instintos, máxime gozando de impunidad completa y recibiendo como premio a sus tristes hazañas ascensos y condecoraciones. Protegen además a tiranos y explotadores, y cuando pueden, se convierten a sí propios en dictadores, como en la actualidad acontece en España y en varios países hispanoamericanos. Tales hombres constituyen uno de los mayores azotes del género humano. Claro está que entre ellos ha habido algunos excepcionalmente meritísimos, como Riego, por ejemplo.

Al mismo tiempo que arraigaban en mí las ideas antimilitaristas, se me despertaba gran entusiasmo por los movimientos revolucionarios. Así, cuando tuve noticia de la insurrección de Cuba, gran alegría invadió todo mi ser. Todos los días, haciendo largo recorrido, llegaba a la librería de Fez, situada en la calle de la Sierpe, Sevilla, donde fijaban en el escaparate un cuadrito dando noticias del día. Las que

aparecían referentes a la insurrección cubana aseguraban que esta carecía de importancia, puesto que sólo se trataba de algunas partidas de maleantes. Pero yo sabía a qué atenerme y me reía de aquellas falsedades. Me era conocida la historia de los estudiantes fusilados en La Habana, la de las ejecuciones de los poetas Juan Clemente Zenea⁷², y Plácido⁷³, entre otros crímenes repugnantes. Sabía que desde España iban a explotar y a oprimir a los cubanos los peores sujetos de la península.

Pensé, en consecuencia, que había sonado la hora de la libertad de Cuba y del castigo de los malvados dominadores. Así ocurrió, pues la insurrección cobró mayor fuerza cada día, como era de esperar. Por mi parte me puse a defender sin reposo la causa del pueblo cubano. Cuando llegaron las noticias de las muertes de Martí y Maceo⁷⁴ y los ignorantes celebraron en España la caída de ambos héroes con borracheras y charangas, no pude dominarme y les grité lo

72 Juan Clemente Zenea Fornaris (1832-1871). Poeta y patriota cubano. Varias veces emigrado a los Estados Unidos regresó a Cuba para entrevistarse con el insurrecto Céspedes. Capturado fue fusilado.

73 Gabriel de la Concepción Valdés (1809-1844), «Plácido», fue uno de los iniciadores de la poesía cubana. De vida azarosa y marginado por ser mulato ejerció diversos oficios. Fue un autodidacta que terminó viviendo de la poesía firmando poemas de actualidad en la prensa e improvisando rimas en fiestas. Sufrió persecuciones por considerársele peligroso como intelectual y negro. Fue ejecutado.

74 José Julián Martí Pérez (1853-1895) fue un político republicano, de ideología liberal, filósofo y uno de los artífices de la independencia cubana. Fue detenido y se exilió en diversas ocasiones. Volvió a Cuba en 1895 Para encabezar la insurrección. Murió en un enfrentamiento con el ejército español.

Antonio de la Caridad Maceo Grajales (1845-1896) fue otra de las figuras de la independencia cubana. Mulato administró las fincas y los negocios de su padre hasta que se incorporó al ejército independista. De ideología republicana democrática. Fue masón. Rechazó por insuficiente el Pacto de Zanjón en 1878 y continuó las hostilidades. Se exilió en los Estados Unidos, Haití, Jamaica y Costa Rica. Regresó en 1895 al reiniciarse la guerra. También murió en un enfrentamiento con los españoles.

equivocados que estaban. La víspera de la declaración de guerra a los Estados Unidos tuvo lugar en Sevilla una manifestación patriótica que terminó en ataque contra el consulado norteamericano. Aquella noche me fui satisfecho a dormir, pensando que, declarada la guerra, la vetusta España sería fácilmente vencida y los cubanos lograrían la independencia, por la que tanta sangre iban derramando. Por cierto que la mayoría de los españoles creían ciegamente en la victoria, concienzudamente engañados por una prensa servil.

Al finalizar la guerra me encontraba en Cádiz, y como corriera la voz de que la escuadra americana se dirigía a España para ayudar a los españoles a derrocar la Monarquía, estuve alerta varios días y noches, con otros amigos, aguardando la llegada de los barcos americanos con intención de sublevar a la población gaditana.

Todavía los Estados Unidos no se habían envilecido ayudando al despotismo hispano, y claro, sentíamos una fuerte simpatía hacia aquella democracia. Hoy, envilecida en el sostenimiento de la sangrienta dictadura del general Francisco Franco, todos los españoles dignos la despreciamos.

Como la noticia de los desastres de Cuba y Filipinas (que hubiera hecho sublevar al pueblo capaz de ello) hizo enmudecer a los chovinistas de la patria, escribí una vibrante poesía, «Los Castigos», que ningún periódico creyó prudente publicar.

El mismo Nakens me escribió diciendo que no la publicaría en *El Motín* para no dar trabajo a jueces y carceleros. Tuve que

resignarme a que de aquella poesía se sacaran bastantes copias para hacerlas circular bajo mano por toda Andalucía.

Mi actitud de aquella época me trajo la enemistad y el odio del elemento militarista, que en la circunstancia no se atrevió a proceder contra mi persona debido a lo aborrecido que era el militarismo entre las capas populares españolas.

En adelante no cesé en la propaganda antimilitarista, acentuándola aún cuando entré en contacto con Salvochea, hasta que los militaristas creyeron llegada su hora para anularme por completo.

XLV. DE LO MALO A LO PEOR

Llevaba medio año abismado en la Cárcel Modelo madrileña, y absuelto en el juicio del «Complot de la Coronación» por falta de pruebas, se me retuvo, como se ha dicho, en calidad de preso gubernativo. Y como quiera que mi detención se prolongase sin que motivo alguno interviniere, Salmerón gestionó mi libertad.

Lograda ella, Salvochea acudió con alegría a la puerta de la casa pálida para aguardar mi salida.

Comprendiéndola próxima, procedí al empaquetaje de mis objetos, libros y papeles casi en exclusiva. Todavía no había concluido mi tarea cuando de improviso se presentó el director del establecimiento, Millán Astray⁷⁵, quien, con sonrisa burlona, me recomendó no tener prisa puesto que me quedaba en la casa por estar sometido a nuevo proceso por jurisdicción militar.

Este Millán Astray era el padre del energúmeno general

75 José Millán Astray, padre del que fundaría la Legión, fue director de la cárcel de La Coruña y Madrid, abogado de profesión, con aficiones literarias y en aquel momento colaborador de prensa.

Millán Astray que en 1936 gritaría, en la Universidad de Salamanca, como réplica al catedrático Miguel de Unamuno: «¡Muera la inteligencia! ¡Viva la muerte!».

El carcelero Millán Astray fue uno de los hombres más viles que he conocido. Parece ser que tuvo participación deshonesta en el ruidoso crimen de la calle de Fuencarral⁷⁶, de Madrid, permitiendo luego discretas salidas de la prisión de su mando al encartado Vázquez Varela, quien, en unión de la criada de su casa, Higinia Balaguer, mató a su propia madre con el fin de heredarla.

Millán Astray espiaba a los reclusos, particularmente a los presos políticos. En una ocasión discutió en un tranvía con mi hermana y un amigo que venían a visitarme, lamentándoseles de que yo fuera tan díscolo con él, llegando al extremo de no quitarme el sombrero en su presencia, cuando lo que pretendía era «favorecerme». Por cierto que aquel mismo día ocurrió un hecho la mar de gracioso: le robaron, yendo en tranvía, un valioso alfiler de corbata a pesar de sus finas dotes de policía.

76 El crimen de la calle Fuencarral fue uno de los más famosos del momento. La víctima fue una viuda, con cierta fortuna y carácter irascible, cuyo hijo era un tarambana y cumplía condena. Tenía una criada, Hilaria Balaguer, de no muy buenos antecedentes que le recomendó a la familia el director de la cárcel Millán Astray. Ama y sirvienta fueron encontradas el 2 de julio de 1888 en el interior de la casa donde vivían en la que se había declarado un incendio. La primera estaba muerta y la segunda inconsciente. Los forenses comprobaron que la difunta lo estaba a consecuencias de tres puñaladas en el pecho, no por el incendio que, dictaminaron, fue posterior. La criada fue acusada de asesinato. Millán Astray se entrevistó con ella y le recomendó que confesase. Así hizo creyendo que no la condenarían a muerte. Dio diferentes versiones de lo ocurrido hasta que no muy segura de su suerte aseguró que el asesino era el hijo a quien Millán Astray había dejado salir de la cárcel. El juez dictó prisión también para el director. El juicio se celebró en marzo de 1889. Condenó a Higinia Balaguer a muerte y absolvió a Millán Astray. A pesar de la impresión que existía de que se le había utilizado como chivo expiatorio y de las protestas que se produjeron fue ejecutada a garrote.

Abandoné el liaje de mi paquete preguntándome mentalmente qué podrían querer de mí los elementos militares estando hacia tanto tiempo incomunicado con el exterior. No permanecí mucho tiempo en la duda. Al poco rato me llamaron para prestar declaración en el nuevo e insospechado proceso, teniendo ocasión de enfrentarme con un juez castrense apellidado Atalaya, quien, manoseando un grueso legajo de papeles, me comunicó con aire de tragedia que mi delito era muy grave, pudiendo acarrearme las peores consecuencias. Según él, en el mes de febrero, poco antes de entrar en la Modelo, en un mitin habido en el Teatro Barbieri⁷⁷ había dirigido las más graves ofensas al heroico ejército español, el mismo que no había perdido una sola batalla luchando contra los insurrectos isleños. Al parecer la frase más injuriosa fue la siguiente: «El día que empuñemos las armas van a huir tanto los militares por las calles de Madrid como huyeron por los campos de Cuba y Filipinas». Lo cual podría ser verdad –insistí ante el juez–. Pero ha transcurrido tanto tiempo que ya no recuerdo lo que dije, máxime que en el teatro celebrábamos mítines todas las semanas. Mas, me extraña mucho que personas que se intitulan de honor hayan esperado tanto para atacarme, y precisamente cuando me libraba de la justicia civil. Atalaya, con voz melosa y aspecto afeminado, pero en redomado hipócrita, como luego veremos, trató de apaciguarme prometiendo incluso, sin que yo lo tomase en serio, hacer en favor mío cuanto estuviese a su alcance, pese a la indignación que habían despertado mis palabras en el seno del «honorable cuerpo militar».

77 El acto, con motivo de una huelga de cigarreras, se celebró el 6 de enero.

XLVI. SECUNDINO DELGADO ⁷⁸

De la noche a la mañana dejé la fiscalización gubernativa para pasar a la militar... al gusto de otros. Así juegan con los ciudadanos los que dicen velar por la tranquilidad de los mismos. Siempre los miserables se han creído seres superiores.

En mi nueva posición de sujeto sometido al fuero de guerra pronto trabé conocimiento con otra víctima de los cuarteleros llamada Secundino Delgado. Era un mozo de 30 años, alto, bien proporcionado, aspecto arrogante, aunque una ancha cicatriz le cruzara horizontalmente una mejilla, desfigurándole el rostro.

A poco de estar en el nuevo departamento se presentó una comisión compuesta por varios militares de graduación, que pasaba revista a los presos y escuchaba sus reclamaciones.

78 Secundino Delgado Rodríguez (1871-1912) fue un canario emigrante a Cuba que se adhirió a la causa independentista. Colaboró con los grupos anarquistas tabaqueros de Tampa y escribió en el periódico *El Esclavo*. De este momento data la influencia que las teorías de Bakunin y Kropotkin tuvieron en su pensamiento. En 1896 volvió a Canarias de donde tuvo que volver a salir al mostrar públicamente su aspiración a la independencia de las islas. Se instaló en Venezuela donde intentó organizar al independentismo canario sin perder su carácter obrerista. Expulsado del país americano regresó a Canarias en 1898. Participó en la organización de las sociedades obreras y en la fundación del Partido Popular Autonomista. Fue detenido en 1902 acusado de haber participado en un complot en La Habana seis años antes. Tras ser puesto en libertad volvió a exiliarse. Regresó a Canarias en 1910 para morir tuberculoso.

Alrededor de aquellos galoneados el carcelero Millán Astray se manifestaba como un perro faldero.

Se reunieron en un espacioso salón y uno tras otro los presos fuimos todos convocados. El primero en ser llamado fue Secundino Delgado, el cual dijo a la comisión que nada tenía que reclamar no estando en su presencia el general Weyler, culpable de estar, el declarante, ilegalmente detenido durante varios años.

—¡Puede usted retirarse! —ordenaron secamente aquellos hombres de honor, haciendo causa común con el ignominioso Weyler.

También yo fui interrogado por si algo me interesaba reclamar. Un militarote cargado con cruces y medallas, en plan de presidente ocupaba un extremo de la mesa, en torno a la cual tomaron asiento los otros comisionados. Millán Astray se mantenía de pie a poca distancia, atento a las órdenes de sus amos. Al ser invitado por el presidente a deponer, dije:

—Sí, señor; deseo que se me pase al departamento de políticos, no estando acusado de delito común.

Hubo un corto silencio en la sala, no acertando, nadie, a darme contestación. Por fin el presidente, en pose de inteligencia se determinó a preguntarme:

—¿Es usted anarquista?

—Tal como usted supone,

–¿Son políticos los anarquistas?

–Los anarquistas no son políticos.

–¿Son entonces contrarios a los políticos?

–Somos contrarios a los políticos por lo que engañan al pueblo.

–Pues entonces –concluyó con aire triunfal– si usted no es político, si es contrario a los políticos, no puede pasar al departamento de ellos. Continúe entre los presos por delitos comunes.

Cuando el presidente salía de la sala regocijado por las tonterías que me había dicho, percibí que sus compañeros lo felicitaban por su derroche de ingenio.

Todavía nos encontrábamos en el corredor cuando pasaron por nuestro lado aquellos militares con aire majestuoso y sin mirarnos.

Entonces Secundino Delgado me habló, mirándolos con aire despectivo: «Algunos de esos los conocí en Cuba durante la insurrección, por lo mucho que se distinguieron corriendo como liebres».

Los años de encierro habían influido poderosamente en el estado de espíritu de este hombre. Con frecuencia se le veía cabizbajo, paseando de un lado a otro sin articular palabra. Otras veces, muy excitado, me contaba su intervención en la insurrección cubana. La acusación que se le mantenía era la de

haber arrojado una bomba contra la Capitanía general de La Habana, donde se alojaba Weyler. Lo cierto era que se le mantenía preso en España por imposición de Weyler, sin que se le comunicara auto de procesamiento alguno, y se cuenta que hacía algunos años que se había firmado la paz con Cuba. Más de una vez me confió que, habiendo perdido toda esperanza de libertad, tenía pensado ahorcarse, utilizando para ello los barrotes de la ventana del calabozo.

En una de mis comunicaciones con Salvochea le enteré de la presencia en la cárcel de ese hombre y lo extraño de su relato, indicándole también que, a pesar del ánimo que yo le daba, cualquier día podría suicidarse. ¿Sería real lo que me contaba, o delirio de perturbado?

Para terminar con esta duda Salvochea tuvo una larga entrevista con él, y aunque un carcelero estuvo presente, lograron entenderse en idioma inglés, que Delgado también conocía.

—No hay duda —me aseguró Salvochea—, este hombre dice la verdad. Weyler lo tiene sepultado por tiempo indefinido llevado por un odio y una ruindad extremos. Hay que ayudar a este desgraciado a recobrar la libertad tan injustamente perdida.

Seguidamente escribió a varios amigos que tenía en Cuba, entre otros Estrada y Palma⁷⁹, rogándoles que reclamasen la libertad del prisionero. Al propio tiempo comenzó gestiones en

79 Tomás Estrada Palma (1835-1908) fue el primer presidente de una Cuba «en Armas» entre 1876 y 1877. Después lo fue por dos veces entre 1902 y 1906.

Madrid cerca de personajes que podrían ayudarle. Y en tanto esperábamos el resultado favorable presentido, Secundino Delgado recobró su tranquilidad de espíritu, se identificó con nuestros ideales, e incluso escribió varios artículos de un estilo muy bello para *La Revista Blanca*.

Dándole esperanza de recobramiento de la libertad hacia tiempo perdida, puede decirse que en Secundino Delgado surgió un hombre nuevo, tal como merecía.

XLVII. BENOT, CANALEJAS, WEYLER

Salvochea no perdió ocasión de divulgar entre sus conocidos el caso de Secundino Delgado, víctima del rencor de Weyler. Cuantos le escuchaban se indignaban por tan inicuo e inquisitorial atropello.

Dos personas se interesaron principalmente por la suerte de Secundino Delgado: Eduardo Benot y José Canalejas. El primero en probar fortuna cerca del implacable general fue Benot. Weyler lo recibió muy cortésmente, pero se negó a rectificar su conducta y Delgado quedó en la cárcel como siempre.

Enterado de lo que ocurría, Canalejas dijo a Salvochea «Convidaré a cenar a Weyler, y cuando hayamos comido bien, le pediré que haga lo posible para que dejen en libertad a Secundino Delgado y a Pedro Vallina. No creo que me niegue ese favor, pues se muestra muy amable conmigo y se precia de pertenecer a mi partido».

Pero las cosas no ocurrieron como Canalejas pensaba. Al final de la cena le dijo a su convidado: «¿Me negará usted un favor si se lo pido?». «Nada puedo negarle de cuanto de mí dependa», Weyler le respondió.

Entonces Canalejas le explicó de qué se trataba, animándole a conocer una gracia que más parecía justicia. «Vallina me es simpático –aseguró Weyler– por el ardor que pone en la lucha y por su comportamiento moral; pero aborrezco a Delgado, que, siendo canario, tomó parte en la insurrección cubana contra España y que además se le acusa de haber colocado una bomba en el retrete de la capitanía general de La Habana, edificio que yo ocupaba, y que al estallar lo salpicó todo de porquería, que es lo que más me indignó. No puedo perseguirlo legalmente por haber ocurrido el delito en Cuba con cuya nación hay tratado de paz; pero nadie impedirá que lo mantenga encerrado por tiempo indefinido. En cuanto a Vallina, mañana ordenaré que sea puesto en libertad».

Cuando el juez Atalaya recibió –con la sorpresa que es de suponer– la orden de ponerme inmediatamente en la calle, tomó un coche y corrió a la prisión para comunicarme la noticia, grata para mí e ingrata para él y Millán Astray. Una vez en el establecimiento Atalaya me hizo conducir a su presencia. Estaba jadeante y limpiándose el sudor de la frente. No me dio un ficticio abrazo porque estábamos separados por una reja; pero me estrechó fuertemente la mano al tiempo que me decía: «Mucho me he esforzado por conseguir lo que ahora vengo a notificarle en grata noticia: dentro de unos momentos será puesto en libertad».

Le di las gracias formularias y nos despedimos con otro apretón de manos. Aquel sujeto y sus compañeros, todos militares de honor, habían hecho lo posible por retenerme en la cárcel, a ser posible, durante años.

Cuando Canalejas y Weyler se enteraron de la «generosidad» del juez Atalaya, rieron a carcajadas.

A mi salida de la Modelo me encontré con Salvochea en la puerta: «Por esta vez –me dijo– se ha ganado la partida, pero hay que estar alerta con los militares, los cuales no se resignan a perder sin vengarse».

En efecto, a los pocos días de encontrarme en libertad recibí una citación del juez Atalaya para que, con toda urgencia, me presentara en su despacho.

Me recibió con semblante adusto, y con voz grave le plugo notificarme:

–La libertad que se le otorgó no es definitiva, sino provisional, así es que continúa sujeto a la jurisdicción militar, y como el consejo de guerra que ha de fallar se celebrará en breve, es necesario que usted designe en el acto un abogado castrense que lo defienda.

Como le repliqué que no necesitaba defensor alguno puesto que me bastaba yo para defenderme, insistió en que era de necesidad tal nombramiento, disponiendo que mi abogado fuese un capitán apellidado Tamarit, hombre eminente –a su decir– en la materia, añadiendo que la presencia de abogado en el juicio no sería obstáculo para que yo pudiera intervenir en mi defensa.

Comprendí, por el cambio de frente operado en el juez, que algo se tramaba en el cuartel contra mi persona.

XLVIII. LA REVANCHA DE LOS MILITARES

A los pocos días volví a recibir citación del juez militar Atalaya para que me presentara en su despacho. Allí se encontraba con él otro militar como de unos 40 años de edad, algo calvo y usando gafas, el cual leía unos papeles. Atalaya me advirtió que aquel hombre era mi defensor, el capitán Tamarit, de quien ya me había hablado.

Tamarit apartó los ojos de la lectura para aplicarme una mirada iracunda. «Seré su defensor –me dijo– porque a ello me obliga la ley. Pero resuelto este asunto nos batiremos en el campo de honor, porque usted ha injuriado a nuestro glorioso ejército».

–Lo mejor será batirnos ahora mismo –le repliqué indignado y con el puño en alto–, porque ya estoy cansado de tantas molestias como ustedes me hacen víctima.

–¡Caballeros, caballeros! –se interpuso el juez. Este no es lugar para dirimir contiendas.

–Tampoco es sitio para ser amenazado por un cualquiera –le respondí.

En este momento entró gente en el despacho que trató de apaciguarnos. Furioso, salí de la casa sin despedirme de nadie.

Cuando le conté a Salvochea lo ocurrido se indignó mucho. Por su parte, los militares se contentaban con denostarme en espera de que Weyler abandonara su cargo de ministro de la Guerra y se ausentara de Madrid.

La ocasión llegada, varios jefes militares celebraron reunión, rápida y muy concurrida. Esta gente, para el daño pronto se pone de acuerdo.

Se me detendría en casa a altas horas de la noche, haciéndose comparecer ante un consejo de guerra que me condenaría a ocho años de presidio. Hombres de «honor», se separaron llenos de gozo. Creían segura su presa, pero se equivocaron completamente.

Uno de los graduados que asistieron a la entrevista, coronel X, verdadero hombre de honor y además amante de las buenas letras, quedó asqueado por lo que había visto y oído, haciéndose el propósito de impedir la comisión de la villanía que sus compañeros habían propuesto.

Siendo el asunto delicado, se entrevistó con Canalejas para que le aconsejara. Este llamó a Salvochea, se ocuparon ambos de mi caso conviniendo en que a la mañana siguiente me alejara yo de Madrid en demanda de un sitio más conveniente para mi seguridad personal.

Muy de mañana Salvochea vino a verme. Me despertó, y mientras me vestía me iba enterando de lo que podría

ocurrirme a raíz de la entrevista de los militares. «Debes marcharte de España –me recomendó– y dirigirte a París o a Tánger». Medité un poco y le contesté que prefería París. «En cuyo caso –remachó Fermín– no olvides lo de Secundino Delgado, pues allí se puede agitar la opinión internacional y por ella conseguir su libertad». Al separarnos me entregó una carta de presentación para Nicolás Estévanez.

Nos estrechamos fuertemente y nos sepáramos... para siempre. Es su recuerdo el que me acompañará hasta el último momento de mi existencia.

Salí a la calle para preparar mi viaje. Me entrevisté con Eduardo Barriobero⁸⁰, excelente amigo, que fue a buscar a Alejandro Sawa, quien me trajo algunas direcciones de la capital francesa.

80 Eduardo Barriobero y Herrán (1875-1939) fue un político republicano federal español próximo a la Confederación Nacional del Trabajo (CNT). Fue elegido diputado en 1914, 1918, 1919 y 1931. Estudió Medicina y Derecho. A fines del siglo XIX se estableció en Madrid en donde se relacionó con los círculos federales y anarquistas. Fue redactor de la revista *Germinal* y se incorporó al mundo literario bohemio del momento. En 1903 ingresó en la Unión Republicana y en 1910 formó parte del grupo de republicanos federales partidarios de participar en las elecciones conjuntamente con el Partido Republicano Radical. Fue también miembro de la Liga Española para la Defensa de los Derechos del Hombre y fundador de la Liga Anticlerical Española. Fue uno de los abogados de la CNT. Tuvo numerosas detenciones e, incluso, atentados de los pistoleros del Sindicato Libre. Conspiró contra la dictadura de Primo de Rivera y, en agosto de 1930, presidió el Partido Republicano Democrático Federal al que imprimió una orientación obrerista dirigida a la busca del voto anarcosindicalista. Iniciada la guerra civil se encargó de la Oficina Jurídica instalada en el Palacio de Justicia de Barcelona desde donde organizó los Tribunales Populares. En septiembre de 1937 fue acusado de apropiarse de 8 millones de pesetas. Aunque fue absuelto pasó el resto de la guerra en prisión. Tras la caída de Barcelona a manos de las tropas franquistas, el 7 de febrero de 1939 fue sometido a consejo de guerra sumarísimo, condenado a muerte y fusilado tres días después.

Otro querido amigo, Francisco Macein⁸¹, me acompañó toda la mañana hasta que tomé el tren en una estación cercana a Madrid, pues la de esta capital era vigilada por agentes de Policía.

Si no me equivoco, la fecha de mi partida fue el 16 de octubre de 1902.

81 Autor literario cercano a los círculos anarquistas. Perteneció a la redacción de *Germinal*.

XLIX. NICOLÁS ESTÉVANEZ

Al día siguiente de mi llegada a París, lo primero que hice fue visitar a Estévanez y entregarle la carta de Salvochea. Mi interlocutor, que quería mucho a Fermín, me habló de éste con cariño. A partir de este momento quedamos trabados de amistad. Aunque yo era muy joven a su lado, como Nicolás tenía rectitud de criterio para juzgar a las personas desde el punto de vista revolucionario, me hizo partícipe de sus inquietudes conspirativas. Pero no es éste el momento de ocuparnos del Nicolás Estévanez como persona de acción y escritor de enjundia.

Cuando le expliqué detenidamente el caso de Secundino Delgado tuvo un impulso de cólera, llegando a calificar a Weyler como hombre vil y de la peor especie. Delgado era nacido en Canarias, igual que Estévanez, circunstancia que pareció interesarle más en favor de mi ex codetenido.

—Si nos dedicáramos a divulgar el atropello de que es víctima el tal Delgado —dijo—, no hay duda de que pondríamos en un aprieto a Weyler y que un paso seguro para la obtención de su libertad podría ser dado. Pero el procedimiento es lento, y entretanto en la cárcel podrían hacer desaparecer a la víctima.

Por tanto, me parece mejor irme a Madrid de sopetón y entendérmelas directamente con Weyler, tipo insignificante como hombre.

Quedé muy contento de la determinación de Estévanez, no dudando de que su intervención sería afortunada y definitiva, dado lo enérgico que era.

Una vez Estévanez en la capital de España, solicitó del fuero militar una entrevista particular con el preso Secundino Delgado, el cual no le fue negado, si bien Weyler fue informado del deseo de Estévanez. Con la conciencia tranquila, el general se mostró desconfiado. La entrevista entre Nicolás y Secundino tuvo lugar en una sala de la cárcel sin que nadie les importunara, aparentemente. Pero detrás de una cortina estaba Millán Astray viendo y escuchando para contar luego a Weyler lo ocurrido.

Delgado contó a Estévanez la historia de su intervención en favor de los insurrectos cubanos y la acusación de que era objeto como autor de la explosión de una bomba en capitanía general de La Habana. «Nada pudieron probar de esa acusación, pero a mí me pareció prudente ponerme a salvo», aseguró el preso a Estévanez. Cuando más tarde fue detenido ya se había firmado la paz con Cuba, no pudiéndose, legalmente, perseguirlo. Pero Weyler, vengativo, lo hizo recluir en encierro madrileño para que en él se consumiera.

Cuando el cuitado terminó su relación, Estévanez, que tenía genio fuerte, aporreó la mesa a puñetazos, imprecando a Weyler e incluso amenazando con provocarlo a desafío. Y como

no le pasara por alto que alguien a escondidas le estaba escuchando, terminó exclamando: «El escándalo será formidable, tanto en Europa como en América, y el culpable de este desafuero será condenado por todas las conciencias honradas».

Desde la cárcel se dirigió a la redacción de *El País*, diario dirigido por Roberto Castrovido.

Ya llevaban buen rato conversando cuando de improviso se presentó en el local el propio Secundino, causando sorpresa a los allí reunidos. Vestía peor que un mendigo, con harapos sucios y desgarrados, tanto que lo primero que se hizo fue proporcionarle ropa decente para vestirse y estar entre la gente.

–¿Qué ha ocurrido? –le preguntó Estévanez intrigado.

–Enseguida que se fue usted de la cárcel –respondió el ex preso–, le siguió el director de la misma, tomando un coche que partió con suma velocidad. No tardó en regresar, y ayudado por dos empleados, me cogió de un brazo y me arrojó a la calle sin darme explicación alguna. No conociendo nadie en Madrid, vine a este lugar seguro de encontrar orientación y tal vez ayuda.

Se conoce que Millán Astray fue al encuentro de Weyler para contarle la actitud amenazadora de Estévanez, y que el capitán general, asustado por las consecuencias de la injusticia, ordenó que su víctima fuese arrojada sin más de la cárcel a la calle.

Esto que relato me fue referido, personalmente por Estévanez

a su vuelta de Madrid, mientras tomábamos una taza de café en un establecimiento del bulevar de Saint Michel, en el Barrio Latino, y en el cual habitábamos.

L. EL ESCRITOR

El hombre extraordinario que fue en todos conceptos Fermín Salvochea molestó muy poco a los demás con escritos y discursos. Siempre argumentaba y nunca agraviaba. Su popularidad enorme y la estima que alcanzó de toda persona justa se debieron a su bondad y a lo acertado de sus doctrinas igualitarias y justicieras, tendiendo ellas deliberadamente hacia el comunismo libertario. Señaló el mal social e invitó a sus semejantes a eliminarlo mediante la probidad y el inconformismo.

Salvochea poseía vastos conocimientos en todas las ramas del saber. Sus largos años de prisión los empleó mayormente en el estudio. Como Blanqui, amó la astronomía, de la cual era conocedor apreciable.

En 1886, año del fallecimiento de Alfonso XII, al que siguió una amnistía general, Salvochea regresó a España procedente de Tánger, donde estaba refugiado.

La ciudad de Cádiz, lo hemos dicho, le recibió triunfalmente, y en lugar de descansar pronto dio vida a un periódico: *El Socialismo*, desde el cual defendía abiertamente el comunismo

libertario. Lo sostuvo hasta 1891, fecha en que Fermín perdió injustamente, como otras veces, la libertad por muchos años.

En 1889⁸², a su regreso del presidio, tras una breve estancia en Cádiz, se aposentó en Madrid, donde fui a reunirme con él. En los dos primeros cotidianos se limitó a redactar notas, a comentar sucesos de interés general, siempre expuesto al tijereteo de ambas modosas direcciones.

En *El País* su amigo Castrovido le invitó a publicar artículos de sabor histórico, referentes a los sucesos desarrollados en Cádiz y su provincia antes y durante la primera República, de los cuales el propio relator fue principal protagonista. Por encargo tradujo del inglés para *El Heraldo* una novela-folletón de mal gusto, pero que resultaba la delicia de los lectores... Al concluir el novelón el traductor le añadió un epílogo que retiró Canalejas, asustado.

Salvochea pretendía que todas las desdichas que se narraban en la novela hubieran podido evitarse con la aplicación del amor libre.

En *El Progreso* de Alejandro Lerroux aparecieron varios escritos suyos, en su mayoría traducciones de poetas revolucionarios ingleses hechas en largos y abrumadores años de presidio. Una vez que Salvochea visitó la casa de *El Progreso* le solicitaron algo original, y en contestación entregó una cartera repleta de artículos suyos.

En cierta ocasión redactó un corto artículo que los de *El*

82 Se trata de una errata. Es 1899.

Evangelio le habían pedido para un número extraordinario. Yo lo escribí al dictado, y ambos fuimos a entregarlo a la redacción de aquel periódico.

Pero sus órganos favoritos eran los que editaban Federico Urales y Soledad Gustavo: *Tierra y Libertad* y *La Revista Blanca*. Algunos de sus pocos escritos aparecieron preferentemente en ambas publicaciones. Como quiera que en vísperas de los aniversarios de la Comuna de París y de los Mártires de Chicago compañeros de los pueblos le solicitaban escritos para leerlos en veladas de propaganda, solía decir bien humorado a la Gustavo: «Me encargan estos escritos como se encarga la confección de un par de zapatos». Quería decir que nunca se pasaban de él para cumplir esa tarea.

Tradujo del inglés algunos libros, entre ellos *Campos, fábricas y talleres* y *Memorias de un revolucionario*, ambos de Pedro Kropotkin. También tradujo en prisión *El paraíso perdido*, de Milton, cuyo manuscrito desgraciadamente está perdido. Yo llegué a reunir buen número de poesías, unas suyas, otras traducidas del inglés, todas ellas inspiradas en la idea de igualdad y justicia social.

Sus artículos, como indicamos, son escasos, pero concisos, tajantes, en los que brillaban como estrellas los pensamientos más sublimes. Un ejemplo de ello: «Si con el microscopio de la sociología mirásemos las joyas que lucen los burgueses, en ellas encontraríamos los glóbulos rojos que faltan en la sangre de los trabajadores». Sus discursos eran tan breves que podrían contenerse en una docena de líneas. En una ocasión solemne, en la que regresaba del presidio, constreñido a dirigir

la palabra al pueblo, que se apiñaba bajo los balcones de su casa, dijo brevemente: «Compañeros, soy el de siempre. ¡Viva el comunismo anarquista!».

Como se deduce, las conductas ejemplares, las vidas en continuado sacrificio por una idea de justicia y fraternidad humana, pueden influir poderosamente en las masas populares y destacar a los hombres escogidos en verdaderos héroes, más que muchos montones de cuartillas escritas y de caudalosas palabras sonoras que a veces dejan huella imperceptible.

Sencillez, pues, sinceridad y ejemplaridad, y nuestra causa queda en la buena vía mejor que ninguna otra.

LI. EL HUMOR DE FERMÍN

Este andaluz educado entre ingleses desplegaba a veces un humor particular, con deje de amargura, a veces hiriente como una saeta, dirigido contra las deformaciones sociales.

En la ocasión Salvochea escribía para *El Liberal* de Madrid unas notas internacionales con secuela de comentario. El director del diario, Sacristán, vivía en continuo sobresalto a causa de estas colaboraciones de Fermín, pues temía con las mismas herir la susceptibilidad de los lectores.

Otro colaborador del tal periódico lo era el poeta festivo Felipe Pérez González⁸³, el autor de *La Gran Vía*, que revestía sus bromas con dardos acerados. Salvochea estimaba mucho a Pérez González, tanto por sus ideas afines a las nuestras como por la ayuda que nos prestaba con sus producciones, en las que daba un matiz coloreado a los negros nubarrones que otros cernían sobre nosotros. En cierta ocasión la Policía encontró unos cartuchos de dinamita que, no faltaba más, cargó a nuestra cuenta; pero el poeta, siempre socarrón, aumentó el

83 Felipe Pérez González (1854-1910) fue un abogado que adquirió fama literaria con sus libretos de zarzuela. Uno de ellos *La Gran Vía* con cuyo nombre, debido a su gran éxito, fundó una revista en 1893. Recopiló una gran cantidad de cuentos populares.

volumen del paquete hasta lo infinito, haciendo reír a la gente, que no tomó en serio el pretendido hallazgo. Cuando fui encerrado por no querer prestar juramento, Pérez González halló argumento a la ocurrencia, afirmando que en adelante juraría como un carretero para eludir castigos de la justicia.

Disconforme, un día Salvochea se encaró con el director Sacristán para decirle, con una mueca de escepticismo dibujada en su rostro:

—Señor Sacristán, es usted un sacristán de veras.

—¿Por qué me dice usted eso, don Fermín?

—Le digo que es usted un verdadero sacristán porque extingue las luces que yo enciendo en el periódico.

En el último número del diario Sacristán había aplicado su apagavelas (o censura) a varias notas luminosas de Fermín.

En *El Heraldo* de Madrid había otro sacristán Luis Canalejas, hermano de José, el político, que andaba siempre vigilante con los comentarios también internacionales de Salvochea.

Pero a veces, por mucho cuidado que pusiera, a Luis se le escapaban algunos de los dardos acerados de su vigilado, en cuyas ocasiones se estremecía de pies a cabeza por lo que pensaría los lectores de un diario que penetraba incluso en la Casa Real, de la que don José esperaba grandes mercedes. Véase una nota típica de Salvochea:

«En un municipio de Alemania apareció apuñalado el retrato

del káiser. Error. Los golpes hay que darlos en el clavo, no en la herradura».

Luis Canalejas se mesó los cabellos, escandalizado. Otra muestra salvocheana:

«En un desierto africano ha sido encontrado un huevo de avestruz formidable, pesando dos kilos. Si Pi y Margall y Figueras los hubiesen tenido así de grandes, no se habría perdido la República de febrero».

Este comentario, a pesar de los años transcurridos, sigue siendo de actualidad. Los gobernantes que dejaron perder la Segunda República han estado a la par que sus ilustres antecesores, con la agravante de menor inteligencia.

LII. CORRESPONDENCIA CON SALVOCHEA

Desde 1902 a 1915 estuve ausente de España, año el último en que volví al país merced a una amnistía general. De 1902 hasta la muerte de Salvochea (1907) sostuve correspondencia asidua con él, ya estando en París, o en Londres.

Sus cartas, así como toda suerte de documentación referente a Salvochea, se lo llevó el vendaval de la guerra civil española. Las misivas de mi amigo eran breves, como sus artículos, pero siempre interesantes en contenido, unas veces ocupándose de sucesos generales y otros con sucedidos particulares, en las que no dejaba de campar su fina ironía.

En una de esas cartas comentaba desde Madrid el asunto de Antonio Apolo y César Flores (en realidad Ceferino Gil), detenidos por un hallazgo de materias explosivas en casa del primero, y traídas desde Barcelona por el indicado Flores.

Por cierto que César Flores acusó a Apolo⁸⁴ de haberle

84 Tanto Flores como Apolo fueron dos destacados anarquistas. La polémica la inició Federico Urales cuando publicó que Apolo había delatado a Flores.

denunciado a la Policía; y tan convencido estaba de la culpabilidad de este, que incluso llegó a agredirlo en la cárcel, causándole erosiones en el rostro.

Salvochea, que no creía en la culpabilidad de Apolo, censuró a Flores por haber acudido al domicilio de aquel con una carga comprometedora, tratándose además de una redacción de periódico anarquista.

De las investigaciones que hicimos en París los compañeros resultó que el paquete le había sido entregado a Flores por un agente provocador apellidado Rull⁸⁵, el del célebre proceso, siendo Rull quien delató a Flores y el destino que llevaba.

Es posible que Flores no conociera la verdadera personalidad de Rull y lo creyera compañero. Rull hacía colocar bombas en puestos públicos de Barcelona para luego denunciar a los anarquistas como autores. Se desprende que el papel de Rull era el de estar con los unos y con los otros, terminando por quemarse las alas en su infernal juego. Sus protectores burgueses se deshicieron judicialmente de él y de algún otro pariente suyo.

Años después, a eso del 1918, me encontré con César Flores en Barcelona, colocado él en la oficina del Sindicato del Ramo de la Construcción; pero no se nos ocurrió tratar aquel viejo

85 Juan Rull Queraltó fue un zapatero que militó en el anarquismo hasta su detención en 1905. A partir de entonces se convirtió en confidente policial. Como fórmula de obtener dinero preparó diversos atentados con bombas. Cobraba por evitarlos. Su campaña, que duró dos años, desató una auténtica psicosis en la ciudad. Fue ejecutado en 1908.

asunto. Ignoro cuál fue su destino después de la guerra.

Al propio Flores lo encontré un día con dos amigos hablando con Eduardo Barriobero en un hospital de Barcelona, donde el famoso abogado estaba detenido y estrechamente vigilado. Los tres pretendían sacarlo de allí, ante el peligro del avance franquista, pero Barriobero se negó rotundamente a abandonar su situación de preso. Yo intervine de acuerdo con el propósito de los comisionados, también con resultado nulo, puesto que Barriobero quería salir como inocente de lo que se le acusaba, es decir, con la cabeza erguida. Su actitud intransigente fue lamentable, pues irrumpieron las tropas franquistas que lo pasaron por la horca.

Resulta, pues, de lo antedicho, que tanto Antonio Apolo como César Flores fueron hombres leales a las ideas, habiendo sido víctimas de los manejos de un miserable.

Salvochea me escribió también sobre la acción revolucionaria, terminando así una epístola: «Más podría haber hecho Orsini en un minuto contra Napoleón III que Victor Hugo en muchos años con su pluma».

En efecto, el gran escritor combatió incansablemente con la pluma a Napoleón el Pequeño, constando en sus dicterios *Historia de un crimen* y *Los castigos*.

Si bien el emperador continuó su obra nefasta por varios años hasta que su extrema decadencia provocó el desastre guerrero de Sedán.

Orsini no fue afortunado. De haberlo sido, tal vez le hubiese

ahorradó grandes males al pueblo francés.

Otra carta salvocheana se distinguía por el buen humor y la mucha ironía:

«Ayer andaba por la calle detrás de dos monjas, cuya conversación llegó a mis oídos;

»—¿Has visto? El padre Benito murió de una pulmonía.

»—Sí, por desgracia. Pero ese tunante de Salvochea no la pilla nunca a pesar de bañarse en el mar incluso en invierno».

Me explicaba también que en una calle desierta coincidió con un guardia civil, el cual, al ver que estaban solos, le dijo por sorpresa:

—¡Salud, compañero!

Es lamentable que tanto documento precioso relacionado con la vida de Fermín Salvochea haya desaparecido.

Y no habría sido difícil sacar ese tesoro de España. Solo no pude hacerlo, y no encontré quien me ayudara.

LIII. LA MUERTE DE FERMÍN

Fermín Salvochea Álvarez falleció en Cádiz el 28 de septiembre de 1907. La noticia, muy dolorosa, me sorprendió en Londres, donde me había refugiado tras una tercera expulsión sufrida en Francia. Además de apenado, quedé sorprendido, pues ignoraba que Fermín estuviese enfermo.

Primeramente por los periódicos y seguidamente por cartas particulares, supe que a su entierro concurrieron más de 50.000 personas de todas las clases sociales, pues a Salvochea lo querían todos, salvo elementos opuestos sin ética ni decoro.

Fue sepultado en el cementerio de la ciudad, donde las olas del mar se van a disolver a pocos metros de su tumba.

Su desaparición fue muy sentida por los compañeros residentes en la capital de Inglaterra, particularmente por Enrique Malatesta, Nacht y Rodolfo Rocker, que le conocían enteramente. El último lo estimaba en su verdadero valor, llegando a ponerle a un hijo suyo el nombre de Fermín. En su libro *Artistas y Rebeldes* dedica un hermoso capítulo a Fermín

Salvochea, y en su obra *Revolución y Regresión*⁸⁶, menciona al humanista y revolucionario andaluz, esperando que se publique en libro una recopilación de artículos que sobre Fermín Salvochea publiqué en *Solidaridad Obrera* de Méjico.

Años después de la pérdida de nuestro Fermín, hallándome en el Hospital de Sevilla, hablé con el doctor Menéndez⁸⁷, y al decirme él ser oriundo de Cádiz, le pregunté qué opinión tenía de su paisano Salvochea.

Se deshizo en elogios para este. Interesado por conocer las causas de su fallecimiento, el doctor Menéndez me confió lo siguiente:

Salvochea vivía, como siempre, pobemente, en una pequeña habitación desde la cual se divisaba el mar, que tanto amó siempre. Lo poco que tenía lo daba, como de costumbre, a los más necesitados que él, llegando incluso a entregar la cama en que dormía.

A partir de entonces se acostó sobre una mesa larga y estrecha, y una mañana, al levantarse por un extremo de la mesa se levantó el opuesto, causándole en la falsa caída una lesión en la columna vertebral, de la cual se derivó la muerte.

Estoy seguro que el doctor Menéndez era hombre formal,

86 Segunda entrega autobiográfica escrita por Rudolf Rocker. Apareció con el título de *Revolución y regresión (1918-1951)* en la editorial Tupac de Buenos Aires en 1952.

87 Salvo error creo que Vallina se refiere al médico sevillano Francisco Meléndez (no Menéndez) Herrera. Catedrático de pediatría en los años setenta del siglo XIX.

además pariente de dos buenos amigos míos, los doctores Antonio y José Meneses, este último profesor de Pediatría en la Escuela de Medicina de Sevilla.

Pasaron más años todavía, y un día, hallándome preso en la cárcel de la propia Sevilla en plena dictadura del general Primo de Rivera, me sacaron del encierro sevillano vía Cádiz y so pretexto de un destierro a cumplir en Marruecos.

En realidad se trataba de asesinarme en la ciudad gaditana por disposición del general Martínez Anido. Cómo escapé con vida de la encerrona no es este el momento de contarlo; además en otro lugar lo he referido. No obstante –aunque estuve escasas horas en Cádiz, pues tuve que salir a escape– no olvidé visitar la casa natal de Salvochea.

En el muro exterior del edificio habían colocado los gaditanos una hermosa lápida, en la cual, entre varios elogios se leía este: «Salvochea, un constante defensor de los intereses populares». Y fue así: los defendió constantemente, sin darse reposo, y a costa de una existencia de sacrificios.

Luego fui al cementerio y pasé largo rato al pie de su tumba, mientras percibía el rumor de las olas que, encrespadas, batían el acantilado.

Mentalmente le dije: «Duerme en paz, maestro amado, que tu obra la continúan otros en tanto el pueblo andaluz prosiga esclavizado y condenado al hambre».

Desapareció Salvochea de entre los vivos, pero su recuerdo queda eterno, como eternos serán la libertad, la justicia social

y la anarquía, por cuyo triunfo Salvochea y otros adalides tanto lucharon.

Cuando la antorcha que él encendió ilumine como un sol a la brava Andalucía, este país será uno de los más felices y bellos de la tierra.

Loor eterno a Fermín Salvochea, que con su ejemplo señaló el camino a seguir para lograr la verídica emancipación de los pueblos.

APÉNDICES

A continuación siguen dos escritos de Salvochea, uno en prosa y otro en verso, este traducido de Luisa Michel.

Las dos poesías que siguen las escribí yo en mi juventud, y están relacionadas con sucesos que se describen en este libro.

Causas que sostienen a la sociedad

La propiedad individual enemiga de la igualdad, contraria a los inmortales principios de la fraternidad, proclamados lo mismo por la filosofía que por las religiones, y eterna manzana de discordia, de desolación y de ruina, tanto entre los individuos como entre los pueblos y naciones, no hubiera podido subsistir sin el poderoso concurso de esa abrumadora fuerza material que las multitudes inconscientes ponen a disposición de sus astutos e implacables enemigos. Siglos ha la cuestión económica se hubiera resuelto conforme a la equidad y a la justicia, y el humano y racional comunismo habría hecho una nación de todos los pueblos y una familia de todos los

hombres, a no ser por esa fuerza bruta que los mismos desheredados ponen imbécilmente en manos de aquellos que les aprietan las cadenas y les oprimen el corazón.

Sí; el bárbaro e inhumano sistema impuesto por los capitalistas es una forma hipócrita, y por ello más horrible y denigrante, del feroz y brutal canibalismo, que es fundamento y parte esencial de los pueblos bárbaros, y también del régimen civilizado que nos rige. Que lea el civilizado blanco que en África o en Oceanía se comen a los hombres, y pondrá el grito en el cielo, pidiendo el inmediato exterminio de esos salvajes que hacen avergonzarnos de pertenecer a la humanidad. Y si le manifestáis que otro tanto ocurre en el seno mismo de nuestra sociedad, donde el producto del trabajo del obrero, convertido en capital que el rico usa a su placer, dejando de servir a los productores medios de poder reparar razonablemente sus fuerzas y atender a sus demás necesidades, todo lo cual equivale a la carne que el otro salvaje se come, dirá que eso es una barbaridad; pero no podrá demostrarlo, porque, en efecto, no es posible hallar mayor analogía. Pero aún hay más: el canibalismo primitivo tiene a su favor algo que le falta al moderno; aquel reconocía por causa el hambre; el canibalismo capitalista, sólo la satisfacción de torpes deseos y ruines pasiones. Con el valor que representan las mansiones de los poderosos habría para que nadie careciera de albergue; con el exceso de capital que invierten en sus trajes los privilegiados bastaría para evitar que nadie se viera desnudo; con el dinero inmoderado que gasta la burguesía en comer, y hacer gala de un lujo y una vanidad desenfrenada; con lo que emplea en brillantes, teatros, iglesias y orgías, se hallaría lo necesario para impedir que hubiera quien perdiera la vida, como hoy sucede,

por no poder atender a las más perentorias necesidades. Y bien, si hay alguna diferencia entre el antropófago pasado y el presente, la ventaja se hallará de parte del primero; la miseria y la ignorancia militaban en su favor y podían, hasta cierto punto, atenuar algo su gravedad; pero el segundo, floreciendo y desarrollándose en el seno de una sociedad en que la producción abunda, y que pretende ser civilizada, no cuenta con circunstancia atenuante alguna; por el contrario, cuanto más de cerca se la contempla, más deforme y odiosa aparece.

Mirad con el microscopio de la sociología las joyas con que se engalanan las burguesas, y veréis que en sus piedras preciosas se encuentran los glóbulos rojos que faltan en la sangre de los proletarios.

Aplicad el mismo instrumento al examen de sus palacios, sus catedrales, sus prisiones y sus cuarteles, y en la cal que se encuentra en sus muros hallaréis la que procede de los huesos de los esclavos, de los siervos y de los asalariados; del eterno paria, en fin, que es quien lo ha producido todo para los demás, a costa de su salud y de su vida.

Las palabras Libertad, Igualdad y Fraternidad escritas en el muro, que anunciaron en el festín de Baltasar el fin de todo un régimen, sólo risa y despecho producen a la burguesía, que, cegada por la soberbia, halagada por el orgullo y adormecida por la vanidad, no se da cuenta de la rapidez con que camina hacia su inmediata desaparición. Pues la marea sube, el descontento aumenta, las ideas de equidad y justicia se abren paso por todas partes; las religiones y fronteras no bastan para contener a los pueblos encerrados en los antiguos moldes; el

deseo y la necesidad de expansión se encuentran por doquiera y se hacen sentir en todo el mundo.

Si el fanatismo y la ignorancia de los pasados siglos han podido ser causa y efecto y al mismo tiempo de un cuadro desconsolador, hoy que la luz, aunque débilmente, empieza a iluminar el entendimiento de la masa y esta ve disiparse, poco a poco, las brumas que oscurecían su razón, hay sobrado motivo para esperar que, una vez conocidos por el pueblo los verdaderos orígenes del mal, acuda en plazo breve a aplicarle seguro y eficaz remedio, que, aunque en primer término favorezca sólo a él por ser el más perjudicado, en el fondo será beneficioso para todos, libertando a la sociedad al mismo tiempo que del brutal y opresor militarismo, de ese cáncer inmundo que se llama capitalismo.

En todos los países los trabajadores se agitan y mueven; no hay pueblo donde el deseo de redención no aliente en el pecho del oprimido; a la sombría y triste resignación y mansedumbre predicadas en el cristiano templo, han sucedido las ideas de rebeldía y emancipación sembradas por pensadores antiguos y modernos en el seno de la muchedumbre; caminamos hacia el ideal, y a poco que la suerte nos favorezca, saldremos de una vez para siempre del reinado de las tinieblas y penetraremos en el de la luz. Negro ha sido el pasado, pero brillante es el porvenir. Adelante, pues, y con ánimo firme y sereno resolvamos el gran problema conquistando para la presente y futuras generaciones el bien de que carecieron las pasadas. Sólo así dejaremos cumplida nuestra misión civilizadora; sólo así dejaremos impresa una huella en la historia que no se borrará jamás, porque anunciará a la humanidad del porvenir

el término de la esclavitud y el principio de la libertad; la muerte del capitalismo y de la autoridad, y el triunfo del comunismo libertario y de la anarquía.

Recuerdo de Caledonia

CANTO DEL CAUTIVO

Aquí jamás se siente el frío;
el bosque siempre su verdura ostenta,
y desde el mar hasta el ramaje umbrío,
llega la fresca brisa que lo alienta:
Y es tal la paz, tan grande y permanente,
que al zumbar del insecto interrumpe
el rugir de la tormenta.

A veces, cuando, envuelta en negro manto
la sombra de la luz pasa la raya,
se escucha el dulce y prolongado canto
que las conchas entonan en la playa.
En tanto que la flor en la espesura,
unida por su amor al aura pura,
constantemente va donde esta vaya.

Mirad cómo las olas hacia el cielo
dirigen su rizada cabellera,
y con marcha veloz y raudo vuelo
cruza el profundo mar nave ligera.
Y en la noche cubierta de esplendores
brotan fosforescentes resplandores

del seno de las ondas hacia afuera.

Corre, ven a salvarnos, nave amiga;
cambia de mala en buena nuestra suerte;
aquí nos hiere y mata la fatiga,
el presidio es más triste que la muerte.
No nos falta la fe ni la constancia,
y si un día volviésemos a Francia,
sería por luchar con brazo fuerte.

El fuego del combate nos inflama,
la libertad al bueno presta ardor
y la batalla a todos hoy nos llama
a los desheredados el clamor...
A la sombra la aurora ha confundido
y un mundo surge de verdad y amor.

Un aniversario de las ejecuciones de jerez

La poesía que insertamos a continuación fue escrita en 1900, con motivo de uno de los aniversarios de las ejecuciones de Jerez. La poesía fue reproducida en varios periódicos anarquistas de aquella época y denunciada en un semanario de Jerez.

VISIÓN APOCALÍPTICA JEREZ

«¡Justicia para nosotros!» –gritaba
al subir al patíbulo Lamela–.
Todavía la justicia no ha llegado,
todavía sigue el hambre por la tierra
torturando a los pobres campesinos
que no se olvidan de la frase aquella.

La Justicia vendrá, no hay que dudarlo.
Una noche al fulgor de las estrellas
y blandiendo sus hoces aceradas.
Penetrarán aullando por sus puertas,
segando las cabezas de los hombres
como siegan el trigo en la pradera.

Lo saben los burgueses maldecidos,

y en sus cobardes sueños se presentan
hombres agarrotados que maldicen
a aquellos que arrancaron su existencia;
llamas que se retuercen hasta el cielo
reduciendo a cenizas sus riquezas;
explosiones terribles que derrumban
palacios que cobijan a panteras...
Y después, campo triste, desolado,
ruinas humeantes, una inmensa
muchedumbre, que empuña convulsiva,
la antorcha del incendio justiciero.

A continuación insertamos la poesía «Los Castigos», que tanto disgustó a los militares y falsos patriotas, a la que nos hemos referido en el capítulo XLIV de este libro:

LOS CASTIGOS

La América engrandecida
y España prostituida
frente a frente se encontraron,
y con palabra rugiente
alzando las dos la frente
de esta manera se hablaron:

–¿Dónde vas vieja bacante?

–A combatir al instante
a los hijos que se alzaron,
contra mi ruda agresión,
partiéndome el corazón
con el hierro que empuñaron.

–A eso tu culpa te arrastra
y sufrirás vil madrastra
de tu crimen la condena,
pues mi país con agrado
ve su acero sepultado
en tus entrañas de hiena.

–¡Paso atrás! pueblo liviano,
que proteges al cubano
y lo arrojas sobre mí.
Mas a demostrarte voy
que aunque decrépita estoy
fuerzas tengo para ti.

¿Es tan pobre tu memoria
que no recuerda en mi historia
las batallas del gran Cid,
a Gerona la grandiosa,
a la inmortal Zaragoza
y a las calles de Madrid?

–Tu antigua gloria no olvido,
mas que me digas, te pido,
tus actos de salvajismo
en la Santa Inquisición

haciendo tu religión,
un crimen del fanatismo.
A luchar por la razón
y a combatir la opresión
fuiste siempre vencedora,
y por la razón hoy día
en Cuba y en Oceanía
tu eres vencida aHora.

–No me cites otro hecho
que no resisto en mi pecho
las ansias de pelear.
–Pues vamos a la pelea
y verás cómo la idea
no se puede derrotar.

Rudo fue el choque en Cavit
y en Santiago el desquite
no pudo España alcanzar.
Su marina destruida.
Por siempre quedó perdida
en los abismos del mar.

El triunfo americano
libertó al pueblo cubano
que luchaba con virtud,
y en Puerto Rico rompía,
lo mismo que en Oceanía
los grillos de esclavitud.

Tranquila e indiferente

contempló España a la gente
que a redimirse llegó.
De sus vicios siempre fiel.
De la taberna al burdel
su triste vida siguió.

Rudolf Rocker

FERMÍN SALVOCHEA

PRÓLOGO

Gregorio Quintana

Se presenta hoy a la luz pública un trabajo que sabemos será acogido con entusiasmo y cariño. En estas breves páginas, en las que se relata la vida de un hombre probo, vida de continua actuación y de superación constante, hallamos algo más que el simple detalle biográfico, útil tan sólo para recordar y valorizar a los hombres del pasado. La pluma ágil y dilecta de nuestro amigo Rocker, sabe adentrarse de tal modo en las tramas que trata, que en el simple planteamiento de un hecho –de, al parecer, pequeño alcance– nos recuerda medio y circunstancias, hombres y hechos, que nos colocan claramente en el punto exacto de la historia que relata. En este caso nos presenta un medio ambiente obrando en contraria lucha contra el hombre, ambiente que este ha sabido dominar oponiendo su integridad moral al oportunismo circunstancialista e imprimiendo a los hechos de su época el sello de su carácter especial y propio.

Este breve esbozo biográfico tiene la virtud de recordarnos cuánto de magníficamente bueno y ejemplar existió en el seno

del movimiento revolucionario español de hace más de un siglo, del que tomó origen el actual Movimiento Libertario, luego de pasar por diversos periodos de gestación que en parte se señalan en estas páginas.

Nos recuerda al hombre que sin determinación social definida, pero impulsado por un afán superador, se lanza a la palestra de las actuaciones vigorosas que fueron signo de aquella floreciente época del pensamiento socialista libertario, evolucionando al compás de los hechos en los que el mismo interviene, llegando en base a estudios y experiencias a colocarse en puesto de honor dentro del movimiento anarquista.

Por aquella época, Pi y Margall, paralelo –aunque no superior– a Proudhon, marcaba el rumbo de una interpretación federalista que fue entonces norma común de los organismos de avanzada, y que hoy tienen en desuso y en olvido hasta los organismos libertarios españoles. Época del «pacto federal» y del «mutuo acuerdo» en el que las resoluciones de actuación en los organismos libertarios eran producto de paciente estudio y común entendimiento. Y que no se diga que se vivía en momentos calmos y tranquilos que permitían inhibirse de las prerrogativas hoy en uso de Comités en funciones de «orientación determinante» motivadas por *SOI DISANT*⁸⁸ circunstancias extremas que exigen determinaciones rápidas, agilidad de acción, etc., etc.

Quien se adentre en estas páginas podrá percatarse que era

88 Adverbio francés que significa «se supone que».

en medio de las más cruentas luchas que el federalismo se practicaba y que no faltaba tiempo para actuar en todo sin dejar de marcar una pauta imborrable en la historia de las luchas sociales. Y consideremos que el método fue bueno pues él dio base al vigor que adquirió más tarde la Federación Regional Española y la CNT después, con sus dos alas de avanzada, la FAI y las JJLL.

Curioso es el contrastar que Salvochea fue alcalde antes de abrazar de lleno las corrientes del anarquismo, negándose luego a participar en tareas de tipo gubernamental en tanto que, por el contrario, hoy se marca una ligera corriente de inversión en hombres que de la CNT –de reconocida trayectoria anarquista– quieren introducirse en la actuación política...⁸⁹

¿Las circunstancias?... Sentad el paralelo de entonces a hoy y observaréis cuantos detalles se suceden en extremo similares. En el aspecto interno, luchas y más luchas. En la situación general del país, hechos revolucionarios de reconocida violencia y alcance. República, Monarquía, otra vez República y Monarquía de nuevo, matizada de intentos de todo orden –como movimientos comunistas y cantonalistas– y como remate del cuadro, los barcos prusianos e ingleses como apaciguadores de la revuelta situación social...

¿Qué otro cuadro puede darnos una mejor idea, contrastable

89 El prologuista se refiere a las divisiones existentes en el anarcosindicalismo español del interior y del exilio sobre la colaboración política. En especial con el Gobierno republicano en el exilio. También a quienes pensaban en la creación de un grupo político para sustituir a la FAI como inspiradora de la CNT. Fue el caso de Juan García Oliver, con su Partido Obrero del Trabajo, y de Horacio Martínez Prieto y su Partido Político Libertario.

en hechos, de lo que hoy ocurre? La «no intervención» en los problemas de España continúa... en lo que respecta a derribar a Franco. Pero manifiestan claramente las *porte-parole* de las potencias de turno, que de ocurrir ciertos hechos de desbordamiento popular y revolucionario intervendrán –al igual que en 1873– para apaciguar la revuelta diezmanado a las fuerzas revolucionarias.

Ayer, hoy, siempre, el problema es el mismo. Encarnizada lucha entre Autoridad y Libertad. Con todas sus consecuencias ineluctables y con los mismos desfallecimientos y defeciones que antaño, por parte de los que erraron el camino, pues no obraron nunca impulsados por la sublime llama de la Libertad.

No apelemos a las circunstancias, ni al progreso, ni a los tópicos más o menos gastados y de sobra conocidos. Apelemos, como Salvochea, a nuestra firmeza moral, a nuestra consecuencia en la lucha y a nuestra fe en el hombre... Tomemos ejemplo del pasado.

¿Qué entonces no existía la aviación, ni se conocía la bomba atómica? No, amigos, ¡no! Lo que entonces, como hoy –a pesar de todos los pesares–, existía un concepto integral de la tarea que a los anarquistas corresponde como tales. Y fue por ello que hombres como Salvochea se abrazaron con amor al anarquismo...

Has de saber, hijo mío, que hay que estar entusiasmado para realizar una gran empresa.

Saint Simón

I. EL PAISAJE Y EL MEDIO

¡Cádiz! Evoca este nombre múltiples recuerdos históricos porque son contados los lugares del mundo que han tenido un pasado tan romántico y grandioso como la vetusta ciudad andaluza a orillas del Atlántico. Fue fundada por los antiguos fenicios, vinieron luego los cartagineses y después los romanos. Ella ha presenciado las luchas sangrientas entre cristianos y mahometanos y ha reunido en sí la civilización europea y la cultura de Oriente. En sus edificios vivieron sabios árabes, escolásticos judíos y monjes cristianos, influyendo en el carácter de sus habitantes.

Cuando los árabes fueron expulsados de Andalucía por los soldados de Fernando el Católico, llegaron los cruzados ingleses y descansaron en Cádiz antes de seguir su viaje para conquistar el Sagrado Sepulcro en la Tierra Santa. Después del descubrimiento de América, Cádiz se convirtió en una de las ciudades más ricas de Europa y la arquitectura maravillosa de sus edificios nos refiere hoy todavía la historia de ese periodo magnífico.

¡Y cuántas luchas, cuántas sublevaciones y revueltas ha presenciado esa ciudad! Centenares de veces se han alzado sus

moradores en defensa de la libertad, demostrando así la exactitud del dicho español: «La tierra andaluza es la tierra de la libertad». Cádiz y Barcelona han sido siempre los dos focos de la vida revolucionaria en España y son también actualmente los centros principales del movimiento anarquista peninsular.

Es Cádiz una ciudad admirable, una de las más hermosas del mundo. Rocas inmensas caen sobre el mar profundo y encima de ellas se levantan pequeñas y niveas casas con diminutas torrecillas que se reflejan en las olas azules.

II. EL HOMBRE

En una de esas casas blancas, bien arriba, en una buhardilla, vivía un anciano. La instalación de la pieza era pobre: una cama, una mesita, una silla, algunos viejos periódicos y libros, era todo lo que poseía el anciano. Pero quien arrojaba una mirada a través de la pequeña ventana notaba inmediatamente que el anciano era más rico de lo que parecía; afuera se extendía el océano azul (un panorama maravilloso), cielo y agua y las blancas velas de las embarcaciones que se mecían sobre las ondas juguetonas. Por el mar, precisamente, vivía el anciano en esa casita, porque amaba el océano, las olas ruidosas y la lejanía infinita. Todas las mañanas al levantarse de su lecho, su primera mirada caía sobre el mar y de noche, antes de acostarse, sus ojos semicegados volvían a buscar las olas enfurecidas, como si quisiese encargarles de alguna misión. Porque ese anciano era un profeta, uno de los contados hombres que estuvieron en la montaña sagrada, vislumbrado desde allí el país de nuestros hijos. Y por eso su alma era tan honda, tan tranquila y augusta, igual que el mar en un hermoso día de verano.

Y cuando llegaba la primavera y el mar comenzaba a rugir y a hervir, cuando las olas salvajes se levantaba cual montañas

gigantescas besando a las nubes, el anciano soñaba en la gran tormenta de los pueblos, cuando los pobres y los humildes, los bastardos de la sociedad, se levantaban con las armas en las manos para romper las cadenas de la tiranía milenaria.

Era el 28 de septiembre de 1907. En la habitación del anciano reinaba una tranquilidad absoluta porque en la cama yacía un muerto. Había fallecido inesperadamente, sin haber estado enfermo, sin sufrir.

Pero mirad lo que ocurrió afuera. Con la velocidad del rayo se difundió la noticia de la muerte del anciano. Y en toda Cádiz, en Andalucía entera, en toda España, sólo se hablaba de él: «¡Ha muerto!». Por doquier se oían estas dos palabras que encarnaban el hondo dolor de un pueblo. Cada cual sentía la pérdida: en las minas, en los campos, en las escuelas, en las universidades, en todas partes la noticia produjo la impresión de una pesadilla que cuesta creer al principio, pero que finalmente es necesario reconocer.

¿Cuándo se ha visto en España tantas lágrimas, tanto dolor, y tanta tristeza sincera, tanto amor y fidelidad cariñosa? ¡Qué no darían nuestros reyes si pudieses adquirir aunque fuera la décima parte de esa popularidad! Atravesando España, en todas sus ciudades y aldeas se encontraría millares y millares de personas que ignoraban los nombres de los ministros de entonces, pero no habría uno sólo que no supiese el nombre de aquel anciano: Fermín Salvochea. Este nombre encarnaba una idea, un programa, un mundo de esperanzas, de anhelos y necesidades.

¡Fermín Salvochea! En los palacios se pronunciaba este nombre con labios trémulos, pero en la casilla de los pobres y de los explotados resonaba como una declaración de guerra a la sociedad capitalista, como la promesa de un porvenir mejor. Existen pocos hombres que hayan conquistado tanto amor y tanta simpatía entre las grandes multitudes de un pueblo como Fermín Salvochea y son menos todavía los que han merecido ese amor con tanto derecho como el gran rebelde español.

Salvochea ha sido uno de los caracteres más puros e idealistas en la historia del movimiento revolucionario, grande por sus ideas, grande por sus acciones, un hombre que encarnaba el apasionamiento revolucionario y el valor heroico de un Blanqui y el amor indescriptible y la consagración de Luisa Michel. La poderosa personalidad de este hombre admirable llegó a suscitar la estima y el respeto de sus adversarios más empedernidos y siempre que se pronunciaba su nombre, el de Fermín Salvochea, no había lugar para los aspectos bajos y pequeños de la vida.

La biografía del gran anarquista español produce la impresión de una novela fantástica y recuerda la vida tormentosa de Miguel Bakunin. Salvochea tuvo una participación activa en el movimiento revolucionario de España en los últimos cincuenta años y su nombre está estrechamente unido a los acontecimientos revolucionarios más significativos de ese periodo. Los que conocen la historia de ese movimiento en España saben cuán fecundo es en rasgos grandiosos y heroicos y cuántos son los que sacrificaron sus bienes y su sangre por sus convicciones libertarias y por sus ideales revolucionarios, y en esa serie histórica de luchadores valerosos el nombre de

Fermín Salvochea es uno de los más brillantes, un nombre para las generaciones venideras, un nombre que no será olvidado jamás.

III. ANTECEDENTES. LA FAMILIA. SU JUVENTUD. LONDRES. SOCIOLOGOS E INTERNACIONALISTAS

Fermín Salvochea y Álvarez nació en Cádiz el día 1º de marzo de 1842. Su padre era un comerciante de fortuna, heredero de una de esas familias de negociantes que tan importante papel ha desempeñado en la vieja ciudad mercantil. Claro está que Fermín recibió una educación cuidadosa. Su padre, siguiendo una arraigada tradición de familia, tenía la intención de hacer de él un hábil comerciante a fin de poder entregarle más adelante sus negocios.

La primera juventud de Fermín fue pacífica y dichosa en todo sentido. Se distinguía por su inteligencia extraordinaria y por las cualidades valerosas y caballerescas de su carácter, que dejaba entrever desde su infancia. Su madre, mujer admirable, le refería en su niñez las leyendas y tradiciones de la ciudad de Cádiz, tan ricas y fantásticas como un capítulo de Las mil y una noches, y el pequeño Fermín la escuchaba leyendo las palabras de sus labios. Esas historias románticas ejercieron profunda influencia sobre el muchacho y a menudo recordaba en medio de su vida tormentosa, aquellas horas felices.

Al cumplir los quince años su padre lo envió a Inglaterra para

que perfeccionara sus conocimientos del idioma inglés y continuara sus estudios comerciales. Fue este el primer acontecimiento importante en la vida de Salvochea. En Inglaterra se descubrió ante él un nuevo mundo. El carácter severo y puritano de la vida británica con sus formas rígidas y convencionales y sus impresiones prosaicas, produjeron una influencia profunda en el joven. La diferencia era demasiado notoria; el hermoso cielo azul en Andalucía, Cádiz con sus blancas casas, sus palmeras y sus habitantes rebosantes de temperamento... y de pronto, Londres con su neblina, sus edificios negros, el humo de las chimeneas, las calles frías e inhospitalarias. Al principio, Salvochea se sentía como un prisionero en el nuevo ambiente, pero su carácter enérgico venció rápidamente el primer influjo desagradable de Inglaterra. Se dedicó a estudiar a los hombres y descubrir que el inglés seco y frío posee al mismo tiempo un instinto de independencia individual notablemente desarrollado y un sentimiento de libertad personal que es raro encontrar en otros países. Los cinco años que Fermín pasara en Londres y en Liverpool fueron para él un periodo de gran desarrollo intelectual. Dedicó todos sus momentos libres al estudio de la literatura radical inglesa. Primero fueron los trabajos de Thomas Paine los que produjeron una influencia poderosa sobre él. Más tarde estuvo en contacto personal con Charles Bredlow y sus amigos. La propaganda ateísta en Inglaterra, tropezaba con grandes dificultades en esa época, pero Bredlow y sus compañeros luchaban con la mayor energía a favor de sus convicciones, tratando de destruir el concepto medieval del teísmo que impera aún hoy día en vastos círculos de la sociedad inglesa.

El joven Salvochea acogió con entusiasmo la nueva doctrina y se convirtió en ateo. Para el español, el ateísmo desempeña en general, un papel más importante que en los demás países. Es la condición primordial de todo movimiento libertario, el primer paso de todo libre progreso individual. España es el país clásico del clericalismo católico, el país de la Inquisición, que ha sido casi totalmente arruinado por el dominio oscurantista de la Iglesia. He aquí la razón porque Salvochea ha sido toda su vida un propagandista radical e incansable del ateísmo.

Pero Salvochea conoció en Inglaterra otro ideal, que ejerció una gran influencia sobre su actuación posterior. Cuando llegó a Londres vivía aún Roberto Owen, el célebre comunista inglés. Sus ideas no sólo influían poderosamente sobre la clase obrera británica, sino sobre los elementos idealistas de la pequeña burguesía inglesa. Salvochea estudió las obras de Owen y de otros escritores comunistas. Los hechos sociales aparecieron de pronto a sus ojos bajo otra faz; se produjo una revolución en su mentalidad y poco a poco empezó a comprender todo el significado del problema social. La brillante crítica de la propiedad privada formulada por Owen descubrió repentinamente ante él todos los males sociales y al propio tiempo se desarrolló en él el grandioso ideal de la igualdad social y económica, como el único capaz de crear una vida armónica en la sociedad humana. Salvochea se hizo comunista y siguió siéndolo hasta el último día de su vida. Muchos años más tarde en una ocasión especial, él mismo analizó su evolución revolucionaria recordando su «periodo inglés» con estas palabras características:

Ciertos libros ejercen en determinados momentos una

influencia poderosa sobre el desarrollo de un hombre: se sabe que el primer libro que leyó Ravachol fue la novela *El judío errante*, de Eugenio Sue. La influencia de este libro no se extinguió jamás en él, según su propia declaración. Lo mismo puedo decir de mí; viviendo en Inglaterra leí por vez primera a Thomas Paine. Sus escritos me convirtieron en internacionalista y hasta hoy día me hallo todavía bajo su influencia: «Mi patria es el mundo, todos los hombres son mis hermanos y mi religión consiste en hacer el bien». Estas palabras produjeron una impresión inolvidable en mí; yo buscaba en cada palabra un sentido profundo y ellas se han grabado en mi mente para siempre. Más tarde conocí a Roberto Owen, quien me enseñó el ideal sublime del comunismo y a Bredlow, que me hizo conocer los puntos de vista del ateísmo. Todo lo demás se desarrolló en mí por cuenta propia.

IV. BREVE ESBOZO DE LA HISTORIA SOCIAL ESPAÑOLA DE MEDIADOS DEL SIGLO XIX

En 1864, Salvochea abandonó Londres para regresar a Cádiz. En aquel entonces se iniciaba en Andalucía un vigoroso movimiento revolucionario. Rafael Guillén y Ramón de Cala, dos hombres valientes y socialistas convencidos, se consagraron con mucha energía y entusiasmo a organizar los elementos republicanos y demócratas de la provincia. El movimiento republicano en Andalucía ha tenido siempre un marcado carácter socialista y la mayor parte de sus apóstoles y propagandistas fueron partidarios del socialismo.

La propaganda socialista se inició en España después de la revolución de 1840. En aquella época Joaquín Abreu⁹⁰ desarrollaba en Andalucía una propaganda vigorosa y llena de

90 Joaquín Abreu Orta (1782-1851) fue uno de los más conocidos propagandistas españoles del socialismo furierista. Propietario y marino se opuso a Fernando VII tras la Guerra de la Independencia y tuvo que marchar al exilio. Regresó unos años después, fue alcalde de su localidad natal de Tarifa (Cádiz) y diputado provincial por Cádiz entre 1822 y 1823. Fue miembro de la comisión encargada de conducir a Fernando VII a Sevilla y votó a favor de su destitución. Le costó una condena a muerte y un nuevo exilio en Francia hasta 1834. Allí conoció Carlos Fourier y se convirtió en uno de sus seguidores. Participó en el primer falansterio organizado en 1832. A su regreso a España propagó esas ideas desde diversos periódicos.

éxito a favor de las ideas de Carlos Fourier⁹¹. Explicaba sus ideas en la prensa radical de Cádiz, ideas que hallaron bien pronto un eco en los periódicos de otras ciudades. Para conocer la significación que ha tenido ese movimiento basta recordar el hecho de que Abreu logró en un breve plazo de cuatro a cinco millones de pesetas, para fundar una colonia fourierista en los alrededores de Jerez de la Frontera. Pero el Gobierno impidió la realización de ese proyecto, persiguiendo a los propagandistas socialistas. De estos los más conocidos fueron Pedro Ugarte, Manuel Sagrario, y Faustino Alonso; más tarde se agregaron José Barterolo, Pedro Bohórquez y finalmente, Guillén y Cala, a quienes ya hemos mencionado.

En 1864, Fernando Garrido, el famoso historiador socialista español, que conoció en Cádiz las doctrinas de Fourier, fundó el primer periódico socialista en España, *La Atracción*, que apareció en Madrid. La publicación no vivió mucho tiempo pero gracias a ella se formó en la capital un círculo socialista que editó más tarde otro órgano: «*La Organización del Trabajo*». Hombres como el heroico Sixto Cámara, que cayó luego en la lucha por la república social, Juan Sala, Francisco Ochando y después el fogoso Cervera eran las figuras principales del círculo socialista de Madrid. Cervera ha sido el primer fundador de la primera escuela libre socialista de España, pero cuando contaba con más de 500 alumnos el ministro Morillo sofocó esa brillante empresa diciendo que «en

91 Carlos Fourier (1722-1837) era hijo de un comerciante de paños. Desde joven se dedicó a estudiar fórmulas de organización de la sociedad. En 1808 publicó su Teoría de los cuatro movimientos en la que proponía fundar un orden social en base a las pasiones humanas. Todas, fueran buenas o malas, podían tener un lugar y utilizarse en provecho de la colectividad. Propuso la asociación de los hombres en grupos, series y falanges por medio de la ley de la humanidad que era la «atracción apasionada».

España no necesitamos hombres capaces de pensar, sino bestias de trabajo».

En Barcelona el primer movimiento socialista fue influenciado por el comunismo icario de Esteban Cabet⁹². En 1847 el comunista Monterreal fundó La Fraternidad, primer periódico comunista de la capital catalana, en el cual publicó la obra de Cabet *Viaje a Icaria*. Ya en 1840 el obrero Munst había organizado en Barcelona un sindicato de tejadores con 200 miembros, echando así la base del futuro movimiento sindicalista.

Desde 1850 se desarrolló en Cataluña una activa propaganda por las ideas de Proudhon, que venció poco a poco a todas las otras tendencias. Ramón de la Zagra y el famoso Pi y Margall, tradujeron las obras del teórico francés y bien pronto nació en Barcelona y en otra ciudades catalanas un vasto movimiento mutualista y sindical. Este movimiento pasó a Andalucía, aunque no ha tenido allí la importancia que en Cataluña. En 1853, el Gobierno español intentó ahogar totalmente ese pacífico movimiento; pero la ley contra las asociaciones obreras no fue más que letra muerta. En 1854 se creó una federación de todas las corporaciones obreras de Cataluña, contando con 90.000 socios. En 1853, el general Zapatero quiso sofocar ese movimiento por medio de la fuerza. Fueron clausurados los locales de las corporaciones y reducidos a

92 Etienne Cabet (1788-1856), es decir Esteban Cabet, fue un filósofo y teórico político francés fundador del movimiento icariano que se definía como comunista y democrática y deseaba unir a obreros y burgueses. En 1842 publicó *Viaje a Icaria* donde describía una utopía. Fue un libro muy difundido por toda Europa. Compró tierras en Texas para poner en práctica sus ideas.

prisión los propagandistas más conocidos. Al principio, los obreros se mantuvieron tranquilos, pero de pronto 50.000 proletarios pertenecientes a todos los gremios abandonaron el trabajo el día 2 de julio de 1855, en las fábricas de Barcelona, Sanz, Cornellá, Reus, Badalona⁹³ y otras ciudades, declarando la huelga general en defensa de sus derechos. Nadie esperaba semejante hecho; la excitación general era enorme y el gobernador de Barcelona lanzó una proclama a los obreros prometiéndoles reconocer sus exigencias si volvían al trabajo. Los obreros consintieron. Durante los primeros momentos se habló mucho, efectivamente, de reformas sociales, pero al mismo tiempo se adoptaban con todo sigilo las medidas más bajas contra la organización de los trabajadores, hasta que finalmente fueron proclamadas, en 1861, las conocidas leyes de excepción contra el proletariado de Cataluña. Desde entonces los obreros españoles renunciaron a toda esperanza en una táctica pacífica y en los llamados derechos legales.

En Andalucía, bajo el Gobierno de Narváez⁹⁴, la reacción había destruido desde hacía tiempo la fe en el progreso pacífico. Hay pocos lugares en el mundo donde se haya vertido

93 La huelga general de 2 a 11 de julio de 1855 de Barcelona tuvo un carácter «ludista», es decir contra la maquinaria, y fue originada por una orden del Capitán General de Cataluña disolviendo las asociaciones obreras. Fue masivamente seguida. Su lema fue «asociación o muerte» y las exigencias se referían a la libertad de asociación, reducción de la jornada de trabajo y aumento salarial. Fue reprimida duramente mediante prisiones, deportaciones, castigos corporales y amenazas de pena de muerte.

94 Ramón María Narváez de Campos (1799-1868) fue un militar de ideología liberal. Se retiró del ejército en 1822, al restablecerse el absolutismo y sólo regresó al morir Fernando VII. Enfrentado con el general Espartero, incluso se exilió, terminó representando al ala conservadora del liberalismo a través de su partido Unión Liberal. Fue siete veces presidente del consejo de ministros e impulsor de la constitución de 1845. Fue el principal valedor de Isabel II.

tanta sangre como en ese país maravilloso. Andalucía ha sido siempre la región de las conspiraciones y de las revueltas, porque más que cualquier otra provincia de España, ha sufrido bajo el yugo terrible de la reacción. Millares de hombres y mujeres valientes anegaron con su sangre la tierra de Andalucía, miles de sus habitantes perecieron en las cárceles de las colonias penales, mas la reacción nunca fue capaz de sofocar el espíritu rebelde que late en el corazón del pueblo andaluz.

Las sublevaciones de Málaga, Utrera y de la provincia de Sevilla en 1857, fueron reprimidas de un modo sangriento. Centenares de rebeldes fueron fusilados o recluidos. Sólo en Sevilla se asesinaron 95, meses después de haber sido sofocado el levantamiento.

En 1861 se produjo una gran sublevación bajo la jefatura del republicano socialista Pérez del Alamo. Este levantamiento tuvo las mejores probabilidades de obtener un éxito. Fue preparado durante mucho tiempo y no menos de 30.000 hombres se unieron a los rebeldes cuando entraron en la ciudad de Loja; pero la incapacidad militar de los dirigentes fue el mayor obstáculo para la empresa. Después de algunas luchas sangrientas, los revolucionarios fueron vencidos. El Gobierno reaccionario se vengó horriblemente; más de 200 hombres fueron fusilados por orden de los Consejos de Guerra, la mayor parte de ellos sin proceso. Centenares de personas fueron enviadas a presidio, la reacción prohibía toda manifestación de libertad y sólo en 1864, precisamente cuando Salvochea regresaba de Londres, la situación general de Andalucía era algo mejor. Creemos que esta somera revista histórica ha sido

necesaria porque ella ofrece al lector un pequeño cuadro de la situación bajo la cual se ha desarrollado la acción de Salvochea.

V. DE LONDRES A CÁDIZ. LA COLUMNA REVOLUCIONARIA DE CÁDIZ. LA REPÚBLICA TRAICIONADA POR LOS REPUBLICANOS TIMORATOS Y POLITIQUEROS. DEFENSA DE CÁDIZ. ENTEREZA ANTE LA DERROTA

Fermín Salvochea volvió de Inglaterra hecho un comunista y ateo. En su patria se convirtió en revolucionario y republicano. Claro está, en defensor de una república comunista. Con todo el apasionamiento entusiasta de su noble carácter se entregó al movimiento revolucionario conspirador.

Tuvo una participación activísima en las empresas más arriesgadas, y su valor personal y su espíritu de sacrificio lo convirtieron poco a poco en uno de los dirigentes más capaces y de mayor influencia en el movimiento republicano. Salvochea era rico (sumamente rico), se decía que su padre poseía una fortuna de tres millones de pesetas; pero Fermín vivía modestamente y se valía de su riqueza como fondo para la causa revolucionaria.

Las casamatas de San Sebastián y Santa Catalina, cerca de Cádiz, eran en aquel entonces el albergue de los presos políticos de toda España. Los revolucionarios que debían ser recluidos en las colonias penales de Fernando Po o de Manila

quedaban encerrados durante algún tiempo en las prisiones de Cádiz, antes de que fuesen enviados a su destino. Salvochea los visitaba y tenía para cada cual un buen consejo y alguna ayuda.

En 1866 Salvochea y sus amigos organizaron una empresa grandiosa. Se esperaba que los artilleros encarcelados, que habían tomado parte en la sublevación de Madrid, serían enviados a la prisión de San Sebastián para transportarlos luego a Manila y se preparaba un ataque a mano armada para lograr su fuga. Pero por lo visto el Gobierno se mostró receloso porque cambió repentinamente de opinión. En 1867 la reina Isabel volvió a poner el mando en manos del odiado verdugo Narváez y el país desdichado sintió las consecuencias de una terrible reacción. Ya en junio de 1868 habían estallado algunas revueltas aisladas en Cataluña y Andalucía, pero fueron inmediatamente reprimidas en sangre. Salvochea tuvo una participación destacada en el levantamiento militar del regimiento de Cantabria; dicho levantamiento fue el preludio de la Revolución de septiembre de 1868. Esta comenzó el 18 de septiembre en Cádiz, propagándose cual un incendio por toda Andalucía. El día 28, el ejército real fue batido por los insurgentes y el 29 la comuna de Madrid proclamó la destitución de la dinastía borbónica.

Salvochea fue elegido miembro de la Comuna revolucionaria de Cádiz y segundo comandante del segundo batallón de voluntarios. Fueron muchos los que quisieron incorporarse a él, pero Salvochea eligió únicamente a los republicanos y a los comunistas.

Toda España saludó con el mayor júbilo la caída de la odiada

dinastía y durante un instante pareció que se iban a realizar millares de esperanzas. Pero los hombres del Gobierno provvisorio de Madrid no eran más que unos monárquicos liberales adversarios del ideal republicano. Gracias a la actitud vergonzosa del republicano burgués, Castelar y sus amigos, los miembros del nuevo Gobierno, los señores Prim, Zorrilla, Sagasta, etc., adquirieron valor y se pronunciaron abiertamente contra la República. Salvochea y sus amigos comprendieron el peligro; sabían que el Gobierno flamante se vengaría de los republicanos en la primera oportunidad. Con el propósito de prepararse para la lucha los revolucionarios andaluces convocaron para los primeros días de diciembre de 1868 una gran asamblea en Álava⁹⁵. Salvochea seleccionó los elementos fieles de Cádiz, recomendándoles que no depusieran en modo alguno las armas. El 5 de diciembre apareció, inesperadamente, ante los muros de Cádiz, una sección de artillería exigiendo, en nombre del Gobierno, que la milicia revolucionaria hiciera entrega de sus armas en el término de tres horas. Aún no había transcurrido ese plazo cuando comenzó el tiroteo. Algunos revolucionarios cayeron muertos y otros heridos.

Inmediatamente, Salvochea se colocó al frente de los rebeldes y organizó la defensa militar de la ciudad. La lucha duró tres días; la artillería hizo esfuerzos desesperados para conquistar la plaza sin resultado alguno. Salvochea luchó como un león, estaba en todos los sitios de mayor peligro, y su valor heroico infundió a los rebeldes una fuerza increíble.

95 Creo que se refiere a la asamblea constituyente del Partido Republicano que tuvo lugar en noviembre en Madrid. Con anterioridad se celebraron asambleas federales de diversos territorios. Incluida una en Alava ese mismo mes de noviembre.

Al cuarto día los embajadores de la ciudad solicitaron un armisticio, que fue aceptado por ambas partes. Pero el Gobierno liberal se apresuró a enviar contra los valerosos insurrectos un ejército al mando del general Caballero de Rodas⁹⁶. Salvochea mantuvo su posición hasta el n de diciembre; pero a medida que el general se iba acercando sin encontrar resistencia, comprendió Salvochea que el pequeño núcleo de revolucionarios mal armados no estaban en condiciones de oponerse a un ejército, y que toda resistencia sólo ocasionaría una matanza, sin ninguna probabilidad de éxito. En consecuencia, disolvió la milicia revolucionaria enviándola a otro lugar y quedándose él solo. Se fue tranquilamente al casino militar para esperar allí al general Caballero de Rodas. El coronel Pazos, jefe del tercer regimiento de artillería, fue a ver para pedirle que salvara su vida, abandonando Cádiz, porque el general ordenaría, con toda seguridad, que fuese fusilado. Salvochea no aceptó. El coronel le ofreció su ayuda personal, pero Salvochea se mantuvo firme en su decisión. Sabía que el Gobierno lo consideraba como culpable principal y en caso de no ser hallado por Rodas, la ciudad entera debería sufrir por su causa y eso habría sido para él peor que la muerte. Su carácter noble no le permitió pensar en su propia salvación, estaba dispuesto a afrontar toda responsabilidad y resuelto a morir por sus hechos. Esta actitud admirable impresionó profundamente hasta a sus enemigos y el general de Rodas, no queriendo ser el verdugo de semejantes hombre, lo envió en calidad de prisionero de guerra a la fortaleza de San Sebastián.

96 Antonio Caballero y Fernández de Rodas (1816-1876) fue un militar español perteneciente a la Unión Liberal que apoyó la salida de Isabel II del trono.

Empero el pueblo de Cádiz supo apreciar este carácter elevado y pocos meses después Salvochea era elegido por gran mayoría representante de Cádiz en las Cortes. El Gobierno provvisorio había declarado anteriormente que no reconocería esa elección y el parlamento «revolucionario», en efecto, apoyó esa actitud. Diríase que esos extraños «revolucionarios» querían demostrar que Salvochea no cuadraba en su compañía; en ese sentido tenían razón, pues el verdadero sitio del gran rebelde era la barricada y no el parlamento.

VI. AMNISTÍA. MOVIMIENTO FEDERALISTA DE CATALUÑA. DERROTADOS. PARÍS. VUELTA A CÁDIZ. SALVOCHEA ALCALDE DE CÁDIZ

En febrero de 1869 se reunió el nuevo parlamento y una de sus primeras resoluciones fue la de conceder la amnistía a los presos políticos, que todo el pueblo requería urgente y enérgicamente. Algunos días después Salvochea y muchos otros abandonaron las casamatas de San Sebastián y Santa Catalina. Salvochea reanudó enseguida sus trabajos, fomentando en Andalucía una agitación vigorosa a favor de un levantamiento republicano porque era aquel el único modo de salvar las consecuencias de la Revolución del 68.

El 1º de junio de 1869, las Cortes adoptaron una resolución monárquica, por 214 votos contra 56, decidiendo buscar en Europa un rey adecuado para el trono español. Emilio Castelar y otros republicanos burgueses se limitaron a protestar débilmente en lugar de recurrir a la única solución que les quedaba: la sublevación. Pero esos comediantes republicanos no querían saber nada de tales medios y prefirieron traicionar la República y la Revolución de 1868. En el mes de septiembre estalló en Cataluña el movimiento federalista. Salvochea y sus amigos resolvieron en el acto apoyar a los rebeldes agitando la

bandera de la revuelta en su provincia. El 30 de septiembre Salvochea a la cabeza de 600 hombres, marchaba de Cádiz a Medina para reunirse allí con los revolucionarios de Jerez y Ubrique. Aun cuando aquellos sabían que las perspectivas de triunfar no eran muy brillantes, decidieron iniciar la campaña, costara lo que costara. Sabían que el levantamiento era el último recurso para defender la libertad y, hombres resueltos, estaban más decididos a morir que a someterse sin intentar la defensa.

Salvochea fue perseguido inmediatamente por las tropas del Gobierno. No lejos de Alcalá de los Gazules se llevaron a cabo los primeros encuentros sangrientos. Los militares eran cien veces más fuertes que los revolucionarios mal armados; pero estos lucharon con notable heroísmo y en pocos días presentaron tres batallas encarnizadas. Rafael de Guillén fue hecho prisionero y los soldados lo asesinaron de una forma salvaje, por orden del general Luque⁹⁷. Cristóbal Bohórquez, el defensor incansable y heroico de la libertad e igualdad sociales, cayó en el campo de batalla. Salvochea luchó como un héroe, sabía que su causa estaba perdida, pero su valor era inquebrantable. Finalmente, después que el ejército hubo conquistado los sitios estratégicos más importantes, y después de haber recibido los rebeldes la noticia de que no había sido posible promover un levantamiento en Málaga y en Sevilla, los revolucionarios dispersaron sus filas para salvarse aisladamente. Sometiéndose a varios peligros, Salvochea y

97 Agustín de Luque y Coca (1850-1935), militar y político español que combatió en la Tercera Guerra Carlista y estuvo destinado en Melilla y en Cuba. Vinculado al republicanismo de Ruiz Zorrilla. Ministro de la Guerra en cuatro ocasiones. También fue senador y Director General de la Guardia Civil.

otros lograron llegar a Gibraltar. De allí pasó a París, donde frecuentó los círculos avanzados que se agrupaban en torno de *La Revue*, *Le Rapell* y otros periódicos radicales. De París, Salvochea partió para Londres, de donde pudo regresar a España, gracias a la amnistía de 1871. En Cádiz el pueblo lo acogió con indescriptible entusiasmo y ese mismo año fue elegido alcalde.

Como alcalde de la ciudad de Cádiz, Salvochea trabajó mucho por el embellecimiento de la ciudad, convirtiéndola en una de las más hermosas de España. Estableció también algunas reformas útiles en la administración política. Pero no duró mucho tiempo en su cargo porque en julio de 1873 estalló en España la revolución cantonalista y Salvochea fue uno de los primeros en tomar el fusil en la mano para la conquista de la igualdad económica y la autonomía local.

VII. EL MOVIMIENTO CANTONALISTA Y SUS CONSECUENCIAS. BARCOS INGLESES Y PRUSIANOS EN AYUDA DE LA REACCIÓN. PRISIÓN EN LA GOMERA. SUS ESTUDIOS Y SU EVOLUCIÓN FILOSÓFICA. INDULTO RECHAZADO. LA FUGA

El 9 de febrero de 1873 el rey Amadeo renunció al trono de España, y pocos días después fue proclamada la república española. La lucha sangrienta de la Comuna de París había producido gran impresión en España y se presentía que iban a ocurrir grandes acontecimientos. Por eso Amadeo prefirió renunciar. Pero el pueblo tampoco estaba conforme con la República centralista y debido a eso los hombres del nuevo Gobierno se vieron obligados a proclamar la república federativa el 8 de junio de 1873. Para pacificar a los descontentos se eligió para presidencia del ministerio al conocido proudhoniano Pi y Margall⁹⁸; pero el 3 de julio, al establecerse la nueva constitución, los federalistas se dieron cuenta de que se trataba de engañarlos. Pi y Margall, el único

98 Francisco Pi y Margall (1824-1901) fue un político republicano federalista con tendencias socialistas democráticas. Abogado y licenciado en filosofía. Sufrió censura, atentados, cárcel y exilio. Después de 1868 fue diputado y Ministro de la Gobernación. En 1873 fue elegido presidente de la República. Dimitió tras el movimiento cantonal. Durante la Restauración vivió de su trabajo como abogado y escribió una historia de la Primera República. Fue diputado hasta el año de su fallecimiento. Se le considera como uno de los intelectuales representativos del pensamiento avanzado de la segunda mitad del siglo XIX.

hombre honesto y resuelto del nuevo Gobierno, renunció a su cargo por no querer traicionar sus principios. Entre el 5 y el 13 de julio se sublevaron numerosas ciudades proclamándose como comunas independientes.

No puede ser, desde luego, el objeto de nuestro trabajo ofrecer un cuadro de ese movimiento complicado, que sólo concluyó el 11 de enero de 1874 con la represión sangrienta de la comuna de Cartagena. Esta ciudad heroica estuvo sitiada durante seis meses por el ejército español y por buques de guerra prusianos e ingleses antes de que se consiguiera someterla.

Salvochea se adhirió y fue elegido presidente del comité administrativo de la comuna de Cádiz. Pero su situación era difícil a causa de que había múltiples tendencias en el movimiento mismo. A principios de agosto llegó a las puertas de Cádiz el general Pavía al mando de un ejército. Salvochea y sus amigos defendieron la entrada de la ciudad, pero los buques de guerra británicos del puerto de Cádiz se pusieron del lado de las tropas del Gobierno, terminando con ello toda tentativa de defensa interior.

Salvochea se hallaba en un lugar seguro cuando los soldados del general Pavía entraron en la ciudad. Le hubiera sido muy fácil llegar en bote hasta Gibraltar, pero al saber que muchos de sus amigos habían sido arrestados, él mismo se entregó en manos del enemigo a fin de competir la suerte de sus camaradas.

El consejo de guerra de Sevilla lo condenó a reclusión

perpetua en una de las colonias penitenciarias del África. Su noble amigo Pablo Lazo se presentó voluntariamente ante el tribunal con la intención de acompañar a Salvochea en su encierro. Salvochea soportó su destino con la mayor calma. Su familia le ayudaba con dinero, pero él compartía hasta el último céntimo con los desdichados presos y con los habitantes pobres de la colonia que lo veneraban como a un santo. Salvochea era el espíritu bueno de la isla, amigo y hermano de todo el mundo; su consuelo influía sobre todos evitando la desesperación. En 1876, fue trasladado a Ceuta, pero de allí fue nuevamente llevado a la Gomera. Durante los ocho años que pasara en las colonias penales, Salvochea estudió la medicina teórica y práctica, dedicando todos sus esfuerzos a los moradores de la Gomera. Pero él mismo cumplió también una notable evolución intelectual en su cautiverio. Estando aun en España, había tomado una participación entusiasta en el movimiento obrero español y fue uno de los primeros miembros de la Internacional en ese país, pero fue en la reclusión donde halló el tiempo necesario para ocuparse de las ideas y aspiraciones de la federación española de la Asociación Internacional de los Trabajadores; comprendió poco a poco que la República federativa no era más que el último escalón en la evolución libertario y los escritos de Bakunin y de otros pensadores avanzados lo llevaron finalmente al anarquismo, que propagó con la mayor energía hasta el último momento de su vida.

En 1875 la madre de Salvochea trató de obtener el indulto de su hijo. Gracias a la ayuda de varios amigos influyentes logró el consentimiento de Cánovas del Castillo; pero cuando Salvochea tuvo noticia de esta gestión escribió a su madre una carta

apasionada en la cual le prohibía hacer esfuerzo alguno a favor de su indulto, declarando que prefería morir en la prisión antes que aceptar un favor de sus enemigos más acérrimos. En 1883, la Municipalidad de Cádiz hizo una nueva tentativa en este sentido, con todo éxito, y el tribunal superior resolvió conceder la amnistía a Salvochea. Pero no habían contado con el férreo carácter del gran revolucionario. Cuando rompió el documento en presencia suya, declarando que para propia fuerza o por medio de una amnistía general para los presos políticos. Es de imaginar la impresión que produjo su actitud. Renunció Salvochea a la libertad y continuó en la prisión. Pero nueve meses más tarde consiguió huir de la Gomera. Logró alcanzar un pequeño velero árabe con el cual llegó a Gibraltar. Después de una corta permanencia en Lisboa y en Orán, se estableció en Tánger, residiendo allí hasta 1886, cuando en virtud de la muerte de Alfonso XII, pudo volver a España, donde fue recibido con un entusiasmo indescriptible.

VIII. 1881. PRIMER CONGRESO PÚBLICO DE LOS ANARQUISTAS ESPAÑOLES. EL PROCESO DE LA MANO NEGRA. PROCESO Y CONDENA DE SALVOCHEA. PENURIAS DE SU PRISIÓN. INTENTO DE SUICIDIO. AMNISTÍA. MUERTE DE SALVOCHEA

Volvió Salvochea en un momento oportuno. De 1874 a 1881 el movimiento anarquista en España atravesó un periodo espantoso. Las bárbaras leyes de excepción impidieron toda propaganda pública. Centenares de compañeros padecían en las cárceles y sin embargo el movimiento subsistía en las organizaciones secretas. Se editaban periódicos clandestinos como por ejemplo *El Orden*, *Las Represalias*, *La Revolución Popular*, *El Movimiento*, etc. Sólo en 1881 terminó ese periodo aciago y ese mismo año se celebró el primer congreso público de los anarquistas españoles. De 1881 a 1892, el movimiento tomó un considerable incremento, estando siempre Salvochea a la vanguardia de sus camaradas. En 1886, es decir, poco tiempo después de volver a Cádiz, fundó un periódico anarquista, *El Socialismo*, y llevó a cabo una enérgica propaganda en Andalucía. En todas las aldeas organizáronse los labriegos y el anarquismo hizo un progreso enorme en la provincia entera. El Gobierno contemplaba con terror ese movimiento. Trató de suprimir el periódico por medio de una

serie de procesos, pero sólo consiguió fortificar la propaganda anárquica. Durante la aparición del periódico de 1881 a 1891, Salvochea fue arrestado y condenado numerosas veces, pero su defensa enérgica ante los jueces producía gran impresión, infundiéndo cada proceso más vigor al movimiento.

Entonces el Gobierno se valió de otro recurso. Ya a principios de 1880 había difundido la noticia del que existía en Andalucía una sociedad conspiradora, la Mano Negra, compuesta de asesinos y ladrones e influida por los principios anarquistas. La prensa reaccionaria repitió tantas veces esta invención que finalmente todo el mundo la creyó y militares de personas fueron detenidas y a menudo condenadas por ser miembros de la presunta Mano Negra. En el fondo la Policía tenía la intención de disolver en esta forma la poderosa asociación de los labriegos españoles. El 1º de mayo de 1890, Salvochea organizó una profunda y grandiosa manifestación revolucionaria en toda Andalucía, que produjo una impresión soberbia sobre los trabajadores de España. Al año siguiente en la misma fecha se verificó una manifestación análoga, aunque el Gobierno había arrestado antes, hacía unos días a Salvochea y a otros compañeros. Poco después del 1º de mayo, estallaron dos explosiones en la ciudad. A consecuencia de una murió un obrero y de la otra cuatro jóvenes. La prensa reaccionaria desde luego, sospechó de los anarquistas. *El Socialismo* declaró inmediatamente que aquello era una estratagema de la Policía, pero poco después un ejército de quesquisas y vigilantes invadió la redacción del periódico, «descubriendo» allí dos bombas que ellos mismos, claro está, habían preparado. El resultado fue que detuvieron a un gran número de camaradas; Salvochea tuvo la misma suerte algunas semanas después.

Sucesos análogos ocurrieron también en Jerez de la Frontera, una de las ciudades más revolucionarias de Andalucía. En agosto de 1891 fueron arrestados allí 157 anarquistas acusados de pertenecer a la Mano Negra. Es claro que esas infamias de la reacción provocaron un odio encarnizado entre los labriegos y campesinos. Viendo pisoteados sus derechos más elementales, algunos centenares de ellos resolvieron liberar por la fuerza a sus camaradas encarcelados en Jerez. La noche del 8 de enero de 1892, 500 labriegos y artesanos penetraron en la ciudad de Jerez al grito de «¡Viva la Revolución Socialista!», «¡Viva la Anarquía!». Fueron muertos dos terratenientes; al principio los soldados se asustaron y de este modo los rebeldes lograron poner en práctica parte de su plan. Al amanecer, los revolucionarios se tuvieron que retirar después de una lucha sangrienta con la fuerza armada. La venganza de la burguesía fue terrible. El 18 de febrero de 1892, los anarquistas Lamela, Valenzuela, Bisqui y el Lebrijano fueron ajusticiados. Murieron heroicamente saludando a la muerte con el grito de «¡Viva la Anarquía!». Y ellos resultaron los más felices; otros diez, doce, quince y veinte años de presidio y algunos aun a perpetuidad. Entre los acusados estaba también Salvochea. El Gobierno lo acusaba de haber organizado la sublevación de Jerez, estando encerrado en la cárcel de Cádiz. En esta última ciudad no hubo ningún juez que se hiciese cargo del proceso. En consecuencia, Salvochea fue puesto a disposición de un consejo de guerra, el cual lo condenó a doce años de presidio.

La actitud de Salvochea ante sus jueces fue valiente. Bien sabía que iba a ser condenado, costara lo que costara. Véase el diálogo con el juez: «Está usted obligado a contestar la verdad

a todas las preguntas que le voy a formular». Salvochea: «Este proceso no es más que una comedia vergonzosa, yo estoy condenado ya antes de presentarme ante ustedes: por lo tanto, no tengo nada que contestar». El juez: «La Ley establece que el acusado que renuncia a contestar a las preguntas que le plantea el juez reconoce su culpabilidad». Salvochea: «Estoy resuelto a asumir la responsabilidad de mi silencio». El juez: «Pero debe usted respetarme como juez». Salvochea: «Para mi todos los hombres son iguales. Yo no conozco superiores y no tengo por qué respetarle». El juez formuló todavía una docena de preguntas, pero Salvochea guardó silencio.

Salvochea fue transportado a la cárcel de Valladolid, donde había de cumplir su condena. Al principio se le tuvo aislado completamente del mundo exterior, ni siquiera se le permitía recibir cartas. Sólo el 7 de noviembre de 1893, cuando estaba gravemente enfermo en el hospital de la prisión, se permitió que algunos íntimos amigos suyos lo visitaran. Su estado era de lo más espantoso que imaginarse pueda. El primer domingo después de haber llegado a la cárcel de Valladolid el director le exigió que asistiese a misa. Salvochea se negó, diciendo que era ateo. «No importa –replicó el director–, usted irá a la iglesia o de lo contrario se le encerrará en una celda subterránea». «Prefiero la celda», contestó Salvochea. Fue alojado en una Nueva horrible, en un agujero oscuro, húmedo y frío. Pasaron algunos meses; Salvochea estaba enfermo a causa de la humedad y sintió que las fuerzas le iban abandonando de día en día. No podía esperar salvación alguna, porque España atravesaba entonces un periodo reaccionario. En este estado resolvió suicidarse, para poner fin a sus dolores. Con una vaina rota se produjo dos heridas profundas en las

venas del cuello y en un costado. Luego se tendió en el suelo y perdió el conocimiento. Pero debido al horrible frío que reinaba en la celda su sangre se congeló en las venas y esta fue su salvación.

Habiéndolo encontrado en tan espantoso estado el director se acobardó. Lo trasladó al hospital y poco a poco fue reponiéndose. Al recobrar la salud el director le ofreció un puesto de escribiente en la prisión, pero Salvochea se resistió a aceptar, diciendo que no quería ser un sirviente del Estado, ni siquiera en esa forma. El 21 de agosto de 1898 fue trasladado a la cárcel de Burgos. Allí su situación era mejor: tradujo una obra de astronomía de Flammarion, produciendo algunos otros trabajos de carácter literario. Por fin, en 1899, cuando los prisioneros de Montjuic fueron libertados gracias al vasto movimiento de protesta, se abrieron también para Salvochea las puertas de la prisión. Se dirigió a Cádiz donde el pueblo lo acogió con señalado júbilo. Su espíritu seguía siendo siempre el mismo, pero su salud, sobre todo la vista, sufrió mucho a causa de los largos años de encierro.

Salvochea se mostró activo hasta el final de sus días. Sacrificó sus bienes y su sangre, toda su fortuna por el ideal en el que creía y llegó a ser tan pobre como el proletario más indigente. Escribió numerosos artículos para la prensa anarquista y editó también algunos folletos. Su último trabajo literario ha sido una excelente traducción de *Campos, fábricas y talleres* de Kropotkin, que se publicó primeramente en *la Revista Blanca*, y luego en libro.

IX. SEPELIO DE SALVOCHEA

Esta es, brevemente narrada, la biografía de Fermín Salvochea, héroe y luchador. Su muerte causó un mar de lágrimas y su sepelio dio lugar a una manifestación enorme, en la que participaron cerca de 50.000 personas. De todos los pueblos y aldeas fluyeron los pobres desheredados para despedirse del extinto. Centenares de mujeres besaban los labios fríos que antes llamaran con tanta frecuencia a la lucha por el pan y la libertad. Y al ser depositado en la fosa el cadáver del inolvidable camarada, millares de bocas exclamaron «¡Viva la Anarquía!».

Salvochea ha muerto, pero un movimiento que cuenta en sus filas con semejantes hombres es invencible.